

LOURDES
DELGADO



JESÚS
SALAS

EL CORAZÓN
DEL

MINOTAURO

EL CORAZÓN DEL MINOTAURO

LOURDES DELGADO Y JESÚS SALAS

© **Título: El corazón del minotauro**

© **Autores: Jesús Salas y Lourdes Delgado, 2019**

© Edición y maquetación: Lourdes Delgado

Primera edición: Julio 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Web de los autores:

<https://librosjesussalas.wixsite.com/lourdes-jesus>

Facebook de Jesús Salas:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100014675318308>

Facebook de Lourdes Delgado:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100014669379880>

Para todos nuestros lectores,
que nos ayudan y apoyan con
su confianza.
Sin ellos no podríamos
continuar escribiendo.

INDICE DE CAPÍTULOS

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6: 12 días

Capítulo 7: 11 días

Capítulo 8: 10 días

Capítulo 9: 9 días

Capítulo 10: 8 días

Capítulo 11: 7 días

Capítulo 12: 6 días

Capítulo 13: 5 días

Capítulo 14: 4 días

Capítulo 15: 3 días

Capítulo 16: 2 días

Capitulo 17: 1 día

Epílogo



PREFACIO

Una gaviota se mecía, adormilada en la barandilla del barco. El tripulante sintió la suave brisa del mar en la cara al salir a la cubierta. Un enorme carguero, con bandera maltesa de conveniencia, pasaba despacio, muy cerca de su lancha guardacostas. Lo observó con atención, y pensó en una gran ballena de color negro, lenta e indolente, surcando en silencio las aguas. El carguero atravesaba el Bósforo en dirección al norte, para llegar a su destino en el mar Negro. Las luces lejanas de la ciudad atrajeron su atención. El promontorio de Sarayburnu parecía una verbena, una luminosa feria al atardecer. Se apoyó en la barandilla y notó el movimiento de la estela del gran buque que había pasado hacía algunos minutos. La colina de Estambul le recordaba el cansancio que acarreaba por toda una semana de servicio en el mar. Respiró profundamente y recorrió con la vista el horizonte oscuro, siguiendo las luces que enfocaban los alminares de los templos y jardines. La Mezquita Azul, Santa Sofía..., Topkapi... Su mente se perdió allí. Todo el conjunto se podía apreciar muy bien en la distancia. La gaviota se desperezó y salió volando hacia la costa, y él la siguió con la mirada.

El ave cruzaba rauda los tejados de las casas, volaba desorientada entre las luces y las sombras. La suave brisa del mar refrescaba el ambiente estival en toda la vieja ciudad de Estambul. Bajo sus alas, un caballero de aspecto árabe, distinguido y sereno, terminaba su taza de té y contemplaba el vaivén de los turistas ansiosos, de las risas estridentes y de los pasos precipitados de algunos jóvenes que cruzaban a su lado. El hombre levantó la vista al cielo estrellado y consultó su lujoso reloj de pulsera. El viejo kebab, escondido entre las callejas más profundas del barrio de Eyüp, era un lugar habitual para él. Solo dos clientes ocupaban su destartalado interior. Jugaban al *backgammon* sin prestar otra atención. El caballero parecía menos sosegado que de costumbre, consultaba su reloj de forma incesante y su morena tez reflejaba cierta preocupación inusual.

El propietario del local pasó a su lado. En el exterior solo había una mesa y dos sillas de madera sucia. Le miró en silencio. El caballero movió la cabeza a ambos lados. No deseaba nada más.

Una motocicleta interrumpió el instante, chirriando y lanzando bocanadas de humo negro muy cerca de la mesa.

Apuró el vaso y se levantó, dejando de forma descuidada algo de propina, más de lo habitual... Y se perdió en la oscuridad de las calles circundantes, devorado por la densa noche.

La gaviota se posó en el tejado. Sus ojos atentos descubrieron la presencia de tres sombras que se acercaban. Los intrusos se detuvieron en el acto al escuchar el chillido estridente del ave, tras levantar el vuelo otra vez. No fue mucho el ruido, pero no se lo esperaban. El sonido de algunas embarcaciones llegaba a sus oídos y también el olor a salitre que traía la brisa desde el mar cercano. El gran edificio de los sultanes otomanos ocupaba una enorme extensión bajo sus pies. Era el suntuoso palacio Topkapi, dormido aún, en espera de un nuevo día de ajetreo, de turistas alocados y de funcionarios aburridos, comenzando de nuevo su quehacer diario.

Las tres sombras continuaron avanzando por el tejado. Cruzando las pequeñas cúpulas y sorteando las chimeneas dispuestas a su alrededor, como pequeños minaretes decorados. Los hombres se desplazaban con agilidad. Parecían conocer muy bien el camino que debían seguir. La noche era cerrada y oscura. Amparaba los pensamientos más negros, los actos impuros y los hechos inconfesables. Las luces de los barcos que atravesaban el brazo de mar, al pie del palacio, eran los únicos resplandores que aún se podían ver. A la cabeza del grupo iba el más decidido, y se movía con cuidado, esperando no derribar o romper nada. El techo de la antigua construcción no estaba bien cuidado, los siglos de esplendor habían cedido a las inclemencias del aire marino y al sol abrasador que azotaba aquella región del extremo de Asia.

El distinguido caballero del barrio musulmán llegó a una apartada tapia de adobe poco decorada y se paró frente a la vieja puerta desgastada. Miró a ambos lados, no por precaución, sino más bien por costumbre, y empujó la hoja que se abrió sin problemas a su paso.

Las manecillas del reloj seguían marcando el tiempo y sus ojos las volvieron a comprobar en la oscuridad del portalón.

«Queda poco» —pensó, sintiendo impaciencia, y la ansiedad de conseguir por fin lo que siempre había deseado—. Vas a ser mío esta noche —murmuró

sin darse cuenta, y dejó que su mente se perdiera en las montañas lejanas de su infancia. Recordaba su pueblo, los rebaños de cabras, los hombres aguerridos y a su padre. Un jefe recio como aquellas tierras montaraces y duras. Pensó lo que ahora iba a conseguir. Eso les daría fuerzas, les proporcionaría un símbolo para seguir luchando, para lograr que la dignidad de toda su gente volviese a sus corazones. Habían perdido el orgullo, el valor para levantar la cabeza, y Kadir lo sentía en su pecho. Era un ardiente vigor que crecía con solo mirar el paso del tiempo en su reloj, esa noche.

Las tres sombras se habían parado sobre una sucia claraboya. El más decidido, y que parecía mandar aquel pequeño grupo de fantasmas sin rostro, levantó la mano para indicar que habían llegado al lugar prefijado. Con destreza, uno de ellos soltó su mochila y de ella extrajo algunas herramientas. La claraboya cedió al fin a la manipulación de la barra de corte. El cristal lentamente fue retirado, sin dejar que la más mínima mota se resbalase hacia el interior del edificio.

Kadir sonrió a la joven que salió a su paso. Una niña casi, que se acercó somnolienta y le saludó con deferencia. El olor a granadas y a flores se extendía por todo el patio. La chica, al ver que no se requería algo de ella, se volvió y desapareció ágil como una gacela.

Kadir volvió a mirar el reloj y apretó el puño.

—Pronto el Corazón del Profeta será nuestro. Muy pronto —murmuró, mirando a la oscuridad. Una mujer mayor salió de ella. Permanecía en la sombra de la casa, oculta como un perro guardián.

—Sí, mi señor. Así debe ser. Su padre estaría orgulloso de usted ahora. Nuestro momento está a punto de llegar. —Kadir asintió y se frotó la cara para ocultar la emoción que sentía.

«El Corazón del Profeta —pensó—. El *Qalb Al-Nabi*» —dejó que su mente jugase con esa idea, que tanto tiempo portaba.

»Nuestro pueblo tendrá su símbolo. Tendrá su coraje perdido —contestó, mirando a la mujer. La dama se apartó el velo que tapaba su rostro y dejó que una amplia sonrisa de complacencia expresase con libertad su alegría.

En el interior del salón, los tres sigilosos intrusos habían tocado el suelo, después de descender como consumados acróbatas por una cuerda. La misma aún permanecía oscilante sujeta a la claraboya. Estaban vestidos de negro. Tres oscuros mercenarios totalmente equipados para recorrer las estancias del palacio, sin dejar que las alarmas o los sofisticados sistemas de seguridad revelaran su presencia. El que iba al frente del equipo descubrió su manga y un dispositivo muy parecido a un móvil apareció, sujeto como un reloj de pulsera en su antebrazo. Pulsó rápido los botones y en la pantalla se activó un mapa digital, claramente dispuesto con vectores de colores, que marcaba la disposición interior de toda aquella zona del palacio. El hombre consultó el plano y miró a su alrededor. Los otros dos esperaban a su lado. Ningún sonido se podía escuchar. El parpadeo del sensor de una de las cámaras, que se podía ver en la esquina opuesta sobre ellos, seguía tranquilo. Nadie había reparado en su presencia y la ronda nocturna no debía pasar por allí hasta después de otra media hora.

Las suntuosas salas no eran su objetivo. Los ojos codiciosos, escondidos tras las máscaras, se pararon un instante ante la visión de aquellos tesoros. El enorme diamante de la “*madame Mère*” de Napoleón.

—84 quilates —susurró en holandés uno de ellos, ante la impresionante piedra. Desde antiguo fue conocido por “*Diamante del Cucharero*”; y no en vano obtuvo su nombre, ya que surgió de la basura, y fue un mendigo el que lo encontró y luego cambió por tres cucharas relucientes. Eso al menos cuenta la leyenda.

—La daga —volvió a mencionar, mientras las esmeraldas de la empuñadura despertaban ante la luz mortecina de sus modernas linternas sordas. Pero aquellos tesoros no eran su objetivo.

«Esta noche, no» —pensó el jefe del grupo.

»Otro día... —murmuró sonriendo, al dejar atrás el precioso “*puñal Topkapi*”.

La precisión de aquella operación se había dispuesto de forma militar. Aquellos hombres se movían como tales. Su adiestramiento, su forma de expresarse y sus gestos, demostraban una preparación propia de alguna unidad de comando. ¿Quiénes eran? ¿Qué les movía a hacer aquello? Sin duda, no era solo una cuestión económica, un robo vulgar. Todo había sido previsto, incluso

su captura; y los tres sabían que su vida estaba en peligro. Aún así, su prioridad era conseguir lo que habían venido a robar.

Kadir se levantó de nuevo de la silla del escritorio y miró la pantalla de su móvil. La llamada sonaría, era necesario que sonara. No podían fallar.

Delante de ellos estaba el enorme tapiz. Lo recordaban de las fotos que habían repasado algunos días antes. El emir saltaba sobre sus enemigos, y con el gran alfanje de batalla cercenaba sus cabezas, que caían bajo los cascos de su brioso caballo. El tapiz mostraba esa escena antigua y cubría parte de la pared del gabinete. Habían entrado en él con cuidado, tras sortear las medidas de seguridad que se disponían por el pasillo. Los sensores de movimiento y los medidores de densidad ambiental no habían podido resistirse a la manipulación previa que habían realizado. Todos estaban desconectados ahora, y no serían un problema para ellos esa noche.

Entre los tres desplazaron el pesado tapiz, apartándolo con cuidado para evitar que el polvo activase algún sensor. Frente a sus ojos había aparecido con claridad una enorme puerta de hierro fundido. La caja fuerte era muy antigua, tanto que descansaba allí empotrada dentro del muro de piedra desde hacía más de un siglo. Siempre había cumplido bien su cometido y su sólida construcción impedía que nadie accediese a su interior sin poseer la combinación.

El potente láser ultrajó aquella sólida estructura con la facilidad con la que se corta la mantequilla. La puerta vibró y con cuidado la extrajeron de sus goznes, entre los tres. Era muy pesada y no deseaban despertar a todo el retén de guardia, que dormía muy cerca de allí.

Con rapidez, enfocaron el interior de la caja, buscando ávidamente el trofeo esperado. Libros antiguos, viejas versiones del Corán y algunas bolsas de tela, que contenían piedras preciosas, se repartían por el espacio descubierto. En un rincón, al fondo y detrás de aquellos valiosos objetos, se podía ver una lujosa caja de palo santo. Bajo las máscaras que ocultaban sus rostros, esbozaron sendas sonrisas al descubrir lo que estaban buscando. El más alto asintió con la cabeza y extrajo la caja. La sacó de aquel espacio y se

la mostró a los otros dos.

Un sensor luminoso de color rojo parpadeaba furioso en el panel de la habitación de control. El guardia seguía leyendo la revista, dejándose embelesar por los ojos y la figura sensual de la modelo. Sus curvas y su escaso atuendo le hacían sentir los placeres que deseaba, y que el maldito trabajo le impedía disfrutar esa noche. La luz seguía con su pulso incesante, sin que se diese cuenta. El zumbido no había acompañado a la señal luminosa, debido a la manipulación que habían realizado los tres mercenarios, antes de penetrar en el interior del palacio. Pero aún así, el sistema de alarma era muy sofisticado y su total bloqueo no había sido tan eficaz como habían previsto.

El guardia volvió de pronto la vista, quizá sorprendido por el parpadeo. Era cierto lo que veía. Uno de los sensores de la alarma estaba funcionando y el sonido no acompañaba a la señal. Era posible que el sistema estuviese estropeado. Eso era lo más normal; quería creerlo así, mientras nervioso levantaba el telefonillo para hablar con el supervisor y poner en marcha todo el protocolo.

El cabecilla del equipo seguía sujetando la estatuilla ante los ojos codiciosos de sus compañeros. Una figura de oro macizo, deslumbrante bajo la luz de sus focos. Su forma era estilizada, de bella factura griega o egipcia, como un símbolo de aquellos dioses del Delta del Nilo. Portaba una furiosa cabeza de toro sobre sus hombros, y sus ojos ardían con el brillo de dos pequeños rubís engastados; y en su pecho parecía palpitar un enorme corazón rojo. Un bello rubí facetado de múltiples caras, con forma de corazón.

—El Corazón de Minos —susurró una de las sombras.

Los pasos ya retumbaban muy cerca de ellos. Al volver sus cabezas, vieron la luz parpadeante de una de las alarmas del techo. Habían sido descubiertos y tenían que escapar rápidamente o no conseguirían salir de allí.

—¡Estaba aquí, los informes nazis tenían razón! —aseguró otro de ellos, guardando con precipitación la figura dentro de su caja, antes de introducirla en una de las mochilas que portaban.

—¡Tenemos que salir ya! —ordenó el jefe de los tres; y con presteza recorrieron el pasillo, ya sin ningún cuidado por los sensores.

En el interior del gran palacio Topkapi, el desconcierto era enorme. Las voces, los pasos apresurados y los disparos, mancillaban aquellas salas que habían permanecido preservando la dignidad de los sultanes otomanos, durante siglos. Los tres intrusos corrían ahora despavoridos, con rapidez, sorteando estatuas y jarrones, y atravesando los pasillos sin mirar atrás, hasta

la zona de extracción que tenían prevista. El plan había cambiado cuando la alarma de movimiento del techo saltó. No lo podían entender. Todo el sistema del palacio había sido anulado de forma cuidadosa y eso no podía estar pasando. Pero aún así, el maldito sensor se activó y alertó a todos los guardias que vigilaban por la noche el gran museo oriental.

Las tres sombras corrían hacia otra zona distinta de su entrada por la claraboya cenital. La cuerda aún colgaba del bastidor de la ventana, cuando los guardias cruzaron por allí. Se detuvieron un instante al verla suspendida con los arneses agitándose en el aire, pero prosiguieron su persecución. Formaban un cerco por todo el interior de aquel pabellón, para intentar atrapar a los ladrones en el centro.

Los tres mercenarios cruzaron los patios interiores con suma agilidad, recordando todo el entrenamiento recibido meses atrás, y aprovechando los espacios libres y los obstáculos que encontraban a su paso. El punto de extracción estaba cada vez más cerca. Un esfuerzo más y la libertad sería ya una realidad. A sus espaldas se podían escuchar los estampidos de algún fusil de asalto, que repartía rociadas de munición muy cerca de ellos. Se agacharon un instante al ver cómo se levantaba el polvo y algunas estatuas eran alcanzadas por las balas; y prosiguieron su espectacular carrera, más propia de artistas circenses que de ladrones normales. Con agilidad saltaron los muros. Treparon por las paredes con la destreza de un escalador profesional, y sortearon setos y estanques que adornaban los últimos jardines del palacio.

Un rumor cercano se podía escuchar en el cielo nocturno. Los guardias gritaban en turco de forma alborotada y más hombres venían desde la zona opuesta a la huida. Su intención era muy clara, iban a cortar el paso de los intrusos, e intentar atraparlos en un círculo que cada vez se hacía más estrecho. Los ladrones ya escuchaban el ruido del motor. Un trepidar intenso que apagaba el jadeo de su esfuerzo.

Todo fue muy rápido. Un pequeño helicóptero de color oscuro apareció sobre una zona más despejada. El piloto maniobraba con pericia, esquivando las cornisas de los edificios y los cables eléctricos. El helicóptero descendía para esperar a los ladrones, que ya lo veían a lo lejos.

—¡Allí está el helicóptero! ¡Ya es nuestro! ¡Vamos, rápido o nos alcanzarán! —gritó en holandés el jefe del grupo, arengando a los otros dos que le seguían con celeridad.

Una nueva ráfaga de disparos pasó muy cerca. Algunos estampidos espaciados, les indicaron que tiradores de élite se habían apostado en algún

lugar más prominente, intentando abatirlos antes de llegar a la aeronave. Pero ya no debían mirar atrás, solo correr, saltar los últimos obstáculos y conseguir escapar con su preciado botín.

El francotirador miró con cuidado por la mira de infrarrojos, apuntó y respiró pausado. Su dedo tocó el gatillo suavemente y esperó a que la silueta oscura atravesara el centro de su visión. Solo acarició el gatillo, una breve pulsación, y un retroceso enorme le empujó hacia atrás. El fusil de precisión disparó un proyectil que recorrió el espacio entre el cañón y el hombre, más rápido que el sonido. Uno de los ladrones cayó al suelo. La bala le había acertado en la espalda y el pobre diablo había sido derribado por la inercia del impacto. Había muerto a los pocos segundos de ser herido. Los otros dos no se pararon, su misión era poner a salvo el objeto y los turcos no les dejarían con vida si los atrapaban.

Más disparos de precisión impactaron cerca de ellos. El helicóptero esperaba ya suspendido sobre el suelo, como si flotase nervioso por salir de allí.

El tirador volvió a apuntar y el segundo intruso fue abatido con una herida en la pierna, justo cuando el tercero, su jefe, saltaba al interior de la nave. El piloto empujó la palanca hacia atrás, haciendo rugir la potencia de los motores, que propulsaron al helicóptero hacia el cielo.

El ladrón herido se arrastraba por el suelo y sacaba una pistola, justo cuando varios guardias llegaban a su lado. Una ráfaga de ametralladora acabó con su vida, antes de que pudiera responder con su arma. El helicóptero ya volaba libre. El Corazón de Minos había sido robado, y nada podían hacer ya los guardias para recuperarlo.

Kadir miró de nuevo el reloj. Ya pasaba de la hora marcada. Algo había salido mal. Era posible. La seguridad era difícil de sortear. Incluso todo podía ser un bulo, una información falsa que no condujera a ningún sitio. Podría no estar allí. Podían haberle engañado; y pagarían por ello, eso no lo dudaba. Su ira iba en aumento y no sabía el porqué. Nada indicaba que la operación hubiese fracasado; pero aún así, su carácter vehemente y su ardiente forma de ser, le hacían encolerizarse por dentro. El odio que sentía volvía a fluir con libertad, sin apenas poderlo controlar.

—Han fallado. Han fallado, lo puedo sentir —repetía en voz baja,

palmeando sobre la mesa de su despacho y haciendo que su móvil se moviese hasta el borde de la misma.

El aparato vibró entonces y una llamada entrante se iluminó en la pantalla.

Kadir levantó el móvil, apresurado y pulso el botón para contestar:

—Soy Tolga —anunció la voz—. Lo tenemos

«Lo tenemos» —se repitió a sí mismo, Kadir—. ¡Lo tenemos! —dijo en alto, dejando que el eco de esas palabras rebotara en las paredes de la habitación.

—Pero hay un problema.

Aquella frase dejó mudo a Kadir al instante. El silencio de su respiración agitada dio paso a su interlocutor, que continuó hablando.

—El holandés quiere más dinero. Han muerto los otros dos.

—¿La policía les ha hecho hablar? —preguntó ansioso Kadir.

—No. Han muerto en el acto, pero el *Qalb Al-Nabi* está en su poder —contestó Tolga.

—¡Maldito estúpido! Tu cabeza estará en una bandeja mañana si no consigues recuperarlo —amenazó Kadir, apagando el móvil, lleno de furia.

CAPÍTULO 1



El bullicio de la moderna ciudad de Atenas, rompía el silencio en el interior del despacho del rico coleccionista. Se acercó al enorme ventanal y observó la calle. La mañana despertaba llena de energía, con ese pulso incesante que la vieja ciudad griega mostraba de forma cotidiana. Transeúntes, turistas y un sinfín de automóviles y transportes públicos cruzaban por doquier. La ciudad estaba llena de vida y él lo observaba todo desde allí. Permanecía callado, pensando en la trascendencia de las cosas, en lo que de verdad era importante. Echaba de menos su palacio de Creta. No le gustaba salir de su isla ni de su protegida y lujosa fortaleza.

Se volvió y se acercó de nuevo a su mesa. Encima de la superficie de caoba, se encontraba un libro abierto por sus páginas centrales. Mostraba un precioso grabado del museo de Ferrante Imperato. Una reproducción de la obra de *Dell'Historia Naturale*, impresa en Nápoles en 1599. El ambicioso coleccionista hojeaba el libro, pasando las hojas llenas de imágenes e ilustraciones. En él se podían ver hermosas salas abarrotadas de objetos de arte. Estanterías llenas de bellas figuras, de jarrones, de lienzos con pinturas clásicas. Los grabados se repartían a lo largo de las páginas del libro, haciendo que los ojos del coleccionista brillaran llenos de codicia.

Pasó el dedo despacio por la superficie satinada de la hoja, observando con detenimiento un grabado del museo Cospiano de Ferdinando Cospi, impreso en Bolonia en 1677. En la imagen se podían ver decenas de objetos artísticos apilados en antiguas estanterías. El coleccionista pensaba en aquellos nobles, en aquellos papas, cardenales, burgueses o comerciantes del pasado. Se sentía unido a ellos con esa misma ansia por poseer, por coleccionar todo tipo de antigüedades y de expresiones artísticas. Envidiaba aquellos antiguos gabinetes de arte. Las galerías de los palacios y de las villas; el interior de las mansiones, donde los nobles o los ricos acumulaban sus colecciones, exentas de las miradas profanas y de los ojos del exterior. Las joyas, las monedas y las piedras preciosas, eran su máxima pasión..., también las mujeres hermosas.

Adoraba el arte, su despacho era una muestra de ello, abarrotado de figuras y cuadros. Las paredes no presentaban ningún espacio libre, repletas de lienzos y tablas pintadas. Pero lo que más deseaba, lo que él necesitaba

tocar y poseer, eran las joyas y sobre todo las piedras preciosas. Aquellas que contenían una historia, que tenían en sí mismas un poder mágico o trascendental. Principalmente las que venían directamente de la mitología clásica.

El coleccionista se sentó fatigado, exhalando un suspiro tras la mesa. Pensaba en el *studiolo* de Cosme I de Médici. Meditaba sobre aquel hombre y se sentía muy identificado con él. Recordaba las inmensas colecciones que había acumulado el noble florentino. Decenas de medallas, de camafeos, de iconos bizantinos y manuscritos antiguos. Hubiera sido feliz en aquella Florencia de los Médicis, o quizá también en Urbino o en Mantua; disfrutando de las pinturas de Mantegna, sobre el *Parnaso* y el *Triunfo de las Virtudes*.

Aquellos eran pensamientos que se desbocaban en su mente. Para él eran reales, mucho más reales que el bullicio que discurría a los pies del edificio donde estaba.

El móvil vibró en la mesa. Aquel rico coleccionista no se inmutó, siguió en silencio sin prestar mayor atención. Se levantó despacio hacia una de las esquinas de la habitación, observando uno de los cuadros que más le gustaba. Frente a él se encontraba una reproducción perfecta y maravillosa de la *Alegoría de la Vista*. Una obra de Jan Brueghel, el joven; que pintó el artista en 1660. El hombre observaba a Venus y a Cupido, situados en el centro de la escena como pequeños seres, diminutas esencias del arte y de la creación del espíritu. El cuadro mostraba una galería de arte, un estudio repleto de obras clásicas, de esculturas, de cuadros y objetos repartidos por el suelo; que parecían querer salir volando por los enormes ventanales y las arquerías de aquella habitación balconada.

El coleccionista observaba con detenimiento, lo había hecho en innumerables ocasiones y esa era una de ellas. Se acercó, quitándose las gafas, y permitió que su miopía se fijara con precisión en los detalles de la obra. Allí aparecía el retrato de un cardenal, en la parte superior... Sus ojos se fijaron en las joyas y en las monedas repartidas por todo el suelo, entre un caos de esculturas doradas y ecuestres. Incluso aquel maravilloso orbe. Todo aquello le hacía desear formar parte de la obra. Habría dado cualquier cosa por introducirse en la escena, abandonando su presencia física, para trasladarse de forma real o mágica al interior del cuadro.

El móvil volvió a vibrar en la mesa del despacho y rompió la magia de aquel momento. Se dio la vuelta molesto y lo cogió con la mano. Una voz seria y concisa le explicó algo que estaba esperando.

—Tengo la información que me pidió, señor —dijo su interlocutor a través del aparato.

El coleccionista no se inmutó. Respiró más profundamente y esperó.

»El objeto ha sido descubierto. Es seguro. Nuestra fuente es auténtica y no nos miente, señor.

—Debes estar seguro del todo. No me molestes si no es así —expetó el coleccionista, interrumpiéndolo.

—La información no tiene duda alguna. El testigo ha sido interrogado de forma..., digamos, contundente —aseguró, cambiando el tono de su voz—. El testigo nos ha dicho todo lo que sabía, se lo puedo asegurar. Está confirmado.

—¿Y dónde está ahora el objeto?

—Ese es el contratiempo, si me permite la valoración, señor. Realmente es solo un contratiempo, que pensamos que se puede solucionar. Pero exigiría de su señoría, de cierta actuación necesaria. Diría yo, de cierta diligencia en lo que exige el momento —aseguró su interlocutor, intentando que su mensaje no contrariase al hombre que le imponía su autoridad, y para el que trabajaba desde hacía muchos años.

—Deja de dar rodeos estúpidos. Ya sabes que odio estos juegos del gato y el ratón. ¿Dónde demonios está el Corazón? ¡Escúpelos de una vez!

—Lo lamento, no era mi intención...

—¡Basta! —ordenó el coleccionista, impaciente y con creciente irritación—. ¿Dónde está el *Corazón* del Labrys?

—El guarda lo asegura..., y no sabía nada el muy estúpido, a pesar de llevar trabajando en el palacio más de veinte años. Pero lo asegura, y ni cuando ha perdido los dedos de la mano derecha, ha cambiado su versión. El objeto estaba allí depositado en alguna cámara privada, o puede que en dependencias ocultas.

—Comprendo...

—Todo sucedió muy rápido, con una precisión militar. Han sido profesionales, señor. Muy buenos, eso me dicen ciertos contactos de Estambul. No son de la ciudad, eso seguro. No son turcos. Puede que belgas u holandeses. La policía turca atrapó a dos de ellos, pero el tercero se escapó con la estatua, por los pelos.

—¡Maldita sea! Se escapó.

—Bueno..., sí, se escapó. Pero es solo un contratiempo, señor. Solo eso. Se puede solucionar.

—¿Se puede? —susurró el coleccionista con el tono de voz de una

serpiente.

Su interlocutor sintió un frío viento que le rozó la nuca, como si la muerte rondara a su alrededor.

—Sí se puede, por supuesto. ¿Cuándo le he fallado yo, señor?

—Esa no es la pregunta correcta —interrumpió con voz metálica el hombre, desde su despacho de Atenas.

—¿No lo es? No sé..., pido perdón si...

—La pregunta correcta es, si esta vez me fallarás. ¿No estás de acuerdo? —dejó en el aire; y la temible inflexión de su voz golpeó la cara del secuaz, que sintió cómo se le erizaba el bello de su piel.

—Nunca le fallaré, señor. Eso está garantizado. Ese hombre será suyo.

—¡Estúpido imbécil! Ese hombre no me hace falta. Necesito el Corazón. ¡El Corazón! Grábatelo en tu dura cabezota. Eso es lo que quiero. ¡Y lo quiero ya! —gritó, haciendo que las paredes de su despacho amplificaran su estridente voz.

—Pero la joya ha desaparecido. Según mis informadores, son los kurdos. Ellos la tienen, o por lo menos eso parece. No podemos movernos con comodidad en ese país, ya lo sabe, señor. Se necesita a otra persona. Un agente libre, alguien al que no se le pueda relacionar con nosotros.

—Sí, es verdad. En manos de los kurdos...

—Un agente externo, un investigador que no tenga nada que ver con nosotros, sería la mejor opción. Así nadie lo relacionaría con su señoría. Es demasiado conocido en este mundillo como para complicarse en persona. Incluso yo y los hombres no deberíamos acercarnos demasiado, si no queremos ser descubiertos. Hay demasiado en juego y en Turquía no nos podemos mover sin ser detectados —aseguró el secuaz, sintiendo cómo el valor volvía de nuevo a su ánimo.

—Esto es lo que quiero oír, y no lamentos de mujer a través del teléfono, que hacen que me irrite aún más.

—Un agente externo, un investigador. Ese es el plan, señor.

—¿Y quién debería ser ese hombre?

—Tenemos al hombre, señor. Es ideal.

—Suéltalo ya de una vez, estúpido —le increpó, mirando a la pared y dejando que la irritación se esfumase ante la vista de uno de sus cuadros preferidos. Sus ojos se detuvieron en la pintura del *Archiduque Alberto e Isabella*, visitando el *Gabinete de Curiosidades*, de Hieronymus Francken. Sonrió al instante y pensó en un cuadro igual que se guardaba en el museo

Walters de Baltimore. Uno de aquellos dos era una copia perfecta. Una cuidada falsificación; y en su codicioso pensamiento dejó que una frase se deslizara en su cabeza: «Pero no la mía»

—¿Señor, me escucha, señor? —rompió el hechizo la voz.

—Dime en quién habías pensado —preguntó el coleccionista otra vez.

—En el francés.

—¿El hijo de Dimitrakis?

—Sí, Thalassi.

—Interesante elección..., y afortunada también —susurró—. Y quizá providencial. Hacía mucho tiempo que deberíamos haber solucionado este tema, y ahora la providencia nos da la oportunidad.

—¿Entonces?

—Perfecto. Debes ser muy discreto. No quiero fallos. Ningún fallo... —amenazó.

El coleccionista cortó la comunicación y se quedó mirando el cuadro del *Archiduque*; disfrutando de aquella bella imagen del *Gabinete de Arte*.

«Amigo cretense, tú encontrarás mi “Corazón”» —pensó, sonriendo al sentir cómo el Minotauro complacía sus deseos.

Lejos de allí, una breve parada del tranvía dejó bajar a un viajero en pleno París. Se subió el cuello del abrigo, al sentir el aire frío y levantó la vista para contemplar el enorme edificio de la Tour First, que terminaba por encima de las otras torres de oficinas en el distrito de negocios de La Défense.

De estatura mediana y complexión compacta, parecía un universitario, uno de esos jóvenes profesores de la Sorbona, con su pulcro cabello corto y bien peinado. Bajo su brazo llevaba una carpeta de piel oscura. Su expresión seria, demostraba un carácter introvertido y pausado, casi ausente de todo lo que le rodeaba. Aún así, eso era solo el exterior, lo que cualquiera de los paseantes que se cruzaban con él, habrían percibido. Su mente funcionaba siempre a cien por hora, analizándolo todo, comprobando y ordenando en fichas mentales, que archivaba de forma metódica en su cerebro. Para él todo era cuantificable, obedecía a un orden y se podía clasificar. Nada se escapaba a sus ojos atentos, e incluso con aquel aspecto adormilado y un tanto distraído, podía percibir lo que los demás pasaban por alto.

Aquel día había sido convocado en las oficinas de una compañía del

centro de la ciudad. Uno de aquellos ricos financieros, un bróker importante, lo había contratado, o más bien quería hacerlo, para un asunto muy delicado. Su especialidad era esa: lo delicado. Conseguir lo que otros no conseguían. En el mundo del arte, en esa parte del submundo de la compra y venta de arte de dudoso origen y condición, su reputación estaba muy extendida. Las aseguradoras lo tenían en su nómina, e incluso la policía de varios países contaba con él para ciertos trabajos delicados, en los que necesitaban su habilidad especial.

Ahora se dirigía a la enorme torre. Se paró un instante al pie del edificio y entró sin titubeos. El bróker ya lo esperaba y su secretaria le acompañó al despacho sin mediar ninguna presentación.

El financiero estaba de espaldas, mirando por la ventana. Escuchó los pasos amortiguados en la moqueta y se volvió con rapidez. Demostraba un ánimo nervioso, casi convulso, y un carácter muy sanguíneo que se reflejaba con claridad en el color congestionado de su cara y en el tono incandescente de sus orejas.

—Nikolaos Thalassi —dijo elevando la voz, mientras leía la tarjeta que tenía en la mano.

El visitante se paró en la entrada del despacho y no se inmutó. Sus ojos grises no demostraban ningún estado de ánimo.

»Pase por favor, si es tan amable. Y sin cumplidos, sin cumplidos... Esto es muy frustrante. Es vergonzoso. Algo muy irritante que me está matando desde hace días —empezó a hablar de forma atropellada el financiero, sin soltar la mano de su invitado, que apretaba ya sin ganas—. Esos mal nacidos. Esos buitres de Mogtheby's que me lo vendieron, ahora se lavan las manos. No quieren saber nada. ¿Cómo no van a tener la culpa? ¡Por todos los santos! Si fueron ellos los que me lo vendieron—. Seguía hablando sin parar, ante la mirada inmutable del investigador.

—Lo comprendo. Solo Nikos —casi murmuró el invitado.

Aquella voz tranquila detuvo en seco el parloteo nervioso del bróker. Tuvo un efecto mágico, sedante. Hizo que se callase al escuchar esas palabras, y sonrió condescendiente.

—Llámeme Nikos, por favor. Solo mi padre es el Thalassi importante.

—Ah, bien, bien... Nikos entonces —retomó su aplomo el financiero, dirigiéndose a un extremo de la oficina, que atraía ahora la atención de ambos—. Este es —añadió, indicando con el dedo un cuadro de bella factura clásica.

Nikos se acercó a la obra y la contempló con detenimiento. El marco era antiguo, sin duda. Eso le pareció al instante: un marco de la época en el que se apreciaba muy bien el desgaste del dorado. Lo descolgó con cuidado para observar el bastidor por detrás y comprobó que todo era correcto. Así lo esperaba encontrar. Una desgastada etiqueta de una antigua galería de Bruselas, se veía aún pegada cerca de una esquina. Todo era auténtico. Él sabía que lo sería.

«De finales del XVII o principios del XVIII —se dijo mentalmente. Luego sus ojos se trasladaron hasta el lienzo pintado. Los trazos eran inequívocos, bien dispuestos de una forma acertada, para encajar con el supuesto autor. La capa de barniz estaba muy oscurecida—. Quizá más de una capa» —pensó. Daba un aspecto ambarino a la imagen representada. Los colores habían sido oscurecidos con mucha pericia, y el craquelado o cuarteado de la capa pictórica reflejaba a la perfección el paso del tiempo.

Nikos pensó en la contracción gradual y dispareja de las capas de pintura. En la forma de extender una base sintética de secado más lento y cubrirla por una capa de base acuosa, con un secado más rápido, que alteraría el equilibrio de tensiones dentro de la obra.

—O quizá con aire caliente... —dijo en voz alta, sin darse cuenta que esos pensamientos se transformaban en palabras.

—¿Cómo dice? —interrogó el bróker, sorprendido por esta súbita afirmación.

—Oh, disculpe. Pensaba en alto. Es evidente que es falso. Una irónica y divertida obra de un admirador de Vermeer. Sin duda debe serlo, ya que nadie se habría atrevido a recrear una composición de este tipo con tanta pericia, con tanto celo y amor por el autor —aseguró Nikos, sin dejar de mirar el cuadro.

El financiero le escuchaba con la boca abierta, retorciéndose las manos con nerviosismo. El cuadro era falso, más falso que su podrido corazón. Eso ya lo sabía, y no necesitaba que nadie y menos aquel tipo anodino, le diera clases de arte en ese momento. Necesitaba recuperar su dinero, y sobre todo y por encima de cualquier otra consideración, que el culpable de aquello, de la maldita pintura que decoraba su despacho, pagase por aquel monstruoso crimen. Así lo sentía y ni todo su autocontrol podía disimularlo.

»Interesante composición. Es sin duda una de las mejores falsificaciones de Vermeer de los últimos tiempos. Una obra singular, que el propio autor habría estado encantado de firmar. Estoy seguro de ello —aseguró, sin prestar

atención a la ansiedad de su cliente.

—Parecía auténtico. Me dijeron que lo era. Esos malditos mentirosos de Mogtheby's. Aquel tipo parecía saberlo todo sobre arte, y me lo aseguró. Y ahora tengo una falsificación. Una basura colgada en mi despacho... Y es una vergüenza... —balbuceó, presa de sus nervios desbocados.

—Ha sido un trabajo muy bueno. Utilizaron un cuadro auténtico de la misma época, que posteriormente borrarón. Alguna deplorable obra con una delgada capa de pintura, fácil de eliminar con cualquier disolvente. Luego el talento del artista hizo su magia y un nuevo y bonito Vermeer vio la luz. La composición ya lo decía. Es más, pienso que el propio falsificador quería que su cuadro fuese descubierto, como una burla o una ironía. Pero aún así, un análisis con luz ultravioleta y un macrobarrido por fluorescencia de rayos x, habrían revelado el rastro de la pintura anterior —explicó, dejando otra vez el cuadro en la pared—. No debe preocuparse. Nadie sabrá nada por mediación mía —indicó, para tranquilizar a su posible cliente.

—Eso es lo que deseo, total discreción, y que el culpable sea capturado y metido entre rejas.

—No será fácil. No es nada fácil encontrar a este tipo de falsificadores —aseguró Nikos con franqueza, sin dejar de mirar el cuadro.

Sonrió de nuevo al ver la escena. Se representaba una amplia cocina antigua y una campesina vertiendo leche desde una jarra de barro; a la vez que una descarada dama coqueteaba con dos caballeros, que parecían agasajarla con sus pícaras palabras. Aquella composición era hermosa, pero artificial. El falsificador se había reído de todos. Recordaba de una forma provocativa a dos conocidas obras del pintor holandés. El artista las había fusionado en una sola; y ahora decoraba el lujoso despacho de aquel engreído millonario.

«La vida está llena de paradojas. El dinero no te hace más listo o más culto» —pensó, y se dio la vuelta para precisar los términos de su trabajo, y sobre todo informar de su desahogada tarifa.

—Nadie debe saber nada. Ni la policía, ni por supuesto la prensa, bajo ningún concepto —había precisado aquel ingenuo tipo, al aceptar sus honorarios. Nikos sonrió abiertamente, por primera vez en toda la mañana. Ahora tenía un encargo de trabajo. El caso de Silesia Seguros había resultado poco sustancioso para él y esta transfusión de liquidez, llegaba en el momento justo.

Tendría que viajar hasta Bruselas, estaba seguro de ello. Ya había contactado con un informador, antes de llegar a las oficinas del financiero.

Todo se sabía en aquel pequeño mundo, y una falsificación de Vermeer era algo muy notable. La ciudad de Bruselas le esperaba. Su complejo mundo de obras de arte “incómodas” e “irreverentes”, era el destino de sus pesquisas.

Pasó la tarde con su padre en el pequeño pisito que este tenía muy cerca del Sena. Le gustaba visitar al viejo, como él le llamaba. Thalassi el viejo, como si de una dinastía de pintores del barroco se tratara. Y su padre reía sus ocurrencias, con los ojos húmedos, alegre por la presencia de su hijo. Su padre era la única familia que tenía. Nadie más. Un cretense curtido por la vida desde que salió de su isla del Egeo hacía tantos años. Nikos no era de Creta, era un parisino de pura cepa. Pero la sangre de sus ancestros seguía en él y se sentía orgulloso de ello, sobre todo cuando su padre se lo mencionaba en alguna de sus habituales visitas.

Ese día había ido a visitar al viejo para decirle que no volvería hasta la semana próxima. Debía salir de viaje y no quería que su padre se preocupara.

—Así que te vas a Bélgica —bufó Tassos. Así se llamaba su padre.

—Sí, mañana mismo salgo para Bruselas. No es que me encante la idea, pero hay que comer. Y el cliente es el que paga —contestó riendo y acariciando la espalda encorvada de su progenitor.

—Bah, los belgas no me gustan. Son gente muy superficial, siempre de broma, de tontería. No me gustan, la verdad. No esperes que nadie te cuente allí la verdad. Perderás el tiempo, Nikolaos.

—Soy muy listo, papá. No me dejaré engañar por un belga. Y si lo intenta, diré: “Cuidado colega, soy un Thalassi. No sabes con quién te estás metiendo” —bromeaba Nikos, haciendo reír a su padre.

—Siempre estás de bobada. Si es que debes tener algo de sangre belga en las venas —protestó su padre por la ocurrencia—. Lo mismo los belgas te tratan como a uno de los suyos. No sé a quién habrás salido.

—A mamá. No a un Thalassi viejo y reguñón. Seguro que a él no —añadió el investigador, siguiendo la broma.

Su viaje a Bélgica transcurrió sin ningún percance, exceptuando la llamada que recibió del comisario Duchamp, de la Prefectura de París. La esperaba,

sabía que el policía habría olfateado el cuadro falso que habían emplumado al rico financiero de La Défense. De eso estaba seguro.

—Señor Thalassi, ¿qué tal sigue su querido padre de salud? Espero que bien —fue la presentación del funcionario, antes de que Nikos tomara su avión.

—Pero si es mi viejo amigo, el señor comisario Duchamp. ¿O debo decir ya prefecto? —contestó Nikos, con el tono de ironía justo para no ofender al policía.

—Me halaga, señor Thalassi. Pero todavía no. No, por favor. Comisario, solo comisario.

—¿Y en qué puedo ayudarle?

—Pues me ha llegado a estas viejas orejas un rumor. Algo que me he dicho: el señor Thalassi tiene que estar al tanto. Seguro que lo está.

—¿Y de qué puede tratar ese rumor? No alcanzo...

—Por favor..., no me haga rogar... —interrumpió el comisario, sonriendo en voz baja.

—Sí, algo he oído. Algo. Un cuadro falso de Vermeer. Eso parece. Un palomo del distrito financiero ha palmado una fortuna en Mogtheby's, en la casa de subastas y se ha quedado con un lienzo barroco muy decorativo. Algún tipo muy listo se ha entretenido mucho pintando un domingo de verano, en algún jardín de Bruselas o de Brujas..., o vaya usted a saber. Eso me ha llegado —repuso Nikos, sin pretender ya jugar con el viejo policía.

—Eso es lo que he oído yo. Eso mismo, señor Thalassi. Y no me lo podía creer. Un señor tan culto y con tanto dinero como ese. Pero en fin, ya no se respeta a nadie.

—Eso parece —murmuró Nikos, sin añadir nada más.

—Y me pregunto yo, ¿si no sería mucho pedir, que en el supuesto caso, de que más información llegara a su conocimiento, fuese posible que la compartiese con este amigo de la policía? —sugirió el comisario, recalcando con mayor énfasis la palabra “amigo”.

—Desde luego, señor comisario. Ya sabe que siempre estoy a disposición de las fuerzas del orden. Y más para ayudar a la central de la Prefectura.

—Eso me pensé. Así se lo dije a Coloq. ¿Verdad Coloq, que te lo comenté esta mañana? —continuó el comisario, como si hablase con uno de sus subalternos.

—Si me llega más información, se la facilitaré. No hay problema Duchamp —afirmó Nikos, dando por zanjada la conversación, al ver el aviso de su

vuelo en el panel de salida.

—Muy bien. Muchas gracias, señor Thalassi. Le deseo un buen vuelo a Bruselas y una agradable estancia en esa ciudad tan bella..., tan llena de cuadros, de arte y de esas cosas que a nosotros nos gustan —terminó el viejo comisario.

Nikos apretó el botón del móvil y concluyó la conversación. El policía ya sabía a dónde iba y a lo que iba. Era un entrometido y sentía su respiración en la nuca, y esa sensación no le gustaba. Aunque el comisario le caía bien, y siempre se podía contar con él cuando las cosas se torcían.

«Amigo Duchamp, te enterarás de las cosas cuando debas saberlas» —pensó sin poder evitarlo, antes de entrar en la zona de embarque del aeropuerto.

Bruselas era una ciudad que le gustaba mucho. Había sido su segunda residencia, un lugar donde se sentía cómodo y donde se movía como pez en el agua. Allí tenía muchos confidentes y todo su mundo del arte ilegal era conocido para él. También a él le conocían todos los marchantes, y peritos de lo ajeno. Algunos ya habían pasado por sus manos, y debido a ello, disfrutado de unas buenas vacaciones pagadas por el gobierno de la República.

Nikos había decidido visitar ese domingo por la mañana el famoso mercado de la Place du Grand Sablon. El mercadillo callejero estaba rebosante de arte, de libros, de objetos antiguos, muebles, jarrones y sobre todo de cuadros. Los habitantes de Bruselas lo abarrotaban ese día, otorgando al espacio un ambiente muy cosmopolita. El investigador se había permitido desde muy pronto un buen trozo de queso, junto con una rebanada de pan casero. Y apuraba un vaso de Duvel. La cerveza belga le encantaba.

Miraba al exterior del local, pensando en los pasos que debía dar. No quería olvidarse de comprar una caja de bombones para su padre.

«El viejo se ha vuelto un goloso» —pensó, y salió dejando algo de propina al camarero, que le miró con simpatía.

El bullicio del mercado estaba en su apogeo. Decenas de personas se acercaban a los puestecillos y regateaban los precios aquí y allá. Nikos comenzó a deambular, como si su búsqueda no le condujese a ninguna parte. Solo la mera curiosidad del que desea perder una mañana de domingo de forma plácida. Pero no era así. El puesto de Lecroq era su destino. Y el

vendedor lo reconoció al instante, mucho antes de que se acercara. Su rostro cambió y un gesto de suspicacia sustituyó a su amable expresión

—Mal que se calla queda sin consejo —dijo el vendedor.

—Dolor que se oculta queda sin remedio —contestó Nikos. A Lecroq le encantaban los refranes, y no perdía nunca la oportunidad de soltar alguno.

—¿Muchas ventas?

—Algunas —respondió el vendedor, entregando la vuelta a unos clientes, que habían adquirido una pequeña tabla pintada de estilo clásico.

—¿Compradores de cuadros antiguos?

—Algunos ha habido.

—¿Bastidores del diecisiete o principios del dieciocho? —añadió el investigador, acercándose a un lateral del puestecillo.

El señor Lecroq regentaba un puesto en el mercado de Sablon desde hacía más de treinta años. Era un vendedor muy conocido y reputado, con una clientela fija. Su tenderete estaba muy dignamente dispuesto. Era serio y amable, y mostraba, bajo una lona de color teja, una colección espléndida de cuadros y objetos antiguos. En el fondo del puesto estaban colgados varios lienzos; retratos casi todos de caballeros y damas, de adustos rostros y estilo barroco. Incluso había alguna cosilla nueva, que Lecroq presentaba como “Estilo Colonial” en una cartulina de color crema

—¿Estilo colonial, Lecroq? —murmuró Nikos, sonriendo y tomando el letrero entre las manos.

—Ya sabe cómo están los tiempos. Hay que atraer al público.

—Ya, claro —contestó Nikos, dejando la cartulina en su sitio, delante de los supuestos cuadros de las colonias belgas de ultramar.

»Y sobre el tema que me ha traído aquí, ¿qué me puedes decir? Necesito saber si has vendido un buen lote, o alguno de tus colegas lo ha hecho. Varios..., tres o cuatro, o más. Cuadros antiguos de finales del diecisiete. Más o menos. De esos que tienen un lienzo en buen estado y una capa muy delgada o desgastada de pintura. Nada escandaloso, pero con bastidor y marco de la época. Ya sabes. Cosa de calidad, pero fácil de usar.

—Que yo sepa... Es posible. Sí, es posible que así sea. Un tipo estuvo viniendo a mirar. Solo a mirar y a preguntar mucho. Luego se llevó varios óleos míos y algunos del puesto de Dumont. Cuatro cuadros, a lo mejor. Pero no todos el mismo día. Uno cada vez. Muy cuidadoso y listo —recordó el viejo comerciante, haciendo memoria.

Nikos miraba, mientras tanto, un pequeño cuadro sin marco. Una escena

naval donde una fragata luchaba contra un mar embravecido, que parecía querer hacer zozobrar al navío. La pequeña obra costaba 50 €. Estaba bien y a Nikos le gustaba.

—Me llevaré este óleo, amigo Lecroq. ¿Son 200 €, verdad? —preguntó el investigador, haciendo sonreír al comerciante.

Sacó el dinero de su cartera y le pagó, mientras el vendedor lo envolvía e introducía en una bolsa.

—Va a volver hoy, estoy seguro de que va a volver. No sé cuándo, pero te aseguro que vendrá a mi puesto o al de Dumont —afirmó el comerciante, entregándole su compra.

—Muchas gracias —respondió el investigador, y sonrió al vendedor a modo de despedida. Ya sabía lo que quería y en su cabeza se forjó un plan rápido. Debía esperar allí en el mercado. Vigilar los puestos hasta que el extraño comprador llegase y luego le seguiría, para ver hasta dónde le conducía. Aquella pista era la mejor que tenía y su intuición le decía que estaba en el buen camino, y que pronto tendría frente a él al concienzudo pintor del Vermeer que había visto en París.

La mañana se deslizó entre las manecillas de su reloj de pulsera. El trasiego de visitantes en el mercado de arte no disminuyó. Nikos deambulaba de aquí para allá o esperaba sentado en alguna mesa estratégicamente colocada. Ningún sospechoso había llegado a los dos puestos y la paciencia empezaba a vencer su determinación. Ahora dudaba de su idea. El tipo se podía haber cansado, o a lo peor, el viejo Lecroq no tenía razón y ya no volvería otra vez. Pero no fue necesario seguir con esos pensamientos, porque al instante se dio cuenta de que el vendedor le había hecho la señal convenida. El tipo estaba allí de espaldas a su posición, agachado, mientras parecía mirar algún objeto del puesto de arte. Siempre hacía lo mismo, Lecroq se lo había asegurado. Intentaba no demostrar su intención, mirando esto y lo otro, cogiendo entre sus manos una pulsera o un aguamanil esmaltado. Pero al final, siempre acababa preguntando por alguno de los cuadros, a los que dedicaba toda su atención.

Nikos esperó ese momento y se fue acercando, como si fuese otro de los desocupados que frecuentaban el lugar. El tipo se agenció un cuadro, un retrato bastante anodino de un caballero de bigote, sobre fondo negro y se lo llevó bajo el brazo, envuelto en un trozo de papel. Salió de la plaza a paso ligero, y Nikos le siguió sin dejar que se le escapase. Pensó en ese momento, que quizá el tipo dispusiese de algún vehículo aparcado, o peor aún, de una motocicleta.

Un elemento con el que no había contado y que le haría imposible el seguimiento. Pero pronto se dio cuenta de que aquello era descabellado. No podía llevar aquel gran lienzo en una moto, debido a su tamaño.

Todo salió mucho mejor de lo esperado. El tipo siguió andando por la acera y tomó un taxi. Nikos hizo lo mismo, y con su facilidad natural para convencer a los demás, le sugirió al conductor que no se acercase demasiado al vehículo que debía seguir por las calles de Bruselas. El taxista le escuchó, pensó en el recargo por aquella aventura, y no dijo nada. Solo aceleró el coche y se dispuso a seguir al otro taxi, que le sacaba varios vehículos de ventaja.

Una concurrida calle en Saint-Géry, fue el lugar donde se detuvo el taxi. El tipo se bajó del coche y continuó andando; mirando a todos lados, como si sospechara que alguien le seguía. Nikos se bajó también de su taxi. Intentaba confundirse entre la gente que ocupaba la calle. No quería perder al hombre que iba por delante. A la altura de la emblemática taberna Greenwich, cruzó a la otra acera y apretó el paso, sujetando con fuerza el cuadro que llevaba bajo el brazo. El investigador se detuvo un segundo frente a la puerta de la cafetería, para no ser visto. Sonrió al pensar en Magritte, intentando vender sus lienzos en el interior de ese local, y matando las tardes, jugando al ajedrez. Pensó en el surrealismo. No le gustaba ese estilo, no lo podía evitar. Pero el comprador de antigüedades escapaba ya, y debía seguirlo. Si se metía en alguno de los establecimientos de la zona, sin que se diera cuenta, lo perdería.

Justo al llegar a una esquina, se paró y se dio la vuelta de pronto. Eso le pilló de improviso y casi fue descubierto. El tipo era muy desconfiado. Se quedó quieto unos minutos en su sitio, mirando a izquierda y derecha, y hasta que no estuvo convencido no prosiguió su marcha.

Nikos dejó el periódico que tapaba su cara en una papelería y siguió tras él.

Al llegar a la plaza de Saint-Géry, se metió en una vieja tienda de libros cercana. Ahora sabía dónde estaba, y decidió entrar sin demora, para evitar que se escurriera como una sabandija por alguna puerta trasera del establecimiento.

El interior de la tienda estaba oscuro. Sus ojos aún no se habían acostumbrado al sombrío espacio que se extendía frente a él, y donde solo podía percibir formas de muebles y multitud de enseres repartidos por todos lados. No se oía nada, ni siquiera el ruido de la calle. Y cerró la puerta despacio, para evitar que el chirrido de las bisagras delatara su presencia allí.

No sabía por qué, pero esperaba ver salir detrás de alguno de los mostradores a un viejo tendero con gafas redondas. A uno de esos comerciantes amables y de pelo blanco, que se interesaría por lo que deseaba comprar. Pero no fue así. Poco a poco, pudo distinguir muy bien lo que se apilaba allí. La tienda era una vieja librería. Un almacén abarrotado por los libros. Los volúmenes lo ocupaban todo. Paredes y estantes, antiguos armarios y mesas. Formaban montañas en precario equilibrio y columnas como altas torres, que soportaban anaqueles repletos de viejos tomos.

Él fue pasando entre todo aquel mundo lleno de polvo. Mirando con precaución a cada lado. El tipo del cuadro debía haberse metido más hacia el fondo. Solo un estrecho pasillo se perdía entre las estanterías. Tan estrecho, que rozaba los libros que asomaban entre ellas. Avanzaba poco a poco. No le gustaba aquella situación. Cada vez se metía más y más; y su sentido común le decía que no siguiese. Allí podía ser atacado. Estaba desarmado y no sabía qué o a quién se encontraría. Pero su curiosidad y ese espíritu que le devoraba por dentro, le indujeron a seguir mirando, a seguir indagando sin pensar en las consecuencias.

Cerca del final del estrecho pasillo, vio una puerta entreabierta. Solo tenía que empujarla, pero algo le indicó que no lo hiciese. Una vocecilla interior, esa que siempre le avisaba y a la que nunca hacía caso. Pensó rápido y cogió un grueso tomo de *Los Miserables*, de Victor Hugo, que le pareció lo suficientemente compacto como para usarlo de arma.

Y empujó la puerta...

La madera suspiró al abrirla. Entró despacio, y todo sucedió muy rápido. Alguien se abalanzó sobre él en aquella oscuridad. No podía saber quién. Solo notó un golpe en la cabeza, que lo rozó y le magulló el hombro. Un gemido salió de su garganta y se revolvió como un loco furioso, agitando el grueso tomo de Victor Hugo, como si fuese un abanico de plomo. El atacante le tenía atrapado por el cuello y él intentaba zafarse de aquella presión que le ahogaba. Le pareció un hombre más pequeño y por la fuerza que ejercía, no demasiado resistente.

El grueso volumen de *Los Miserables* hizo su cometido y al final consiguió acertar al fantasma en la cara. Le golpeó con fuerza, con toda la que pudo; y el pobre sujeto cayó al suelo, lanzando juramentos en francés.

La luz de la habitación se encendió de golpe y sus ojos parpadearon varias veces, hasta que consiguió ver bien lo que pasaba. Tenía aún en su mano el grueso tomo y sentía el dolor del golpe en su hombro. En el suelo estaba un

joven, recostado sobre un brazo. Sangraba de forma muy profusa por la nariz, dándole el aspecto de un soldado herido en uno de aquellos cuadros de Waterloo que recordaba. A su lado se arrodillaba un tipo más alto, delgado y de aspecto distinguido, que le había prestado su fino pañuelo de seda y le ayudaba a levantarse.

Nikos se apartó al instante, aún agitado por la pelea.

—Soy policía francés. Interpol de Lyon —amenazó, sin saber muy bien por qué. Quizá el miedo le hizo ser ingenioso, y en su cabeza se le ocurrió aquella artimaña para que esos delincuentes no le hicieran daño. Pero no fue así...

—Señor Thalassi, no es necesario —respondió el distinguido caballero, que ya se volvía a poner en pie, llevando del brazo al joven.

En una de las paredes de la pequeña habitación estaba el cuadro del mercadillo de la mañana. Aquel espacio era algo más grande de lo que le había parecido al entrar. Representaba un auténtico estudio de pintura. Caballetes y lienzos a medio terminar se veían cerca de ellos. Algunos cuadros colgados de pintores clásicos, cuatro o cinco bonitos Van Gogh de brillantes colores y gruesas pinceladas, con los típicos girasoles. Aunque en este caso, otros girasoles distintos de los que el desquiciado pintor había retratado. Todo allí olía a falso, a taller clandestino, y Nikos se encontraba en medio y sin saber las intenciones de aquellos dos sujetos.

»Le presento a Bernard. Es un joven con mucho talento. Pero su mala fortuna le ha impedido desde siempre que pueda demostrarlo. ¿Verdad, Bernard? —sonrió al volverse para mirar al joven pintor. El chico así lo era. Su ropa estaba totalmente manchada de pintura y sus manos demostraban que había realizado aquella actividad durante todo el día.

—¿Me conoce? —preguntó el investigador, dando algunos pasos hacia atrás. Sopesaba sus acciones, en el caso de que el distinguido caballero sacara un arma de su elegante chaqueta blanca.

—Por supuesto, señor Thalassi. ¿Quién no conoce al sabueso del arte? —respondió, mostrando sus dientes perfectos y deslumbrantes, y sacando la mano del bolsillo sin que un arma saliese con ella—. No debe temer nada. El joven Bernard es una víctima de las circunstancias. Bien es verdad que su olfato, señor Thalassi, le ha traído al sitio indicado. Me imagino que el tonto de Poulard no pudo evitar que le siguiesen. Es como un perro mastín, concienzudo y muy buen recadero, pero me temo que su inteligencia deja mucho que desear —se dispuso a explicar el extraño caballero—. Sería mejor que dejáramos que se reponga el joven Bernard de su desafortunado encuentro

con el París revolucionario. La literatura mal digerida puede ser dolorosa —añadió, riendo esta vez de forma más sonora—. Tomaremos un café aquí cerca.

Nikos se encontraba ya casi en el umbral de la puerta. No podía hacer nada por el momento y necesitaba saber qué estaba ocurriendo. La invitación de salir de allí le pareció mejor que seguir en aquella madriguera, donde otros secuaces podían entrar. Una terraza en la plaza sería mejor sitio para poder escuchar lo que el elegante tipo quería decirle.

»Sígame si es tan amable. En la terraza estaremos muy bien. El café belga es excelente —le invitó.

Pero en esa ocasión su atención y la curiosidad que sentía, le impidieron disfrutar de su taza. Su acompañante parecía degustar la suya y le hizo esperar unos segundos antes de empezar a hablar.

»Ese infeliz de la torre se lo ha tenido bien merecido. Comprendo su problema, señor Thalassi. Créame si le digo que lo comprendo muy bien. Un trabajo es un trabajo, y un delito de este tipo no puede quedar impune. Pero a veces, un pequeño zorro que roba una gallina de vez en cuando nos puede llevar a un lobo peligroso. No debería cazar al zorro mi buen amigo. Todavía no. No le niego que yo no tenga también algo que ver en este asunto. Algo sustancioso, por cierto. Pero ¿qué satisfacción puede obtener capturando a este zorrito con talento, si le puedo ofrecer a un lobo mucho más peligroso, mucho más apetecible para un gran investigador? —Volvió a acercarse la taza a su boca, sin dejar de mirarlo con ojos taimados.

—No soy amigo de hacer tratos. Y si me conoce, o por lo menos creo que conoce mi reputación, nunca pacto con delincuentes. Si lo hiciese, se extendería en el acto como la pólvora. Y toda esta gentuza del hampa pensaría que estoy del mismo lado que los ladrones, o que los estafadores..., o incluso que los mafiosos. Y eso sería muy malo para mi salud, y para mi ocupación. Creo que lo entiende, ¿verdad?, ¿señor...? —dijo Nikos, dejando su pregunta en el aire.

—Es verdad. Qué falta de modales. No me he presentado. Armand Dupuy, marchante de arte —afirmó su elegante interlocutor, acercando una tarjeta con su nombre y ocupación—. A veces no soy lo suficientemente claro. Me tiene que disculpar, señor Thalassi. Es debido a este café infame —se interrumpió para dejar su taza en la mesa—. Lo que le propongo no es exactamente un trato. No es un pacto con el diablo en el que deba firmar con su sangre. Es solo un pacto entre caballeros. Yo le ayudo y usted me ayuda a mí. Nada tiene

que ver con sus principios morales ni afectará al desempeño de su trabajo. Es más, nadie lo sabrá y el asunto quedará entre nosotros dos.

El tipo hablaba despacio, dejando que su voz serena se deslizase entre los olores tibios de la cafetería. Sonaba en los oídos de Nikos como unas palabras veraces y sin ninguna mala intención. Él había tratado con tipos como ese otras veces y sabía muy bien que solían embaucar con facilidad a sus víctimas. En especial a los que deseaban estafar. Eran hábiles charlatanes, acostumbrados a convencer; demostrando aquellos modales pulidos. Una indumentaria elegante y cierto desparpajo cosmopolita, resultaban tremendamente atractivos y evitaban cualquier tipo de resistencia en sus víctimas. Pero él no era una de ellas, y sabía muy bien escuchar, sin creerse nada de todo lo que estaba explicando. Sería prudente y en el momento oportuno los llevaría a todos ante el juez, y cobraría el resto de su cheque.

»Mi propuesta es muy sencilla. Nos olvidaríamos del joven Bernard, por el momento. Si desea saberlo, de su mano salió el Vermeer que tantos quebraderos de cabeza ha dado. ¿Tiene talento, verdad? Un gran trabajo, que ni el propio autor, si resucitase, sería capaz de distinguir. Pero no es este zorrillo el que busca, se lo aseguro. Hay un lobo en la sombra. Un hombre maquinador que mueve los hilos —explicaba Armand, ante los ojos cada vez más atentos del investigador—. Yo he requerido los servicios del joven Bernard, no lo niego. El estúpido de la torre quería gastar dinero, mucho dinero; y alguien debía ser el que se encargara de satisfacer esa necesidad —volvió a sonreír con picardía—. Si no lo hubiese hecho yo, habría sido otro. No lo dude. Y como se suele decir: mejor en mi bolsillo que en el de mi primo. Pero me voy del tema. Bernard puso su talento para crear de nuevo su magia y pintó el Vermeer. Eso fue así, y ese es mi crimen, y el suyo; aunque el pobre joven no tenía otra opción para subsistir. Pero al entrar en relación con nuestro joven y talentoso pintor, la punta de una hebra apareció ante mí. Un fino hilo, solo la punta, de la que poder tirar..., y así lo hice. No podía hacer otra cosa. ¿Quién se puede resistir, si tiene la ocasión de hacerlo? Así que tire del hilo y llegué a un ovillo enorme. Uno muy gordo. El joven Bernard suele trabajar para una organización criminal. Gente muy peligrosa, amigo Thalassi. Gente que se mueve por las altas esferas. Cuadros caros, dinero a patadas... Incluso museos importantes implicados. En el centro de esta organización está un tipo que lo dirige todo como lo haría un director de orquesta, afinando cada instrumento, sin dejar que la sinfonía desentone. Ese es el lobo que le ofrezco —terminó, recostándose sobre el respaldo de su silla.

El marchante le miraba con los ojos entrecerrados. Se colocaba un precioso pañuelo de seda en el bolsillo de su imaculada chaqueta blanca, mientras cruzaba una pierna sobre la otra, de forma indolente. Su pose lánguida y afectada imitaba la de uno de aquellos nobles, que suelen descansar en cualquier terraza de un vetusto balneario.

Nikos se quedó pensativo. La propuesta era muy intrigante. Sabía muy bien que todo podía ser un embuste, una artimaña para salir airoso de aquella situación y escaparse a la menor ocasión. Pero no podía despreciar el tema, y menos si podía encontrar a un pez tan gordo, por el que las compañías de seguros, para las que normalmente trabajaba, venderían su alma.

—Pero alguien debe pagar por el Vermeer —concluyó, después de sopesarlo todo.

—Lo entiendo. Es un tanto embarazoso. Ya que no habrá pacto si mi persona acaba entre rejas. No es mi intención poner trabas a la justicia, pero debe hacerse cargo.

—El delito no va a poder quedar impune. La policía está detrás del rastro y sabe que yo estoy en el asunto. No va a ser posible. Mi cliente no se conformará —aseguró Nikos, mirando fijamente a Armand.

El marchante se quedó en silencio. Se frotaba la barbilla, pensativo. No parecía preocupado, pero sí algo contrariado porque eso alteraba sus planes.

—Quizá una sentencia benevolente, implicando a otra persona, fuese suficiente compensación, tanto para su cliente como para la policía —sugirió Armand.

—¿A qué se refiere, señor marchante? —apostilló Nikos, demostrando que podía ser un contrincante muy duro cuando se lo proponía.

—Mi querido amigo, todo en la vida tiene solución. Si se da con la persona adecuada, es muy fácil solucionar un tema..., un tanto escabroso. Usted ha conocido al persistente Poulard. Tenaz como un perro de presa y fiel como mi propia madre. Nuestro amigo Poulard es la clave del asunto. Él podrá cargar con la culpa. No hay problema, yo me encargaré de eso. No debe preocuparse. Él asumirá la autoría de la venta falsa y será nuestro intermediario, el ficticio marchante culpable de este delito—. Nikos le siguió escuchando, pero desconfiaba del asunto que el distinguido embaucador le estaba proponiendo —Esto es muy fácil de hacer. Poulard no hablará. No nos delatará, y le puedo asegurar que mantendrá su boca callada en todo momento. Se lo garantizo. Además, no tiene antecedentes, y si la condena es benévola, lo más probable es que no entré en prisión. Ahí entra usted. Bueno..., usted y sus

agradecidos contactos. En la Prefectura, sus viejos amigos estarán encantados de interceder por usted. Estoy seguro de ello —afirmó, mirando su lujoso reloj de oro y callando unos instantes para dejar que aquellas palabras hiciesen su efecto—. Estoy convencido de su poder de convicción, y de su amistad con algunos buenos policías, incluso algún señor juez. Nuestro Poulard, aceptará una breve sentencia. Una que le haga entrar y salir del calabozo, en lo que suspira una muchacha por un nuevo amor. Esto bastará para el estúpido rico que lo ha contratado. Usted recibirá su cheque. Yo seguiré en la sombra, y le ayudaré a encontrar al lobo. ¿Que por qué lo hago? Bueno..., no me gusta que un tipo de esa calaña, un extranjero, venga a mi país y lo convierta en su patio para mearse en él. Esto no son los Balcanes o las costas de Asia. Esto es la patria del arte, señor Thalassi. Este es mi mundo y mi ciudad —aquellas palabras las expresó con vehemencia, demostrando que había verdadera convicción en lo que decía.

Nikos meditó el asunto. No le gustaba hacer tratos con delincuentes, y aquel tipo listo lo era. De eso estaba seguro. Un marchante de arte robado y de falsificaciones, que se hacía pasar por un caballero de modales impecables. Él había calado al sujeto, pero lo que le ofrecía era algo sustancioso y no podía mirar para otro lado. Así que aquella tarde, en aquel café de Bruselas, las manos cerraron el pacto, y ya nada pudo cambiarse de lo que sucedió después de aquello.



CAPÍTULO 2

Empezaba la semana en la Prefectura de París. El antiguo edificio oficial se hacía eco de toses, bostezos y “buenos días”, de cientos de funcionarios adormilados que intentaban desperezarse con el inicio de sus quehaceres cotidianos. El hormiguero humano que custodiaba la Ley y el Orden en aquella enorme ciudad, empezaba a funcionar, y eso le hizo sonreír a Nikos, cuando cruzó los pasillos; saludando a viejos conocidos, en dirección al despacho del comisario.

—¡Adelante, adelante! —se escuchó una voz áspera, pero cordial, al otro lado de la puerta acristalada.

Nikos la empujó y entró en la oficina atestada de papeles y de objetos variopintos. Duchamp era un policía de la vieja escuela; duro y recio como un pedernal, pero amable y de modales afectuosos. A primera vista, uno de esos abuelos que echaban comida a las palomas en el parque. Siempre escuchaba, sabía hacerlo a base de oír historias inventadas, excusas, y mil embustes que los delincuentes deslizaban en sus oídos para intentar engañarlo. Pero el viejo policía se las sabía todas; y detrás de su semblante amable escondía un implacable y concienzudo perro de presa al servicio de la Ley.

Nikos le saludó con la cabeza y miró de reojo a su ayudante. Coloq siempre se encontraba atrapado entre miles de informes y auténticas torres de papeles.

»Coloq, mira a quién tenemos aquí, si es nuestro “sabueso del arte” —sonrió Duchamp y se levantó de la mesa, saliendo para estrechar la mano del investigador—. Qué bueno verle ahora tan temprano, amigo Thalassi. Ya se lo decía yo a Coloq, esta mañana. ¿Qué será de nuestro investigador más certero? ¿Verdad, Coloq? Y parece como si me hubieran leído la mente..., y al instante le veo a usted entrando por esta puerta, como llovido del cielo. Sin duda, con informes interesantes para este policía casi jubilado —terminó de hablar el comisario.

—Siempre es un placer visitar a una “leyenda” —rio Nikos, haciendo que Duchamp arrugase el gesto y se quitara las gafas, con expresión fatigada. Las limpió despacio y se sentó de nuevo. El tiempo siempre parecía sobrarle al viejo policía. “No hay que correr para atrapar al ladrón”, decía. “Al final él mismo viene tontamente, presa de su nerviosismo e improvisación, a tus

brazos amorosos”.

—¿Y bien? —suspiró el comisario, colocándose las gafas y mirando fijamente al sabueso.

—El caso está zanjado, cerrado y bien cerrado. No puedo decir que haya salido todo a mi gusto. Ya sabe que me gusta no dejar nada, concluir todo hasta sus últimos detalles. Pero a veces hay que improvisar y alterar un poco los planes, y adaptar nuestros deseos a las necesidades del momento. Sobre todo a las necesidades del cliente —comenzó a explicar Nikos.

—Ya veo... Perdona, no le interrumpo...

—El asunto ha sido más sencillo de lo esperado. En este informe... Imagino que el que remitirá la justicia belga dirá lo mismo. El caso no resulta nada del otro mundo. Un marchante que falsifica un cuadro. Un tipo de poca monta, movido por la necesidad, que cuelga un cuadro en el mercado, y que por mala fortuna acaba en la casa de subastas. Se trata de un pequeño delincuente, que sin olerlo ni comerlo se ve metido en un tema más gordo de lo esperado. El cuadro, una burda copia de un Vermeer, que cualquier especialista de medio pelo hubiera pillado en el acto, pasa los controles de la casa de subastas; debido a “vaya usted a saber cómo”, y se vende allí tan ricamente. Para que esto haya sucedido se han dado un sinnúmero de factores, todos casuales, que al final han producido una cascada de sucesos asombrosos. Ya sabe, amigo Duchamp, que a veces el destino se burla de los buenos y nos juega malas pasadas, a pesar de querer hacer las cosas con seriedad y prudencia.

—A veces pasa, pero siempre el ser humano pone de su parte, se lo aseguro —interrumpió el comisario.

—En este caso se dieron todas las circunstancias para que algo casi inocente, algo burdo y ridículo, se transformase en un delito mucho mayor. El pequeño marchante, un sujeto ignorante, encontró esta falsificación de Vermeer en algún sitio. Eso no se ha podido identificar, pues se trata de un cuadro pintado hace mucho tiempo. Una copia perdida en algún anticuario. Un cuadro con poco valor y pintado sin cuidado ni rigor. El artista copió a Vermeer, pero cuando digo “copió”, me refiero a literalmente, “lo copió”. Dos obras famosas de este pintor las fundió en una sola. Pero mal. Muy mal. Y así quedó la cosa. Quizá esto no fue más que un ejercicio académico o de un estudiante de arte sin talento. Pudo ser un cuadro pintado por un aficionado, pero esto no se puede saber. El caso es que esta obra cayó en las manos de este pequeño marchante y sus ojos codiciosos brillaron ante los beneficios rápidos. Pensó que podría ganarse unos buenos euros con él y lo metió en la casa de subastas.

Los de Mogtheby's fueron negligentes. Estoy más que seguro que andaban saturados de trabajo y dejaron pasar esta obra bajo la denominación de un Vermeer, sin comprobarla, ni mirarla tan siquiera. Su experto en arte ni la vio, eso es seguro, Duchamp; porque hasta un mono tuerto se habría dado cuenta de que era una falsificación.

—Entiendo. Pero deja que se siente nuestro amigo, Coloq, ya que la historia parece cada vez más interesante —añadió el comisario, guiñando un ojo a su ayudante, que acercaba una silla al investigador.

Nikos asintió con la cabeza a modo de cortesía, y se sentó en la silla. Notaba detrás de él al infatigable Coloq, que continuaba revolviendo y colocando papeles en la estantería del rincón.

—El delincuente, un tal Poulard, poco conocido en los círculos del tráfico de arte de Bruselas, estaba, creo yo, empezando a meterse en este mundillo. Sin antecedentes, sin ficha. Un desconocido para la policía belga. Ahora está detenido allí, y en espera de extradición o lo que se estime oportuno por aquí —dijo asintiendo, y esperando que el comisario añadiese algo.

Duchamp lo miró impassible, detrás de sus gafas de montura dorada y Nikos prosiguió.

»En fin, me costó muy poco pillar a este tipo. Todo lo que se sale del cauce, en este mundo del arte falso, se hace mucho notar y mucho más un advenedizo que se ha colado sin pedir permiso. No fue difícil. Una trucha pescada con mosca..., y fue directo a mi cesta, y de allí al calabozo belga.

—¿Y el airado e inocente señor cliente? —preguntó el comisario.

—Bueno..., no le ha gustado tanto. Deseaba encontrar a toda una gran organización criminal tras este delito. A toda la mafia calabresa engañándole con un concienzudo plan para extorsionarlo. Eso hubiera sido mejor que un pobre delincuente belga de medio pelo, dándole un timo. Un Beltracchi o al propio Shaun Greenhalgh vendiéndole una magnífica falsificación le habría satisfecho más. Un belga analfabeto y necesitado, no tanto.

—¿Y este señor..., Poulard? —preguntó Duchamp, mirando el informe que tenía encima de su mesa—. ¿Este señor Poulard es...? ¡Ah!, ya veo... Una mala y desafortunada sucesión de hechos. Ya veo... —murmuraba el comisario, mientras leía los documentos bajo la montura de sus gafas. A su lado estaba su ayudante, solícito ante cualquier petición de su jefe. El joven policía le admiraba hasta el extremo, y cualquier cosa que proviniese de la boca de aquella auténtica institución de la Prefectura, era para él la palabra de Dios—. Mira lo que nos dicen nuestros buenos amigos belgas. Mira, lee aquí

—indicaba el comisario con el dedo, frente a los ojos atentos del joven—. Bien claro nos indican, que habiendo una mínima imputación de cargos y una falta de antecedentes, la sentencia será cumplida en alguna de las instituciones que nuestros vecinos tienen para tal fin. Ya ves Coloq, nuestros amables vecinos están dispuestos a acomodar a nuestro delincuente en una de sus celdas con vistas al mar.

Nikos escuchaba paciente, sentado frente a la mesa del policía. Sabía muy bien que el viejo comisario no se tragaría del todo aquella mentira. La mordería, la probaría, pero el viejo mastín no se la tragaría. Aún así, confiaba en que no quisiera indagar más. Era un tema menor, una pelusa de polvo entre la marea de delitos inmensa que los inundaba a todos por aquellos días.

»Mira, te leo literalmente: “Y en base a las pruebas presentadas, la autoría de la infracción...” “Infracción”, nos indican nuestros amables homólogos. “Infracción” —suspiró Duchamp, dejando el documento en la mesa.

—El cliente está satisfecho. Ahora le tocará litigar con Mogtheby’s por la devolución de su dinero. Tema de seguros, en el que nosotros ya nada tenemos que decir. Al fin y al cabo lo que cuenta es que se pille al criminal y que el delito no sea una costumbre, ¿verdad? —afirmó Nikos, levantándose de la silla.

—Nunca mejor dicho, señor Thalassi. No es bueno acostumbrarse a que el delito quede sin condena —aseguró Duchamp, sonriendo de forma taimada como un viejo zorro—. A veces se puede mirar hacia otro lado, pero no siempre —añadió el comisario—. Un feliz día, señor Thalassi. Dé recuerdos a su padre cuando lo vea.

Nikos salía de la Prefectura, pensativo. Ahora esperaba la llamada de Armand. Ya debería haberle contestado. Eso era lo pactado, pero no se extrañaba que el engominado marchante le intentase engañar.

El sol le hizo parpadear y cerrar los ojos levemente, al salir de la penumbra del edificio oficial. La claridad lo deslumbraba mientras bajaba los desgastados peldaños de piedra. Seguía despistado, hasta que sintió un obstáculo frente a él, un impacto que le hizo tambalearse y levantar la vista, intentando mantener el equilibrio.

—Perdone... —masculló, sin ver todavía quién había chocado con él.

Un grito sofocado llegó a sus oídos y de forma instintiva estiró la mano,

para atrapar por el brazo la delicada muñeca de una mujer. Ese rápido acto reflejo evitó que la joven cayese por la escalera, pero no pudo evitar que una cascada de papeles se desparramara por el aire, revoloteando alrededor de ellos. La chica se soltó desabrida de la presa, e intentó recoger aquel embrollo mayúsculo. Todo un archivo multicolor se deslizaba escalera abajo y volaba como aves de papel en pos de su libertad.

»Lo siento de verdad. No fue mi intención... —murmuró Nikos, ayudando a recoger los papeles como podía, sin dejar de mirar el bello rostro de la mujer. Su cabello rubio reflejaba el sol, como si un baño de oro barnizase sus rizos. Su piel blanca como la leche, se mostraba levemente congestionada por la molestia y el esfuerzo de recoger lo más rápidamente posible todo el papeleo desparramado. Iba formalmente vestida, con un serio y atractivo traje de chaqueta y pantalón, de corte masculino. Algo que denotaba buen gusto y discreción. Quizá un acertado vestuario para alguna funcionaria de rango medio, una procuradora o una abogada de las que solían frecuentar la Prefectura con asiduidad. En este caso y terminada la confusa situación, la chica se presentó, transformando su expresión molesta por una alegre sonrisa, que en el acto deslumbró a Nikos.

—Angélique —dijo colocando una tarjeta en los dedos mudos del investigador. En ella se podía leer con bella letra de imprenta, bajo un anagrama de la balanza de la justicia: “*Angélique Novikova. Avocat à la Cour*”. Y una dirección y teléfono de su despacho profesional.

Nikos lo leyó, esperando que esos segundos le sirvieran para conseguir inventar una disculpa aceptable; pero la joven tomó la iniciativa y rompió aquel embarazoso momento en los peldaños de la Prefectura.

»Siento haberle importunado. Es que llevo una mañana de mil demonios —empezó a hablar, sonriendo y embobándolo con aquella aura dorada—. Siempre con prisas, de un lado para otro. Al final, estos papeles harán daño a alguien. Son peligrosos, ¿señor...?

—Nikos Thalassi —murmuró el sabueso sin dejar de mirarla.

—Peligrosos. Más que un arma. Dicen que mi sustituto en el bufete murió al intentar alcanzar una caja de viejas sentencias en el archivo. Murió aplastado bajo el peso de la Ley —parloteó, riendo de su ocurrencia y dejando a Nikos mudo, sin que las palabras se decidiesen a salir de su boca—. Pero, en fin..., le reitero mis disculpas, señor Thalassi. Y me alegro de no haber sido hoy la segunda víctima del peso de la Ley —siguió, sin dejar de sonreír, y tomando la mano helada de Nikos que permanecía a su lado como

una estatua.

—No, por favor... He sido yo que suelo ser un torpe, y no miro por dónde voy —consiguió farfullar, al ver cómo la letrada se escapaba de su lado—. Es que..., es este sol que no deja ni ver... Podía haberla tirado al suelo. Es imperdonable por mi parte, señorita —se disculpó, avergonzado el investigador, intentando que aquel momento se dilatara. Lo deseaba en su interior sin saber muy bien por qué.

—Creo, señor Thalassi, que deberíamos despejar la escalera, o al final ese nervioso gendarme de la puerta bajará y nos meterá a los dos en uno de los lúgubres calabozos del castillo de If —bromeó la joven, haciendo reír a Nikos.

—¿Un café? —sugirió el investigador.

—Un café es una buena propuesta. Luego me pensaré mejor si le perdono del todo—bromeó de nuevo la abogada, siguiendo al investigador hacia la cafetería donde algunos policías solían desayunar.

El padre de Nikos esperaba la visita de su hijo aquella tarde. Este se retrasaba más de lo acostumbrado. Nikos se encontraba feliz, exultante y flotando entre el tumulto de las calles de París. Cruzó de acera en el bulevar Saint Germain, frente a la Cour du Commerce Saint Andréé; sin mirar apenas, haciendo que los coches frenasen de golpe y el estruendo de los cláxones le sacase al instante de su enajenamiento. Hasta el propio Dantón, desde su pedestal de piedra, le miró censurando aquella despistada actitud, o eso le pareció. Nikos levantó la cabeza ante la estatua y sonrió por la ocurrencia.

«Es preciosa. No es culpa mía» —se excusó ante la escultura, y siguió andando entre la multitud hacia la vivienda de su padre.

—Ya pensé que no vería tu cara hoy —repuso su padre al verlo entrar en el piso.

—No me lo perdería por nada, viejo.

—Pensé que te habrías quedado a vivir con esa gente del Norte. Los belgas son muy de adoptar a todo el mundo.

—Pero no podía quedarme. ¿Quién vendría por aquí para aguantar a un viejo malhumorado como tú? —contestó Nikos, besando a su padre varias veces en las mejillas.

—Te veo como si te hubieras comido a Rudy, el payaso. Hasta te has

afeitado y todo..., y entre semana —se fijó su padre, mirándolo con expresión irónica.

—Pues como siempre. Qué cosas se te ocurren.

—No sé..., te noto raro. Lo mismo... —Y dejó la frase en el aire al escuchar en la televisión el inicio del informativo diario.

Nikos recordaba los ojos azules de Angélique, su alegre sonrisa y su olor perfumado. Las palabras de la joven rebotaban en su mente como el tintineo de pequeñas campanillas, impidiendo que se centrara en lo que su padre expresaba, comentando las noticias de la televisión. Había quedado para el día siguiente, y eso le hacía olvidar casi todo lo que tenía planeado para aquella semana. La espera de la llamada de Armand se ocultaba tras la sensual figura de la abogada. Se escapaba de su mente, al igual que todo lo demás, dejando solo espacio para la joven que acababa de conocer.

—¿Estás o no estás? —escuchó la protesta de su padre—. No me fastidies otra vez con tus novias. Ni se te ocurra traerme a otra de esas belgas del demonio, para tratarme con la voz suave, como si hablasen a su perro. Si lo haces me tiraré por la ventana y te haré culpable del final miserable de tu pobre padre.

—¿Qué dices, viejo? No hay ninguna novia —protestó Nikos, sin quitarse de la mente la bella cara de Angélique—. ¿Quién va a querer estar con un Thalassi? —susurró a su padre muy cerca del oído.

—Vete ya, anda, que estás hoy más embobado que de costumbre. Vete con tu amiga belga.

Nikos besó a su padre y se despidió. Le apenaba verlo tan solo. Desde que su madre murió, no había sido el mismo. Siempre tan vital, tan fuerte y ahora tan apagado, y sin ganas de hacer nada o de salir de su piso.

—Te traeré algo para leer la próxima vez —le aseguró.

—El chocolate está bien. Con eso me vale —sonrió su padre, abriendo la caja que le había traído de Bruselas.

—No te pases con el dulce.

—Largo ya de aquí —protestó su padre y le sonrió con afecto.

Nikos le miró un instante, con nostalgia y salió del apartamento. El olor de la joven seguía inundándolo. Pensó de nuevo en ella. La volvería a ver al día siguiente...

A lo lejos, en el centro de la plaza veía la grácil silueta de Angélique. La semana había pasado muy deprisa desde el día en que una tormenta de papeles y documentos había hecho que se encontrasen de forma fortuita. Ambos enseguida se habían dado cuenta de que estaban a gusto juntos. Se sentían felices. Una empatía suave que había surgido entre ellos, impidiendo que se separasen. Desde ese día habían salido en multitud de ocasiones. Un beso fugaz, una mirada de anhelo, habían sido suficientes para que sintieran una creciente atracción.

Nikos levantó la vista y vio a Angélique esperando. Otra vez era ella la que llegaba antes que él, y eso le fastidiaba bastante, sobre todo porque se había dicho aquel día que esta vez sería distinto. “Llegaré antes, como un caballero” Pero su ser había ganado de nuevo y la ordenada mujer estaba allí, como una vela de Pascua, esperando a su desordenado Don Juan.

La chica lo vio al instante y sonrió, apuntando a su reloj de pulsera con el dedo índice de su mano. Frunció sus rojos labios y esperó con un mohín de disgusto forzado. Nikos la miró y encogió los hombros. “Soy así, cariño”, quería decir con aquel gesto, pensando en lo impresentable que era por llegar otra vez, casi una hora más tarde.

En ese instante sonó su móvil. La vibración en su bolsillo le hizo pararse al lado de la joven. Ella le besó en los labios despacio y él se disculpó, cerrando los ojos y dejando que aquel beso mitigara su vergüenza.

—No tienes remedio ni perdón —susurró Angélique a su oído, y él se pasó el móvil a su oreja, solicitando un tiempo muerto para poder atender la llamada.

De pronto, una voz conocida salió del aparato, rompiendo la magia del encuentro. Angélique le miraba, haciendo muecas y sacando un poco la lengua, mientras él escuchaba la voz, un poco empalagosa y elegante, de alguien a quien había esperado y del que ya casi no se acordaba.

—Señor Thalassi, espero que no se haya olvidado de mí —fue el saludo irónico que Armand Dupuy le ofreció esa tarde.

—Por supuesto que no —respondió en el acto Nikos, cambiando de semblante ante los ojos curiosos de Angélique—. Es más, ya pensaba que me habría dado plantón, incumpliendo el trato que tenemos entre los dos. Espero que esto no sea así, y que una razón importante le haya hecho hacerme esperar tanto —fue la respuesta terminante y fría del investigador. No pensaba dar cuartelillo al marchante y mucho menos dejar que fuese él el que condujera la conversación.

—Entiendo su enfado, señor Thalassi, amigo mío. Pero motivos imponderables me han impedido poder comunicarme con usted. Debo disculparme y créame si le aseguro, que ya tengo información sobre el caso... Sobre este asuntillo que nos une en nuestro esfuerzo común.

—No me gustan estos juegos, Armand. Ya te lo avisé. No soy una persona a la que se pueda engatusar. Si tienes algo que informarme, adelante. Si no es así y es una demora, o un engaño para salirte del asunto, esto no va a funcionar. Espero expresarme con total claridad. —Sus palabras fueron como aldabonazos en una puerta de acero, terminantes, frías y lacerantes. El marchante se cayó unos minutos. Solo su respiración se notaba al otro lado del móvil.

—Es cierto y entono un *mea culpa* —dijo al fin, tragándose de forma muy controlada su contrariedad y orgullo, por el trato directo y destemplado del investigador—. Es verdad que me he demorado y pronto lo entenderá. Debemos quedar, vernos otra vez. Es muy importante —le aseguró.

—No sé si eso será posible, Armand. No lo sé, la verdad.

—Es necesario. Del todo necesario, amigo Nikos —optó el marchante por tutearlo, al ver que él a su vez ya lo estaba haciendo—. Debemos vernos en persona, ya que tengo datos nuevos y un posible contacto aquí en Bélgica. Una persona muy interesante a la que debería conocer.

Aquello lo cambiaba todo. No podía obviar el conocer a alguien que le condujese al jefe de la organización criminal. Debía ver de nuevo al marchante, y lo que eso suponía, viajar otra vez al país vecino.

—Debemos vernos lo antes posible, Nikos. Pasado mañana a mediodía, en la cafetería Greenwich. Ya conoces dónde está. Allí podré informarte más sobre el tema —terminó de explicar el marchante.

Nikos aceptó y el viaje fue prefijado para ese día. Angélique le miraba llena de curiosidad, pero intentaba no demostrar ningún interés. Se había alejado un poco y leía su Whatsapp, como si todo aquello no fuese con ella. Las palomas rodeaban sus pies y la joven las vio acercarse, con sus movimientos vacilantes y su peculiar gorgojeo.

—No tengo nada para vosotras —dijo, sin mirar a Nikos, que ya no hablaba por el móvil. Solo la observaba sin decir nada. El investigador sopesaba todo aquello y seguía sumido en aquel trance. Quería seguir investigando, buscar al supuesto cerebro criminal, pero no quería dejar ahora, en ese instante, a la bella Angélique. No deseaba dejarla nunca. Eso lo notó de pronto y un pinchazo fuerte sacudió su estómago. No quería dejarla nunca,

volvió a pensar, y aquella frase empujó de su mente la voz del taimado Armand.

»¿Vosotras también estáis un poco enamoradas de alguien? Lo mismo sí. Pero no os lo aconsejo, chicas. No señor. Es un error, porque os partirán el corazón. Son impuntuales, son maleducados y tienen secretos. Unos muy gordos, que no quieren compartir con su amor —la joven le contaba todo aquello a las regordetas palomas, que ahora se escapaban un poco asustadas al ver cómo la chica se movía hacia ellas.

Nikos sonrió al escucharla y sintió cómo el amor fluía por su cuerpo. Un deseo intenso le atrapó y se acercó a la mujer, a la que besó con ternura y pasión. El beso se prolongó un rato, una eternidad infinita. Todo lo que les rodeaba había desaparecido. Solo estaban ellos, nada más, en ese espacio vacío que crean los amantes en torno a ellos. Al terminar y separarse, los ojos de ambos se miraron con intensidad y el gesto de ella fue suficiente para que Nikos decidiese llevarla a Bruselas. No pretendía aún contarle nada, solo le daría una razón ambigua. Un asunto de trabajo sería suficiente por el momento.

»Está bien, te acompañaré a Bélgica y pasaremos unos días juntos. La verdad es que me debían vacaciones y es una buena oportunidad de usarlas — le contestó en el acto, casi sin pensarlo.

Nikos se alegró y se dio cuenta de la facilidad que tenía la joven para poder disponer de tiempo libre, a pesar de trabajar en un bufete tan exigente. Eso le retuvo el pensamiento unos segundos, más por deformación profesional que por otra razón, pero pronto aquello desapareció de su mente sin más.

Su relación con Angélique se había consolidado en los días que se sucedieron hasta su viaje a Bruselas. Ella le había confesado muchas cosas de su vida. Su origen ruso. Su pueblo natal cerca de la capital de la fría nación del norte de Europa. Angélique era rusa por parte de padre y francesa por su madre. La familia Novikov había llegado a Francia cuando ella era una niña. La joven se había abierto camino en la vida por pura voluntad, por fuerza y amor propio y mucho trabajo. Le contó cómo se había pagado sus estudios de Derecho y la dificultad económica que había sufrido para poder llevarlos a su término. Su carrera había sido brillante y su actual situación profesional nada había tenido que ver con la supuesta ayuda, que Nikos se había pensado en un principio. Todo había sido por méritos propios, según ella, y por un tesón inquebrantable por superarse y salir de la pobreza.

Nikos la amaba aún más por todo ello y la admiraba. Para él era el parangón de mujer, la que siempre había esperado..., y no estaba dispuesto a

perderla. No iba a estropear esta relación por nada del mundo.

Su vuelo a Bruselas fue muy cómodo. Llegaron a la capital belga a primera hora de la mañana y un coche de alquiler les llevó cerca del café, donde había concertado la cita con el marchante. Pronto estarían allí a pesar del tráfico endiablado de la capital y del embotellamiento matutino de la avenida principal de la ciudad.

El móvil volvió a sonar y Nikos contestó con el “manos libres”:

—Mi querido señor Thalassi, espero que tu vuelo haya sido agradable y que hayas podido disfrutar de un viaje apacible —se escuchó en todo el interior del vehículo de alquiler.

Angélique guardó silencio sin molestar en aquella conversación, que escuchaba con cierto interés.

—Armand, no esperaba tu llamada —respondió el investigador.

—Me lo imagino. Es natural, pero han surgido ciertos impedimentos que imposibilitan nuestra cita en la cafetería...

—Pero eso...

—No, por favor, permíteme explicarme —prosiguió el marchante—. No ocurre nada grave. Tan solo es que nuestra amiga, la que tú ya sabes, no puede acudir a la cita. Debemos quedar en otro sitio. Es imposible solventarlo... Comprendo tu desconfianza, pero no hay más remedio —aseguró Armand, sin demostrar nada en su tono de voz que hiciese sospechar a Nikos.

—No me gusta cambiar los planes. Eso siempre me produce un cierto malestar en el estómago, y claro..., este malestar me indica que algo se está tramando a mis espaldas.

—Lo lamento, de verdad que sí. Pero es imposible, como ya te digo. Nuestra amiga no puede desplazarse. Debemos ir a su..., a su local —dijo esto último sin muchas ganas de precisar más.

—Está bien, no me gusta, pero...

—Si te viene bien, y acepta de nuevo mis disculpas, deberíamos vernos mañana sobre las diez, en la plaza de Flagey. Te esperaré en los jardines. Esta vez no habrá más cambios, te lo aseguro —fue la despedida del marchante antes de cortar la comunicación.

Nikos se quedó en silencio, después de aceptar el cambio de planes. Su mente analizaba todo el asunto e intentaba razonar si aquello era una trampa o alguna treta por parte del marchante. Nada perdía por ir, y no podía alterar el curso de los acontecimientos, por el momento. Le seguiría el juego y decidiría sobre la marcha.

Angélique no había dicho nada. Se había comportado como una mujer respetuosa y reservada. Nikos la miró sin dejar de conducir y ella puso una mano sobre su brazo.

—No es necesario que me cuentes nada. Ya comprendo que es un tema de trabajo, cariño. Aprovecharé la mañana para ir de compras por el centro. Luego me invitarás a comer y me contarás lo que tú creas conveniente.

Él sonrió al ver el tacto exquisito del que hacía gala la mujer. Era un tesoro, de eso estaba seguro. Mañana era posible que le contase algo más del asunto que llevaba entre manos. Cada vez confiaba más en ella.

Se había levantado temprano al día siguiente, impaciente por su encuentro con el marchante. Y Angélique le había besado al despedirse. Comerían juntos y era muy posible que le contara alguna cosa más de su actual trabajo.

Recordaba muy bien aquella zona del barrio de Ixelles. Le encantaba. Parecía un microcosmos dentro de Bruselas. El resto de la ciudad palpitaba a otro ritmo, uno más moderno, más precipitado. El barrio seguía conservando parte de su nostálgico ambiente, que traía a su mente otros tiempos más ingenuos..., y también más jóvenes.

La plaza de Flagey bullía de gente. Se detuvo justo al entrar en ella, observando todo el movimiento; el caos de personas, de razas y países que se daban cita en ella. El obsoleto edificio de la antigua radio belga, proyectaba su sombra sobre la cabeza de Nikos. Levantó la mirada y pensó en aquellas épocas pasadas, donde el lánguido estilo del más puro *Art déco* dictaba los gustos de aquella comunidad de inmigrantes. Había quedado en el extremo de la plaza, cerca del estanque. Comprobó su reloj y vio que la manecilla marcaba la hora justa. Había sido puntual y estaba seguro de que su compañero de conspiraciones le estaría esperando en el lugar acordado.

Armand permanecía de espaldas, sentado en un banco de madera. Se apreciaba muy bien su cabeza erguida y estirada, demostrando elegancia incluso en aquel pintoresco sitio, acomodado cerca del estanque de los patos. Se volvió como si un fogonazo mental le avisara de la presencia del investigador, y se levantó al instante, sonriente.

—Puntual. Raro en un parisino, pero muy considerado —bromeó, ofreciendo su mano en señal de saludo.

—Señor Dupuy, soy todo oídos —fue la frase irónica que expresó Nikos,

sin alterar su gesto serio y distante.

—Los temas más delicados nos vienen a veces decorados por las más banales cosas de la vida. Nunca jamás fuerzo una situación ni me apresuro por resolver un conflicto. Si no se es cuidadoso, hasta el asunto más cerrado o controlado se nos puede ir de las manos, y en cuanto levantamos un poco la guardia, escaparse de nuestra vista, para transformarse todo en un auténtico caos —explicaba el marchante, acompañando a Nikos hasta el puesto de *baraque à frites* (patatas fritas) de Frit Flagey.

El investigador no quería impacientarse. Armand pidió un cucurucho de papel lleno de patatas fritas y le ofreció a Nikos con el gesto divertido y lleno de malicia.

»Son un placer. Las mejores. Sería un pecado pasar por aquí y no probarlas —murmuró, metiéndose en la boca una de aquellas gruesas y pringosas patatas.

—Ya desayuné —le interrumpió Nikos—. No tengo toda la mañana...

—Todo a su tiempo, querido amigo... Todo a su tiempo.

Sus pasos se dirigieron hasta uno de los muchos restaurantes que se encontraban en la zona.

»Veremos a una buena amiga. Ella nos contará lo que sabe, y te aseguro que sabe muchas cosas. —Le guiñó un ojo, empujando la puerta del local y dejando que los aromas de la comida se escapasen a la calle—. *Minha querida amiga!* (¡Mi querida amiga!) —exclamó en portugués Armand, dirigiéndose a una menuda camarera que parecía no parar, incansable entre las mesas. La mujer se detuvo en el acto al oír aquellas palabras y fijó su ardiente mirada en los dos visitantes que cruzaban el umbral de su restaurante. Parecía ser de mediana edad, muy desenvuelta y ágil. Un nervioso prototipo de empresaria emprendedora, que no se asustaba en remangarse para ayudar con los clientes o lavando los platos.

—*Olha isto!* (¡Mira esto!), si tenemos aquí a mi caballero belga —anunció la mujer, acercándose a Armand para besarlo con fuerza en la cara.

Nikos se quedó un poco atrasado. Nunca se adelantaba y su carácter reservado le hacía esperar siempre, y ver lo que ocurría antes de precipitarse sin pensar. El marchante aceptó de buen grado el afectuoso saludo y se dio la vuelta, llevando del brazo a la dueña del local.

—Te presento a la inimitable Belinha. Estás en su restaurante. Ella nos contará algunas cosas interesantes sobre el tema que nos ocupa —aseguró Armand, mirando de reojo y de forma suspicaz a la mujer.

Nikos asintió formal a la presentación y les siguió al interior del establecimiento, cruzando el abarrotado comedor. Belinha le miraba de reojo con cierta curiosidad. No parecía escaparse nada a aquellos ojos vivos y despiertos.

—Belinha, puedes hablar en confianza. Nuestro sabueso es un hombre discreto y un servidor de la Justicia. A su modo, claro... —sonrió al matizar su afirmación—. Si alguien puede encontrar y dar su merecido a ese granuja, este será el señor Thalassi.

—Eso está bien. Ese malnacido debería estar muerto ya. Es un diablo que no merece respirar. Si lo que yo pueda hacer o decir lo lleva a la horca, tanto que mejor —aseguró la mujer, apretando los dientes con rabia contenida y una expresión de ira que parecía imposible albergar en ese pequeño cuerpo.

—Si es un delincuente, y lo atrapo, será juzgado y puesto a la sombra —interrumpió Nikos sin alterarse. Su voz impersonal tranquilizó a la mujer.

—*Muito legal!* (¡Muy bueno!) —Belinha palmeó en la mesa y siguió hablando—. Es un hombre malvado, un sádico que disfruta con el sufrimiento ajeno. Es un monstruo que tortura, que asesina, que secuestra a las *boas pessoas* (buenas personas). Se dedica a amenazar y a robar a todo el que es más débil que él. Y no tiene fin su ambición ni su ansia por hacer el mal.

—Necesito un nombre —exigió Nikos.

—Se llama Idamante. Un criminal griego. Idamante Papadopoulos —respondió la mujer.

Nikos miró al marchante que permanecía en silencio a su lado. Armand entendió su duda.

—Es posible que se haya cambiado de nombre o que este nombre no sea el auténtico; y que en la época en que extorsionó a nuestra amiga, lo usara para ser conocido en los círculos del crimen en los que se movía. Debemos tener en cuenta que Belinha lo conoció hace ya muchos años, cuando era más joven, y vivía en Atenas. Allí tuvo el infortunio de caer en las manos de una red de prostitución que dirigía este individuo.

—Lo conocí muy bien. —Belinha enseñó su mano a la que le faltaba un dedo —Un tipo odioso. Loco, que coleccionaba mujeres, cuadros o coches. Todo lo que caía en sus manos pasaba a su poder. Y el que se resistía o le llevaba la contraria desaparecía... O era cortado en trozos y lanzado al mar, para dar de comer a los peces —susurró, mordiéndose el labio y dejando que unas gotas de sangre resbalaran por su cara.

—Es algo pasado, querida —interrumpió Armand, limpiando con su

elegante pañuelo el rostro de la mujer.

—*Caralho* (Carajo) —se quejó ella.

—Este tal Idamante, entiendo que es el que ahora está detrás de mucho del arte robado que se mueve en esta ciudad. Cuadros, me refiero. El mismo tipo que ha tenido en “nómina” o tiene al muchacho que derribé con el libro.

—Así es. Ese es nuestro elemento. El punto central. La peligrosa araña que permanece en el centro de su tela, controlándolo todo como un rey en su castillo. Según parece, ha prosperado desde la época en que extorsionaba a la gente y se dedicaba a raptar chicas para ponerlas en las calles de Atenas. Ha subido de categoría y ahora gusta más del arte y de otro tipo de cosas — explicó el marchante.

La mañana terminó cuando Belinha acabó de proporcionar todos los datos que recordaba. Incluso una descripción física y algunas otras escabrosas confesiones, que Nikos ordenadamente apuntó en su libreta. Nada pasaba por alto a su mente analítica. El sabueso no perdía a su presa, una vez había detectado su rastro; y esta vez lo tenía gracias a su nuevo “socio”, Armand, y a la información aportada por la valiente portuguesa.

Durante aquella semana, la vida de Nikos fue un auténtico torbellino de sensaciones. Su nueva relación con Angélique había trastornado mucho sus hábitos diarios, que solían ser medidos y ordenados. Hasta sus visitas cotidianas al piso de su padre eran irregulares y se demoraban más de lo que su pobre progenitor deseaba.

—Dos días sin verte. Dos días y vienes ahora con esa bolsa de caramelos como si fuera un niño pequeño —gruñía su padre.

—Vale, viejo, vale. No me da más de sí la vida. Estoy metido en algo muy complicado... El trabajo, ya sabes..., hago lo que puedo por venir.

—Ya te veo yo a ti. Y a esa belga que te tiene atontado perdido. Eso es lo que pasa. Tu padre en segundo lugar, primero esa chica.

—No es belga.

—No es griega —protestó.

—Venga, no seas como un niño. No es así, viejo. Vengo todos los días.

Nikos se sentía dolido por lo que le decía su padre. Entendía los celos infantiles que el pobre anciano tenía, debido ya más a la demencia, que iba poco a poco atrapando aquel decrepito cerebro, que a una verdadera intención

de hacerle daño. Eso le entristecía mucho. Escuchaba a su padre y se le rompía el corazón al verlo tan débil y vulnerable.

—Ni se te ocurra traerla aquí.

—No lo haré, ya lo sabes. Es muy agradable, créeme. Pero no la traeré para que le pongas mala cara.

Cada visita era igual y las lagunas mentales del hombre cada vez eran mayores. ¿Cuánto duraría su cordura?, ¿cuánto tardaría en tenerle que llevar a una residencia?

Con esos pensamientos salió del piso. París era un caos de tráfico debido a la abundante lluvia que asolaba todo el centro de la ciudad. Se subió el cuello del abrigo y decidió ir andando, muy pegado a la fachada de las casas, sorteando el agua que salpicaban los canalones.

Una multitud de seres rápidos y embozados se cruzaban con él, rozándole con el incordio constante del borde de sus paraguas. La lluvia no cesaba, y sentía la humedad y el frío en los huesos.

La puerta de la cafetería le atrajo como la luz a una polilla. Entró allí para esperar a que el aguacero pasara, y que un café fuerte y muy caliente le templara el ánimo.

En la televisión del local, la voz de Anne Hidalgo, la alcaldesa, explicaba algunas cosas sobre la terrible situación del tráfico en la capital y algunas mejoras en el transporte público. Varios tertulianos habituales debatían aquellas noticias, elevando el tono de voz; mientras Nikos bebía el café despacio y sentía cómo la sangre volvía a fluir otra vez por sus ateridos miembros.

—Si me disculpa un momento, me gustaría hablar con usted —fueron las palabras que escuchó a su lado, en la barra del establecimiento.

Un hombre de aspecto siniestro; un tipo mal encarado, con un recio bigote sobre un rostro moreno y surcado de cicatrices, le dirigía la palabra con un ligero acento griego. Hablaba de forma fluida en francés, pero para los oídos de Nikos no existía ninguna duda de su procedencia.

—¿Me dice a mí? —contestó el investigador sorprendido, y también un poco alarmado. Comprobó enseguida si estaba solo y si la presencia de aquel tipo estaba relacionada con algún otro, que se hubiese colado en el local, oculto a su vista.

Tenía enemigos, claro que los tenía. En su profesión era muy difícil no tenerlos, y su intuición nunca le fallaba. Esta vez la presencia del siniestro tipo le alarmó y dio algunos pasos para atrás, calculando sus posibilidades en caso

de alguna amenaza.

—No se preocupe, por favor, señor Thalassi. Solo necesito que me preste atención. Es una oferta de trabajo, o más bien, una solicitud de sus servicios —siguió hablando el griego.

—No es la forma de proceder. Contacte con mi oficina y me pasarán sus mensajes. —Pensó en el acto en su despacho. Sin secretaria ni ningún ayudante que recibiese nada. Solía escuchar el contestador del teléfono y los mensajes digitales. Pero había dicho aquello para quitarse de encima al tipo que le importunaba.

—Ya lo hicimos, señor Thalassi. El encargo es urgente y necesitamos de su pericia y de su habilidad. Mi jefe es un hombre muy poderoso..., y generoso, se lo aseguro. Necesita de su “don” para recuperar lo que otros son incapaces de encontrar. No podemos demorarlo mucho y por eso será enormemente generoso con usted por sus servicios —aseguró, sin moverse de su lado y bloqueando una posible salida de la cafetería.

Los tertulianos gritaban cada vez más, indignados por lo que mostraba la televisión. El tipo se sentía molesto por el ruido y parecía desear un lugar más discreto para explicar sus intenciones, o aquel supuesto encargo del rico benefactor que se traía entre manos.

Nikos se dio cuenta, y también que no habría otra forma de quitárselo de encima, más que escucharle un instante y luego declinar aquel trabajo de forma cortés. No quería un altercado allí, y el tipo no parecía de esos que soportaran un desplante o una humillación a la cara.

—Está bien, sentémonos allí —propuso el investigador. Una mesa del fondo, retirada de la zona del televisor, le pareció una buena opción para escuchar la propuesta.

—Mi jefe es un mecenas del arte, un hombre muy rico y generoso, señor Thalassi. Quiere lo mejor para su país, y no es ajeno a realizar enormes donaciones al Estado, para enriquecer los fondos monumentales y artísticos del pueblo —explicaba el griego—. No quiero cansarle ni hacerle perder su tiempo con excusas y justificaciones, que de todas formas no le incumben. Lo que necesitamos de usted es que busque y nos encuentre una obra de arte. Un objeto raro y perdido del que hemos tenido noticias recientemente.

—¿Y de qué se trata? ¿A qué obra de arte se refiere?

—Una de las más preciadas. El alma de un pueblo, el orgullo de una raza antigua, y que constituye hoy en día la identidad de toda una nación oprimida. —Al decir esto sacó del bolsillo de su chaqueta una foto que puso encima de

la mesa.

Nikos la observó con detenimiento. Se podía apreciar en ella con claridad la pared de un museo, donde permanecía colgado un cuadro de moderadas proporciones. En la pintura, una mujer sujetaba con sus manos una estatua, una pequeña figura dorada que parecía descansar sobre un pedestal de mármol. El fondo del cuadro era renacentista o neoclásico; y en el acto Nikos se dio cuenta de que estaba ante la obra de un pintor que conocía. El cuadro no le sonaba, pero sí el trazo, la disposición y sobre todo la modelo que en él aparecía.

—¿Una obra de Waterhouse? —preguntó, sin dejar de mirar la foto—
¿Está perdido o robado, este cuadro? —interrogó incrédulo, al no haber oído nada sobre ese tema.

—No, este cuadro no ha sido robado. Está en la actualidad bien guardado en un museo de Melbourne, en la National Gallery de Victoria. Lo que nos interesa de él es su contenido. Exactamente, lo que representa —añadió, con un gesto que le hacía enseñar un colmillo dorado entre sus labios.

Nikos no se sentía a gusto con aquel secuaz. Parecía peligroso y estaba seguro de que lo sería llegado el momento. Un bulto a la altura de su pecho marcaba el espacio de una posible arma oculta. Él nunca iba armado, pero sabía defenderse si era necesario.

—No entiendo, entonces, cuál es la solicitud...

—Claro, claro. Qué torpe soy. Es que el francés no me es tan fácil para explicarme. Se trata de esa estatua con cabeza de toro y cuerpo de hombre. Una figura de oro que representa al dios Minotauro. Y como puede ver, en su pecho se aprecia claramente un corazón de color rojo. Rojo como la sangre. Nuestra sangre, señor Thalassi. La de tantos cretenses que perecieron por ello, hace ya mucho tiempo. Es nuestro símbolo nacional. Esa figura y su corazón son la esencia de todo nuestro pueblo, y necesitamos que usted la recupere — fue la asombrosa propuesta que aquel desconcertante griego le hizo en ese día lluvioso.

Nikos le escuchaba con calma y dejó de nuevo la foto en la mesa, pensativo.

—Según veo, es un cuadro de John William Waterhouse. Usted me pide que busque la figura que aparece en él. ¿Y por qué ahora? ¿Por qué es ahora cuando debo buscarla? ¿Por qué no lo han buscado antes? Este cuadro no es reciente. Si mal no recuerdo, debe ser de...

—Sí, claro. Es una obra de 1905, titulada: *La dama del Minotauro*, del

autor que usted acertadamente ha dicho. El cuadro es una pintura conocida desde siempre, pero no así la estatua que está representada en él. Solo recientemente nuestros canales de información nos han indicado que la estatua ha salido a la luz. Algo que pensábamos inexistente, una figura que muchos suponíamos mitológica, y solo fruto de la imaginación de este pintor. Pero no es así. La estatua y el Corazón de Minos, ese rubí que lleva en su pecho, son una realidad. Es tangible y debe estar en posesión de la nación de Creta, y de su pueblo soberano.

Aquello le asombró aún más a Nikos. La estatua de oro y un enorme rubí. Eso ya eran palabras mayores, mezcladas con aires de revolución y de independencia; o peor aún, de guerra civil. No deseaba ni quería estar en medio de todo aquello y mucho menos ahora en que no disponía de tiempo, ni de ganas para investigar aquel encargo. Ya lo había meditado rápidamente y ahora solo hacía falta saber cómo explicárselo a su interlocutor. No lo aceptaría. De eso estaba seguro.

—Me temo que no tengo tiempo en estos momentos para aceptar este trabajo. De verdad que lo siento, y no se lo tome como un desprecio. Pero no acepto encargos que no puedo llevar a cabo con profesionalidad; y en este momento me es del todo imposible. De verdad que lo lamento —fue la disculpa que se le ocurrió, esperando que su tono conciliador fuese suficiente para apaciguar los ánimos del griego.

El tipo se quedó en silencio y su aspecto se tornó aún más siniestro y torvo. Recogió la foto y se la volvió a guardar dentro del bolsillo. Nikos se preocupó un instante al ver pasar la mano muy cerca del sospechoso bulto que tenía bajo la chaqueta. Quizá el griego también lo pensó. Sin embargo, levantó la cabeza con dignidad y solo añadió unas breves palabras que sonaron amenazantes.

—No es bueno contrariar a mi jefe. Se lo aseguro, nada bueno. Le comunicaré su negativa. Eso le decepcionará mucho, señor Thalassi... Y es de prever que pronto tenga noticias mías —contestó, levantándose de la mesa y dándose la vuelta sin esperar a que el investigador respondiese.

Nikos sintió un ligero temblor, mezclado con cierto alivio. Ya le habían amenazado muchas veces, y no le gustaba. Sabía percibir cuándo las amenazas tenían cierto rigor. Esa era una de aquellas situaciones. El tipo parecía, y era peligroso. Eso no lo dudaba, y se sentía mejor ahora que había desaparecido.

Había quedado con Angélique. La voz de la joven le quitaría esos turbios pensamientos.

Se sintió más tranquilo y salió de la cafetería. La lluvia había cesado y un tímido sol quería asomarse tras el luminoso edificio del cine Le Grand Rex. Nikos se sacudió el abrigo mojado, y miró la fachada del viejo edificio. Parecía que estaban echando una proyección especial sobre Tintín. La cola abarrotaba la acera. El investigador miró a ambos lados y se quitó de la cabeza la visita del inquietante individuo. Angélique esperaba y no podía ni quería llegar tarde otra vez.

CAPÍTULO 3



Por el bulevar Voltaire circulaba demasiado deprisa un BMW negro. En su interior, el secuaz de Idamante Papadopoulos, hablaba con su jefe sobre los hechos acaecidos en su entrevista con el investigador francés.

—No ha sido posible convencerlo, señor. Se ha mostrado inflexible. Y no creo que se le pueda atemorizar o meter en razón. Es un tipo que no se podrá comprar con dinero —explicaba el conductor, deteniendo el vehículo dentro de un tráfico lento y congestionado.

A lo lejos se oían gritos, un tumulto cada vez mayor, que estaba impidiendo la circulación fluida a lo largo del bulevar. El griego sacó la cabeza por la ventanilla y se dio cuenta de lo que pasaba. Aquellos estúpidos franceses estaban otra vez molestando con sus protestas. Una manifestación bloqueaba toda la avenida. Un grupo de trabajadores del campo había colapsado la circulación y se disponía a gritar sus reclamaciones en medio de la calle, impidiendo por el momento el paso.

—Mihalis, me decepcionas. Eso no es aceptable. El sabueso debe trabajar para nosotros. Es imposible una negación —expresaba la voz al otro lado del teléfono, sin dar opción a una negativa o una mínima contradicción por parte de su enviado.

Mihalis lo escuchó preocupado. Seguía percibiendo las voces de los manifestantes a lo lejos. Sentía miedo real por las palabras de su jefe, o más bien debido a lo que significaban de forma implícita. El señor Papadopoulos no era un hombre paciente ni comprensivo; su palabra y su voluntad eran la Ley, y nadie debía contradecirle si deseaba seguir respirando en este mundo.

—El sabueso no ha sido accesible...

—¡No me contradigas, Mihalis!

—No, señor.

—Esos malditos Dimitrakis pagarán al final.

—Así es, señor.

—Debes permanecer por el momento en París. Se te informará sobre lo que debes hacer. —La comunicación se cortó sin dar ninguna opción a réplica. Las voces de los agricultores rompían el ruido del bulevar, pero no conseguían sacar la preocupación de su interior. El jefe presionaría al sabueso. Sabía cómo hacerlo.

«Deberías haber aceptado, estúpido» —pensó, saliéndose del tráfico por una de las calles laterales, y perdiéndose en el intrincado laberinto parisino.

Angélique había comido con Nikos ese día, como solía ser ya habitual. La feliz pareja parecía vivir un sueño. Se sentían felices juntos, sin desear separarse por un solo instante. Nikos casi había olvidado su asunto con el marchante belga. ¿Qué le importaba ahora? Tenía lo que quería, lo que había buscado durante tantos años. Hasta su padre lo percibía y sonreía feliz al ver a su hijo tan alegre.

—Un Thalassi enamorado. Qué cosa más tonta.

—Tú ya no te acuerdas, viejo. Estás oxidado —contestó Nikos a su padre, riendo mientras le terminaba de contar lo que había hecho en esos días junto a Angélique. Había decidido explicarle poco a poco su nueva relación. Quería a ese huraño anciano, y deseaba compartir con él su actual felicidad. Pero la mente de su padre ya no era lo que había sido. Su estado de lucidez se mezclaba con los momentos de enajenación, que iban en aumento cada día.

—Te irás con esa belga y me dejarás aquí tirado, como un perro abandonado. Todo por una belga mentirosa. Como un Judas. ¿Te acuerdas del Judas ardiendo por traidor en la plaza? —expresó su padre, volviendo a mezclar las cosas en su cabeza.

—No me acuerdo papá. Yo no puedo acordarme —contestó triste. Su padre volvió a rememorar momentos de su vida en Creta, olvidando que su hijo había nacido en Francia.

—¡Cómo ardía el Judas! Unas llamas enormes. Y ella era tan guapa. Una luz más fuerte que el fuego. Eso salía de su cara, una luz fuerte... —Seguía recordando algunos de los momentos vividos junto a la madre de Nikos, mucho antes de nacer él—. Bailaba y reía, tan joven y guapa. Y todos en Aghios eran felices..., y Judas ardía..., llamas hasta el cielo, hasta las estrellas... Ella está entre las estrellas —susurraba su padre, terminando la frase con un hilo de voz.

—Así es —dijo Nikos, sin saber qué añadir.

—¡Enciende la “Luz Santa”! ¿Dónde está ese cordero? Es hora de asarlo o nos perderemos la fiesta, tonto Thalassi —siguió balbuceando, presa de una gran agitación

—Papá, ya no estás en Creta. Estás en París. ¿Me entiendes?

—Ellos fueron los culpables de todo. Esos seguidores del monstruo. No debes dejar que nos cojan, Nikolaos. Sé que están por aquí. No sé por qué nos han seguido. No debes dejar que nos atrapen—le empezó a decir, desconcertando del todo al investigador—. Son ellos. El Minotauro los manda. Pero yo me escapé. Tassos Dimitrakis se escapó de esos asesinos. Yo fui más listo —se reía, con los ojos mirando a la nada.

Nikos escuchaba preocupado. Su padre seguía recordando su pasado y en su mente mezclaba los hechos reales con los que él pensaba que solo eran un producto de su invención. ¿Dimitrakis? Ya había escuchado ese apellido, pero no sabía dónde.

—Cuéntame cómo era tu pueblo, papá —le interrumpió, para intentar traerle de nuevo a la realidad.

Tassos se quedó en silencio y los olores de su isla volvieron a inundarle su mente cansada. Los paisajes de castaños y tomillo, y los olivos. El sol del verano y los colores, y la vida feliz...

—Yo nací en Psychro. Y el sol siempre calentaba mi cara... Pero los guardianes llegaron. Llegaron pronto y teníamos miedo siempre. Ellos nos mandaban todo y lo querían todo.

—¿Los guardianes?

—Sí, los Guardianes del Labrys. Así se llamaban aquellos hombres o demonios. No sé muy bien si no lo eran. Tenía miedo, y era pequeño. Mi padre nos escondía cuando venían. Se llevaban a los niños a la cueva, y nadie los volvía a ver —gemía el anciano, temblando al recordar aquello.

—Es un cuento que te contaron de pequeño, papá. No debes creer que es real —insistió Nikos, pero su padre seguía teniendo alucinaciones, sin prestar atención a sus palabras.

—Me escapé por la noche, ¿sabes? Ellos iban en procesión con las antorchas encendidas, como una gran serpiente de fuego. Pero yo era pequeño y ágil y tenía miedo... Pero no el suficiente. Les seguí por la montaña, y los espinos me arañaron la piel, pero no me importó. Subimos al monte Dikti. Allí estaba la boca del monstruo, abierta y oscura, y exhalaba fuego de su interior. Ellos entraron con los niños y yo los seguí, oculto en la oscuridad. No me vieron y tenía miedo, pero entré también por un lado. La cueva era enorme, tan alta que no se veía su techo; y dentro de ella estaban los guardianes vestidos como Minos.

Nikos escuchaba en silencio aquella historia, que su padre parecía decidido a contar

»El propio Zeus bebía en aquel lago, pero aquella noche no bajó. Solo estaban los niños y ese demonio..., ese Minotauro, con el Labrys en alto... — Pareció quedarse sin habla en ese instante, como si de verdad tuviese a su lado todo lo que estaba contando—. Los niños estaban allí, y el dios levantó el hacha. ¡La levantó, Nikolaos! —gimió su padre con los ojos llenos de lágrimas.

—Es suficiente Tassos —interrumpió el investigador, sacudiendo levemente a su padre y pronunciando su nombre para hacerlo volver en sí. El anciano se calló y sufrió un temblor. Se dejó mecer en los brazos de su hijo—. Ya no están. Eso fue hace mucho tiempo. Ya no existe nada de aquello. Estás a salvo ahora conmigo —le susurró con cariño, intentando calmarlo.

—Debes ir a Spinalonga y esconderte allí. Debes ir, Nikolaos —murmuró su padre, y Nikos se acordó de ese nombre. Hacía mucho tiempo que no lo oía. Un lugar que se encontraba perdido en su memoria.

«Spinalonga» —pensó, intentando recordar.

—Debes ir allí, Nikolaos —volvió a decir el anciano.

Nikos recordó la isla; un islote cercano a Creta, donde su padre se había refugiado durante las revueltas. De eso le sonaba. Recordaba la historia que contaba cuando él era pequeño. Cómo se escondió allí, escapando como pudo de su pueblo. La isla de los leprosos, le había dicho su padre. Un infierno en la Tierra. Pero eso le salvó la vida hasta que pudo escapar a Europa. Ahora ese nombre volvía a estar en la boca de su padre.

—Spinalonga —murmuró el investigador, inquieto por las revelaciones del anciano.

El trabajo los separaba y cada vez necesitaban más tiempo para estar juntos. Deseaban compartir todos los momentos y evadirse del mundo exterior. Nikos recordaba el asunto del marchante. Ahora era algo lejano, escondido en una zona de su cerebro que no deseaba explorar.

Los días pasaban despacio y el buen tiempo lo llenaba de ganas por salir, por descansar..., quizá, por irse de vacaciones y romper con todo por algún tiempo.

—Vete de una vez —había dicho su padre, cuando aquella tarde le había visitado, como solía ser habitual. Nikos había salido pensativo de la humilde vivienda del viejo; dejando que su imaginación ignorase las obligaciones que

estaba desatendiendo.

—¡Creta! —repitió Angélique, cuando los ojos juguetones y pícaros de Nikos mencionaron aquella exótica isla. Sería el destino de un viaje que deseaba realizar—. ¿Y qué vamos a hacer nosotros dos en esa roca perdida en el Mediterráneo? —protestó la joven, con intención de martirizar a su novio y no darle la más mínima facilidad para salirse con la suya.

—Si te escucha el viejo, te dispara con la pistola —se rio Nikos al pensar en su padre, al lado de ellos, escuchando aquellas palabras que habrían resultado auténticas herejías en sus oídos.

Lo había demorado ya mucho, un montón de años.

«Y no sé por qué» —pensó aquello, recordando las recientes palabras de su padre sobre la isla—. Se me ha venido a la mente otra vez ese lugar, para pasar unos días contigo alejados de todo. Estoy cansado, Angélique. Sí, no te lo tomes a broma... —la atrajo hacia sí, besándola en los labios, mientras ella seguía riendo, intentando separarse—. No es broma. Me gustaría mucho llevarte a nuestra isla. Al lugar de donde han salido los Thalassi. Esos famosos investigadores e implacables defensores de la justicia —terminó, soltando a la mujer que le dio un fingido golpe en el pecho con el puño cerrado.

—No pienso ir a ese lugar lleno de griegos locos. Todos como tu padre. Para que me miren como a un bicho raro y me hagan bailar todo el día y beber..., lo que sea que beban —protestó sin dejar de reír.

—Beben cerveza belga y vino de Burdeos.

—Mentiroso...

—Y comen paté de pato —continuó bromeando.

Al otro lado de la calle, un pequeño utilitario azul oscuro arrancó detrás de su coche. Les seguía con habilidad, dejando entre los dos vehículos un espacio suficiente. Nikos esquivaba los automóviles y motocicletas en el abarrotado tráfico de París. Su perseguidor no los quería perder entre la densa circulación. El investigador había acelerado y continuaba hablando con Angélique, sin darse cuenta de que eran seguidos.

—Tengo que comprar ropa de verano, vestidos y mil cosas más. No puedo ir así, de repente..., qué loco estás, Nikolaos.

El sabueso no había escuchado a su novia. Algo le hizo mirar por el espejo retrovisor. Quizá su instinto, o puede ser que su talento para detectar situaciones peligrosas. Percibía las palabras de Angélique, rumores lejanos, difusos, sin dejar de mirar por el espejo. Seguían detrás de ellos desde hacía

un buen rato.

»¿Qué pasa, cariño? —preguntó la joven, dándose cuenta de que no la prestaba atención.

—No sé..., nada.

—Estabas en otro sitio. Ni me has escuchado.

—Ya..., nada. Pensaba... —repuso, sin dejar de mirar con atención al automóvil azul. Durante algunos segundos más pareció seguirles, hasta que se desvió y desapareció por una calle colindante—. No era nada. Mis cosas, ya sabes.

—Solo bromeaba, Nikos. Ya tengo lo que necesito para ir contigo. Y además estoy deseando —continuó Angélique, un poco preocupada.

—¿No tienes casos a medias? ¿Tus jefes no te dicen nada? —repuso, sin volver a pensar en lo anterior.

—No, qué va. Me deben muchos días de vacaciones. Soy la empleada modelo, la reina de las horas extraordinarias. Soy la que inventó la expresión trabajar como una esclava —se justificó sonriente.

—Pues entonces nos vamos, ¿no? Al final se me hace raro. Tanto tiempo pensando en ir a Creta y ahora va a ser una realidad.

—Todo se consigue si se desea con muchas ganas —le besó, haciendo que el volante desplazara un poco la trayectoria del coche.

—¡Cuidado! —Sonrió.

Una motocicleta había ocupado el espacio del vehículo que los seguía. Nikos no se había percatado, pero su conductor había saludado a los tipos del coche antes de sustituirlos en la persecución.

Seguían recorriendo la avenida de la Ópera, llena de tráfico denso a esa hora del día.

»Mi padre ama profundamente su tierra, ¿sabes? Yo me doy cuenta cuando me habla de ella con los ojos húmedos y la voz temblorosa.

—¿Y cómo es?

—No hace falta...

—De verdad. Quiero saberlo. Quiero conocer vuestro origen. La tierra de tu familia. Así te conoceré a ti mejor, cariño —susurró Angélique muy cerca de su cara. Nikos sintió su cálido aliento, y giró levemente la cabeza sin dejar de mirar el tráfico. Los ojos azules y hermosos de la mujer le hablaban de amor, de pasión y deseo, y en ese momento solo quiso tenerla entre sus brazos.

—La isla de mi padre...

—Tu isla —interrumpió Angélique.

—La isla es muy hermosa. Es cálida y está llena de contrastes. Fértiles montañas pobladas de viejos olivos, llanuras enormes y recias, bosques de palmeras y de pinos, arrugados y viejos como los cretenses más ancianos. Y sobre todo, un paisaje cortado con rudeza. “Un paisaje enfurecido”, dice siempre mi padre. Los dioses lo partieron en trozos, creando abismos sobre el mar y gargantas profundas, como la de Samariá. Pero también tenemos playas maravillosas de arena fina de color oro y un agua... ¡Qué agua, Angélique! Un agua como el cristal azul —explicaba Nikos, entusiasmado con todo lo que salía de su corazón.

—Seguro que me gustará.

—Te encantará. La gente de allí es muy hospitalaria, muy buena. Y les encanta la buena mesa. Compartir con los amigos la comida, la bebida y la alegría de la conversación.

—Tienes sangre cretense, aunque seas de París, cariño. Se nota.

Nikos la escuchaba y asentía con la cabeza sin dejar de mirar el tráfico. La motocicleta seguía al automóvil con mucho cuidado, pasando de un lateral al otro entre los coches y relajando su conducción para no aproximarse demasiado. Nikos no se había dado cuenta y continuaba entusiasmado, hablando de la isla. Recordaba las palabras de Kazantzakis en su *Carta al Greco*: “Mi cerebro es occidental, el impulso de mi empuje hacia arriba es oriental y mi corazón africano”.

—Los cretenses son una mezcla de europeos, de turcos y de árabes. Un poco de todo eso, y todo ello agitado y bañado por sus mitos y por la antigüedad de su historia —continuó hablando, mientras dejaba volar su imaginación hacia aquellas tierras bañadas por el sol del Egeo.

Una semana después, volaban de verdad hasta la isla, dejando atrás la vieja Europa. Aunque no eran los únicos que volaban hacia Creta, en el mismo avión. Otros pasajeros parecían muy interesados en ellos. También lo hacían, sin que ninguno de los dos se percatara de su vigilancia.

El antiguo pueblo de Tassos Thalassi fue uno de los remotos lugares de obligada visita por la pareja. Nikos deseaba ir allí, y también enseñárselo a Angélique. Psychro les acogió como solía hacer con los turistas que se desplazaban hasta las faldas de las montañas. Su gente veía llegar y marcharse viajeros de muchos sitios. Siempre con prisa, sin fijarse en lo importante. La

isla de Creta estaba en temporada alta y se veía literalmente invadida por el turismo. Hasta aquellas localidades más remotas también había llegado el turismo rural. Nikos estaba encantado, recorría las calles del pueblo mirándolo todo y disfrutando de cada rincón, de cada árbol o tienda. Todo le hacía recordar las viejas historias de su padre. Angélique disfrutaba junto a él de las estrechas callejuelas, que rozaban las casas enjalbegadas de colores blancos y azules. Aquel rincón del Mediterráneo era un lugar ideal para sus vacaciones.

Había recibido un mensaje aquel día. Una nota arrugada que le había entregado la dueña de la habitación donde se albergaban. Ahora se había vuelto a acordar del papel. Habían salido pronto para visitar los alrededores del pueblo y la nota se había quedado dentro de su cartera, sin que se hubiese acordado de ella.

—Es verdad, la nota —mencionó, sin que Angélique le comprendiese.

Ante la curiosidad de la joven, Nikos sacó el papel y lo estiró para leerlo mejor.

—¿Quién lo envía? —preguntó Angélique. Nikos movió la cabeza sin contestar y leyó aquellas palabras confusas y difíciles de descifrar.

“Για τον Δημητράκη, γιο. Πρέπει να επιστρέψετε στη χώρα σας το συντομότερο δυνατό. Είστε σε κίνδυνο. Αποδράστε από την Κρήτη όπως έκανε ο πατέρας σας. Τώρα ή η ζωή σας θα είναι σε κίνδυνο”.

—“Para Dimitrakis, hijo. Debes regresar a tu país lo antes posible. Estás en riesgo. Escapa de Creta como lo hizo tu padre. Ahora, o tu vida estará en peligro” —leyó despacio el investigador, recordando sus rudimentos de griego.

Levantó la vista del papel y miró a Angélique. Los dos se quedaron perplejos ante aquella nota. Su contenido era alarmante y tajante. No había duda en lo que decía, pero no especificaba qué tipo de peligro.

En su imaginación apareció el rostro malvado del Minotauro. Fue como un destello súbito. Se había vuelto a acordar de su encuentro con el siniestro tipo de la cafetería de París. Algo había en aquella nota que le hacía recordarlo. ¿Podrían estar relacionados? Su mente empezaba a analizar posibilidades, preocupado ahora más que nunca al sentirse responsable de la seguridad de Angélique.

»No es nada. Seguro que no. Cuando volvamos a la habitación, le

preguntaré a la dueña por quién le ha entregado esta nota. Seguro que es un error. Los cretenses son muy dados a liar las cosas, y puede que también sea alguna broma o una tontería de estas que se envían a los turistas para reírse de ellos. No debes pensar más en ello —explicó, sin estar muy convencido de sus palabras.

—Es raro —murmuró ella, sin añadir nada más.

—Bah, no pienses más. Tenemos toda la tarde por delante —terminó y guardó la nota en el bolsillo. Aún así, no dejaba de pensar en la propuesta del tipo de París, y en su velada amenaza cuando salía de la cafetería.

Al día siguiente, habían decidido visitar la bella isla de Spinalonga. Desde que su padre le contó aquellos hechos, no había podido dejar de pensar en ella, y ahora deseaba conocer el islote con sus propios ojos. Era una excursión interesante y en todos los folletos de rutas turísticas salía recomendada. El pasado turbulento de la roca ya era una historia olvidada y ahora aquella porción de tierra, que se levantaba sobre el mar muy cerca de la costa cretense, era un sitio muy visitado por los viajeros.

Nikos observaba cómo el pueblo de Aghios se alejaba, mientras recorría la rada de Elounda. El barquito los llevaría a la isla, como al resto de los turistas que les acompañaban esa mañana. Angélique estaba entusiasmada. Nikos la miraba sin poder apartar la vista de ella. Estaba hermosa, con su cabello dorado brillando bajo aquel sol fuerte del mar. Ella le sonrió, sujetándose el sombrero para que el viento no se lo arrancara de la cabeza.

A medida que se acercaba la embarcación, crecía la inquietud en el interior del investigador. No se sentía cómodo con su presencia allí. Lo notaba en el estómago, en los poros de la piel. La isla no le quería en ella.

—¡Mira Nikos! —gritó la joven, apuntando con el dedo a un letrero grabado en la piedra, que se podía ver en el arco de la entrada, escrito en latín: “*¡Oh, vosotros los que entráis en este lugar, abandonad toda esperanza!*”—. Qué miedo —bromeó la joven—. Abandonad toda esperanza —repitió en francés, después de leer el texto latino con facilidad.

El investigador la miró, con el semblante serio.

—Es un fragmento de la Divina Comedia. Lo hicieron los venecianos hace muchos siglos —recordó lo que le había contado su padre de pequeño.

—Sí, lo sé. Lo he leído, bobo. Es la entrada al infierno de Dante. Allí está

escrito —contestó, haciendo una mueca y abriendo los ojos de forma despavorida, como si estuviese horrorizada.

«La entrada al infierno» —pensó, siguiendo a la joven, que se dirigía al interior del islote.

CAPÍTULO 4



Su visita por la isla se había prolongado casi todo el día. Estaban cansados y con ganas de regresar. Nikos se había adelantado un poco y la joven se había detenido al lado de un viejo andrajoso. El mendigo estaba sentado bajo la sombra de un árbol y presentaba un aspecto lastimoso. Parecía un pordiosero, que aprovechaba el paso de los turistas para intentar sacarse algunas monedas. Angélique se había percatado de él, porque el viejo había dicho algo en griego cuando estaba a su lado. La joven se había parado sin entenderlo, justo cuando Nikos la alcanzaba.

—Franceses, venecianos, rusos y japoneses —decía el viejo en un griego extraño, mezclado con palabras en italiano. Nikos lo escuchó y depositó algunas monedas en una escudilla de metal, que tenía a sus pies—. Gracias por tu buen corazón. Tú..., eres de aquí, ¿verdad? —le preguntó—. Sí, lo eres. Un hijo de la roca, un hijo de los venecianos... Y pronto verás a Marmakis. ¡Allí vivía! —gritó el viejo, indicando con el dedo una casa medio derruida.

—No somos de aquí. Se equivoca —interrumpió Nikos, para proseguir con su visita. Pero el viejo se levantó y empezó a pasear a su lado.

—A veces se le ve por la noche o por el día. Yo lo he visto. Dicen que era de Aghios. Un buen tipo, pero la lepra lo mordió y vino a morir aquí hace ya mucho tiempo. ¡En 1920! —volvió a gritar, sobresaltando a Angélique.

Nikos no quería que los siguiese, pero no podía dejar de escuchar lo que el viejo les contaba.

»Murió aquí, en Spinalonga... Y a veces te empuja. ¡Te empuja! —exclamó, empujando a la vez a Nikos, levemente.

—Es suficiente, amigo. Estás asustando a mi mujer —dijo Nikos, más seriamente, haciendo sonreír a Angélique por aquella palabra sobre su relación.

—El Labrys os cortará la cabeza. Eso seguro. Lo hará y los fantasmas de mil leprosos se levantarán de sus tumbas para vengar los crímenes del Minotauro. Así está dicho —siguió declamando, sin que les pudiera seguir bien, debido a la dificultad de arrastrar una de sus piernas.

La pareja lo dejó atrás y volvió al embarcadero. Aquello había trastornado bastante al investigador y deseaba salir de la isla. Angélique no decía nada, pero lo comprendía. El viejo seguía gritando en la distancia y levantando un

palo en el aire, como si fuese la vara de Moisés antes de separar las aguas del mar Rojo.

»¡Los Guardianes del Labrys vendrán! —chillaba con una voz áspera y desagradable, hasta que se perdió de vista.

El pequeño embarcadero estaba muy cerca, pero Angélique deseaba entrar en los servicios públicos antes de subir al barco. Nikos la miró intranquilo. El viejo podía venir y no deseaba escuchar otra vez su cantinela.

—Solo será un momento, cariño. Tú puedes ir al muelle y ver si está el barco. Yo voy ahora mismo.

Nikos no quería, pero la joven insistió. Y era muy testaruda cuando decidía una cosa. El investigador asintió con la cabeza y la dejó unos instantes mientras iba a los aseos. Nikos decidió esperarla cerca del embarcadero.

El viejo renqueante y malhablado, seguía persiguiéndolos y había observado cómo la joven entraba en los servicios públicos. Farfullaba palabras inconexas y agitaba el palo delante de él, como si arengara a un invisible auditorio. Con paso forzado, se detuvo frente a la puerta de los aseos, justo en el momento en que la joven salió. Ambos se observaron. Los ojos quemados por el sol del viejo la miraron, y su gesto parecía dispuesto a seguir declamando su aprendida retahíla de historias y maldiciones. La mujer lo miró a su vez, fijamente, y con suavidad le tomó por el brazo, sacándole de allí. El asombro del viejo era palpable, pero se dejó conducir hasta una zona más apartada. El dulce rostro de la joven le miraba con calma. Le susurró algo al oído y depositó después unas monedas en su mano, avanzando con él un trecho por detrás del edificio principal del embarcadero.

En el puerto, Nikos se impacientaba esperando a su novia. Estaban a punto de salir y sería el último viaje del día desde el islote hasta Creta. Si no embarcaban a tiempo, les dejarían allí, y no estaba dispuesto a pasar la noche en aquella roca del demonio.

Justo cuando ya parecía que perderían el transbordador, la joven llegó corriendo, arreglándose el pelo y con muestras de sofoco por la carrera.

—¿Dónde estabas? Casi perdemos el barco —protestó Nikos, ayudándola a subir y pasando al interior con ella.

—Una mujer a veces tiene que..., tomarse algo de tiempo para sus cosas.

—Pues casi lo perdemos y nos habríamos quedado aquí —dijo, apuntando con el dedo a la isla que ya se alejaba.

—Qué exagerado, señor Thalassi. O es que deseaba marcharse y abandonarme en esta isla de los leprosos, llena de fantasmas horribles —

contestó riendo y besándole en los labios, para impedir que el investigador respondiese. El beso se prolongó y Nikos sintió cómo su leve enfado desaparecía entre los brazos de la joven y el calor ardiente de sus labios.

En el embarcadero de Spinalonga, cierta agitación había consternado a los residentes. Un grupo de turistas daneses habían descubierto un cuerpo sobre las rocas de una zona apartada del pequeño puerto. Parecía un cadáver batido por las olas suaves de la tarde. Un pescador local, que se encargaba también de la venta de regalos en uno de los puestos, se acercó y bajó saltando con cuidado por las piedras resbaladizas. Cuando estuvo junto al cuerpo inerte, se agachó y le dio la vuelta. Lo conocía. Era el pobre mendigo, que estaba ahora allí con la cabeza destrozada. El viejo que deambulaba por la isla, asustando a los turistas y molestando a todo el mundo. El pescador tiró del cuerpo y lo extrajo del agua, con la ayuda de otros dos hombres. Lo depositaron en el suelo, fuera de las olas y se quedaron todos en silencio. Se habría resbalado, mientras se acercaba a la orilla. Y un golpe en la cabeza habría acabado con su vida. Mejor así, pensaban. Una vida miserable había terminado de repente. Era más piadoso que seguir arrastrando aquel cuerpo enfermo por el mundo, con tanto sufrimiento.

El barquito llegaba a Aghios y Nikos no había vuelto a decir nada. Seguía pensativo. Y de esa forma volvieron a su habitación en el pueblo, ya al atardecer. Habían quedado con un primo lejano. Uno de los pocos parientes que seguían vivos en la aldea y que deseaba conocer.

Su primo ya los esperaba. Nikos no se había acordado, pero al verle frente a la puerta de la casa, se dio cuenta al instante.

Se habían conocido unos días antes, y siguiendo la costumbre de hospitalidad cretense, aquella noche sería la muestra de afecto de su familia para uno de sus parientes del continente.

Su primo era un hombre muy locuaz. Un tipo moreno y delgado, seco como el tronco de un olivo, debido a su trabajo al aire libre en el campo. Hablaba sin parar en griego, sin darse cuenta de que solo Nikos lo entendía, y que aún así, le costaba comprender aquella mezcla de palabras del dialecto de las montañas.

En la puerta de su casa, dos mujeres estaban sentadas conversando, aprovechando el frescor del atardecer. A esa hora todos estaban en la taberna del pueblo. Era lo normal. El primo de Nikos seguía parloteando, mientras pasaba las bolitas de ámbar del *komboli*, de forma incansable, sin apenas darse cuenta.

—Tenemos que echar una partida al *tabli*, querido primo. Mejor vamos a la taberna —sugirió, guiñándole un ojo y golpeando a Nikos levemente en la espalda. Angélique había sido acomodada entre las mujeres. Le miró a Nikos cuando se alejaba y este encogió los hombros.

»Las mujeres son mujeres en cualquier sitio. Es hora de ir a la taberna —afirmó su primo.

En la puerta del pequeño local se apretujaba un reducido grupo de personas, todos vecinos del pueblo. Eran hombres, casi todos de edad avanzada, que ocultaban algo dentro del círculo que rodeaban. El primo de Nikos los saludó al llegar, haciendo que el grupo se apartase un poco para dejarles ver lo que allí ocurría.

—Acércate Lazaros —dijo uno de los espectadores que rodeaba la mesa.

Lazaros Dimitrakis era el primo de Nikos. Algo que él desconocía y que había descubierto en su visita al pueblo de Psychro. Caminaba a su lado despacio, escuchando con atención lo que decían todos, e intentando comprender lo mejor posible aquel sonoro dialecto insular griego.

—Mira Nikos. Están en lo mejor —afirmó Lazaros, observando con detenimiento a los dos hombres que permanecían a cada lado de la mesa, concentrados y nerviosos ante un viejo tablero de *tabli*. El humo denso del tabaco ocultaba el momento más tenso del juego. Uno de ellos sacudía los dados con la mano en alto y los lanzaba dentro del cuadrado del tablero; adoptando una postura forzada con la muñeca, para conseguir una buena combinación de números. Dos seises se revolvieron en los dados, hasta quedar mirando a los ojos expectantes de todos.

—¡Dos seises! —exclamó Lazaros, volviéndose hacia Nikos. Los gritos de los espectadores apagaron el enfado del rival. El que había lanzado se golpeaba en el muslo y se mofaba de su contrincante con expresiones en griego que Nikos no entendía.

»¿Quieres *frappé* o algo más fuerte? —le preguntó su primo, apartándose de la mesa de juego.

—Lo que tú veas —respondió el investigador sin dejar de mirar, interesado en aquella escena extraña, oculta entre el humo de los cigarrillos, que parecía provenir directamente de una época pasada.

—*Tsikoudiá*, entonces. Irá bien para matar el fresco de la noche —aseguró Lazaros y entró en el local seguido de Nikos. La bebida era agradable y se servía en un vasito pequeño. Lo olió antes y percibió su aroma intenso. Su sabor era fuerte, pero le gustó. Nikos miró a su primo con un gesto de

curiosidad—. Son uvas..., un poco más muertas —respondió ante su pregunta tácita, riendo después por su ocurrencia y sobre todo por el gesto de Nikos, que no alcanzaba a comprender.

»Sé que deseas saber algunas cosas de tu familia de aquí, y de tu padre y tu madre —comenzó a explicar Lazaros, sorprendiendo a Nikos. Volvió a llenar el vaso con el licor y siguió hablando—. Tú no eres un Thalassi, tú eres un Dimitrakis. Tu padre se cambió el apellido, supongo que estando ya en Francia —afirmó Lazaros.

Nikos escuchaba aquella revelación, desconcertado. No estaba seguro de la veracidad de lo que le aseguraba, pero no deseaba interrumpirlo.

»Muchas cosas pasaron en aquellos tiempos. Cosas muy malas. Cosas que hemos ya olvidado o casi olvidado por aquí. Ahora la cueva ya no es nada, es solo un agujero en las entrañas de la montaña. Un hueco para turistas tontos, que se creen que verán a Zeus bebiendo en el agua del estanque que hay dentro. —Lazaros apuró su vaso y lo volvió a llenar—. En aquellos días se hicieron muchas cosas horribles, mucho mal y sufrimiento. Había ignorancia y los ricos se aprovechaban de los pobres. Ahora también —suspiró, quedándose callado un instante—. Pero ahora está el turismo. Ya no hace falta. Todos se han ido hace mucho a Grecia, o América. Así que ya no queda nada de todo aquello.

—Pero me han hablado de los Guardianes... —repuso Nikos.

Lazaros le miró alarmado y de forma automática volvió preocupado la cabeza para ambos lados. En la vieja taberna había algunas personas más del pueblo, que no parecían prestar atención a su conversación.

—Son cosas antiguas, Nikos. Ya no se debería hurgar en ellas.

—Lo entiendo, pero mi padre me cuenta cosas de los Guardianes del Labrys. Del rey Minos. Sacrificios en una cueva, que él vio con sus ojos. Y no sé qué significa todo eso. Tassos está muy mayor y no sabe distinguir qué es realidad o fantasía.

—Son cosas de viejo. Yo no sé... —Lazaros se encerró en sí mismo, sin dejar de mirar a las otras personas que estaban en la taberna.

«No me va a contar nada más. Qué estúpido he sido al presionarlo» —pensaba Nikos al ver la actitud hosca y cerrada de su primo.

—Tu mujer estará esperando. Debemos regresar ya, se hace tarde —sugirió Lazaros, levantándose de la mesa y apurando el vaso—. ¿A que está bueno? De esto no tenéis en Francia, seguro —bromeó, haciendo que Nikos le siguiese fuera del establecimiento.

Los jugadores habían terminado y todos estaban callados en el exterior. Parecían mirar a Nikos con suspicacia, en silencio, o eso le pareció. No podía estar seguro, porque la noche ya se cernía sobre el pueblo y estaba cansado, y su mente se encontraba embotada por el alcohol que había ingerido.

Angélique le besó y sonrió al verle. Levantó los ojos, demostrando aburrimiento y luego se fijó mejor en su rostro colorado.

—¿Has bebido? Has bebido —susurró al oído del investigador.

—Es mejor que descanse. El *tsikoudiá* suelta la lengua o te duerme según el caso —explicó Lazaros, guiñando un ojo.

—Vamos a la cama, mi listo sabueso. Por hoy ya has tenido demasiadas emociones —murmuró Angélique, acompañando a Nikos del brazo a su habitación.

La mente del investigador daba vueltas sin cesar. Todo lo que había visto y oído en esos días se mezclaba entre sí, debido a los efectos del licor que había ingerido en exceso. El sueño le había atrapado pronto, pero no permitía que escapase de una pesadilla en la que se hundía más y más. Un ser gigantesco, oculto bajo una gran máscara de Minotauro, le hablaba con su voz gutural. El ser le ordenaba con la mano para que le siguiese. Nikos no podía desobedecer, a pesar de no querer ir con él. Sus pies le seguían, como si una atracción fatal lo empujase. El monstruoso dios toro, agitaba sobre su cabeza una descomunal hacha de doble filo.

—Tú serás el testigo del sacrificio a tu Dios —rugía el monstruo, acercándose a un grupo de seres sin rostro, que gemían y chillaban con intenso pavor—. ¿¡Dimitrakis, dónde estás, maldito perro, esclavo de Minos!?! —gritaba el Minotauro, apuntando con el hacha al grupo de seres fantasmales. Nikos lo escuchaba todo sin poderse mover ni hablar.

Estaban en el interior de una gran gruta. Un horrible infierno, donde las llamas de los pozos emitían grandes lenguas de fuego, que explotaban por todo el interior. La cueva reverberaba como un metal al rojo vivo. La sombra de aquel monstruoso dios toro se reflejaba en las paredes, como si una gran silueta pintada con sangre los cubriera a todos ellos.

»Dimitrakis, no te escondas. Morirás hoy bajo el Labrys. Maldito leproso. Y volverás al infierno de donde saliste —se escuchaba en el interior de la cueva, como si las palabras del Minotauro fueran también la voz de toda

la montaña.

Nikos se despertó de golpe. Angélique lo sujetaba y le miraba con curiosidad.

—Estabas soñando.

—Tenía una pesadilla —dijo balbuceando, intentando aclarar su mente.

—Hablabas en sueños. Mencionabas cosas que no he podido entender.

—Era todo terrible. Ese maldito licor... —afirmó, sintiendo la boca pastosa y una sed enorme.

—Solo te entendí el nombre de Dimitrakis.

—No recuerdo ya casi nada. Solo el fuego.

—¿Quién es ese Dimitrakis?

—Lo dijo mi primo —contestó, sin explicar nada más; ni decir que su padre también había mencionado ese apellido.

—Mañana nos vamos, debes dormir o estarás muy cansado para viajar —le reprendió Angélique, volviéndose a meter en la cama.

Al día siguiente volverían a París. Las vacaciones habían concluido y no podían demorar más su estancia en la isla de Creta.

La carretera desde Psychro era muy irregular. Nikos se mostraba silencioso, todavía turbado por su pesadilla nocturna. Conducía con precaución por aquella ruta de gravilla, retorcida y estrecha, que le obligaba a frenar en cada curva. Pequeños camioncillos y motocicletas se cruzaban con él, apartándose cuando alguna furgoneta le rebasaba por el borde del estrecho arcén.

—Si quieres lo llevo yo —le había dicho Angélique.

—No, no pasa nada. Son estos tramos de carretera rural que están muy mal. Luego entramos en la carretera de la costa y será mejor —se excusaba.

El estado de la pista era deplorable. Vuelta tras vuelta, iban rodeando las montañas y cruzando por terrenos escarpados en un paisaje muy montañoso. Estaban cerca de la carretera de Heraklion, pero todavía no habían salido de aquellos desfiladeros rocosos.

Detrás de ellos venía desde hacía algunos minutos un vehículo más veloz. Un todoterreno de color verde oscuro que parecía quererlos adelantar sin conseguirlo.

—¡Venga, pasa ya de una vez! —gritaba Nikos, sacando la mano por la

ventanilla para indicar al otro automóvil que los adelantara—. ¿Pero qué te pasa hombre, si puedes pasar?

El todoterreno se aproximaba cada vez más a su coche. Avanzaba con potencia por aquel trazado tortuoso, pegado casi al parachoques trasero de la pareja. El bramido del motor era fácilmente audible, hasta que el primer impacto los hizo darse cuenta de su peligrosa situación.

»Nos quiere sacar de la carretera. Ese tipo está loco —dijo Nikos, sujetando el volante y sintiendo de nuevo otro choque del todoterreno contra su automóvil.

—¡Acelera! —gritó Angélique, mirando asustada hacia atrás.

—Esta lata con ruedas no corre más. ¡No podemos pararnos aquí o nos despeñaremos por el barranco! —exclamó Nikos, entre el ruido de los motores y los impactos consecutivos que sufrían. El potente todoterreno se había empotrado contra su coche y ahora empujaba, acelerando aún más. Rugiendo como un toro enloquecido, para sacarlos de la carretera en alguna de sus curvas. Su destino parecía sentenciado y Nikos no podía hacer nada, solo intentar girar a tiempo el volante para no salirse de la estrecha carretera, que se abría ante él como si fuese una montaña rusa. Un carrusel cada vez más rápido y mortal, que le sería imposible de evitar.

—¡Nos vamos a matar! —gritó Angélique.

El automóvil entró a toda velocidad en la autovía de la costa, seguido de su acosador. Mucho más amplia y abarrotada de tráfico, la nueva carretera les dio algunos segundos para separarse de su perseguidor. El coche de Nikos se había desembarazado de él, sorteando varios camiones y colocándose entre algunos de aquellos enormes transportes. El tráfico los había separado y cada vez le era más difícil al potente todoterreno, seguirlos entre aquel enjambre de vehículos, furgonetas y motocicletas, que se adelantaban sin orden ni concierto por todas partes.

En la montaña, la potencia del tanque que les acosaba era su ventaja, pero entre aquel barullo de chapa y gasóleo, era imposible que los alcanzara. El pequeño tamaño del vehículo de alquiler le daba ventaja y pronto entró como una exhalación en el municipio de Nea Alikarnassos, dirigiéndose sin mirar atrás al aeropuerto internacional de Kazantzakis.

Nikos vigiló un momento el aparcamiento del aeropuerto. Su perseguidor había desaparecido hacía un buen tramo. Dudaba entre denunciar todo aquello o subirse al avión y seguir su viaje a París. Si lo ponía en conocimiento de las autoridades, su vuelta se demoraría con toda seguridad. Tendría que declarar y

explicar todo lo ocurrido, y era posible que se le impidiese salir de la isla ese día. Lo pensó despacio, y pronto decidió no hacer nada al respecto. Podría ser solo un loco, uno de aquellos nacionalistas que odiaban a los turistas y que se había cebado con ellos debido a la mala suerte. Así se convenció. No se iba a quedar allí más tiempo del necesario. Su avión salía dentro de nada y estaba dispuesto a llegar a París, donde se sentiría más a salvo, sobre todo por Angélique.

Ella le miró cuando se acercaban al control de pasajeros. No hubo ningún problema para cruzarlo y entrar en la zona del pasaje en el aeropuerto. Permanecerían allí hasta que su vuelo fuese anunciado. En esa zona protegida de la terminal estarían a salvo, pensó. Nadie se atrevería a hacer nada en contra de ellos, estando allí. De eso estaba seguro y su ánimo alterado empezó a tranquilizarse.

—Aquí estaremos a salvo —susurró al oído de Angélique.

—Qué miedo he pasado. Nos han podido empujar por el barranco, Nikos. Hemos podido morir hoy —contestó la joven, todavía nerviosa y muy alterada.

—No creo que pretendieran eso. Solo deseaba asustarnos. Solo era eso, cariño. Algún loco. En estos sitios de montaña hay locos de ese tipo. Personas que no tienen contacto con la civilización, apenas. Son pueblos perdidos, donde la gente es muy ignorante y miran a los turistas con recelo; y de vez en cuando sale algún loco que hace estas cosas. Ha sido mala suerte. Nos hemos cruzado en su camino, solo ha sido eso. —Intentaba tranquilizar a su novia. En su mente no se creía del todo lo que estaba explicando. Tenía todavía muy reciente aquellos extraños sucesos, que había ido conociendo desde que vio por primera vez la escultura dorada del Minotauro. Era todo muy raro, anormalmente casual. No podía ser debido a la mala suerte; tantas cosas que se relacionaban entre sí de forma tan sutil.

Angélique leía el móvil tranquila y su respiración estresada parecía ir disminuyendo. Nikos se daba cuenta, sentado a su lado, esperando la salida del avión.

El panel anunciaba su vuelo desde hacía ya bastantes minutos. Habían decidido acercarse a la cola para embarcar. La fila se iba completando y las azafatas estaban a punto de iniciar la recogida de billetes para dar paso al avión. Un rumor lejano empezó a escucharse. Nikos se dio la vuelta para ver cómo un gran tumulto de gente se acercaba corriendo hacia ellos. Una muchedumbre horrorizada que gritaba y que pronto impactó contra la fila, empujando a algunas personas que fueron derribadas por el suelo, entre las

maletas y el resto de pasajeros.

—¡Fuego! —exclamaban algunos. “Fuego”, era la palabra que Nikos escuchó, a la vez que una voz intentaba calmar al gentío enloquecido desde la megafonía.

Nikos agarró la mano de Angélique y se dio cuenta de que las azafatas ya estaban retirando la cinta que impedía la entrada al avión, dando paso a los pasajeros a su interior.

—¡Adelante, adelante! —decían, intentando embarcar a los que se quedaban fuera, para que la aeronave se alejara de la terminal.

Nikos se soltó de su novia, arrastrado por el resto de la fila, que lo empujó hacia el interior del avión. Su billete fue arrancado por una azafata, con solo unos segundos de revisión. No iban a entretenerse con muchas comprobaciones. El avión despegaría y todo aquel que se quedara en tierra, perdería su vuelo.

Nikos se encontraba en el pasillo del avión, sin poder retroceder. Se había apartado entre los asientos y esperaba a que entrase Angélique. Los pasajeros corrían ya al interior. Las azafatas entraron asustadas. Sus cabellos revueltos y sus gestos demostraban la urgente precipitación. El despegue no podía demorarse más, pero Angélique no estaba allí. Nikos fue consciente de que algo no encajaba bien, cuando la chica de la compañía le obligó a sentarse en su sitio. El avión se movía, salía hacia la pista y su novia no había llegado. Su cerebro intentaba encontrar una solución, comprender lo que había pasado.

El avión dio un salto furioso hacia delante, rugió con la potencia de una detonación y despegó de la pista, surcando el cielo de Creta en dirección al mar; sin esperar a que Nikos pudiese hacer algo para remediar su angustiada situación.

El investigador miró por la ventanilla y vio la isla hundirse entre las nubes costeras. La franja azulada del mar lo ocupaba todo bajo la aeronave.

—Debo hablar con el piloto —interpeló a la azafata que pasaba a su lado. La joven le miró extrañada por aquella inusual petición.

A black and white photograph of a park scene. In the foreground, there are several wooden park benches with metal frames. Behind the benches is a low, textured fence. In the background, there are large, leafless trees and a building with a prominent tower or dome. The text "CAPÍTULO 5" is overlaid in the center of the image.

CAPÍTULO 5

El vuelo a París fue angustioso. Su móvil vibraba, reclamando su atención, minutos después de haber entrado en el avión. Él intentaba hacerse entender con aquella azafata griega, que no comprendía bien el francés. Su cabeza era un mar de ideas y de explicaciones posibles. Angélique se había quedado en Creta y corría peligro. Lo notaba de forma tan real como si lo estuviese viendo con sus ojos. Algo había salido mal, algo que escapaba de su control y que había surgido alrededor de él muchos días antes. Todo empezaba a encajar de forma extraña. El peligroso griego de la cafetería, el viejo mendigo de Spinalonga, el marchante de arte desaparecido... Y en el centro de todo aquello estaba ese supuesto cerebro del crimen y del tráfico de arte europeo. Y ahora su novia no estaba con él.

Recordaba la persecución por la isla. No podía ser todo una coincidencia.

El móvil seguía vibrando y su mirada se posó en la pantalla de forma inconsciente. La azafata le indicaba que debía apagarlo. Escuchaba una voz alterada a su lado, pero no entendía nada. Se sentía flotando en una nube irreal. La imagen de Angélique estaba en su Whatsapp. Su amor le miraba con ojos aterrorizados, y la boca amordazada por un trozo de cinta americana. En su cuello presionaba una navaja automática, empuñada por una mano enguantada. Nada más podía apreciarse en aquella terrible imagen, que acababa de llegar a su móvil durante el vuelo.

¿Cómo era eso posible? La persona que se lo había mandado debía estar allí en el avión, en algún sitio. Sentado cerca de él. Eso fue lo primero que se cruzó por su mente.

Nikos se levantó con el móvil en la mano y la azafata gritó algo en griego. Otros auxiliares acudieron al lugar, en el estrecho pasillo. El investigador miraba a todos lados, puesto ya de pie. Escrutando las cabezas de los pasajeros por encima de los asientos. Todo el mundo parecía normal. Decenas de caras asustadas que lo observaban en silencio, intentando comprender qué estaba sucediendo.

—Siéntese, por favor. Debe calmarse y apagar el móvil —dijo en buen francés, un compañero de la nerviosa azafata. La imagen de WhatsApp venía acompañada por un corto mensaje: “Angélique es mía ahora. Debes seguir mis indicaciones al pie de la letra. Pronto te informaremos de lo que debes hacer.

No avises a la policía ni a nadie, o ella morirá”.

Luego el móvil volvió a vibrar y otro mensaje se desplegó ante sus ojos: “Si no haces lo que te decimos ahora, ella morirá. Le cortaremos el cuello ahora mismo”. Fue todo lo que pudo leer.

—Por favor, caballero, el móvil —volvió a repetir el auxiliar de vuelo con más persistencia.

Nikos le miró durante unos segundos y volvió sus ojos a la foto. Después desactivó la transmisión del aparato. Tenía que pensar antes de llegar a París. Debía seguir de momento las órdenes de los secuestradores. Su excitación inicial se transformaba ahora en un estado de vacío. Una extraña angustia que lo embargaba por completo.

La azafata se retiró de su lado, al comprobar que el pasajero estaba ya calmado. Nikos volvió a desplegar la foto de su móvil. Angélique seguía allí, con sus bellos ojos azules llenos de un profundo terror. La hoja de la navaja brillaba con deseos de cortar aquella piel sonrosada y suave. Y en sus pensamientos supo que debía sobreponerse. Contaba con pocas piezas en ese complicado rompecabezas, pero eran suficientes para empezar. De momento seguiría el juego a los secuestradores. Luego él tomaría la iniciativa para rescatar a su novia.

El aeropuerto Charles de Gaulle estaba abarrotado de viajeros. Un hormiguero enorme de personas de todos los países, que se cruzaban y arremolinaban en todas las zonas del enorme complejo. Nikos estaba impaciente por salir al exterior. Necesitaba que los secuestradores se comunicaran de nuevo con él, y de esta forma comprobar que Angélique seguía bien. Era previsible que le estuviesen esperando a su llegada. Incluso que le siguiesen vigilando desde el interior del avión. Ya contaba con ello, y su actitud al salir a la zona pública fue la que solía mostrar siempre. Andaba distante, como distraído, avanzando entre la multitud sin mostrar ningún tipo de nerviosismo o alteración. Pero eso era solo el exterior, era algo que siempre le caracterizaba. Nikos estaba muy atento a todo lo que ocurría a su alrededor, incluso a los dos tipos con gafas oscuras que se acercaron directamente.

—¿Señor Nikolaos Thalassi? —preguntó el más alto, con un fuerte acento árabe o turco y un deficiente francés.

El investigador los miró a los dos. Eran dos esbirros amenazadores. Bien vestidos, con sus elegantes trajes oscuros y sus zapatos relucientes. Ninguno de los dos podía esconder su origen, por su cabello más rizado y negro y su tez morena. Los turcos le impidieron avanzar, y volvieron a preguntar otra vez lo mismo:

»¿Señor Thalassi?

—¿Quiénes son ustedes? —se enfrentó a ellos, intentando no parecer atemorizado. Estaban en un espacio público, rodeados de cientos de personas que iban y venían. A lo lejos, la policía del aeropuerto realizaba su ronda. Nikos la podía ver desde allí. Los dos turcos eran conscientes de ello, pero aún así, habían sido lo suficientemente osados para entrar allí y retenerle en medio de todo aquel barullo. Eso le decía mucho de su determinación, y había que ser prudente y meditar muy bien lo que debía hacer a continuación.

—Debe acompañarnos ahora. Una persona le espera —fue lo único que consiguió sacar de aquellos dos sujetos.

Un coche grande y de cristales tintados lo esperaba a la salida del aeropuerto. Sin ninguna contemplación, fue empujado a su interior, y el potente vehículo arrancó con potencia, acelerando para salir de allí en una dirección que ignoraba.

»Bienvenido a París, señor Thalassi. Espero que haya tenido un buen vuelo —pronunció el tercer ocupante del espacio trasero.

—No le conozco a usted —respondió Nikos, dándose cuenta de su situación. Todo pasó por su cabeza como si se tratase de la explosión de una estrella. Ellos eran los causantes del rapto de Angélique. Estaba seguro. Esos malditos criminales ahora deseaban algo de él.

—Señor Thalassi, siento esta..., inapropiada forma de proceder, pero nuestro gobierno no puede ser prudente cuando se trata de capturar a terroristas —empezó a explicar el turco, sin mostrar ninguna intención en su inescrutable rostro.

—Yo no sé nada de terroristas. Si es por eso por lo que han retenido a Angélique, yo les aseguro...

—Ya sabemos que no es un terrorista, señor Thalassi. Nuestro servicio de información lo sabe todo sobre usted. No es necesario que continúe. Lo que ahora necesitamos es saber “otras” cosas. Precisamos de usted información sobre sus contactos, sobre sus amigos —afirmaba el agente turco, en perfecto y bien modulado francés. Los otros dos tipos le flanqueaban sin inmutarse ni mover un solo músculo de sus caras. Su jefe, el hombre que lo

interrogaba sentado frente a él, seguía con sus preguntas, como si se tratase de un concienzudo funcionario, con hábito de conseguir lo que deseaba saber.

»Señor Thalassi, ¿conoce usted a Kadir Çelik?

—Nunca he oído ese nombre —contestó en el acto, sin necesidad de mentir. Intentaba comprender a dónde le conduciría aquel interrogatorio.

—¿Ha estado usted recientemente o en el pasado en Diyarbakir? No me mienta, señor Thalassi. Lo sabré, puede estar seguro —dijo esto último con un tono de voz frío y peligroso.

—Nunca he estado en ese sitio. No sé dónde está, se lo aseguro... ¿Por eso tienen a Angelique?

—No me mienta o tendremos que utilizar otro método más expeditivo para saber la verdad. —Esta vez se acercó un poco hacia delante, mirando fijamente al investigador. Un olor fuerte a loción de afeitar y a perfume exótico le llegó a la nariz. El pulido sujeto esperó un segundo para seguir con sus preguntas y el vehículo giró bruscamente, haciendo que el investigador empujara a uno de sus captores laterales.

El tipo que estaba al mando miró a los dos esbirros y estos se activaron como si fueran dos robots apagados en espera de sus órdenes. Uno de ellos sacó una pistola y la puso encima de su rodilla. Era un arma reluciente y perfectamente engrasada, que brillaba con las luces de la calle. Nikos se dio cuenta y evaluó sus opciones. Estaba allí encajado sin poder moverse. Sus captores no parecían estar satisfechos con las respuestas que estaban recibiendo. Así que decidió utilizar un último cartucho, y ver cómo afectaba aquello a su interlocutor.

—Sé lo del Minotauro. Sé que ya ha sido encontrado y que algunas personas influyentes lo buscan —afirmó de sopetón, mostrando mayor presencia de ánimo de la esperada.

El interrogador levantó la cabeza y lo observó con atención. Sus ojos cambiaron de expresión. Parecían ahora brillar de forma perspicaz. Aquellas palabras habían conseguido alterar la situación, y quizá, eso le daría un respiro o algún tipo de ventaja.

—¿Qué nos puede decir de la figura del Minotauro, señor Thalassi? Por favor, no debe temer nada ahora. Estamos de su lado. Pero debe comprender que a veces... A veces debemos ser más persuasivos —dijo sonriendo y cambiando su gesto por otro menos amenazador

Nikos debía contarles algo, darles algún tipo de información que les animara a soltarlo. Por eso decidió contar parte de su historia. Solo lo

referente a su reunión con el sicario griego en la cafetería de París. El tema que llevaba con el marchante no lo mencionaría. Consideraba que debía seguir en secreto y solo en su conocimiento. No deseaba complicar más el asunto, y además intuía que lo podría necesitar en el futuro.

»Ya veo que ha conocido a Mihalis —murmuró el interrogador—. Tenga cuidado con él, amigo Thalassi. Nosotros, no obstante, estaremos siempre cerca. No nos verá, pero estaremos cerca. Nuestro gobierno debe recuperar lo que es suyo. Eso lo comprende, ¿verdad, señor sabueso? —añadió sin explicar nada y llenando de mayor confusión al investigador.

En la cabeza de Nikos volvió a surgir la imagen de su novia, con los ojos aterrorizados y la boca amordazada. Tuvo la tentación de seguir preguntando por ella, pero aquellos tipos no parecían saber nada. O no querían contestar sobre eso. No podía hacer peligrar la vida de ella con sus preguntas, y decidió callarse y esperar a que los secuestradores contactaran con él. Estaba seguro de que lo harían en breve.

El vehículo se detuvo en un lateral sombreado de la avenida. La puerta se abrió y su interrogador le invitó con la mano a bajarse.

—Por cierto, señor Thalassi, espero que disfrutara de nuestra acogedora tierra. ¿Qué le pareció su estancia en Uludere? ¿O fue en Ortasu o en Gülyazi, donde estuvo? Disculpe si no lo recuerdo con exactitud —preguntó el turco, con disimulada simpatía.

Nikos se detuvo a medio levantarse, sorprendido.

—Creo que se equivoca. Nunca he estado en esos sitios. Le han informado mal —contestó, mirando con suspicacia al hombre.

—Sabemos que ha tenido contactos con los kurdos de las montañas. No me lo niegue. No tiene ninguna importancia, se lo aseguro. Pero necesito ese dato para mi informe. Ya sabe lo que es el papeleo... —suspiró, reteniendo de la mano al investigador.

La puerta del vehículo seguía abierta y ahora uno de los otros agentes volvía a empuñar la pistola, que mantenía apuntando hacia la moqueta del suelo. Nikos sintió unos segundos de tensión. La libertad estaba allí mismo. Ya escuchaba los sonidos del tráfico alborotado del centro de París. Los gritos de la gente y el olor inconfundible de su ciudad.

—No sé de qué me habla —respondió, dándose un poco la vuelta y aguantando la mirada fría del interrogador.

—Está bien —fue lo único que el agente turco añadió, y le soltó la mano, moviendo la cabeza con un gesto sutil para que le dejasen bajar del automóvil.

La puerta se cerró tras él y el motor rugió con potencia, acelerando como una exhalación.

Nikos se quedó allí, en la acera. Estaba totalmente confundido. Su mente era un caos, donde todo giraba y giraba, sin que nada tuviese sentido. Necesitaba más datos, necesitaba ordenar todo aquello y de forma rápida, si quería rescatar a su amada.

Intentó serenarse y extrajo de su abrigo su libreta de notas. En ella anotó los nombres de las localidades que acababa de mencionar el agente turco. Quizá necesitaría aquello posteriormente. Había ido anotándolo todo mentalmente, más por oficio que por intención consciente de hacerlo.

Levantó la vista y siguió mirando el tramo de avenida por donde se acababa de ir el automóvil de sus interrogadores. Observaba con la mente en blanco y la libreta en la mano. Todo había sido demasiado rápido, como si eso fuese la clave del asunto.

«Todo ha sido muy rápido, Nikos. Esa es la cuestión» —retumbaba en su cabeza. Y el móvil empezó a sonar en su bolsillo, rompiendo aquel hechizo de irrealidad.

—¿Quién? —preguntó al comprobar que se trataba de un número desconocido.

—No conteste, no corte. Se trata de Angélique —explicó una voz neutra.

Nikos se quedó en silencio, casi sin respirar.

»Debe seguir mis instrucciones al pie de la letra, si desea volver a ver a la mujer. Diríjase hacia el parque de Square du Temple. Allí deberá sentarse en uno de los bancos que rodean el estanque. Espere allí nuevas instrucciones. — Y la comunicación se cortó de repente, sin más. Sin dar opción a Nikos a contestar.

El investigador miró su reloj y pensó durante un segundo. El parque estaba en aquella misma avenida, un poco más adelante. No podía discutir aquella orden, el tiempo era apremiante.

Corría por la acera y jadeaba. A pesar de la prisa y de la excitación, no dejaba de mirar en todas direcciones. Era posible que le estuviesen observando. Frente a él ya se veía la masa arbolada del parque. El recinto estaba muy frecuentado a esas horas y muchos grupos de paseantes se repartían por todos sus rincones. Cruzó por el sendero de gravilla y se detuvo frente al estanque. A su alrededor nada parecía raro o inusual. El olor de las flores y la fragancia del dosel vegetal eran agradables. Algunos jóvenes jugaban en el césped y otros leían o deambulaban por él. Cerca del estanque, había varios

bancos de madera de colores desgastados. Ninguno de ellos estaba ocupado y Nikos decidió acercarse despacio. El bello estanque de estilo inglés contrastaba mucho con aquel ambiente cotidiano. Nikos se acercó al banco y miró en todas direcciones. Un tipo alto venía hacia él. Llevaba un periódico bajo el brazo y una gabardina doblada a su lado. Tenía aspecto de oficinista, de uno de esos administrativos del Estado, con su bigotillo mal recortado y sus gafas de pasta. El tipo llegó a su lado y Nikos le miró fijamente. El hombre también le miró con aspecto sorprendido y un tanto contrariado.

—Buenos días —dijo sin detenerse.

Nikos movió la cabeza, contestando sin palabras, y el hombre continuó su camino. Se giró un segundo para volver a mirarlo de soslayo y siguió andando.

El investigador agitó la cabeza confuso y se sentó en el banco.

—Es precioso, ¿verdad? Tan inglés, tan británico —susurró una voz suave a su lado—. Me imagino que no está ocupado. —Sonrió de forma amable una bella mujer al sentarse. Nikos la miró y se dispuso a disculparse. No quería que nadie ocupara ese banco y menos un coqueteo tan inoportuno en ese momento.

»Los templarios fueron masacrados aquí. Quién lo diría, viendo este entorno tranquilo, pacífico, tan lejano al mal. Pero aquí se les dio muerte, se les torturó, y la sangre ocupó una vez el espacio de ese agua transparente. Sangre de personas como nosotros, señor Thalassi —siguió hablando la mujer, sin dejarle decir nada.

Nikos escuchó su apellido y comprendió.

»Ahora vamos a pasear un poco, querido. No sea maleducado y acompañe a esta dama —exigió la mujer.

Nikos se levantó, y ella le cogió del brazo, indicando el camino. Su rostro era ovalado, con cierto aire oriental, de bella tez aceitunada. Sus labios, pintados de rojo fuego, contrastaban con sus ojos negros. La bella mujer miraba al frente, pero se daba cuenta de que de Nikos la observaba.

»Somos un pueblo muy acogedor, nosotros los franceses. Desde siempre hemos permitido que la vida extranjera pudiera seguir en paz aquí. Mire ese árbol de allí —dijo la chica, apuntando con su dedo—. Es hermoso y fuerte. Un avellano de Bizancio. Nos gusta lo exótico a los franceses, ¿verdad, señor Thalassi? Lo hemos acogido en nuestra casa. Pero los extranjeros siguen mostrando una falta de decoro, a veces..., un poco incómoda. No debería mezclarse con extranjeros, no es una práctica muy sana. Ni para el cuerpo ni para la mente. Siempre han deseado lo que no es suyo, quedarse con lo que no

les pertenece. Atravesar el mar y venir aquí a quitarnos lo nuestro, señor Thalassi. ¿Usted lo sabe? Pero sí..., sí lo sabe. Usted es casi extranjero..., un griego. No me daba cuenta —seguía hablando mientras le llevaba del brazo, recorriendo de forma ágil el sendero para salir del parque.

—¿A dónde vamos? —interrumpió Nikos.

—Un amigo común nos está esperando. Desea hablar con usted de forma más tranquila. No debe alarmarse. La joven abogada está bien. Es una mujer encantadora y con carácter. Las rusas son así, parecen frías por fuera, pero su corazón es ardiente, capaz de fundir la resistencia de cualquier parisino; sobre todo si se trata de un parisino del Egeo —explicó, riéndose y mostrando una fingida inocencia.

Apretó el brazo de Nikos con su otra mano y cruzó la calle con él.

»Aquí, querido —añadió y entró con Nikos en un local de comida griega que estaba cerrado al público.

El interior permanecía vacío, y casi en penumbra. Pasaron dentro y la mujer se soltó de su brazo.

»Debes esperar un momento, querido —le indicó y se apartó de él. Dos hombres jóvenes, vestidos con ropa de deporte salieron de una de las puertas cerradas y se colocaron a su lado.

—¿Esto qué es? —preguntó el sabueso, dando un paso atrás—. ¿Es una encerrona?

—No, señor Thalassi, solo es una precaución. Nada más. No debe desconfiar —intentó mediar la mujer—. Ahora le pondrán una capucha oscura para que no pueda ver a dónde vamos. Solo es una medida de seguridad.

Uno de los fornidos jóvenes le mostró la bolsa de tela oscura y le miró a los ojos. Nikos asintió y dejó que le enfundaran la bolsa en la cabeza.

»Así está muy bien, querido. Ahora le conduciremos despacio hasta un vehículo y luego podrá ver a su chica —expresó la voz de la mujer desde la oscuridad que cegaba su vista.

El viaje fue muy corto. Notó cómo le acomodaban dentro de un vehículo. El asiento era lujoso, confortable y de piel. Se trataba de un coche elegante, caro, de alta gama. El motor sonaba a deportivo. A su lado sentía a la mujer. Su perfume la delataba. También había otro tipo. Alguien menos aseado, cuyo atuendo no disimulaba, quizá, la transpiración de su piel.

El vehículo se detuvo despacio y recorrió un tramo de piedras o de gravilla. Escuchaba el sonido característico. Después se paró.

»Vamos a bajar ahora, señor Thalassi. Yo le llevaré —dijo la mujer y le

sacó con suavidad del automóvil, para acompañarle otra vez del brazo por el camino de grava.

Percibió el sonido de algunas aves y el viento le rozó la capucha. Estaban en un jardín. No podía ser el campo, ya que no habrían tenido tiempo de salir de París. Lo más seguro es que fuera un jardín interior de alguna zona residencial.

»Ya está —dijo la voz sensual de la mujer. Y un foganazo de luz le deslumbró la vista. El deportista tenía la capucha en su mano y se había retirado algunos pasos. Empuñaba una pistola, apuntando hacia el suelo.

Nikos intentaba que sus ojos se volviesen a acostumbrar a la luz. Poco a poco, el ambiente ligeramente iluminado de una sala de estar se fue formando ante él.

—Nos volvemos a ver, señor Thalassi —anunció un sujeto elegante que estaba enfrente. El hombre hizo un gesto con la mano y la mujer agachó la cabeza y salió de la habitación—. Ahora retomaremos nuestra conversación. Es necesario que hablemos. La otra vez no me supe explicar bien. Es culpa mía. Pero ahora lo solucionaremos, compañero. No me gusta dejar las cosas de cualquier forma. Me da mala fama, y luego el personal se revuelve y me falta al respeto. Y eso va mal para mi negocio. ¡Cliente feliz, Mihalis feliz! —bromeó con sarcasmo, enseñando su colmillo dorado.

Nikos terminaba de acostumbrarse a la luz del interior, y podía ver por fin a su interlocutor. Estaba de pie, cerca de un gran ventanal que le impedía enfocar con claridad su aspecto. El contraluz era muy fuerte y el tipo lo sabía.

»Seguro que se acuerda de mí, ¿me equivoco? No fue una conversación muy larga..., y usted no se mostró muy receptivo. Pero ahora lo será más —ronroneó, formando una mueca odiosa.

El investigador no podía ver bien su rostro, pero se acordaba de aquel gesto malvado. Era el tal Mihalis, el individuo que le había hecho aquella extraña propuesta en el cafetín.

—Sí, lo recuerdo —contestó el sabueso, moviéndose hacia un lado para evitar el contraluz del ventanal.

El joven deportista levantó un poco la pistola, pero no se movió de su sitio.

—Está bien..., muy bien. Vamos ahora a lo importante, señor sabueso. Si por mí fuera este asunto se habría zanjado de forma más rápida. No me gusta perder el tiempo con estupideces. Pero mi jefe es un mecenas del arte y tiene un corazón piadoso. Debe agradecerle el que este asunto se haga de forma tan

civilizada —siguió hablando el secuaz griego.

Nikos le escuchaba y miraba también al guardaespaldas que vigilaba. Era un joven muy fuerte, un auténtico gorila, difícil de reducir. Tampoco podía saber cuántas otras personas ocupaban aquella casa, además de la mujer y del tal Mihalis, que parecía una mala pieza. Un criminal poco recomendable para tenerlo como oponente. Así lo pensaba, mientras el griego encendía una enorme pantalla plana y pulsaba las teclas de un ordenador portátil. En el acto, el aparato se iluminó y en la pantalla apareció una habitación de aspecto suntuoso, llena de ricos objetos de arte. Mihalis se retiró un poco y le indicó al investigador que mirara con atención.

A los pocos segundos apareció un individuo en el monitor. El tipo se dio la vuelta y se quedó frente a ellos, con una mirada penetrante y dura.

—Nikolaos Dimitrakis —pronunció el hombre. Se trataba de un sujeto voluminoso, excesivamente obeso, que vestía con una holgada camisola blanca, manchada por el sudor. En sus manos ostentaba multitud de anillos y en su cuello oscilaban algunas cadenas de oro, rozando de forma obscena su húmeda papada.

»Este calor es insufrible. Espero que mi perro le haya tratado bien. Puede ser algo rudo, pero es muy fiel, y muy eficaz para cumplir las órdenes que recibe.

—¿Usted tiene a Angélique? —preguntó Nikos, avanzando un poco hacia la pantalla e ignorando a los dos hombres que estaban a su lado.

—Me gusta su estilo, Dimitrakis. Me gusta, no lo puedo negar —rebuznó, como si la risa le impidiese respirar y se viese obligado a expulsar un sonoro resoplido por la nariz—. Yo no tengo a nadie. Su prometida está conmigo. No es una invitada, no me gusta mentir. No vamos a perder su tiempo ni el mío. La retenemos para que comprenda que todo está en manos del destino..., y el destino en este asunto..., lo decido yo, Dimitrakis. Si tiene claro eso, entonces volverá a pasear junto a la dulce e inocente Angélique. Si me la juega, entonces..., se la enviaré en una bolsa —amenazó el criminal, limpiándose el sudor que discurría por su mofletuda cara.

—Lo he entendido —contestó Nikos, con un tono sordo. Su expresión se oscureció. Estaba serio y no demostraba ningún estado de ánimo. El criminal prosiguió con sus explicaciones.

—Me molesta mucho la falta de fidelidad. Mihalis se lo puede decir. Es algo irritante. Muy irritante. ¡Mihalis, enséñaselo! —gritó.

El secuaz pareció molesto por aquello, pero no pudo negarse ante el miedo

cerval que sentía hacia su jefe. Sacó la mano izquierda de su bolsillo y se la mostró. El dedo meñique y el anular habían sido seccionados a ras de sus últimas falanges. Mantuvo la mano frente a sus ojos solo unos segundos y luego volvió a meterla en el bolsillo de su chaqueta.

»Gracias, mi fiel Mihalis. Un pequeño castigo siempre es recomendable para corregir una infidelidad.

Nikos observaba al secuaz, pero no deseaba mostrar ninguna emoción.

»¿Por qué los hijos de Dimitrios no cumplen con su cometido? ¿¡Por qué!? —exclamó, con el rostro más congestionado y un copioso sudor bajando por su pelada cabeza—. Eso sí es intolerable. Es una grave infidelidad. Algo monstruoso. Un Dimitrakis debe cumplir su cometido. No puede elegir. No puede pensar ni decidir. ¡Lo digo yo y lo dice el mismísimo dios! —chilló de nuevo con aquella estridente voz.

Nikos le observaba en silencio. Aquel tipo que hablaba al otro lado de la pantalla estaba loco. Eso era seguro. Si su novia estaba en sus manos, el peligro era mayor de lo que suponía, y debía llevar aquella situación con mucha cautela, hasta que pudiese liberarla de su poder.

—Necesito ver a Angélique. Saber que está bien —interrumpió, con valor, el investigador.

El obeso criminal se calló de pronto y su gesto pareció contrariado. Mihalis se aproximó a Nikos y le golpeó sin mediar palabra con la empuñadura de su pistola. Un golpe seco, pero no muy fuerte. Lo suficiente para que doblara la rodilla y sintiera un dolor lacerante en su cabeza.

—¡Suficiente, suficiente, Mihalis! —exclamó el criminal—. Nuestro amigo ya ha comprendido.

Nikos se incorporó otra vez, palpándose la herida del lateral de su frente. Sus dedos se habían manchado de sangre. Mihalis le ofreció un pañuelo de seda y su expresión mostraba cierta satisfacción por haberle golpeado.

»Tu prometida está bien. Yo decidiré cuándo y cómo se hacen las cosas. Debes entenderlo ahora. ¿Lo entiendes? —preguntó de forma tajante.

—Sí... —repuso Nikos, sin dejar de contener el corte, con el pañuelo.

La situación era cada vez más peligrosa. El tipo era un demente y podía matarlos a los dos en cualquier instante, o quizá Angélique ya estaba muerta. Eso le encogía el corazón, pero no debía flaquear. No hasta saber cómo estaba y cómo salvarla.

—Desde el origen de los tiempos, los hijos de Dimitrios fueron siempre los siervos del dios Toro; los servidores del Minotauro sagrado. Así está

dicho y así siempre ha sido, desde las épocas del gran Minos. Nunca ninguno de ellos se negó a su destino. Ninguno, hasta que su padre se escapó. Ese pequeño mequetrefe, se nos escurrió entre los dedos como una sanguijuela. Se escapó y huyó para refugiarse en el extranjero. Un Dimitrakis que no servía a su dios. Algo inconcebible, una monstruosidad, pero así fue. Se escapó y no fue castigado —explicó el tipo, apretando los dientes y mostrando en sus ojos un brillo de cólera y de locura

—Mi padre es un pobre viejo demente —susurró Nikos, sin poder evitarlo.

—Eso es verdad, ¿verdad que sí, Mihalis? —Cambió de pronto su tono de voz y se puso a reír, como si aquello le hiciese recordar alguna cosa.

El secuaz asintió con la cabeza y no dijo nada.

»Bueno, bueno..., Nikolaos Dimitrakis, y ahora te tenemos aquí. El destino es bueno. Es justo. Te tenemos aquí. Un vástago de Tassos. Un hijo de Dimitrios. Bien, bien... —hablaba sin mirar a la cámara, como si una nueva idea se le acabase de ocurrir.

»El tema ya está en marcha. Ya no está en tus manos. Solo debes obedecer, como siempre lo han hecho los Dimitrakis. Es tu obligación. Por tu estirpe, y para compensar la infidelidad de tu padre. Ahora obedecerás y harás exactamente lo que se te ordene —terminó, mirando fijamente a la cámara.

Nikos estaba en silencio, esperaba las indicaciones de aquel loco y la oportunidad de poder ver a su novia; pero sintió un dolor agudo en la nuca y la luz se apagó de pronto en sus ojos.

El dolor seguía siendo intenso. De su boca salió un quejido sordo y abrió despacio los ojos. La luz era tenue y olía a humedad y a moho. Su mente intentaba ubicarse, superar el estado de inconsciencia en el que se encontraba postrado.

—Por favor... —suspiró y se irguió despacio en la cama. Ahora el dolor se extendía hasta su frente. Recordó el golpe y se palpó despacio el pelo. Notaba un bulto en su cabeza, un hematoma que le impedía despejar su mente.

»¿Dónde estoy? —siguió susurrando, mirando hacia el resplandor de la ventana. Las persianas estaban bajadas, eran solo finas rayas de claridad que seccionaban la habitación en franjas luminosas. Se apoyó en la cama y se puso como pudo en pie. Seguía sintiéndose mareado, pero ya era capaz de dirigirse

renqueante hasta la entrada del aseo, que se podía ver enfrente.

El agua le salpicó con fuerza. Se humedeció el rostro y dejó el grifo abierto un rato. Necesitaba el frescor y la humedad en su cara. Tener de nuevo la presencia de ánimo suficiente para poder pensar.

«¿Qué ha pasado?, ¿dónde estoy?» —intentaba centrar su razón.

Ya más repuesto y aliviado, se secó la cara con la toalla y observó a su alrededor. El aseo era muy pequeño. Un cuarto destartado y viejo. Una bañera desconchada y una sucia cortina de plástico medio arrancada, cubrían un extremo. El espejo roto del armarito le devolvió su gesto fatigado.

»Estás muy mal amigo —masculló, sonriendo resignado ante aquella situación.

Se encontraba en algún hotel o en una pensión de mala muerte. La habitación estaba descuidada, una vieja cama manchada de vergonzosos orines y una mesilla rota. Las paredes dejaban ver el paso del tiempo, y el abandono de aquel inmueble.

Nikos se acercó a la ventana del balcón y observó a través de las rendijas de la persiana. Parecía un callejón, al lado de unos viejos almacenes llenos de okupas. La fachada de enfrente mostraba todo tipo de pintadas, con sus ventanas tapadas por cartones y tableros desvencijados. Le habían dejado en aquel agujero después de golpearle en la cabeza. Ahora se acordaba. Recordaba la extraña entrevista con el peligroso criminal de la pantalla. La demencial situación en que se encontraba sumergido, y sobre todo, el rapto de Angélique. Eso fue un pinchazo en su pecho que lo dejó sin aire. Sintió ese dolor intenso y se tuvo que sentar en el catre. Fue solo un segundo, lo suficiente para casi romperle en dos. Respiró profundamente y se repuso de nuevo. Debía tener más entereza, ser más fuerte. Su novia lo necesitaba.

Sobre una vieja silla pudo ver una carpeta abultada. Un objeto que no encajaba con aquel abandonado lugar. La recogió y la abrió, comprobando con cuidado lo que había en su interior. Contenía varios documentos, algunos muy antiguos que se remontaban a la Segunda Guerra Mundial, acompañados por otros expedientes actuales más específicos y algunas fotografías.

El investigador empezó a pasar las hojas amarillentas, escritas en inglés, que relataban los hechos asombrosos que acontecieron durante la invasión de la isla de Creta por el ejército del Tercer Reich...

Muchos años antes, la mañana del 20 de mayo de 1941, las fuerzas alemanas habían lanzado una invasión por aire para ocupar la isla de Creta,

con el nombre de Operación Mercurio. Un despliegue de los comandos aerotransportados fueron los primeros en tocar el suelo de la bella isla del Egeo. Entre ellos, un grupo especial se adelantó para cumplir una misión que nada tenía que ver con la conquista de la isla. Aquel grupo de paracaidistas debía encontrar un tesoro, que se escondía en la isla desde tiempos inmemoriales. Un hallazgo que la persistencia del arqueólogo inglés Evans había extraído de las arenas del tiempo, que lo ocultaba durante milenios.

El grupo de paracaidistas alemanes tocó la tierra cretense ese día de mayo, acompañando a toda una invasión, y a un posterior desembarco mecanizado que se encargaría de controlar y asegurar todo el territorio insular. Pero ellos debían encontrar el tesoro, y recuperarlo para mayor gloria de su führer.

El viento de la noche de aquel día de mayo traía extraños presagios, rumores de guerra lejana y de muerte en el mar. Algunos aviones habían pasado raudos entre las nubes nocturnas, volando a gran altura sin ser todavía detectados. La Luftwaffe estaba ya en el aire, acercándose en formación de combate al horizonte neblinoso de la isla. La guarnición británica esperaba sin saber nada. Aquella noche había sido una más, con los habituales cambios de centinelas y la actividad propia del aeródromo de Maleme. Los soldados adormilados esperaban otro aburrido amanecer en aquella calurosa isla. Escuchaban la radio y los partes de guerra.

Un siseo desgarró las nubes nocturnas y a las 6:00, las fuerzas aladas de Hitler reventaron la oscuridad y la tranquilidad de la antigua tierra minoica. Cientos de bombarderos y planeadores ocultaron la luz del amanecer, como un enjambre encolerizado, descargando toneladas de explosivos sobre las bases británicas. El aeródromo saltó por los aires. Las baterías antiaéreas lanzaban sus racimos de fuego, alternados con proyectiles trazadores, dibujando mortales parábolas entre los pesados aviones alemanes. La Fuerza Aérea del Reich se aplicó afondo esa mañana; machacando de forma literal todas las defensas del aeródromo. A la misma hora, con igual contundencia, se descargó aquel fuego celeste también en La Canea y en la bella bahía de Suda.

Los británicos se defendieron con fiereza, casi con desesperación, usando sus baterías costeras entre el fuego y el terror. Pero nada pudieron hacer ante las oleadas de las fuerzas aerotransportadas. Centenares de paracaidistas fueron lanzados como blancos vivientes. Muchos de ellos murieron antes de llegar al suelo, en una carnicería de tal calibre, que se recordaría durante mucho tiempo en aquellas tranquilas tierras cretenses. Cada cuarto de hora,

doscientos paracaidistas alemanes saltaban al vacío, dando el relevo a sus siguientes compañeros. El viento les azotaba en la cara y el miedo dibujaba una mueca de terror en aquellos que llegaban al suelo, indemnes. Dos mil soldados formaron aquel asalto, y a las 8:00, un nutrido grupo de planeadores fueron descendiendo sobre las zonas cercanas.

Los comandos elegidos para buscar el tesoro antiguo habían llegado casi de los primeros. Eran hombres curtidos en el frente y ahora seleccionados para dar su vida si era necesario por la gloria de su patria. Ya habían tomado tierra y ninguno de ellos había muerto en el infierno que las baterías británicas, dispuestas al sur del aeródromo, habían desatado durante toda la mañana. Su objetivo era claro. Las órdenes habían sido emitidas saltándose al propio general Student, provenientes del mariscal Göring.

El comando se movilizó en el acto, y salvó la zona ocupada por los defensores. Los británicos estaban demasiado atareados en rechazar el avance de los soldados alemanes, que ya se hacían fuertes entre las colinas ocupadas. Por eso esperaron al mediodía, así lo tenían dispuesto. Y a las 15:00, cuando el combate era intenso y toda la isla parecía saltar en pedazos, salieron de su escondite entre los árboles. Su jefe sabía muy bien que en ese momento sus compañeros paracaidistas iniciarían el asalto de la última colina. Los británicos estaban allí atrincherados. Seguía el plan y todo parecía salir según lo previsto. Era necesario rapidez en la ejecución y discreción. Así se lo había ordenado su Reichsmarschall, indicando con mucha firmeza la importancia de llegar los primeros al lugar donde se ocultaba el tesoro.

El servicio de inteligencia nazi lo había detectado algunos meses antes. Göring lo sabía y ansiaba esa antigua figura de oro macizo, deseaba poseer entre su colección, el gran rubí. El más grande del mundo. Debía estar en sus manos para demostrar su poder; pero sobre todo, para competir con su führer. ¿Qué mejor que ese gran rubí para lucirlo en alguna de las fiestas que solía celebrar en su castillo bávaro? El Corazón de Minos sería el culmen de su prestigio dentro del Estado Mayor. Él era un noble, un hombre cultivado y un amante del arte. No como aquellos advenedizos que ahora se codeaban con él. El Corazón sería suyo. Y por eso había puesto todo su empeño en la invasión de creta.

El general Kurt Student había sido elegido, no obstante, para conducir las tropas de asalto. Eso fue un duro golpe para él y para su orgullo; pero aún así, realizó su plan.

Los soldados del comando escucharon el fuego de artillería y algo más. Su

jefe, un veterano oficial, se detuvo al percibir un sonido distinto entre los estallidos cercanos.

—*Sie sind Panzer!* (¡Son tanques!) —exclamó, al distinguir el estampido de los obuses. Los británicos se jugaban su última baza para defender la colina. Los tanques habían cogido por sorpresa al avance de las tropas alemanas. Dos vehículos blindados comenzaron a vomitar proyectiles sobre los asaltantes.

El oficial dio la señal y el pequeño grupo de comandos se distanció de la colina en dirección al pueblo cercano. Todo allí estaba ya desierto. Se notaban enormes cráteres debidos a algunos proyectiles que se habían desviado de su blanco durante el bombardeo. Algunos árboles seguían ardiendo y una de las viviendas estaba reducida a escombros. Los vecinos habían huido y solo el aullido de un perro, llorando lastimoso, les indicó que todo estaba abandonado.

Pero no se detuvieron en la pequeña población. Sabían muy bien a dónde iban. Las humildes casas de los campesinos no les interesaban. Controlaban las puertas y las ventanas, y tan solo se detenían al menor ruido sospechoso que notaban a su paso.

—Allí está la finca —dijo su jefe, indicando con el dedo una casa solariega frente a ellos. La cerca se mostraba abierta. Los estampidos seguían escuchándose a lo lejos y les iluminaba el resplandor incesante de las baterías británicas. Los comandos entraron en la parcela, y siguieron el camino de grava hasta la puerta de la casa. No se escuchaba nada ni nadie parecía estar allí.

El oficial alemán se detuvo en el umbral de la puerta, que estaba abierta. Sopesó el riesgo, intentando que sus ojos se acostumbraran al interior. Aferraba con una mano su *Luger*, apuntando a cualquier sombra que percibía. No había nadie. En el exterior, sus hombres esperaban impacientes, y miraban para todos lados, esperando de un momento a otro que los soldados ingleses irrumpieran allí para masacrarlos. Sabían que estaban solos. Nadie debía conocer que estaban allí, y su muerte tampoco sería notificada.

El oficial entró en la casa y se detuvo en el vestíbulo. Había memorizado el plano hecho a mano por uno de sus agentes secretos. El objeto estaba en el sótano. Sus hombres entraron detrás de él y se pegaron a las paredes. Un jarrón antiguo cayó al suelo, reventando en decenas de trozos de porcelana. Y el oficial se giró disgustado. Los ojos del soldado mostraron una disculpa, mezcla de vergüenza y sumisión. El oficial apretó los dientes y se volvió otra

vez, desplazándose despacio hacia la entrada del sótano. Solo el sonido de sus pasos se podía escuchar ahora, eso y el latido de su corazón a punto de estallar.

«Debe estar allí, esa es la entrada» —pensó, al ver los gruesos barrotes que cerraban el paso.

Con una barra de acero forzaron la puerta, que saltó de sus bisagras. Una segunda puerta de madera fue franqueada para entrar en el almacén subterráneo. Todo estaba allí empaquetado. Aquel sótano era un auténtico reducto de obras de arte a punto de ser trasladadas. Cajas de madera cerradas y otras en proceso de embalaje, se repartían por todo el interior de aquel oscuro espacio. Algunas figuras, que recordaban dioses y toros de cerámica, asomaban entre la paja de las cajas abiertas. El oficial fue recorriendo toda la estancia, seguido de algunos de sus hombres. Enfocaba con su linterna a todos lados, sin encontrar lo que esperaba ver.

En el fondo de la habitación descansaba un gran arcón, un pesado baúl decorado con fuertes herrajes de hierro.

«Ese es el contenedor blindado que me dijeron» —pensó rápidamente. El baúl era muy antiguo. Se trataba de una gran caja de caudales victoriana, de bella construcción inglesa, al gusto y estilo de su época. Los sólidos herrajes metálicos impedían que nadie atravesara o destruyera su estructura. El antiguo cerrojo, formado por tres enormes llaves era muy complejo. Abría el ingenio y permitía desplazar una enorme aldaba de hierro que giraba en su interior. Sin esas tres llaves no era posible abrirlo, y mucho menos forzarlo por métodos convencionales. Pero el oficial sonrió. Todo estaba previsto y no resultaría un problema para ellos.

Se colocaron detrás de algunas cajas y se taparon los oídos. El estampido fue contundente, y empujó la gruesa tapa del arcón por los aires, casi impactando contra los cajones de madera que les protegían. Pero fue suficiente para abrir la caja con el justo explosivo para no deteriorar su contenido. Un humo acre les hizo toser a todos, pero eso no les detuvo. Casi con ansia, se abalanzaron sobre el baúl. Lo que vieron les dejó estupefactos. Su contenido estaba vacío.

—¡Vacío! —gritó el oficial, rompiendo aquel momento que se había detenido en el tiempo. Nada había en su interior. Ni rastro de la figura de oro, como se le había asegurado. Todo se había seguido según lo planeado. Ejecutado con una precisión milimétrica, cronometrado, y aún así el arcón estaba vacío. Y eso no entraba dentro de la cabeza de aquel soldado. Eso no

podía ser, no podía estar sucediendo. Pero la estatua de oro no estaba allí. Ni nada podía explicar lo que había ocurrido.

En ese mismo momento, por la carretera de la costa corría un viejo Ford, traqueteando y disparando fognazos por su tubo de escape. Un asustado contable seguía conduciendo como un loco, saliéndose en cada curva del sinuoso trazado. Había escapado de la casa al final, no quería hacerlo. Él era el guardián. El único que debía cuidar aquel vestigio del antiguo rey. Pero tuvo que hacerlo. Los estampidos, el bombardeo y el avance de los invasores del Norte, le habían obligado. Abrió el viejo arcón con sus llaves y sacó la maciza estatua, que brilló ante sus lentes de corto de vista. La frotó un instante con su manga y la besó con fervor. Luego la envolvió en un trapo y salió corriendo de allí. Nadie quedaba en la casa. El servicio y su amo habían huido bastante tiempo antes. Despavoridos y traidores, como ratas con miedo. Abandonándolo todo en manos de los demonios del continente. Pero él era el guardián. Era el que cuidaba de su dios, y no estaba dispuesto a rendirse. Debía huir con él, salvarlo y así lo haría.

El viejo Ford aún estaba en el garaje. Lo arrancó y salió de la finca. Media hora antes de que los comandos del fñhrer entraran buscando lo que él había rescatado de allí.

El viejo coche seguía la carretera de la costa. Debía huir lo más lejos posible de aquellos soldados del infierno.

«¿Pero qué podía hacer? ¿A dónde debía ir? ¿Cómo huir y salvar el “Corazón” de su dios?» —eso pensaba, mientras daba volantazos de un lado a otro del asfalto. La estatua rebotaba en el asiento trasero, rodando al compás de los bandazos.

Al doblar una curva cerrada, el coche rozó una gran piedra que sobresalía del lateral de la montaña. No era demasiado obstáculo, pero sí lo suficiente para que el torpe conductor se asustara y volviera del todo el volante. Ya no pudo controlar el vehículo, que se despeñaba por el barranco. Lo último que pensó el contable fue en su dios, en el brillo de sus ojos..., después, solo sintió el fuerte golpe y la oscuridad fue completa.

El Ford se encontraba ahora volcado, como un animal abatido sobre el riachuelo que discurría al fondo del valle. La carretera seguía muchos metros más arriba. El contable había fallecido en el acto y la estatuilla de oro macizo, con sus pequeños ojos de rubí, descansaba sobre el techo del vehículo; oscilando ligeramente por el golpe recibido.

El oficial había fallado en su misión. Pero Göring fue informado de que la

estatua no se había perdido. Algunos soldados motorizados habían encontrado el coche días después, y recuperado la estatua, que pronto debía ser enviada a Alemania...

El viejo informe de los servicios de información aliados seguía narrando lo que había ocurrido a continuación. Nikos se saltó algunas páginas y se detuvo en algo que le llenó de interés.

Dos años después de la invasión de la isla de Creta, la guerra en Europa se recrudecía. Alemania dudaba, sentía cómo todo lo que había planeado y afirmado su führer, podía no cumplirse. El Estado Mayor aconsejaba buscar nuevos aliados, reforzar el Eje de Berlín con otras naciones que estaban en duda, y en posible proceso de juntarse con sus enemigos.

Turquía seguía jugando su baza de neutralidad. El gran estado de Oriente, dudaba. La guerra había llegado a sus fronteras y se repartía por el norte de África y por el mar Egeo. Incluso en el mar Negro, los buques nazis y los aliados entablaban sus escaramuzas, muy cerca de sus costas

El gobierno turco era tentando por los británicos, sabiendo que si Turquía se juntaba con los nazis, la guerra podía sufrir un duro revés e inclinar la balanza a favor de los alemanes. El viejo tratado de 1939 seguía en vigor, tanto Francia como el Reino Unido mantenían el pacto de mutua asistencia con el gobierno Turco. Eso era así, pero ahora con las victorias del Tercer Reich, todo parecía estar cambiando. Los turcos empezaban a coquetear con los alemanes. En las altas instancias del gobierno del führer se barajaba la posibilidad de que los turcos rompiesen ese tratado y volviesen sus ojos hacia Berlín. Era posible, solo necesitaban un empujón, un símbolo de amistad que terminara por convencerlos. Y eso fue lo que pensaron, cuando la olvidada estatua de oro macizo del antiguo dios Minos volvió a salir a la luz. Tenían lo que los turcos podían querer recuperar. Guardaban el Corazón del Profeta en su poder, y ese podía ser un objeto muy apropiado para empezar a negociar.

El ofrecimiento de aquel objeto de culto fue demasiado atractivo para ellos. El Tercer Reich les tentó con algo que deseaban; y en señal de buena predisposición, les regaló el tesoro, tan solo con una condición: Debían socorrer y pertrechar a los barcos alemanes. No pidieron más en esa ocasión, solo ese pequeño paso, que para los turcos no suponía gran cosa. Quizá, aún sabiendo que aquello les hacía parecer casi aliados a los ojos de los otros contendientes, aceptaron. Deseaban tener el Corazón de su santo Profeta.

Volver a poseerlo después de tantos siglos de ignorar su paradero. Y en esa ocasión no lo dejarían escapar.

El pacto tácito había sido aceptado. Alemania enviaría el tesoro a Estambul, haciendo escala en la isla de Creta. Un avión de la Luftwaffe llevaría el objeto sorteando las líneas enemigas, y desde allí, un pequeño y fugaz submarino lo depositaría en las playas turcas con todo el cariño del Tercer Reich.

Así se dispuso, y en el verano del cuarenta y tres, una nave sumergible zarpó de un discreto espigón de Creta con destino al Cuerno de Oro turco. El submarino, el *Untertseeboot-19* de la Kriegsmarine, sumergió sus más de 400 toneladas en el cálido mar Egeo. Su rumbo era la costa turca; y en su interior se guardaba como si fuera el rescate de un rey, el preciado tesoro del dios Minos. El propio comandante, Willy Ohlenburg, guardaba la estatua de oro en la caja de seguridad de su pequeño camarote, custodiada por un guardia constantemente. Nadie podía ni siquiera acercarse a la zona, aún estando en un estrecho espacio por el que con dificultad se podían cruzar dos hombres.

La nave comenzó su singladura, navegando justo por debajo de la superficie del agua. Su estrategia era no ser detectada ni vista hasta llegar a las costas turcas. Era de imperiosa necesidad que entregaran su carga, algo que ardía en las manos de su comandante, que deseaba deshacerse de aquel maldito objeto y volver a sus patrullas habituales en el mar Negro.

Al amanecer, todo cambió. La niebla se disipaba sobre el agua. El submarino progresaba deprisa, haciendo rugir sus dos motores diésel, que agitaban el interior del casco sin molestar ya a la pequeña dotación acostumbrada. El olor del diésel y los crujidos constantes del armazón metálico eran habituales, y nadie se alertaba por aquello, soportando el confinamiento con las actividades cotidianas que estaban permitidas.

Algunos tripulantes habían cambiado de turno y las camas calientes de sus compañeros les habían acogido. El sonido de un acordeón sonaba muy suave, nostálgico, como si trajese recuerdos de alguna taberna de Múnich y rasgase el ambiente con los ojos de alguna bella mujer. El submarino quería llegar a la costa, toda su dotación lo ansiaba, después de lo que se les había prometido. Unos días en su base de Constanza, eran el premio por realizar su misión.

Habían aprovechado para salir un rato a la superficie. Las primeras horas eran las mejores para ello, y el buque podía deslizarse por aquellas aguas plagadas de destructores británicos sin ser visto. Pero aquella mañana no fue así. El aviso del serviola llegó tarde. El destructor inglés les había avistado y

no pudieron hacer ya otra cosa que sumergirse y esperar. La dotación se calló. Todo dentro de la nave se mantenía en silencio. Los más jóvenes rezaban, mientras que todos ellos se aferraban a las barras y anclajes en espera de recibir alguna explosión.

La primera detonación llegó sin avisar. Un estampido enorme, bronco, que removi6 la nave e hizo que muchos de los marinos cayesen al suelo. Las deflagraciones de las cargas de profundidad se sucedieron a partir de ese momento. Graves y distantes o más cercanas, según el buque inglés navegaba en círculos, lanzando cargas de profundidad para destruirlos. Durante todo el día y parte de la noche estuvieron allí detenidos. Aterrorizados, presas del miedo a morir en cualquier instante. El comandante observaba a su tripulación. Hombres bregados, gente de mar que había resistido el embate de las olas y los cañonazos de los barcos enemigos. Ahora solo podía cruzar los dedos y esperar. Y eso era lo peor. Esperar sin poder hacer nada, estando a merced de los británicos.

El destructor siguió realizando varias pasadas en zigzag, pero no consiguió alcanzarlos ese día; y al final se distanció de la zona, frustrado como un tigre al que se le había escapado su presa.

El incidente no alteró el plan inicial y la derrota de la nave los llevó hasta la costa turca, que ya se veía en el horizonte. El dios Minos saldría de su navío y podrían escapar de aquella maldición. Muchos de los marinos así lo decían entre susurros. El barco estaba maldito porque el comandante llevaba en su camarote una estatua maldita. Una figura del demonio, que traía la desgracia a todos los que la portaban.

El Corazón de Minos partió en una lancha neumática para no volver más. El *U-19* suspiró como un cetáceo marino que hubiese escapado de su cazador. La estatua había llegado a Turquía, y por muchos años se perdería de nuevo en las intrincadas calles de Estambul; desapareciendo de la vista, de la memoria, incluso de la mente de los hombres. Aunque no de todos...

Nikos terminó de leer aquellos sucesos antiguos y se fijó en el informe de la policía turca. Se trataba de un expediente sin resolver, que explicaba el reciente robo en el palacio Topkapi de una estatua de oro con la forma de un minotauro. La misma que se indicaba en los viejos documentos de los británicos.

Señalaba que el valor extremo de la escultura radicaba principalmente en un magnífico rubí engastado en su pecho. Una piedra preciosa con forma de

corazón, a la que se denominaba el Corazón de Minos. El documento estaba escrito en francés y en turco.

Se evaluaba en aquel informe el impacto de la pérdida del objeto sobre todo desde un punto de vista simbólico, y principalmente, vinculando su robo a los grupos terroristas kurdos, o posiblemente islámicos. Al final, el analista apuntaba una posible conexión con el tráfico de arte robado internacional. Recomendaba una actuación rápida y contundente para recuperarlo.

Nikos lo leyó dos veces y se dio cuenta al instante de la importancia y la gravedad del hecho.

Toda la carpeta era un conjunto de hojas que habían sido fotocopiadas del original. Perteneían al Servicio Secreto otomano, no cabía duda, y ahora estaban en su poder.

Al lado de los documentos, también había una serie de fotografías del famoso cuadro de Waterhouse, que se encontraba en la Galería Nacional de Victoria, en Australia. Recordaba aquella imagen, la misma que había mostrado el malnacido de Mihalis en la cafetería de París.

A su mente acudió la figura de su amigo, el marchante de arte belga. No sabía muy bien el porqué. Quizá en su cabeza había una pista que no entendía. ¿Qué tenía que ver él en todo el asunto? ¿Cómo estaba todo relacionado?

Pensó en Creta y en su primo, y en la isla de Spinalonga. Todo parecía estar mezclado, revuelto, girando y chocando entre sí, mientras se sentía arrastrado dentro de un turbulento torbellino.

¿Por qué le habían dejado aquellos informes? ¿Qué pretendía el tipo gordo griego?

Habían raptado a Angélique para que recuperase la estatua del Minotauro y el corazón de sangre que representaba al Corazón del Profeta. Esa era la primera pieza de todo aquel rompecabezas. Pero ¿por qué era él, el encargado o el elegido para encontrarlo? ¿Por qué no utilizar sus propios contactos y medios para conseguirlo? Y entonces recordó aquel apellido, el de Dimitrakis, y recordó a su padre. Debía llamarle.

El vestíbulo del hotelucho era igual de patético y triste que el interior de la habitación. Se detuvo al bajar la escalera y miró hacia la estrecha recepción. Un chico con gafas miraba un pequeño televisor, sin atender a nada más. El investigador se acercó a él y se quedó en silencio al otro lado del mostrador.

El estúpido muchacho no le prestaba atención. Parecía un sujeto atolondrado. Llevaba unas gafas de gruesa montura marrón, reparadas con un trozo de cinta aislante por encima de la nariz. Su aspecto era sucio y desaliñado, y se rascaba la mejilla y los brazos, como si una dosis reclamara su tributo otra vez.

El sabueso golpeó el mostrador, impaciente. El joven se dio la vuelta, molesto y miró con aspecto embobado.

—¡Espabila de una vez! —ordenó Nikos, arrastrando al chico por el cuello de la camisa.

El recepcionista se alarmó y abrió los ojos asustado.

—Yo no sé nada. Nada de nada, le juro que no —se quejó al sentir cómo le zarandeaban.

—¿Quién me trajo aquí? Responde o te rompo un brazo —murmuró Nikos.

—No he visto a nadie. Yo no he visto, lo juro, jefe... —balbuceaba, moviendo los ojos como un poseído.

—¡Maldita sea! —exclamó el investigador y le empujó hacia atrás. Aquel tipo no diría nada, estaba drogado y no se habría enterado de nada. Los que le habían dejado allí se habían cuidado mucho de no llamar la atención. Debía avisar a su padre. Sentía una mala sensación de inquietud, que no podía aliviar.

Ya en la calle, sacó el móvil y marcó el número del viejo. Esperaba oír su voz al otro lado. Le vería ese día. Debía volver a hablar con él.

—No quiero nada. Ya tengo de todo —escuchó la voz gastada de su padre.

—Soy yo, papá. Soy Nikos —le interrumpió.

—¡Ah!, Nikolaos, qué bueno. Ya has vuelto de ver a esos belgas mentirosos. ¿Me has traído dulce? Ya sabes que me gusta el dulce —empezó a hablar su padre, desconcertando al investigador.

—Sí papá, te he traído dulce. Pero ya estoy aquí en París, ¿no lo recuerdas? Estoy aquí. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Claro, tarugo. ¿Cómo no voy a estar mal? Estoy cansado de trabajar. Estos viejos huesos están cansados —refunfuñó Tassos.

—No debes dejar que nadie entre en tu piso. No contestes a nadie ni abras a nadie hasta que yo vaya. ¿Me entiendes papá?

—¿Quién va a entrar en la casa de un pobre griego? No seas tan pesado, Nikolaos. Sé cuidarme solo. Siempre lo he hecho.

—Ya sé papá. Pero ahora todo, cada vez, está peor. No debes dejar que nadie entre —intentó de nuevo convencerlo.

—Además, tengo un regalo para ti —añadió su padre—. No tenía que decírtelo por olvidarte de tu pobre padre. Y todavía..., no te digo nada más, como me hagas enfadar.

—¿Cómo que un regalo, papá? Deja ya de...

—Que sí, tarugo. Un regalo. No seas desconfiado. A ver si crees que no soy capaz de saber lo que es un regalo. No hace falta estudiar en la Sorbona para saberlo.

—Ya, ya..., pero...

—No cuidas a tus amigos. Por eso tienes pocos. Pero este es de ley, Nikolaos. Un tío legal. Y mira lo que te ha dejado. Menos mal que estoy yo al tanto de tus cosas. Pero eso se debe terminar, que ya eres mayor...

—¿Qué tipo? ¿Qué me dices papá? —le interrumpió sin entender nada.

—¡Sí, hombre! Ese amigo tuyo que ha estado aquí hace un rato. Un hombre muy amable y educado. Y mira que por su aspecto al principio me dio que pensar, así tan serio y con esa cara tan..., bueno..., seria y todo eso. Pero el tío es un caballero, de los de antes. Se le nota de dinero. Nikolaos, no deberías alejarte de esta gente de dinero, siempre se aprende algo —dijo riendo por el móvil.

—No sé quién me dices, papá —musitó Nikos, algo confundido.

—Me ha dejado un regalo para ti. Una caja preciosa y envuelta. Se ve de calidad. No ha querido quedarse mucho. Pero eso sí, era muy amable. Me ha traído este regalo para ti de uno de sus viajes, o no sé qué me ha dicho... Ya no tengo la cabeza para recordar, Nikolaos. Me duele la cabeza y no consigo recordar qué más me ha dicho, hijo...

—No te preocupes papá. ¿Una caja?, ¿y cuándo ha estado?

—Hace un rato y se ha ido. Me ha dado recuerdos para ti. Muy elegante. Muy pulido y bien vestido. Un caballero, Nikolaos.

—No le conozco, seguro...

—Me ha dicho... ¡Ah, sí!, Mihalis. Así me ha dicho. Dele recuerdos de parte de Mihalis. Somos grandes amigos su hijo y yo. Eso me ha dicho.

Nikos escuchó la voz de su padre y el vello de su cuerpo se erizó, como si una descarga eléctrica recorriera todo su ser. El secuaz del secuestrador había estado en casa del viejo. Aquello era muy peligroso, y sintió cómo todo su mundo se tornaba vulnerable ahora. Debía ir al piso de su padre. Era necesario que saliera de allí. Eso sería un problema, seguro que el viejo no querría irse del apartamento en el que había vivido tantos años. Era muy cabezota; al fin y al cabo era un Thalassi. Pero ahora debía lograr convencerle

y llevarlo a un lugar seguro. Esa era la prioridad.

Cuando llamó a la puerta del apartamento, la cara risueña de su padre le recibió sin mostrar ningún síntoma de agresión o de temor. Nikos entró en el piso sin decir nada y cruzó con rapidez al interior, revisando todas las habitaciones, hasta que se sintió seguro de que nadie estaba allí.

—¿Pero qué haces? Tanto viaje a Bélgica te ha reblandecido los sesos — protestó Tassos, al ver cómo su hijo se movía nervioso por toda la casa.

—No es nada. Quería solo ver cómo estaba todo. Nada.

—Aquí está. Pregunta antes y no te pongas a buscar como un loco — respondió su padre, y le indicó con el dedo la caja. Una hermosa caja de regalo, envuelta con cuidado en papel floreado, y rematada con una cinta de raso rojo, en forma de lazo.

Nikos se levantó y sopesó su contenido. Lo agitó y notó un golpeteo muy liviano en su interior, como si de un objeto pequeño se tratase.

»Ábrela de una vez —se impacientó el viejo.

Nikos rompió el papel y cortó con su navaja el cartón del embalaje. En su interior solo había otra cajita pequeña y una fotografía. Sacó la foto y la miró a la luz. Sus ojos se horrorizaron y sintió un sabor amargo en la boca, como si estuviese mascando un trozo de acero. En la imagen estaba Angélique. Se la veía triste y algo magullada, pero no lesionada en extremo. Levantaba su mano izquierda, sujetando una cartulina escrita. Se apreciaba muy bien la venda que cubría completamente su mano y el texto escrito con rotulador: “12 días”. Solo eso, sin ninguna otra aclaración. Los ojos de la joven estaban húmedos por las lágrimas y el dolor. Miraba asustada a la cámara. Nikos observó la foto, sin entender. Le dio la vuelta y se percató de que estaba escrita, a su vez: “El Corazón del Minotauro o el próximo trozo será su corazón. Tienes 12 días”. Era lo único que ponía.

Su padre observaba a su lado, en silencio. El pobre viejo se dio cuenta en su demencia que algo malo ocurría. El investigador dejó la foto en la mesa y se fijó en la cajita de regalo. Cortó el lazo y la destapó. Algo se encontraba cubierto por un algodón de color crema. Lo retiró y fue cuando lo vio. Su padre también se percató del contenido y frunció el ceño.

»¿Esto qué es? —dejó escapar Tassos.

Nikos sacó de la caja un dedo humano. Un delicado y blanquecino dedo de mujer, que todavía conservaba la pintura de la uña. Era un dedo anular.

»¡Un dedo! ¡Por Cristo! —exclamó el viejo.

Nikos miró de nuevo la foto de su novia sin soltar el dedo, que mantenía

sujeto entre su índice y su pulgar. Los ojos de la mujer le rogaban, lo llamaban en silencio mostrando su mano vendada. Luego volvió su vista hasta el dedo otra vez.

—Malditos seáis —susurró el investigador, comprendiendo.

»Es algo complicado, viejo... —intentó explicar Nikos.

—No, hijo, ahora no. Debes hacer lo que sabes hacer. Haz tu trabajo. Rescátala —contestó con aplomo su padre, volviendo a ser el hombre fuerte que Nikos recordaba.

El investigador le besó en la cara y su padre sonrió. No añadió nada más. Debía sacarle de allí. En el apartamento estaba en peligro, pero sería complicado convencerle.

—Tassos, debes ir con la tía. Aquí no estás seguro —le explicó.

—¿Por un maldito criminal de mierda? Tipos peores he conocido.

—Ya, pero ya no eres joven, papá. Hazme caso. Con la tía... Con ella estarás seguro por el momento.

Tassos había aceptado, pero no sin antes protestar y volver otra vez a su estado errático. Parecía haber olvidado todo aquello. Y quizá así era mejor. No podía también estar preocupado por su padre, si debía salvar a Angélique de aquellos monstruos.

«Doce días» —pensó, al dejar a su padre, y recordó el rostro asustado de Angélique y su mano vendada.

CAPÍTULO 6

12 DÍAS



La enorme mole del edificio del MIT se elevaba imponente en la plaza de Kizilay, en Estambul. Muchas de las oficinas estaban vacías a esas horas de la noche. Solo algunos agentes de seguridad vigilaban las instalaciones de la Central de los Servicios de Inteligencia Nacional de Turquía.

En uno de los despachos apartados de la zona de mayor trasiego diario, un caballero de mediana edad y aspecto de funcionario, hablaba por teléfono. No levantaba la voz ni su tono denotaba ninguna excitación. El hombre iba impecablemente vestido para afrontar el caluroso clima del verano turco. Su escaso cabello blanco brillaba ante la luz de la mortecina lámpara de su mesa. Ostentaba un vigoroso bigote y el resto de su rostro había sido rasurado con cuidado. Su indumentaria era la de siempre. Un sencillo traje de chaqueta de lino de color marfil, sobre un elegante chaleco del mismo color. Solo se permitía una licencia, un toque alegre con una discreta corbata roja de tono oscuro.

—No podemos admitir que se nos adelanten. Debe comprender que el caso requiere mucha discreción, pero no por eso debemos estar con una actitud meramente contemplativa. La prioridad es conseguir nuestro objetivo — explicaba en turco con cierta autoridad.

También, anotaba algunos datos en su elegante libreta de cuero. Se mesaba el bigote con paciencia y escuchaba las excusas de su agente de campo desde el otro lado del Mediterráneo.

En París, el responsable de la misión, se justificaba como podía. No era la primera en suelo europeo, tenía en su haber otras muchas semejantes y con un porcentaje de éxito más que aceptable; pero esta vez el juego era más peligroso. Los jugadores eran muchos y la apuesta muy alta.

»Y bajo ningún concepto. Quiero recalcar esto: bajo ningún concepto — expresó el funcionario, dejando unos incómodos segundos en silencio para que su agente lo comprendiera—. No permitiremos que el francés se apodere del objetivo. Eso no es aceptable..., de ningún modo —terminó de pronto. Y se quedó mirando la hoja llena de notas de su libreta.

—Lo comprendo y no ocurrirá, señor Alkan. El francés nos llevará hasta el objetivo y después será neutralizado..., si es necesario —dudó un instante, antes de terminar su frase.

—Será, en todo caso, eliminado.

—En cualquier caso será eliminado. Comprendido.

—Debemos ser muy cuidadosos con los terroristas. No debe ocurrir, sería un tremendo fallo en la misión. Bajo ningún concepto será admisible que el objetivo caiga en manos de los separatistas kurdos de las montañas.

—No tenemos constancia de que operen en este sector central de Francia. Nuestras fuentes de información así nos lo aseguran.

—Estoy al corriente. Pero no debemos confiarnos. En ningún caso el objetivo debe caer en sus manos. Eso sería una humillación para nuestro Estado, y por consiguiente una humillación para este departamento y para mí, personalmente.

—Lo comprendo.

—Si hay un error habrá consecuencias.

—Entiendo perfectamente.

—El francés y cualquier testigo, tanto directo como secundario, deberán ser eliminados al concluir la misión de forma satisfactoria. En cuanto el objetivo esté asegurado en nuestro suelo, la contención de pruebas y la posible transmisión de información clasificada, deberán ser anuladas. Todos los implicados serán eliminados y sus respectivos movimientos o contactos estudiados y neutralizados.

—Se hará así, siguiendo el protocolo habitual.

—No se trata de una situación habitual, me temo... Estamos ante una crisis que no debe trascender, si nosotros podemos evitarlo. Que los medios de comunicación se hagan eco de esta información sería del todo embarazoso para nuestro gobierno. Eso es algo incuestionable. Debemos ser escrupulosos en esos términos y evitar que cualquier periódico lo difunda o llegue a la prensa.

—Se hará un seguimiento preciso y una contención quirúrgica de cualquier persona que nos parezca sensible a transmitir información sobre esta misión. En cuanto sea detectada, será extraída de la ecuación de forma limpia y sin dejar rastros o testigos.

—Eso está bien. Muy bien.

—El francés se ha entrevistado con el grupo griego. Han sido eficaces y contundentes, como viene siendo habitual, pero no ha sufrido más que algunas contusiones y cierta intimidación. Todo está bajo control.

—No todo está bajo control —interrumpió el funcionario, con cierto tono de molestia.

—No entiendo, señor.

—No todo está controlado. El objetivo no está en nuestras manos. El Estado era su depositario, su protector, y no hemos sabido cuidar de él. Ahora no sabemos dónde está, y eso hace que el caos gobierne nuestras vidas y consiga romper el equilibrio. No tenemos equilibrio. Así que no me diga que todo está bajo control —aclaró en tono irritado.

—Lo comprendo, señor Alkan. El objetivo será nuestro.

—Espero que así sea..., eso espero —concluyó de hablar el funcionario, colgando el teléfono de su despacho.

Buğra Alkan no pertenecía a ningún departamento oficial. Incluso su presencia en aquel edificio era ignorada por la mayoría y solo las altas esferas conocían su actividad.

Buğra era llamado cuando el Estado se enfrentaba ante un problema que exigía eficacia y discreción. Tenía plenos poderes y espacio para actuar, y la responsabilidad de sus actos solo recaían en sus hombros y en su toma de decisiones.

Cuando terminó de hablar se quedó pensativo. No le gustaba que tantos jugadores estuviesen ahora en el tablero. Incluso esos fanáticos Guardianes del Labrys parecían demasiado interesados por el objeto sagrado. Entendía la razón, pero aún así, no comprendía bien la excesiva vehemencia por conseguirlo de su líder, el magnate de arte griego.

—Hay algo más en todo esto. Algo más... —masculló, cerrando la libreta de piel y frotándose el bigote. Tenía los ojos cerrados y se había recostado en su cómodo sillón.

Al otro lado de la lujosa estancia se podía advertir una sombra que fumaba despacio. El humo de su cigarrillo se extendía a su alrededor y creaba una neblina que llegaba casi a la mesa.

—Es posible que sea algo poco habitual. Aunque no hay que olvidar que Papadopoulos es muy codicioso —se expresó la sombra, sin dejar de expeler el humo de su cigarro.

—Lo sé. En cuanto el Corazón fue robado, activé lo habitual. Me imaginé que alguno de ellos estaría tras la piedra. Es normal. Pero aún así, no con tanta contundencia.

—El griego tiene algo más, un interés personal, además de su propia inclinación por acumular antigüedades y piedras preciosas, amigo mío —aseguró y una bocanada de humo azulado se proyectó sobre el techo de la habitación.

El jefe de la operación sacó una pitillera de nácar y extrajo un cigarrillo alargado. Lo golpeó despacio sobre la tapa y lo encendió, sujetándolo con los labios.

—Es el francés, ¿no es así? Esa es la razón —añadió, aspirando con ansia el cigarrillo.

—Así es. Es el francés. Creo que solo ha sido una coincidencia. Quizá una desafortunada coincidencia para nuestro sabueso. El destino a veces se ríe de todos —susurró, apagando la sombra su cigarro, en un cenicero de plata que estaba junto a él.

—El destino... ¿Tú crees en el destino?

—Es evidente que solo él es el culpable de que salga el Sol —contestó, sonriendo ante la pregunta retórica de su amigo.

—Es posible que así sea.

—En este caso es el culpable de que los Dimitrakis se hayan puesto en la mira del griego. Y cuando eso pasa..., es difícil zafarse de lo que pueda suceder.

—Los Guardianes del Labrys otra vez —murmuró el funcionario desde su mesa, recordando otras ocasiones en que sus caminos se cruzaron, con desigual fortuna.

»No estaría mal que pudiésemos desembarazarnos de ellos, de una vez. Quizá forzando al destino. ¿O por qué no?, siendo nosotros los responsables del destino de todos, en esta ocasión —añadió y dejó que el humo se escapase de su boca, retenido un largo tiempo antes de ser exhalado.

—Son cada vez un peligro mayor. Su influencia se extiende ya desde las costas de Creta hasta la isla de Rodas, incluso en nuestra tierra. Todas las poblaciones costeras saben ya de ellos —repuso su interlocutor en la sombra.

—Es verdad. Hemos sido negligentes con ellos, mi buen amigo. Descuidados en extremo. Pero ahora podemos solucionarlo.

—Todo pasa por conocer con precisión su origen, y su contexto. La información siempre es poder —mencionó la sombra, levantándose de su sillón y atravesando el círculo de luz central, que iluminaba la lámpara del techo sobre la lujosa alfombra persa.

El hombre que hablaba era un prestigioso profesor de la universidad. Un erudito, un afamado historiador. Su trabajo de cara al resto del mundo era aburrido, paciente, y siempre sumergido en lo más profundo de alguna antigua biblioteca. El profesor ejercía la docencia y a la vez la investigación, y también, pero de forma menos conocida..., aquella actividad de asesor, un

tanto irregular.

—Profesor, ilumina mi ignorancia sobre este tema, te lo ruego —fueron las educadas palabras del jefe de operaciones.

El erudito se paseó por el centro de la habitación y dejó que sus ojos entreabiertos se perdieran entre el brillo de los libros de piel, que ocupaban la estanterías.

—Los Guardianes del Labrys. Interesante concepto..., interesante —comenzó a recordar, haciendo que su mente dejara salir su explicación de forma ordenada—. El poder se basa en el miedo. El miedo a lo desconocido, al dolor. La muerte no es en sí el objetivo de ese miedo. Solo la ignorancia y la superchería se pueden orquestar para dar lugar a un miedo descontrolado, que se base en las creencias más arraigadas de los hombres —declamaba en voz baja, con un tono académico igual al que empleaba con sus alumnos.

»Esta secta no es nueva, pero tampoco tan antigua como pretenden afirmar. Todo comenzó con los descubrimientos de Evans. Quizá un poco antes. Pero es a partir de ese deslumbrante estallido arqueológico, en plena isla de Creta, cuando los demonios de la cultura minoica, ocultos durante siglos, salieron a la luz. El esplendor de toda una civilización fue expuesta al mundo. Su cultura sus hallazgos arqueológicos, su fascinante misterio, pero también sus más inconfesables ritos..., que nadie quiere admitir.

El funcionario se acomodó aún más en su sillón y encendió otro de sus cigarrillos largos, para escuchar sin interrumpir.

»Aquella remota religión, que aún no somos capaces de entender, se basaba en un culto a la naturaleza. Se representaba a la diosa madre de las montañas, o de los animales. Una diosa fuerte, que se movía entre leones salvajes, pero también con suavidad entre los árboles, o los prados llenos de amapolas. Era una diosa cambiante, la señora de las cobras y de las palomas. Una guerrera que agitaba su espada o una deidad del mar que inflaba las velas de los navíos. Esto no es significativo, como suele ser lo habitual. Lo significativo eran sus intermediarios en este mundo. Los sacerdotes y las sacerdotisas. Ellos eran el verdadero poder, el canal de comunicación entre aquellos creyentes ignorantes y su diosa madre. Ya se puede ver en el sarcófago de Hagia Triada. En él aparecen estos sacerdotes vestidos con pieles de animal y las sacerdotisas derramando la sangre ritual. Incluso en la otra cara del sarcófago, se representa a las mismas mujeres realizando libaciones con la sangre de los animales sacrificados. No tenían o no querían tener otra forma de aplacar a su diosa. Quizá aquellas cestas de frutas o de

miel, no fueron suficientes para la diosa. El vino pronto formó parte de las ofrendas. El líquido rojo y espeso como la sangre, incitó la ambición por el poder de aquellos sacerdotes; y fue sustituido por la sangre de inocentes víctimas. Es posible que de animales al principio y después de seres humanos. Se obligaba a los fieles a beber de esta sangre. De ella se podía obtener el poder y el vigor de la víctima, y la conexión con la diosa sería de ese modo creíble para ellos —seguía explicando con elocuencia, mientras el jefe de operaciones escuchaba en silencio sin dejar de fumar.

»Dicen que los restos de Anemospilia no son de sacrificios humanos. Que aquella lanza clavada en los huesos de uno de los cuerpos, no lo representa. El terremoto acabó con la prueba, pero yo creo que sí. Eran pequeños esqueletos, yo creo que de niños. Nos intentan convencer que son de monos —sonrió al mencionarlo—. Pero no somos tan ingenuos. —Se detuvo para mirar con detenimiento a su interlocutor. El funcionario asintió con la cabeza y le animó a que continuara.

»Y en todos estos santuarios y templos de Creta se han encontrado mazos de piedra, terribles armas con cabo de madera y bolas de martillo en ambos extremos. En todas las representaciones se ven a estos imponentes sacerdotes empuñándolos al igual que cetros de poder, y como utensilios para los sacrificios.

—¿Y las hachas? —interrumpió Buğra, soltando una bocanada de humo.

—Es verdad, las hachas también. Hachas dobles. Labrys que representan a la deidad más poderosa de aquellos hombres. Labrys que se funden con las cornamentas de los toros, de los dioses toros en el culto más secreto de los minoicos —concluyó, acercándose a la mesa del despacho y apoyándose con una mano en ella.

—El culto del miedo, del sacrificio humano. El uso de esos Labrys sagrados que sometían a un pueblo bajo el poder de los sacerdotes, fue algo natural. Todo les empujó hacia aquello —respondió Buğra Alkan.

—Así es. No pudieron evitarlo.

—Y era muy fácil volver a retomar esas actividades una vez que aparecieron, simplemente sugeridas en los hallazgos arqueológicos.

—Sí, fue muy fácil, diría que casi escandalosamente inevitable —sonrió el profesor.

—La secta de los Guardianes apareció por sí sola. El Labrys la volvió a traer a la vida. Y ahora los tenemos en nuestra costa...

—Son muy peligrosos.

—Debemos eliminarlos y devolverlos a las arenas de la vieja Creta, de donde nunca debieron salir —afirmó Buğra.

—Sería lo recomendable —sentenció el profesor. Terminó un vaso de licor que aún descansaba en la mesa y golpeó suavemente en el extremo de la misma. Luego saludó con la cabeza y salió de la habitación, cerrando con suavidad por fuera.

El jefe de operaciones se quedó pensativo. Aquello era una casualidad, pero aún podía salir muy bien. Eliminar la secta y además hacer llegar el Corazón del Profeta a su legítimo poseedor, todo a la vez, era una bendición y no podía dejarlo pasar.

Apagó el cigarrillo en el cenicero de agua y descolgó su teléfono de nuevo. Marcó despacio el pulsador digital y esperó. El auricular del otro aparato se descolgó, o quizá el móvil fue activado, pero nadie contestó. Solo pudo escuchar una tenue respiración.

—Tengo nuevos datos —murmuró Buğra.

El individuo que lo escuchaba solo pronunció una frase enigmática.

—La libertad es nuestra sangre —susurró. Y el jefe de operaciones comenzó a relatar todo lo que había descubierto, con precisión y sin olvidar nada de lo que había podido deducir o de lo ocurrido desde su última conversación.

Su interlocutor no dijo nada, escuchó en silencio y asintió con monosílabos hasta que Buğra terminó. Al final apagó el móvil.

Kadir Çelik se levantó de su silla. La temperatura en el patio interior era agradable. Buğra Alkan era un activo muy importante en su organización, y se alegraba de tenerlo de su parte.

Nikos sentía la presión del plazo que le habían impuesto. Los doce días le apretaban el cuello como un nudo corredizo que le estuviese ahogando. Recordaba a los agentes turcos. Sabía que era observado. En algún lugar estaban ahora siguiendo todos sus pasos y esperando alguna oportunidad para intervenir, o quizá para malograr sus planes. Lo que sí era seguro es que debía tomar la iniciativa y empezar a buscar esa figura del diablo.

Según el expediente que había recibido de los secuestradores, la misteriosa estatua del Minotauro había sido representada con precisión en la pintura de John Williams Waterhouse. Se podía apreciar muy bien en la foto

que le habían proporcionado. Se mostraba un cuadro donde una mujer de vestido azul, sujetaba sobre un pedestal un estilizado ídolo de oro de cuerpo humano y cabeza de toro. En su pecho se podía ver un enorme rubí de intenso color rojo, con forma de corazón, engastado en el metal dorado. El pintor debió admirar con sus propios ojos la figura cuando realizaba la obra. Podía haberla copiado o haber hecho un boceto mucho antes, pero no era probable.

Debía fijar la premisa inicial de que el pintor tenía delante la estatua, y a partir de ahí, poder seguir la pista hacia el lugar o las personas que la habían poseído. Esa información le podría valer para entender su origen y comprobar si su ubicación actual estaba relacionada con aquello.

—Holandeses..., fuerzas especiales, mercenarios —murmuró, mientras repasaba el informe. Lo leía despacio, imaginando los hechos acaecidos el día del robo en el palacio Topkapi. La presencia de aquella preciada escultura de oro y la posesión del enorme rubí, único en el mundo, no había sido del conocimiento público hasta ahora. Incluso en ese momento ninguna noticia había trascendido a la prensa. De eso estaba seguro. Y en ello radicaba lo singular del caso. Un tesoro de ese tipo, custodiado y escondido por los turcos dentro de su gran museo de arte antiguo, le intrigaba. ¿Por qué estaba allí escondido?, ¿y por qué el gobierno otomano no había dicho nada? Además, se sumaba el hecho de que los raptos de Angélique, se hubiesen enterado del tema.

Era lo más probable que fuesen ellos los que habían contratado a los mercenarios de los Países Bajos. Quizá el traficante había descubierto dónde estaba oculto el ídolo y su codicia le había empujado a tan audaz robo. Pero si era así, ¿por qué ahora no lo tenía? Quizá los ladrones le habían traicionado; lo que no parecía probable, ya que en ese caso se habría valido de sus medios para solucionar el tema; recuperar la figura y dar su merecido a los ladrones holandeses.

No, no era eso lo que había pasado. No iba por ahí el asunto. Se daba cuenta de ello.

Nikos apuró el café, y levantó su vista del cuaderno de notas. La cafetería del centro de París estaba abarrotada de gente. Algunos turistas ocupaban las mesas, con sus caras cansadas y sus conversaciones distantes. El investigador volvió a sus apuntes y se centró otra vez en las conclusiones que empezaban a brotar en su cabeza.

«Todo gira en torno a una variable desconocida. Un factor enigmático. Nuestro enigma» —pensó—. ¿Quién eres tú, amigo? Te denominaré “enigma”

—sonrió al susurrar aquella palabra.

Su razonamiento metódico le había conducido a un tercer elemento en escena, después de descartar al grupo griego, que tenía secuestrada a Angélique, y también de eliminar a los agentes turcos, que le vigilaban. Era necesario que una tercera facción o persona fuese la culpable del robo. No parecía una iniciativa propia de aquellos ladrones holandeses. Según el informe, se trataba de soldados, de mercenarios contratados y con poca capacidad para planear un robo de aquella magnitud, y mucho menos para conseguir la información necesaria sobre la ubicación del tesoro, en la fortaleza inexpugnable del palacio Topkapi. El artífice del robo había sido otra persona, el “señor enigma”. Ese debía ser su objetivo. Encontrando al “señor enigma”, encontraría el ídolo de oro y su Corazón de Minos, y podría tener algo con lo que negociar con el peligroso traficante de arte, para liberar a su novia.

El móvil sonó desde la mesa, sacando de sus pensamientos al investigador. La voz conocida de su tía le expresó su preocupación por el estado mental de su padre. Se había alojado en su casa y ahora deseaba ver a Nikos para contarle algo que había recordado.

Colgó el teléfono y pagó el café. De reojo, vio a dos tipos leyendo el diario *Le Monde*, en una de las mesas de la esquina. Estaban fuera de su elemento y encajaban menos en aquel lugar que si se hubiesen vestido con un kimono rojo y puesto un casco con antenas. Nikos pensó en los turcos, y sonrió. Le estaban vigilando, estaba seguro. Esta vez les despistaría lo suficiente para ir a la casa de su tía. No quería que le siguiese nadie; y su ciudad le ayudaría para escurrirse de forma sigilosa desde el centro comercial, y dejar a sus perseguidores desconcertados en la salida de los probadores de la tienda de ropa.

Así lo hizo...

Cerró la puerta del probador y quitó una placa del techo. Solo debía auparse y pasar al falso techo del local. Desde allí podía acceder a la trampilla del sistema de aire acondicionado. La desencajó de su marco y saltó al callejón. Se quedó en el suelo, arrodillado unos segundos, observando con precaución y cruzó el estrecho pasadizo, para colarse por la puerta de la cocina de un restaurante pakistaní.

Comensales y camareros abarrotaban el pequeño local de comidas exóticas. Nikos lo atravesó sin que nadie se diese cuenta. Fue muy rápido, y salió por la puerta con una gorra azul del *Paris Saint-Germain*, que había

cogido de una mesa al pasar y un saco de yeso, que estaba amontonado al lado de una furgoneta de reformas. Se echó el saco al hombro y se confundió con el bullicio de la gente que ocupaba la calle.

Su tía le besó dos veces en las mejillas y le miró con afecto. Nikos quería de verdad a aquella mujer, que era la poca familia que aún tenía.

—Tassos está muy pesado hoy. Quería verte, para contarte algo. Ya sabes cómo se pone si no se le hace caso —se quejó, acompañándole hasta el cuarto donde su padre se divertía con la televisión.

—Papá... —susurró y le acarició en la cara. Tassos le miró y siguió fijo en la tele, sin dar muestras de conocerle o de haberlo visto entrar siquiera.

—Tiene estos ratos. Otros no para de hablar —se excusó su tía.

—Lo sé. Cada vez está peor —se lamentó.

—Nikolaos, has venido —dijo su padre al darse cuenta de que estaba allí.

—Sí, papá.

—Me acordé de todo, ¿sabes? Me acorde nada más irte —empezó a contarle, como si no supiese dónde estaba—. Debía haberte explicado esto de niño. No lo hice y me arrepiento. Pero ahora debo hacerlo, antes de que ya no esté, hijo mío. Siempre te he protegido, te hemos protegido, tu madre y yo. No deseábamos que sufrieses lo que nosotros padecemos de más jóvenes. Debíamos protegerte de los demonios, de aquellos malvados que te habrían atrapado y llevado con ellos a su infierno de las cavernas. Pero no lo íbamos a consentir, Nikolaos. A nuestro hijo, no —se expresaba con mucha vehemencia y apretaba la mano del investigador.

—Cálmate papá. Estoy bien...

—Lo sé. Ya eres un hombre..., pero debes saber la verdad —repitió, y esperó a que su tía y él se sentaran a su lado, antes de continuar.

»Tu apellido es Dimitrakis. Ese es el apellido de tu familia desde generaciones. Nuestra estirpe, la tuya, se remonta hasta los orígenes de los tiempos en los que el mundo todavía estaba sin crear. Un imperio florecía en Creta. Un mundo distinto al actual, gobernado por hombres y dioses poderosos, crueles y que no tenían freno ante su desmedida ambición —les miró muy serio y continuó.

»El dios Minos exigía sus sacrificios. Así era en aquellos días perdidos en el tiempo. Así me lo contaron a mí. Los dioses crueles exigían la muerte y la sangre de muchos seres inocentes, casi siempre niños que debían ser masacrados, según un ritual, para satisfacer la voluntad de los dioses. Esto fue siempre así, y cuando yo nací seguía siendo. Los sacerdotes, aquellos

Guardianes del Labrys, venían por la noche y se llevaban a los niños y a los jóvenes que elegían. Eran intocables y las familias destinadas al sacrificio no podían ni debían revelarse. La nuestra, los hijos de Dimitrios, era una de ellas. Y siempre había cedido a sus hijos para los rituales de sacrificios en las cuevas de las montañas. Yo lo vi, y me escapé. No podía seguir sufriendo aquello. Era muy joven, y tenía miedo, pero tuve el valor suficiente para escapar junto con tu madre.

Nikos escuchaba a su padre en silencio y comprendía lo que les estaba contando. Recordaba su visita a Pshycos, el pueblo de su padre y lo que le habían explicado allí.

»Han vuelto, Nikolaos. Ahora están aquí y quieren vengarse por lo que yo hice. Quieren hacerme daño, y vengarse, haciéndote daño a ti —suspiró jadeante su padre.

El sabueso comprendió lo que les narraba el viejo. Ya había meditado sobre eso, pero ahora todo parecía estar más claro en su mente. ¿Cómo podía estar todo aquello relacionado con el robo del ídolo de oro, o con el secuestro de Angélique? Los hechos se entremezclaban en una enmarañada tela de araña. ¿Estaría su “señor enigma” en el centro tirando de los sutiles hilos?

—No te preocupes papá, no me va a ocurrir nada. Sé tratar muy bien con tipos de esa calaña. Lo sabes, ¿verdad, viejo? —le intentó tranquilizar. Tassos le miró con los ojos llenos de lágrimas y un aspecto desvalido, que le rompía el corazón. Le apretaba la mano. Solo eso sin decir nada más.

—Se lo tengo que decir a tu madre —susurró, sin darse cuenta de que ya no estaba con ellos.

Nikos le escuchó y se levantó de su lado.

—Debo irme ahora —le indicó a su tía—. Nadie debe saber que está aquí —añadió antes de salir.

Una furgoneta destartalada de reparto, atravesaba la zona de descarga del puerto de Marsella. Nada en ella era raro o merecía prestarle atención, en el trasiego constante de vehículos industriales que cruzaban a todas horas aquel lugar.

La furgoneta atravesó la zona de contenedores y dejó atrás al grupo de estibadores que llenaban el puerto con su actividad. Giró varias veces hasta salirse de la vista de cualquiera, y frenó detrás de una zona abandonada y en

desuso, que solamente acogía a algún indigente.

Del vehículo descendieron dos tipos de aspecto mezquino. Dos auténticos malhechores sin escrúpulos. El más alto se acercó al montón de cartones, que parecía ser la vivienda de algún pobre mendigo. Propinó una patada para comprobar si había alguien allí debajo y se dio la vuelta. Estaban solos. Solo eran los restos de algún pequeño campamento temporal abandonado.

—No hay nadie —afirmó sin contemplaciones.

—Venga, vamos ahora —le ordenó el otro tipo más bajo y fornido; y abrió el portón trasero de su transporte.

Un bulto alargado y amarrado con una cuerda, ocupaba el interior. Entre los dos lo sacaron con poco esfuerzo y lo llevaron hasta el borde del agua. El más bajo miró otra vez a ambos lados, y luego a su compañero.

—¡Ahora! —exclamó, y lanzaron con fuerza el bulto, que impactó en las aguas oscuras del mar, para hundirse en el acto—. Espera —volvió a exigir el tipo más bajo—. Debemos estar seguros.

Solo fueron unos minutos. El mar se había tragado el fardo y nada se veía en el lugar donde se había sumergido. El tipo se cercioró. Era muy concienzudo y no quería que flotase o que algún trozo de plástico saliese a la superficie.

»Ya está hecho. Vámonos —apremió. Y salieron de allí, sin dejar ninguna huella de su paso.

El bulto descendió despacio, mecido por la suave corriente de la rada de Marsella. El agua parecía amable con él, como si supiese su contenido e intentase acomodarlo dentro de su seno. El plástico se hinchaba bajo las burbujas de aire que contenía y el cordel se deslizó con suavidad, desatando el paquete.

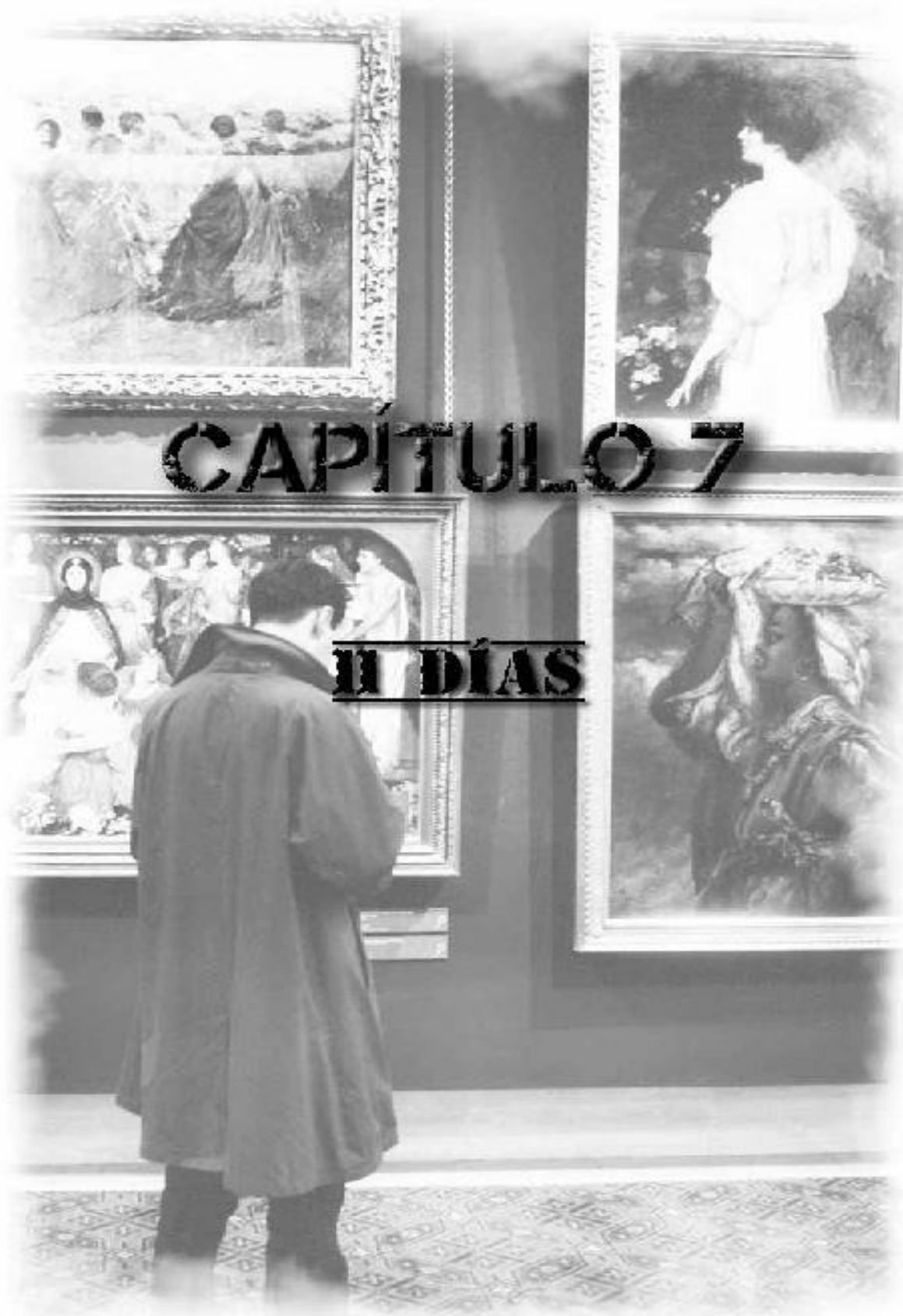
Un brazo humano salió por debajo, como si fuese la necesidad de escapar de aquel embalaje. El plástico se había soltado y el cuerpo de una mujer se liberó de su encierro. Ahora el agua la dejó libre. Era una mujer joven. Su melena flotaba con la corriente, adoptando un aspecto de sirena dormida, luchando por despertarse entre las rocas del fondo. Sus dos manos se movían al compás de las olas de la superficie. Atraían a los pequeños peces que rebuscaban entre las algas y los mejillones. Un pez más grande se detuvo frente a ella. Los ojos del carnívoro fijaron aquel oscuro objeto que parecía tener vida propia. El pez nadaba despacio, con cautela. El ser era muy grande a su lado, podía despertar y defenderse.

Pero la mujer estaba muerta. Solo era un cadáver arrojado a las aguas de

la bahía. Un cadáver ahora olvidado. Una víctima anónima de algún cruel asesinato.

El pez se acercó a una de sus manos. Sentía un sabor en el agua. Sus receptores gustativos habían detectado una sustancia conocida. Eran trazas de sangre. La mano se movía cerca de sus ojos. El dedo anular había sido amputado recientemente y solo un fino hilillo rojo salía de la herida. Aquello bastó para activar su instinto depredador. La barracuda se propulsó con rapidez hacia delante y mordió el otro dedo. Lo arrancó con facilidad y salió nadando con su botín.

El cadáver no se inmutó. Siguió meciéndose en el agua, sin que nadie conociese su presencia allí.



CAPÍTULO 7

II DÍAS

El cuadro de Waterhouse seguía dando vueltas en la cabeza de Nikos. Era una obra enigmática que mostraba el ídolo del Corazón de Minos.

Observaba la foto que había recibido de los secuestradores y a la vez pasaba las páginas satinadas de un bello catálogo de la Galería Nacional de Victoria, en Melbourne. La pintura aparecía en una de sus hojas, brevemente comentada, acompañando a otras del mismo pintor y de la misma colección.

La mujer retratada en él sujetaba de forma lánguida, casi irreal, la figura del Minotauro. Parecía depositarla con suavidad en un pedestal de estilo clásico. Vestía un brillante vestido, de un azul cobalto, que destacaba del resto del fondo y de la escena. El sabueso miraba la obra en detalle. No había duda de que el pintor había visto la pequeña estatua, y contemplado el gran rubí en forma de corazón que se engarzaba en su pecho de oro. Quizá esto le había impactado tanto como para incluirla en su composición. ¿Pero, por qué? ¿Por qué había representado ese ídolo, una pequeña escultura desconocida de tan elevado valor material? Y sobre todo, ¿dónde lo había visto? Su mente repasaba los hechos de los últimos días. Todo parecía encajar, como si el destino le apuntara a él con el dedo, para que fuese el protagonista de lo que sucedía. Un protagonista elegido por una fuerza mayor, como si ni él mismo pudiese decidir. Todo estaba ya planeado y pensado. Él era solo una pieza, un personaje en aquella representación.

Se dio cuenta..., y eso no le gustó.

«Tengo solo once días para encontrar la figura y evitar que hagan daño a Angélique. Si es que sigue viva —pensó, con angustia—. Sí que sigue viva» —lo notaba.

Pero algo le seguía desazonando, algo que alertaba su instinto de sabueso.

«Esto no va bien, Nikos —se decía a sí mismo, al cerrar el catálogo del museo—. No va bien. Es todo demasiado evidente, perfecto. Predecible»

No le gustaban las cosas predecibles ni que su proceder fuese el esperado.

«¿Quién es la mujer que Waterhouse ha representado en el cuadro? ¿Ella vio también el ídolo del Minotauro?»

Un joven estudiante de intercambio esperaba en la entrada de la universidad. Vestía con una holgada camiseta con la imagen de la Mona Lisa, comprada en el museo del Louvre, y sujetaba una abultada carpeta de apuntes mientras leía en su móvil. Nikos había concertado una entrevista, aquella mañana, con una profesora de la Sorbona. El digno edificio de la universidad ocupaba toda la manzana. Era de estilo neoclásico, de líneas rectas y un tejado abuhardillado de pizarra.

El investigador cruzó la calle, después de aparcar su automóvil al lado del jardín, y se paró justo en la puerta. El joven le miró de reojo, pero no levantó la vista de su móvil. Nikos observaba la fachada y entró con decisión en la universidad.

—Está en el edificio —murmuró el estudiante, hablando por el móvil.

—No debes perderlo.

—El francés no se me escapará. No hay problema —respondió el joven, entrando a su vez tras los pasos del sabueso.

“Ivette Lefurgey”, ponía en la puerta de madera. Nikos se paró un instante y golpeó suavemente con los nudillos. Luego giró el pomo y entró sin más preámbulos.

El interior del despacho era elegante, quizá más de lo que esperaba. Conocía a otros expertos en arte. Era habitual que les consultara sobre aspectos de su trabajo, pero esta era la primera vez que se entrevistaba con aquella hermosa docente universitaria. Eso fue lo primero que pensó. Esa sensación le hizo sentirse culpable, quizá solo un poco. Un vago malestar de remordimientos, al darse cuenta de que su querida Angélique estaba en peligro. Pero la exótica belleza de aquella profesora le sorprendió. Esperaba una mujer mayor; una de aquellas adustas damas de mirada severa y modales afectados. Una señora que demostrara cierta irritación por tener que perder su tiempo con un dudoso investigador, enviado por una compañía de seguros.

Todos esos pensamientos se difuminaron en el acto, cuando el pelo rizado de color azabache se onduló con el ademán de saludo de la bella profesora. Sus ojos, de clara ascendencia oriental, le daban a su rostro aceitunado una armonía elegante, dulce, que rayaba más con una modelo de la revista Vogue, que con una profesora de la Sorbona.

—Me imagino que usted es el investigador de la aseguradora —mencionó la mujer, mirando de forma divertida al investigador.

—Así es... Me debe disculpar, es que he tenido..., cierta confusión para encontrar esta oficina —intentó remediar, para ocultar sus primeros segundos

de asombro.

—Sí que estoy un poco escondida. Mis colegas masculinos no quieren a una recién llegada cerca de ellos —contestó, riendo con picardía.

—Nikos Thalassi —expresó el investigador, presentándose de manera más formal, y mostrando una tarjeta de su profesión.

La profesora la tomó en sus manos y la leyó despacio.

—“Investigador de arte y antigüedades” Curiosa profesión la suya —comentó sin levantar la vista del rectángulo de cartulina.

—Así es. Alguien debe vigilar para que los malos no se dediquen a cometer fechorías con nuestro patrimonio —explicó, dudando si aquellas palabras eran un poco pomposas y desacertadas.

La mujer le observó sin decir nada, y le invitó a sentarse en un cómodo sillón de madera, tapizado de terciopelo verde.

Nikos se acomodó en la butaca, sin dejar de mirar a su alrededor.

»Un despacho precioso. Parece una habitación del Elíseo —comentó, intentando remediar su pobre presentación anterior.

La estancia estaba elegantemente decorada. Dos bellas estanterías de roble contenían una colección espléndida de viejos volúmenes en piel, entre columnas torneadas de madera. Las paredes eran de un color verde pálido y dejaban ver algunas pequeñas litografías y un serio busto de un antiguo general napoleónico. La mesa del despacho contrastaba con su actual propietaria, tanto como si una becaria hubiese ocupado sin permiso el sillón de un viejo profesor apollillado.

—Está decorada al gusto de mi antecesor. No me he atrevido a cambiar nada. Me da miedo de que el fantasma de mi fallecido colega vuelva enfadado, para mortificarme si se me ocurre tocar alguno de sus libros —repuso la profesora, sonriendo de forma plácida—. ¿Y cuál es su duda, señor investigador? No le puedo dar más que un cuarto de hora, antes de que los ansiosos alumnos de mi clase vengan a buscarme, preocupados por la salud de su profesora.

—Sí, es verdad. Es una consulta sobre un cuadro —respondió, mostrando la foto de la pintura de “La dama del Minotauro”.

—Veamos el cuadro en cuestión —dijo la profesora, ajustándose sus gafas redondas, y mirando la imagen durante algunos minutos.

Nikos la observó en silencio. Su dulce voz le subyugaba mucho. Era fácil dejarse embelesar por el encanto de aquella mujer.

«Muy fácil» —pensó.

—Es un cuadro de John William Waterhouse. Pero eso ya lo sabe — murmuró, levantando la vista de la fotografía.

—Necesito saber todo lo que me pueda contar sobre esta obra, sobre todo cuándo se pintó, y dónde. Incluso la identidad de la mujer que hizo de modelo al pintor, si es posible saberse.

—Y todo este interés está relacionado con algún robo que debe investigar para el seguro, ¿verdad? —sugirió la profesora sin dejar de mirar la foto.

Nikos asintió con la cabeza. Nunca daba más información de la que recibía, ni datos extraordinarios que no eran necesarios para las personas que le ayudaban en su investigación.

La mujer le miró con curiosidad.

—Profesora Lefurgey... —pronunció el investigador.

—Doctora —le interrumpió la mujer, para mortificar un poco a aquel cerrado sabueso, que no pretendía contarle mucho más sobre el asunto que se llevaba entre manos.

En cuanto había visto el cuadro, se había dado cuenta. Estaba ante un tema de cuadros falsos.

Recordaba vagamente la obra que aún descansaba en una de las paredes de los australianos. Era curiosa la cantidad de cuadros y otras obras de arte de dudosa autenticidad que se mostraban al público en museos y galerías, incluso en algunas del prestigio de los mejores museos europeos. Aquella supuesta obra de Waterhouse venía ahora junto a una tarjeta de un investigador de arte robado. Eso le había despertado su curiosidad y si aquel sabueso pretendía su ayuda, debería ser más comunicativo o le devolvería su inexpresiva tarjeta de visita y le daría los buenos días, antes de despedirlo.

—Disculpe, doctora Lefurgey. No me es posible contar mucho sobre este delicado asunto. Debe comprender, que tratándose de una obra que está expuesta al público en un museo nacional, toda discreción es poca. Y no por mi gusto, sino por indicaciones expresas de mi cliente; en este caso la aseguradora de la pintura.

—Eso es correcto y comprensible. Pero mi tiempo es muy escaso, y pedir mi opinión sobre algo que está a la vista del público y que la propia institución de la Galería Nacional de Victoria, tiene perfectamente catalogada y estudiada, es innecesario. Si no me amplía más de que va este asunto, no voy a poder ayudarlo. Y no creo que desee un comentario sobre la técnica pictórica del autor, o una crítica sobre la influencia de la literatura clásica o el impresionismo en su obra —aclaró la doctora, sin estar dispuesta a hacer

ninguna concesión.

Nikos la miró, pensativo.

«Este tipo no va a soltar prenda. Es más cerrado que una caja fuerte» — pensó la mujer, sonriendo levemente con amabilidad.

—Está bien. Supongo que es lo justo —asintió el sabueso y se acercó a la mesa, dispuesto a contar algunos datos más a la persistente profesora.

»La obra es importante para un tema de índole criminal. La policía está en el asunto, aunque yo trabajo de forma independiente. Lo importante es descubrir dónde y cuándo fueron vistos los modelos que aparecen en el cuadro. Con ello me refiero, tanto al ídolo de oro en forma de Minotauro, como a la modelo que sirvió para representar a la dama del vestido azul. Es necesario saber estos datos, al igual que cuándo y dónde se pintó la obra. La vida de algunas personas depende de ellos. No me es posible decir más. El asunto también está en manos de la policía, y no me está permitido —terminó el investigador, esperando haber sido más convincente esta vez.

«Un asunto criminal —pensó la doctora—. Mal tema». —No le gustaba verse implicada en ese tipo de situaciones, pero su vida aburrida como profesora de segunda, solo dedicada a sus publicaciones y a las monótonas clases, le empujaba a querer saber más sobre el asunto, a participar. Era como un atrayente embrujo, con esa pizca de emoción y de aventura que tanto necesitaba.

—Un asunto criminal. Espero que no se trate del robo de esta obra en el museo de Melbourne. No he sabido nada...

—No, no ha sido robado.

—Mejor, porque los ladrones habrían metido la pata. Y si hubiese sido robado o cambiado por una copia para quedarse con el original, sin que nadie se hubiese dado cuenta, habrían perdido el tiempo —respondió, sorprendiendo al investigador

—¿Habrían perdido el tiempo? —repitió el sabueso, desconcertado.

—Efectivamente... Nikos, ¿verdad?

El investigador asintió al ver cómo la profesora le tuteaba. No le disgustaba ese ligero acercamiento. Los ojos hermosos de la mujer le atraían sin que pudiese evitarlo.

»En mi opinión, la obra que cuelga en ese museo al otro lado del planeta, es falsa; o por lo menos razonablemente falsa. Si me pidieran una confirmación de esta afirmación, diría que en un ochenta por ciento falsa; lo que ya de por sí es un porcentaje muy válido en nuestro mundo del arte para

que cada cual tome sus decisiones —aseguró, hablando de forma que no admitía ninguna apelación.

—Pero..., si es falso, entonces... —expresó Nikos en alto, dejando que las palabras de su mente saliesen por su boca.

—Entonces nuestros colegas australianos tienen en su museo una obra dudosa. Pero eso no es grave, ni veo cómo una aseguradora internacional consigue mover a la policía y a su mejor investigador en torno a este cuadro.

—Que sea falso lo cambia todo. ¿Pero está segura? No es que dude..., pero es algo que no esperaba —dijo con sinceridad el investigador.

Un precioso reloj dorado, encastrado en la estatua ecuestre de un soldado francés, sonó de repente, marcando la hora. La doctora esperó en silencio, escuchando el tintineo de la campanilla del reloj. Luego prosiguió, intentando aclarar sus afirmaciones.

—John William Waterhouse fue un pintor con una clara influencia italiana. Nació en Roma, aunque mucha gente piense que es británico. Si no recuerdo mal, desde muy joven viajó por Europa, en especial por Italia. Esa sangre italiana le empujaba hacia la tierra de sus ancestros como si fuese un imán. El gusto por la escuela de Rafael, por lo clásico, le atraía de forma muy intensa. —La doctora conectó su portátil, y tecleó, bajo la mirada atenta del investigador—. Muriel Foster se llamaba la mujer que aparece en tu cuadro, Nikos. Esa fue la modelo. El dinero no le faltó a nuestro pintor de temas clásicos, con cierto estilo oriental. Un importante financiero, Alexander Henderson, fue su mecenas. Eso le dio cierto desahogo económico para continuar pintando... —explicaba la doctora, mirando a la pantalla de su ordenador.

Ivette Lefurgey se había quedado pensativa, incluso sin darse cuenta de que el investigador la observaba algo embelesado. Tenía ante sí la foto del cuadro, el mismo que ahora aparecía en la luminosa pantalla de su portátil. Aquella pose de la mujer de azul que sujetaba el ídolo con cabeza de toro, era la misma de otra pintura que recordaba. Estaba seguro de ello.

Pasó algunas imágenes más de la obra del pintor y luego tecleó el nombre de Muriel Foster en la base de datos de biografías cruzadas, que estaba a disposición de la universidad. Varias referencias aparecieron. Algunas indicando obras de arte y otras anotaciones, en una variada bibliografía que se podía consultar en línea. La doctora pulsó en alguno de los enlaces, pero los fue desechando según los revisaba.

Nikos estaba en silencio. La bella profesora Lefurgey le atraía más de lo

que quería reconocer.

—Ivette, no quiero robarte tanto tiempo —susurró, con cierta timidez ante su sutil acercamiento.

—No, no pasa nada. No era cierto lo de mi clase. Pero una profesora debe saber cómo quitarse de encima a pesados investigadores —respondió, mirándole de soslayo y sonriendo.

Nikos sonrió también y esperó en silencio a que ella terminara de buscar en su ordenador.

»¡Aquí está! —anunció con expresión satisfecha y de triunfo—. Tenía yo razón, es falso —añadió, girando el portátil para que Nikos pudiese ver la imagen de otro cuadro del mismo autor.

Ante sus ojos se mostraba otra de las pinturas de Waterhouse. Esta vez se trataba de la misma modelo con un vestido rojo intenso, sujetando un cuenco que se llevaba delicadamente a sus labios. A su lado había un pedestal soportando un libro abierto. La escena representada era muy similar a la del cuadro de “La dama del Minotauro”. Todo en ella era igual, menos el ídolo de oro del dios Minos, que se sustituía por un libro. El color del vestido era rojo, en vez de azul y los brazos sujetaban el cuenco, en vez de la estatua. Nikos abrió los ojos con asombro y se quedó mirando la nueva imagen en la pantalla del portátil.

»Este es el original. Eso no tiene duda. El que me has mostrado es una copia. Bueno, no exactamente una copia. Es un nuevo cuadro que se asemeja al estilo del autor. Una broma pesada, una forma de hacer una obra falsa, pero de avisar con cierto orgullo, diciendo: “Es falsa, y la he pintado igual que el original porque me río de todos vosotros y porque soy un pintor tan bueno o mejor que Waterhouse”. Eso es lo que yo creo —explicó la doctora.

—Así que falsa —murmuró Nikos. Si aquello era cierto, entonces todo cambiaba. La fecha de la pintura era ahora desconocida y muy variable. Podía tratarse de un cuadro pintado mucho después en otro lugar, y por un artista, un falsificador, que debía ahora encontrar. Sus pensamientos se habían acelerado con los nuevos datos, y la mujer se daba cuenta, sonriendo al ver la reacción del investigador ante sus revelaciones.

»¿Y lo pudo pintar..., en Creta? Me refiero al falsificador —soltó Nikos, necesitando saber esa información en ese momento.

La profesora se sintió intrigada por aquella pregunta, pero no pensaba ahora presionar más.

—Waterhouse nunca viajó a Creta, y menos con Muriel Foster. Eso es

seguro. Si me preguntaran a mí por la estatua, que parece ser la pieza discordante entre las dos obras; me refiero a ese idolillo dorado que la modelo sujeta en la obra falsa —aclaró, sonriendo—. Yo diría que debió estar en Europa entre 1891 y 1895, siempre y cuando hubiese sido pintada por Waterhouse. Sobre estas fechas pintaba en Italia a la guapa Muriel. Pero claro..., si aceptamos que es falso, y quizá pintado por un artista más actual, entonces es difícil de precisar ningún dato al respecto.

Nikos se dio cuenta de que todo cambiaba ahora. Buscaba a un falsificador. Debía encontrar al autor del cuadro, el que se molestó en copiar el estilo y la destreza de Waterhouse; y eso solo lo podría descubrir investigando al galerista, o al marchante que había vendido la obra al museo de Melbourne. Ese era el nuevo hilo del que debía tirar.

»Yo investigaría en Mogtheby's —afirmó la doctora Lefurgey.

Nikos se quedó, pensativo.

»Fueron ellos los que vendieron la obra, por la que se gastó una bonita suma de dólares la galería australiana. Seguro que ellos saben de dónde salió —sugirió la profesora, guiñando un ojo al investigador.

El sabueso se levantó y agradeció de forma muy cordial toda su ayuda a la profesora. Ella se quedó un tanto desencantada. Esperaba colaborar algo más en aquel fascinante asunto. Su aburrida vida académica la asfixiaba.

—No dejes de mantenerme informada, por favor. Si necesitas algún dato más, me encantaría ayudarte — repuso la doctora, levantándose y besándole en las mejillas, antes de despedirse.

—Por supuesto, Ivette. Será un placer. Además, estoy en deuda contigo. En cuanto sepa alguna otra cosa te lo contaré..., quizá con un café...

—Eso sería estupendo —repuso la mujer—. Todo es posible —sonrió.

—Te volveré a llamar para informarte —se despidió el investigador.

El atractivo rostro aceitunado de la profesora le acompañó hasta su salida de la universidad. El joven estudiante, de la camiseta de la Mona Lisa, le seguía. Nikos le vio por el rabillo del ojo. Sonrió un instante y salió a la calle. El tráfico de París estaba abarrotado. Ahora debía pensar en sus siguientes pasos.

Sabía que le volvían a seguir. Esta vez no pensaba esforzarse en despistarlos. No era necesario por el momento. Su mente estaba centrada en las palabras de la doctora. Si aquel cuadro de Waterhouse era falso, una copia modificada de una de sus obras, debía encontrar quién lo había proporcionado a la casa de subastas. Aquello no era muy complicado para él. Después de

estos años dedicados a los bajos fondos del tráfico de arte y del mundo de las falsificaciones de cuadros y antigüedades, había logrado una amplia red de informadores y de “amigos” que le debían favores o que se podían utilizar por un módico precio. En todas las casas de subastas importantes tenía algún contacto favorable para poder resolver sus dudas. Mogtheby’s no era una excepción. Llamó desde su coche, y una voz somnolienta le contestó al instante. No tardó mucho en que le informaran sobre la identidad del promotor o vendedor del cuadro falso. Se trataba de una mujer, una marchante ocasional que de vez en cuando facilitaba alguna obra para vender, o hacía de intermediaria en alguna venta sustanciosa. El nombre de la mujer y sus datos de contacto le llegaron al Whatsapp. Ahora tenía una pista para seguir, y como buen sabueso no pensaba perder ese rastro.



CAPÍTULO 3

10 DÍAS

Mirando por la ventanilla del avión, se preguntaba el porqué de no trasladar su residencia a Bruselas. Todo le volvía a llevar de nuevo hacia el país vecino. Esta vez la información que había recibido de su informante de Mogtheby's le había conducido de nuevo a esta ciudad.

Repasaba los datos en su móvil. La marchante se llamaba, Louise De Bériot. Una señora de alta posición social, “una señora rica y muy elegante”, como le había precisado su contacto; que vivía en una mansión a las afueras de Bruselas. Esto le intrigó.

«Una mansión» —pensó, meditando en la manía recurrente de los ricos por meterse en la especulación artística. No era rara esa simbiosis entre el adinerado mecenas y la promoción de obras de arte. Es más, se daba muy a menudo que el mecenas se acababa por convertir en galerista y en vendedor o entendido en este u otro pintor. Todo estaba relacionado con el dinero, el tiempo libre, las ganas de fama del patrocinador, y su aburrida vida social.

Nikos esperaba encontrarse con una dama de edad avanzada, muy aburrida. Esposa de algún rico comerciante o industrial, que no sabía en qué perder su tiempo o su dinero. Quizá, eso le hizo ser el blanco ideal para que un falsificador listo le endosara un cuadro más falso que un beso de Judas, pensó; sin querer anticipar más elucubraciones. No le gustaba adelantar deducciones sobre las cosas de las que aún no tenía datos. Era una pérdida de tiempo.

Su mente voló de nuevo al magullado rostro de Angélique. El tiempo pasaba demasiado deprisa ahora. Hasta las nubes que atravesaba el avión, sobrevolando la campiña belga, le parecían más rápidas, cruelmente rápidas...

Veía a Angélique dentro del agua. Se movía como si la marea la arrastrase al fondo. Él intentaba llegar hasta donde estaba. Gritaba en vano, pero el agua impedía que su voz se escuchase. Su novia se hundía poco a poco, agitando las manos. No podía alcanzarla, no podía. Nadaba con desesperación, notando cómo ardían sus pulmones, ya casi sin aire. La joven abogada se mecía en el fondo, pero Nikos consiguió atraparla por su brazo inmóvil. Su mano seguía vendada. Él la sujetó con fuerza por la muñeca e intentó tirar de ella hacia la

superficie. En sus oídos escuchaba el rítmico campanileo del reloj del despacho de la doctora. Tin, tin, tin..., un sonido continuo que salía de todos lados.

De repente su novia levantó la cabeza. Le miraba con los ojos desorbitados, tocándose el cuello. La habían degollado, un corte enorme dejaba escapar su sangre que lo inundaba todo. El agua se transformaba en un líquido rojo y denso, y el reloj seguía tintineando, entre las risas del serio busto de mármol del general napoleónico, que había visto en el despacho.

Nikos intentaba sujetar a Angélique pero ella se desangraba...

—Por favor... —escuchó en sus oídos. Era un susurro lejano que se abría paso hasta su cabeza—. Por favor, el cinturón —le dijo la azafata, despertándole.

La pista estaba justo debajo de ellos. Se frotó la cara y todas aquellas visiones desaparecieron con el rumor de los motores del avión.

Estaban a punto de aterrizar en Bruselas, y tenía una cita con la dama que había proporcionado el cuadro falso a la casa de subastas. Había sido muy fácil. La señora se había mostrado muy amable por teléfono, incluso sin tener que presionar demasiado para verla y ni siquiera contar lo que necesitaba saber de ella. Nikos tenía una sensación de desconfianza, su instinto le había vuelto a encender esa luz de alarma que sentía cuando algo no encajaba. Ahora era una de esas veces. La dama le dijo que sí, en un elegante francés con acento flamenco, y se mostró divertida al saber que la llamaba desde el aeropuerto de París. Todo como si ya esperase esa llamada.

De todas formas, en breve saldría de dudas. Si le podía conducir al falsificador, estaría mucho más cerca de descubrir dónde había estado la estatuilla de Minos. Dónde el desvergonzado pintor la había visto y copiado para incluirla en su cuadro falso.

En el aeropuerto recibió una llamada. La voz de su tía parecía nerviosa. Algo sobre su padre. No la comprendía bien.

—Repite, por favor, lo de mi padre. No te estoy entendiendo —respondió, interrumpiendo el torrente de palabras que su tía amontonaba en voz alta.

—Tu padre..., sí... Está muy grave... —pudo adivinar, y se le congeló el corazón. ¿Había escuchado bien, o eso le había parecido?

—¿Cómo que muy grave?

—Sí, hijo, está en el hospital. Yo estoy aquí, y no sé qué hacer —decía la buena mujer, sollozando desconsolada, sin terminar de ordenar sus ideas ni poder contar lo ocurrido con claridad

—Tranquila tía, despacio. Explícame qué ha pasado —intentó mediar en la conversación para entenderla.

—Sí, le han atacado. Unos desconocidos. Tassos bajó a la calle. Ya sabes cómo es de cabezota. Yo le dije que no saliese, eso le dije —seguía llorando—. Pero él, qué no, qué no. Y salió dando un portazo. Yo le grité, pero es que es muy... —se cortó otra vez, sin dejar de sollozar.

—Está bien, cálmate.

—Sí, bajó a la calle y le asaltaron. Dice la policía, que para robarle. Pero ¿qué se puede robar a un viejo como tu padre? Le tiraron al suelo y le pegaron. Muy fuerte, en la cabeza. Estaba en un charco de sangre y un vecino me llamó. Un charco de sangre. Yo creí que estaba muerto, allí tirado —seguía gimiendo.

—Ya..., ¿pero ahora dónde está? Dices que en el hospital, ¿pero cómo está? —intentaba ya cortar aquella avalancha de palabras, para conocer el estado real de su padre.

—Está en coma. Dice el doctor, que no sabe si se despertará. Qué desgracia, hijo, qué desgracia más grande —al escuchar estas últimas palabras, Nikos se quedó congelado. Su padre había sido agredido por unos desconocidos y ahora estaba en el hospital. De pronto se quedó perplejo, sin saber qué decidir. ¿Debía volver a París o seguir en Bélgica y continuar con su investigación? ¿Qué debía hacer? No podía abandonar a Angélique, a su suerte. No podía hacerlo, pero su padre podía morir solo en una fría habitación del hospital. Su mente intentaba encontrar una salida, aunque en ese momento era incapaz de razonar con claridad.

—Está bien tía, tú sigue ahí. Volveré en cuanto pueda. Avísame si algo cambia, o si mi padre se despierta —dijo, pensando en que solo podía admitir esa posibilidad. Podía morir, pero eso no era posible, aún no.

El comisario Duchamp contestó en el acto a su llamada. Se dio cuenta enseguida de que algo grave había ocurrido.

—Amigo Thalassi, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó solícito.

—Es algo muy urgente, comisario. Si no fuera así, no le pediría este favor. No soy hombre de pedir favores para mí. Ya lo sabe. No es mi estilo, pero es mi padre... —se explicaba con seriedad. Un tono de voz que hizo que el comisario arrugara el ceño y se diese cuenta de la importante petición que le estaba haciendo.

»Mi padre ha sido atacado hoy. Está en el hospital en estado crítico. Y le rogaría que por nuestra amistad, y como favor personal, velara por él en lo que estoy en Bélgica. No me es posible salir de aquí. Pero no puedo dejar solo

a mi padre, quizá en peligro de que sus atacantes vuelvan otra vez —solicitó el investigador con la voz conmovida.

—Lo comprendo, mi buen amigo. No se preocupe por su padre. Yo me ocuparé del tema y pondré a un hombre en la puerta de la habitación —se adelantó a decir el comisario, dando muestras de honestidad y de buen corazón, con el hombre que conocía desde hacía tantos años; y con el que había compartido muchos casos policiales.

—Se lo agradezco... —fue lo único que respondió Nikos, con la voz ronca—. En cuanto vuelva hablaremos.

—Eso espero. Pero no tenga prisa. Su padre no correrá ningún peligro ahora —le aseguró el policía. Dando suficiente margen de movimientos al investigador para que hiciese su trabajo. El viejo comisario sabía que antes o después le tendría que contar con mayor precisión en qué estaba metido. Solo era cuestión de tiempo, y sabía esperar.

»Tenga cuidado, amigo Thalassi. El juego puede ser muy peligroso.

—Lo tendré comisario. Muchas gracias.

Y al cortar la llamada en su móvil se quedó mirando la pantalla. Su padre estaba en el hospital apaleado para robarle. Eso no era lógico, no podía ser la causa real de una agresión tan fuerte. ¿Era posible que estuviese relacionado con el caso? ¿Relacionado con el rapto de Angélique y esa banda de criminales que la tenían en su poder? Todo podía ser. No había podido evitar que encontraran a su padre; eso le llenaba de ira y le hacía sentirse como un estúpido. Debía haberlo escondido mejor. Pero ahora ya no importaba lamentarse. Debía rescatar a su novia y acabar con ellos de una vez, pensó, apretando los dientes, encolerizado.

Un taxi le sacó fuera de Bruselas, en dirección a la campiña. Recorrieron algunas carreteras rurales hasta llegar a la entrada de la finca, donde se encontraba la vivienda de la marchante. Había concertado una cita con ella, y ya le esperaba. Un estrecho sendero, por el que apenas cabía el vehículo, les llevaba hasta la antigua mansión solariega.

El edificio ocupaba el final del camino. Nikos pudo contemplarlo en todo su esplendor al bajar del coche. Estaba allí de pie al lado de una antigua fuente de piedra que ya no funcionaba. Frente a él, un castillo medieval, un auténtico palacio propio de los cuentos de hadas o de princesas y caballeros,

era la residencia de la dama que venía buscando.

La fachada se veía flanqueada por dos enormes almenas; dos torres rematadas con elegantes tejados cónicos. Todo el frente del edificio estaba recubierto por vegetación. La hiedra tapizaba la vieja piedra y rodeaba las ventanas de los dos pisos. El tejado de color gris pizarra se repartía entre las buhardillas de estilo regio. Era un hermoso palacete, rodeado de jardines y de árboles vetustos, que parecían estar allí desde la época de las cruzadas.

Al llegar a la puerta, salió un joven de aspecto risueño. Nikos se detuvo, pero no pudo pronunciar una sola palabra.

—Louise ya lo espera —repuso el joven, incitándole a entrar en la mansión.

Nikos pasó al sombrío interior, y sintió una ráfaga de aire frío que parecía provenir del otro extremo del pasillo. Entre el claroscuro de los ventanales y de las luces reflejadas, se apreciaban cuadros y estatuas, armaduras y tapices, ocupando aquel entorno anacrónico, que le transportaba a una época medieval ya muy remota.

El investigador siguió al joven, atravesando algunas enormes salas, hasta llegar a un lujoso salón rodeado de luminosas terrazas.

En un diván se encontraba la dama, concentrada en un libro que leía de forma indolente. El joven le indicó que entrara y se retiró cerrando las dos puertas del salón. La dama seguía ensimismada en su lectura, sin dar muestras de haberlo visto.

Nikos se detuvo un instante y miró a su alrededor. El amplio salón podría haber competido con una de las elegantes estancias de Versalles, pensó. Algunas mesas de estilo barroco se repartían por el espacio, sembrado de sillas doradas y tapizadas con telas floreadas, entre jarrones enormes de cerámica china y lámparas de pie de gusto oriental. Atravesó la enorme alfombra persa y se acercó a la mujer. Ella estaba en un diván al lado de la chimenea, que estaba apagada. Levantó su vista del libro y le sonrió.

—¿Sabía usted que mi antecesor, el famoso violinista de cámara de nuestro rey Guillermo, Charles-Auguste De Bériot, también escribía poesía? Poca gente sabe esta faceta de él —afirmó, cerrando el libro y dejándolo en una mesita.

—Mi nombre es Nikos Thalassi, y teníamos una cita —añadió el investigador un tanto serio, y sin muchas ganas de llevar la conversación a un plano relajado o irónico.

La mujer permaneció en silencio unos segundos, observando al hombre

que tenía en su casa. Después se levantó y estiró la mano. Nikos se quedó un poco desconcertado y tomó su mano, sin saber muy bien qué hacer. Ella sonrió.

—Quizá está cansado del viaje. Sígame Nikos, vamos al jardín donde el aire fresco será más reconfortante.

El investigador la acompañó hasta una zona más bulliciosa: Una enorme piscina moderna ocupada por algunas de las visitas habituales del palacio. Todos ellos eran jóvenes que se bañaban mostrando sus cuerpos atléticos y bien formados. Al ver salir al jardín a su anfitriona, algunos se acercaron y la besaron en la mejilla, sonrientes; y luego siguieron con sus juegos en el agua, y sus risas.

»La juventud... —suspiró la dama, mirando sin recato a sus bellos invitados que se lucían en bañador.

Nikos observaba todo y se sentía fuera de lugar. La mujer le conducía a una zona más apartada de la piscina y allí se sentó junto a él. Después hizo una indicación al asistente que le había recibido en la entrada, para que les sirviese algunos refrescos.

»La verdad es que me ha llenado de curiosidad su petición. No todos los días un investigador, cuya fama le precede, me solicita una cita —empezó a explicar la dama—. Supongo que alguna de mis humildes actividades en el mundo del arte habrá despertado su curiosidad. ¿No me equivoco verdad? —preguntó, dejando que el joven mayordomo despejara la mesita y sirviese dos limonadas muy frías.

—La verdad, es que es un tema muy delicado. Cuando un cuadro falso empieza a circular y se introduce en el mercado como auténtico, esto causa en varios sitios un perjuicio considerable. Debe comprender, que al final alguien en algún lugar reclama el dinero que ha perdido, sobre todo cuando la obra es de un pintor famoso, y ha sido vendida por una cantidad de dinero elevada —explicaba el investigador, mirando fijamente a la dama.

—Espero no haber sido yo una de las perjudicadas, sin saberlo. A veces me enamoro de algún cuadro, y lo compro. Siempre me dicen: “Louise, debes ser más cautelosa con lo que compras”. Pero qué le voy a hacer. Nunca he dado mucha importancia al dinero, ni cuando mi marido vivía —se excusó la mujer, sonriendo de forma amable.

—No es exactamente este el caso, señora Bériot —aquello enfrió el tono de la conversación y la dama frunció su ceño, con seriedad—. Según mis informes, y vienen por un canal oficial, usted vendió o proporcionó una obra

un tanto “dudosa” a Mogtheby’s. Estamos seguros de ello, ya que la casa de subastas nos lo ha verificado. Claro está, que de forma oficiosa. Debe comprender que este tipo de información es del todo confidencial. Pero cuando hay tanto dinero en juego, y ya la obra cuelga en la pared de un museo importante, el tema se escapa de nuestras manos y pasa a ser de índole policial.

Yo prefiero actuar de forma discreta. La aseguradora no desea un escándalo y el mundo del arte tampoco se beneficia de ello. Pero se debe remediar lo acontecido. Capturar a los culpables y reponer las pérdidas económicas —terminó de explicar, recostándose contra el respaldo de la silla de hierro.

—Pero esto que me dice es muy grave. Yo nunca, y digo nunca jamás, sería capaz de hacer... ¿Cómo ha dicho? Vender un cuadro..., falso. Eso es. ¿Verdad? Falso. ¿Cómo iba a saber hacer eso? Yo no soy una entendida en arte, además me sería imposible relacionarme con esa gente del tráfico de cuadros o de ese tipo de cosas ilegales, señor Thalassi. Debe creerme. Y si esa casa de subastas ha dicho esas cosas sobre mí, pues no sé. Eso me deja muy apabullada y escandalizada. De verdad que se lo digo como lo siento — se defendía muy alborotada, y con el rostro demudado por la sorpresa y las acusaciones que el investigador había vertido.

Nikos la escuchó con atención. Su instinto le decía que la mujer mentía. No resultaba un peligro, ni era una de esas criminales avezadas y estaba seguro de que no formaba parte de una red de tráfico de cuadros robados, o similar. Pero la dama mentía. Quizá, necesitara dinero para llevar aquel ritmo de vida. Eso no lo podía atestiguar, pero ella había llevado el cuadro falso de Waterhouse a la casa de subastas. Eso era un hecho irrefutable, y ahora actuaba frente a él para negar lo que estaba demostrado.

—Me temo, que lo que he dicho es del todo cierto. Pero aun así, no estoy aquí para buscar al culpable de la venta ilegal, o llevar ante la justicia al autor y a los instigadores de la falsificación. Aún no —dijo en tono más amenazante, intentando coaccionar a la mujer para que desarmara su actitud—. Estoy aquí para descubrir la identidad del autor de la copia. Es decir, para saber quién fue el pintor que realizó la falsificación.

—Ya veo. Qué desazón, por Dios. ¿Y qué cuadro es? Por favor, dígamelo usted.

—Este —repuso sin más, mostrando a la dama una fotografía del mismo.

La mujer tomó la foto y la miró con atención. Parecía muy confusa y

apenada. Era una actriz admirable y representaba aquel papel a la perfección.

Nikos esperó unos minutos y continuó explicando.

»Es una copia falsa que cuelga en la Galería Nacional de Melbourne. Es un cuadro falso que imita el estilo del artista John William Waterhouse. ¿Lo recuerda? Creo que sí —sugirió, acercándose más a la mujer.

—Puede ser. Veo muchos cuadros. Muchos más de lo que piensa y son muchos los artistas que me piden ayuda. “Louise, ayúdame para vender esto y lo otro”. “Louise, necesito dinero para poder pintar”. Créame que ayudo en lo que puedo a jóvenes artistas e incluso ayudo a muchos amigos a desprenderse de sus cuadros de familia, cuando pasan momentos delicados en sus vidas. No sé..., lo mismo este cuadro ha pasado por mis manos, no se lo niego —siguió con su actitud inocente.

—Solo necesito el nombre y la dirección del autor. Solo eso y la dejaré en paz, señora Bériot —añadió Nikos, presionando más a la dama.

—Esos modales, señor Thalassi. Disfruta de tu limonada, y yo te ayudaré a encontrar a nuestro Waterhouse reencarnado —escuchó una voz conocida detrás de él.

El investigador se dio la vuelta en el acto y comprobó que el marchante belga se acercaba a ellos, atravesando esa estrecha franja del jardín. La mujer se levantó con aspecto aliviado y se acercó al nuevo visitante. Parecía conocerlo muy bien. El hombre la besó en la mano y sonrió complacido. Nikos siguió con su gesto serio. Aquella inesperada sorpresa podía dificultar su investigación.

»Yo te puedo ayudar, señor sabueso. Louise es inocente. Si de algo se la puede acusar es de su generosidad —explicó, mirando a la mujer que sonreía con mayor aspecto aún de inocencia—. Conozco la identidad de tu pintor, porque en este mundo subterráneo del arte, nada hay que se pase por alto, sobre todo cuando algo tan gordo cambia de manos.

—¿De quién se trata? —preguntó el investigador, sin buscar ninguna otra respuesta por el momento.

—Debemos hablar de este tema con mayor tranquilidad, amigo mío. Entiendo tu prisa y el estado de ánimo en que te encuentras en este momento. Y me adelanto a decirte cuánto lamento que tu padre esté en esta situación tan grave. —Aquello asombró a Nikos, que no esperaba que la noticia hubiese volado tan deprisa, y menos que fuera conocida por el marchante.

—¿Cómo lo has sabido? Me refiero a lo de mi padre —no se resistió a preguntar.

—No es raro, ya te dije que tengo muchos contactos en todos lados. Si una persona me interesa no la pierdo de vista, y me preocupo por ella. Y en nuestro caso, tenemos un trato y no me iba a desligar de tus avances, a pesar de haber tenido que estar alejado por unos días —aseguró el marchante.

Nikos escuchó la explicación, pero no le convenció del todo. Era muy raro que algo que no había trascendido en ningún sitio, hubiese saltado al país vecino y con tanta rapidez estuviese en conocimiento del marchante belga. Debía ser más cauteloso con él. Ocultaba más cosas de las que daba a entender.

—Gracias. Está en coma en el hospital —respondió.

Louise seguía en silencio. La amable dama parecía entender muy bien la situación y esperaba callada sin dar ninguna señal de impaciencia. Armand se volvió hacia ella y la besó en la mejilla.

—Querida, ahora debes dejarnos solos. El señor Thalassi y yo, debemos discutir algunas cosas en privado. El asunto ya está en mis manos. No debes preocuparte.

La dama asintió y se retiró de allí.

»Sígueme Nikos, vamos a un sitio menos bullicioso —dijo, señalando la alegre actividad de la piscina, donde los jóvenes efebos seguían bañándose.

Los dos entraron de nuevo en la mansión y Armand le condujo a una salita más pequeña. El té estaba servido sobre una mesa de juego. Parecía una sala para disfrutar de partidas de cartas, en largas veladas nocturnas. Una de aquellas mesitas redondas había sido despojada de su tapete verde y ocupada por un precioso juego de café victoriano. Armand cogió la tetera y sonrió admirado.

»Qué mezcla más pintoresca de estilos y de objetos guarda nuestra amable Louise.

Nikos movió la mano para impedir que le sirviesen más bebida. Las maneras afectadas del marchante le irritaban a veces, especialmente sus exageradas poses y lentitud.

—Necesito saber el nombre del pintor. No puedo esperar más. El tiempo...

—Lo comprendo. La pobre Angélique. Pero la rescataremos, amigo mío. Me siento en parte responsable. Nuestro amigo, “el lobo”... ¿Lo recuerdas, verdad? Está detrás de todo. Ese cerebro del crimen es el culpable de todo este asunto; y si unimos nuestros esfuerzos, desmontaremos la organización de ese criminal y rescataremos a tu prometida.

Nikos recordaba sus anteriores explicaciones. Esperaba ahora que el marchante le ayudase. Cualquier información o ayuda era bienvenida ante su apurada situación.

»Antes de nada, debes saber que estamos ante un cuadro magníficamente pintado. Se trata de una obra perfecta. De ejecución impecable que podría y ha podido pasar ante los ojos de varios expertos sin levantar ninguna sospecha. El cuadro se ejecutó por un gran especialista, un falsificador de los mejores que han existido, en mi opinión; y fue una obra que realizó por gusto, ni siquiera para conseguir beneficios. El artista quería demostrar su talento, y la vanidad le empujó a hacerlo. Eso fue todo, un acto puro de vanidad.

—Sí, la pintura es muy buena. En Australia no han visto nada raro, es evidente que es así.

—Por supuesto. Un bastidor auténtico, un lienzo de la época. El uso de la paleta de color del pintor original y de su escala de colores, incluso de los mismos colores y su composición química. Hasta fue cuidadoso con el esbozo antes de pintar, con lo que pudieran descubrir los rayos ultravioletas o un barrido de capas pictóricas. Todo lo tuvo en cuenta y podría haber realizado una obra distinta que no hubiese destacado, pero no fue así. A pesar de su talento y pericia, pintó una copia con componentes iguales a uno de los más famosos cuadros de Waterhouse. Quería que los especialistas dudasen. Quería que se comiesen la cabeza sin poder decidir si era falso o no. Así era nuestro hombre.

—¿Era? ¿Está muerto? —interrumpió Nikos, preocupado por aquella aseveración.

—Así es, mi buen amigo. Falleció hace algunos años. Una lástima, te lo aseguro, sobre todo para el arte —dijo sonriendo—. Pero eso no es un problema. Su viuda está viva. Su compañera inseparable de toda la vida, que conocía todo lo que hacía, incluso mejor que él. Ella nos podrá informar. Es el informador que necesitamos ahora —afirmó entusiasmado, golpeándose la pernera del pantalón, y colocándose el pañuelo del cuello.

—Entonces debo ir a visitarla. Ella me podrá informar sobre lo que necesito saber —pensó en alto Nikos, mirando a la nada, concentrado.

—Es mejor que me dejes eso a mí. Vuelve a París con tu padre. Sé que deseas hacerlo. No te preocupes por nada. Yo seré tu voz y recabaré los datos que necesitas. La viuda me dirá lo que sabe y podremos seguir la pista del cuadro..., y del famoso ídolo con el enorme rubí —propuso, arqueando una ceja y demostrando una vez más su perspicacia.

Nikos meditó un momento aquel ofrecimiento. No tenía más remedio que aceptar aquel acuerdo. Al fin y al cabo ya había pactado con el marchante su compromiso de mutua ayuda en todo aquel asunto. Era una buena idea que él volviese a París. Necesitaba estar al lado de su padre y además investigar en su apartamento su relación con la secta griega. Armand conseguiría la información, era muy capaz y tenía recursos que él no acababa de comprender. Presentía que podía confiar en ese hombre tan peculiar.

—Está bien. Volveré a París. Tú te encargarás de conseguir la información sobre el falsificador —asintió el sabueso con seriedad.

El marchante se levantó, dando por concluida la conversación, pero Nikos le sujetó por el brazo.

»Por cierto, ¿cuándo fue pintado?

Armand le miró. Dudaba, pero el gesto del investigador no daba pie a ninguna ironía o reticencia. Si deseaba seguir junto a él en el asunto, debía contarle lo que quería.

—Está bien... El pintor se llamaba Nathan Vandervelde. Un hombre de gran talento que pintó la falsificación sobre los años setenta. No tengo secretos, Nikos —aseguró sonriendo.

—¿Dónde lo pintó? —volvió a preguntar, mostrándose inflexible y persistente como un sabueso.

—Su viuda vive ahora en una hermosa casita, regando las flores de su jardín, a orillas del mar. A las afueras de De Haan —le informó para demostrar que podía confiar en él.

—Está bien, seguiremos en contacto. Pero esta vez no desaparezcas tragado por la tierra o no tendremos trato. No me gusta que me engañen, Armand —le dijo, mirándole de frente sin titubear.

—A mí tampoco me gusta, amigo. —Y le apretó la mano antes de alejarse de él.

Sus caminos se separaban en ese momento. Nikos era del todo consciente de lo que estaba en juego, pero había decidido confiar en el marchante. No era muy racional, pero siempre se dejaba llevar por su intuición. Nunca le había fallado en aquellos años; y en esta ocasión, sabía que Armand era un pícaro negociante, pero no era un criminal, y mucho menos un tipo que pudiera hacerle daño a él o a su familia. Confiaría en él, y cada uno seguiría su pista hasta poder juntar sus descubrimientos. El tiempo corría sin cesar y cada día que pasaba, la vida de Angélique pendía más de un hilo.

CAPÍTULO 9

9 DÍAS



Armand había conducido hacia Ostende. Su rápido deportivo devoraba los kilómetros con ansiedad, atravesando la campiña belga en dirección al mar. Pensaba en todo lo que había ocurrido. El sabueso estaba entre la espada y la pared, era consciente de ello. La vida de la joven Angélique seguía en peligro. Su gente se acercaba cada vez más a los secuestradores, pero era muy complicado encontrarlos. El rosario de islas que salpicaba todo el Egeo dificultaba la búsqueda. La secta se había repartido por toda la parte oriental del Mediterráneo, llegando hasta las costas turcas. La chica y sus raptos podían estar en cualquiera de esas islas o islotes, incluido algún pueblo de pescadores perdidos en el continente asiático. Todos sus indicios le llevaban hasta la isla de Creta. Era posible que allí estuviese su cuartel general: La guarida del lobo. Ese criminal internacional que hacía tanto tiempo que perseguía.

La localidad turística de De Haan, estaba situada en pleno Flandes occidental, una poblada villa de bellas casas, rodeadas de jardines y un ritmo de vida lento y tranquilo.

El deportivo entró en el pueblo, después de tomar el desvío desde Ostende. La vivienda de la viuda estaba muy cerca del centro de la localidad. Fue muy fácil de encontrar. Un bonito jardín lleno de flores y algunos adornos alrededor de una puerta pintada de verde chillón. Así se lo indicaron algunos vecinos, cuando se paró a preguntar unas cuantas calles antes.

Armand llamó a la puerta varias veces, pero nadie contestó.

«Qué fastidio» —pensó, meditando qué hacer. Podía haber salido, pero le aseguró que estaría y que le recibiría. ¿Quién podía estar seguro de los cambios de humor de una mujer tan peculiar?

—La señora Bury no está —le avisó un vecino, desde la puerta de su garaje.

El marchante se dio la vuelta y le saludó con la mano. El hombre, un tipo rubicundo y alegre, se acercó despacio, arrastrando sus chanclas por el césped recién cortado.

»Anne-Marie ha salido temprano con sus trastos. No creo que tarde —comentó, dando muestras de que en esa pequeña comunidad nada ni nadie pasaba desapercibido.

—Esperaba verla... —respondió Armand.

—No suele recibir a nadie —siguió hablando el tipo del garaje, un poco desconfiado por la presencia del marchante ante la puerta de su vecina.

—Soy..., su sobrino... Y me he adelantado un poco. Seguro que mi tía no me esperaba a estas horas. Pero me gustaría darle una sorpresa. —Salvó la situación sonriendo al rubicundo vecino.

—Anne-Marie suele ir a la playa a pintar casi todas las mañanas en las que luce el sol. Le gusta aprovechar los pocos días que tenemos despejados —bromeó el hombre—. Al final de las dunas suele estar. No tiene pérdida.

—¡Ah!, muy bien. Ideal entonces, amigo. No le diremos nada de esta conversación y así creará que ha sido iniciativa mía. Eso la llenará de alegría, por el detalle de ser capaz de encontrarla —se acercó al vecino y le miró convincente muy cerca de su colorado rostro.

El hombre asintió, desconcertado.

—Sí, claro...

—Perfecto, entonces. No dejes mucho el coche sin secar. Las gotas de agua no son buenas con este sol. Estropean la pintura metalizada —le indicó, mirando hacia el automóvil que estaba lavando antes de la conversación.

—Es verdad, sí...

—Un buen día, amigo. Hasta luego —saludó con la mano y salió del jardín de entrada, para montarse en su coche y dirigirse hacia la playa.

El vecino se quedó quieto con la manguera en la mano. El deportivo arrancó despacio, casi sin hacer ruido y desapareció de su vista.

«Son simpáticos, estos de la capital» —pensó, antes de seguir lavando su automóvil.

Una hermosa e infinita playa ocupaba toda la costa. El agua se retiraba hasta el horizonte, dejando una enorme extensión encharcada de limo. Armand se quitó sus caros zapatos italianos y empezó a recorrer la arena en busca de la mujer. Algunos residentes corrían por el borde del agua y otros paseaban a sus perros, aprovechando el día despejado. Las dunas bordeaban todo el contorno del mar: un frío mar del norte que ahora se mostraba en calma.

A lo lejos, en el extremo de aquella larga extensión de arena, ya podía observar algunas parcelas que delimitaban la zona dunar. Eran pequeñas propiedades que los residentes del pueblo disfrutaban de forma privada. En aquellas horas del día no estaban apenas ocupadas, solo algunas. En una de ellas, una señora retenía en sus ojos la belleza de ese mar azulado, salpicado de rizadas olas. Lo plasmaba en un lienzo blanco. La señora Bury siempre

había pintado. No había tenido ni la fama ni el talento de su marido, pero la vocación y el gusto por esa faceta artística habían sido una de sus más relevantes cualidades.

En esta etapa tranquila de su vida disfrutaba de su afición, reflejando en sus óleos aquellas estampas marinas tan conocidas.

Movía la mano con soltura para delimitar el borde de las olas y conseguir con trazos sencillos, una vigorosa representación del mar que tenía delante. Armand se quedó en silencio detrás de ella. No deseaba interrumpir aquella atmósfera de paz que notaba. Pero fue su respiración, un poco alterada por la marcha sobre la arena, la que avisó a la mujer de que no estaba sola.

—*Goede morgen heer* (Buenos días señor) —expresó en neerlandés, dando los buenos días a su inesperado admirador. Y en el acto recordó su cita —. ¡Oh!, vaya, se me olvidó por completo —dijo, sin demostrar ningún pesar.

—No importa. Este paseo por la playa ha sido muy agradable. Hacía mucho que no respiraba la brisa del mar —aseguró el marchante.

—Pero lo siento. Se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta —respondió, recogiendo los bártulos para volver a su casa.

—Si me permite —rogó el marchante, antes de coger el caballete y la caja de pinturas para seguir a la mujer por la playa.

Un taxi llevaba de vuelta a Nikos desde Bruselas al aeropuerto de Zaventem. Miró hacia atrás de forma instintiva y se fijó en un coche que les venía siguiendo desde hacía un rato. A lo mejor no era nada. Ya llevaba unos días con la sensación de que los turcos le seguían de nuevo. Caras sospechosas, tipos inquietantes que pasaban por su lado, o coches oscuros aparcados cerca de donde estaba. Parecía ver agentes turcos por todos lados. En el fondo estaba seguro de que estaban allí, muy cerca; pero no debía dejar que su mente se desbocara y viese perseguidores imaginarios.

Volvió a mirar otra vez y el automóvil seguía allí, pero esta vez un poco más atrás, oculto por una furgoneta de reparto.

«Sí que nos sigue» —pensó, y se dio la vuelta. Habló con el taxista y le ofreció una pequeña bonificación por acelerar un poco y llegar antes al aeropuerto. El conductor aceptó con la cabeza, y el taxi empezó a adelantar a otros vehículos, acelerando de forma apreciable.

El vehículo oscuro hizo lo mismo; y Nikos estuvo entonces seguro de que

sus amigos turcos, o quizá otros que no conocía aún, venían con él también hasta Zaventem.

El aeropuerto estaba abarrotado. Había sido una suerte poder encontrar un billete tan pronto para París, y con tan poco espacio de tiempo. Pero de nuevo, la magia de Armand había dado sus frutos y una llamada le había proporcionado un pasaje VIP en uno de los vuelos regulares que estaban a punto de salir. ¿Qué otros contactos o habilidades tendría aquel marchante? Cuando todo esto acabase hablaría con él de forma más precisa, para llegar al fondo de algunas cuestiones que le llenaban de intranquilidad.

El interior de la ordenada vivienda de la señora Bury parecía una casita de muñecas. Un mundo de tapetes de ganchillo, de viejas fotos y cómodas butacas, se organizaba por toda la salita de estar. La viuda se había cambiado de ropa, despojándose de la bata y el pañuelo que sujetaba su pelo, y se había puesto un alegre vestido estampado. Mantenía sus gafas doradas sobre su pecho, sujetas por una fina cadenita de oro. Miró al marchante de forma interrogante y acercó la bandeja con el juego de café de alpaca.

—*Wil je een kop koffie?* (¿Quiere una taza de café?)—ofreció sonriente.

—*Ja, ik zou graag* (Sí, me encantaría)—respondió afirmativamente y agradecido el marchante.

La mujer le miró sorprendida al escucharle hablar en su lengua.

—Pronuncia bien. Ningún extranjero lo suele hacer..., es un idioma difícil.

—He vivido un tiempo cerca de aquí —explicó Armand, aceptando la taza que le acercaba la viuda—. Me confundí un poco cuando he visto su apellido en la puerta. Pensé que su marido se apellidaba Vandervelde.

—Así es. Nathan Vandervelde. Un buen hombre. Un marido muy cariñoso. Con sus cosas. ¿Qué artista de talento no las tiene? Los años que estuve junto a él fueron felices. A veces complicados y llenos de incertidumbres, de pura aventura y emoción, pero no los cambiaría por nada del mundo —aseguró Anne-Marie—. Bury es mi apellido de soltera. Lo volví a retomar cuando él murió.

—Disculpe si he sido indiscreto, pero deseaba cerciorarme de que estaba con la persona indicada.

—Antes me llamaba Anne-Marie Vandervelde —añadió, sirviéndose más café.

Un avión volaba por encima del territorio galo, alejándose de Bélgica. Nikos ordenaba en su mente todos los hechos ocurridos y repasaba su libreta, donde anotaba cada una de las pistas que había descubierto. Su primera parada sería el hospital. Necesitaba ver a su padre. Su tía había vuelto a hablar con él. El estado del viejo seguía estable, pero aún estaba inconsciente. En un preocupante estado vegetativo del que todavía los médicos no podían asegurar que saliese.

Necesitaba la información que debía obtener el marchante. La necesitaba para continuar con la búsqueda del ídolo dorado. Estaba muy cerca de saber dónde había sido pintado el cuadro, y dónde había estado escondida o custodiada la figura de oro hasta pasar a manos del gobierno turco. No era posible que el falsificador hubiese estado frente a la pequeña escultura, estando en posesión otomana. No habría podido verla ni acercarse a ella. Había estado en otro sitio, en poder de otra u otras personas. Y había sido allí donde el falsificador la había visto.

«¿Pero dónde?» —meditaba, sin poder avanzar más en sus deducciones.

La señora Bury negaba con la cabeza. No estaba dispuesta a contar nada por el momento y menos a ese amable, quizá demasiado amable, caballero de elegante traje blanco, que había salido de la nada, preguntando por el trabajo de su marido. Por supuesto que no lo haría de esa forma. Y menos con prisas y falta de educación.

Armand se daba cuenta de que el tema sería más complicado de lo previsto. La viuda era cerrada, y suspicaz. Una anciana que sospechaba de todo el mundo y que no se iba a abrir a él con facilidad.

—Señora Bury, comprendo sus reticencias. Mis indagaciones no perjudicaran a la memoria de su marido. No es mi intención que sea así. La vida de una joven depende de sus respuestas. Y le soy del todo sincero en esto que le digo. Un hombre enamorado vuela ahora hasta París para ver a su padre malherido. Un pobre anciano a punto de morir en la cama de un hospital. Y a su vez su prometida, una inocente niña, sigue en manos de unas bestias, unos tipos malvados que le presionan para que les lleve hasta esa despreciable

figura de oro. Y todo, ¿para qué? Para conseguir una piedra preciosa. Todo por el dinero. La vida de sus seres queridos a cambio del maldito dinero — explicaba Armand.

Había decidido contar la verdad en lo que se refería a esa parte de la historia. La sagacidad de la viuda no habría sido posible de superar si le hubiese dicho una sarta de mentiras, que luego habría sido imposible de corroborar por Nikos o por otras terceras personas. Era mejor ser más directo y jugarse esa carta, apelando a la inteligencia de la mujer y a su corazón sensible.

Anne-Marie le escuchó en silencio. Aquello la conmovió. Sintió que lo que explicaba el estirado caballero era cierto. Debía ser cierto, porque las palabras salían de su boca teñidas de verdad y de emoción. El amor era algo que ella añoraba. Qué feliz había sido con su marido. Le había amado como ninguna mujer había amado a un hombre. Ella así lo pensaba. Y ahora esa joven estaba separada del hombre que llevaba en su corazón. Y solo por unos brutos, unos bastardos insensibles que se movían por el interés del dinero, del sucio dinero.

—Le ayudaré, señor Dupuy. Pero solo con una condición —advirtió la mujer.

Armand esperó en silencio, sin añadir nada más.

»Le contaré lo que desea saber sobre mi marido y sobre el ídolo del Minotauro, en París.

Aquello fue toda una sorpresa. No esperaba esa petición, y menos de una mujer de su edad que parecía tan apegada a su entorno, a su pequeño mundo de casita de muñecas y de playa soleada. Pero la viuda fue inflexible, solo hablaría si le acompañaba a París, y se entrevistaba con el amante desesperado. Quería conocerlo, conocer al tal Nikos que tenía el corazón destrozado por la pérdida de su amor, raptada por aquellos criminales.

Armand la escuchó, y se congratuló de haber dicho la verdad. Si no lo hubiera hecho, ahora estaría en un serio aprieto para contar con Nikos y convenir con él una enorme mentira para engañar a la anciana.

—Me parece bien, señora Bury. Iremos juntos a París y nos veremos con mi amigo Nikos Thalassi. Comprobaré cómo mi historia es del todo cierta y su ayuda es de vida o muerte.

—Hace muchos años que no voy a París. A mi marido le encantaba esa ciudad.

—Deberíamos salir cuanto antes. Eso sí le ruego, si me lo permite.

La viuda le miró, saliendo de sus recuerdos de juventud junto a su esposo en la “Ciudad de la luz”.

—¿Todavía sigue estando el café La Rotonde?

—Sí..., todavía —contestó desconcertado el marchante.

—A mi marido le encantaba ese lugar. Siempre me decía: “Si Modigliani o Picasso pagaban con dibujos para tomar un café o un tentempié, yo también puedo hacerlo”. Y luego se reía con aquella sonrisa sonora que él tenía —volvía a recordar la viuda—. En La Rotonde nos veremos con el triste enamorado. Esa es mi condición —terminó, observando con determinación al confundido marchante.

Después del vuelo nocturno que le había traído de forma urgente a París, Nikos se dirigió sin demora al hospital. Su padre permanecía sumido en un estado vegetativo. El pobre anciano respiraba de forma pausada, como si ya la vida hubiese llegado a su fin, y solo esas tenues bocanadas de aire le separaran de la muerte.

Nikos permaneció un rato al lado de la cama. En la puerta de la habitación vigilaba un policía de uniforme. El investigador agradecía de corazón al comisario Duchamp por haber cumplido su promesa. Esa lealtad con él era de las que apreciaba. Las que se le grababan en el alma y no olvidaba. El sabueso era así. No soportaba la mentira o la falta de honestidad, y siempre adquiría deudas de gratitud que intentaba devolver cuando alguien le hacía un favor.

El médico había hablado un instante con el investigador. No se podía hacer nada, la conmoción cerebral y la edad avanzada de su padre impedían más tratamientos. Solo se podía esperar y desear que se produjese un milagro. Pero él no se rendía en su interior. Miraba al viejo, allí postrado, tan vulnerable, como un niño perdido sin que nadie le pudiese ayudar, y se le rompía hasta el alma. Era su padre, aquel tipo duro que le había defendido toda su vida. Un buen padre, y no pensaba rendirse hasta que atrapase a los miserables que le habían llevado a aquel estado.

—Viejo, no te vas a morir. No te voy a dejar. Aún no ha llegado tu hora, cabezota —le susurró al oído, con los ojos bañados en lágrimas.

La tenue luz de la habitación acentuaba la palidez del rostro de su padre. Su mano estaba fría, pero no estaba muerto. No lo iba a estar, lo sentía en su

interior.

»Cuando salgas de aquí tenemos que ir a celebrarlo. Tú y yo solos como antes, como cuando estaba mamá. Una caja de Duvel para los dos, mano a mano —le hablaba muy cerca de su cara—. Un Thalassi no se rinde, viejo. No me fastidies ahora con eso de largarte. —Y sintió que las palabras se le atrancaban en la garganta, y la tristeza le impedía seguir hablando.

La enfermera entró y Nikos se limpió los ojos. Ella le miró y sonrió levemente.

»Mañana volveré. No te vayas a tomar cervezas sin mí..., papá —murmuró, y le besó en la cara, sintiendo la piel fría.

Había decidido ir al apartamento de su padre. Era posible que entre sus viejas cajas, donde guardaba muchas cosas de su pasado, pudiese encontrar alguna pista, algo que le indicase quiénes eran aquellos tipos de Creta que le habían perseguido toda su vida. Quizá no sirviese de mucho, pero sentía que debía hacerlo. El viejo guardaba muchas cosas sin sentido, recortes de antiguos periódicos, papeles y documentos de cuando era joven, incluso de su llegada a Francia. Entre todos ellos podía haber una nota, una vieja foto. Algo le podía dar una pista. Debía intentarlo.

El apartamento estaba en silencio. Los ruidos de la calle apenas se escuchaban en el pequeño espacio de aquellas paredes. Nikos empezó a buscar en los cajones del dormitorio. El olor de su colonia impregnaba todo el ambiente. Le recordó al malhumorado Tassos, que criticaba a todo el mundo cuando veía la televisión, y sonrió al pensarlo.

Después de más de una hora rebuscando en las viejas cajas, no había podido encontrar nada. Algunos álbumes de fotos antiguas y amarillentas, donde aparecía con su madre. Antiguos papeles escritos en griego, carnés de afiliaciones a los sindicatos franceses, e incluso una banderita de algún desfile del mismísimo general De Gaulle. Tassos lo guardaba todo, pero nada parecía tener conexión con lo que estaba sucediendo.

Al entrar en la cocina vio un sobre en la mesa que le llamó la atención. Estaba apoyado ligeramente contra el frutero vacío, como si alguien lo hubiese puesto en aquella posición para que fuese visto con facilidad.

—Vaya, un sobre —murmuró.

Lo cogió y pasó sus dedos, adivinando qué podía haber en su interior. En su anverso se podía leer: “Para el sabueso”. Solo esas palabras, que le llenaron de inquietud.

Contenía una hoja de color sepia que olía a humedad. Tenía un membrete

dorado con la forma de una cabeza de toro vista de perfil, y solo unas cuantas líneas escritas con un bolígrafo normal:

“Mira la foto con atención. Tienes solo 8 días. No pierdas el tiempo”

Solamente eso, nada más. Y más adentro, en el sobre, había una fotografía que le dejó estupefacto. Su amada Angélique estaba allí, rogando con sus ojos asustados. Una mano la retenía, tapándole la boca y apretando la afilada hoja de una navaja contra su garganta. La joven sujetaba una cartulina con su mano vendada. Una similar a la de la anterior fotografía, donde se podía leer con claridad: “8 días”.

Nikos se quedó asombrado. Se acercó la foto a los ojos y la observó con más atención. Era reciente, no podía ser de otro modo; ya que si ese sobre hubiese estado allí antes, tanto su tía como la policía, lo habrían visto. No, no había estado. El sobre se había depositado en la mesa de la cocina antes de que él llegara. Sabían que llegaría y que iría a casa de su padre ese día. Lo sabían, y habían dispuesto ese recibimiento para que no se olvidase de que la vida de su novia seguía estando en peligro y que cada minuto que pasaba, era como si le quitasen parte de su sangre.

Sus raptores sabían que lo vería, y le habían mandado un mensaje muy claro: “Sabemos lo que haces y a dónde vas. Sabemos todo de ti, y te vigilamos. Y nada vas a poder hacer sin que nosotros lo sepamos. Si no nos obedeces, tu novia morirá”.

Pero ella estaba viva, no podía ser de otra forma. Si no, no hubiese posado en la foto. Aunque también podía haber sido hecha unos días antes, y ahora ya estar enterrada en algún lugar, asesinada sin compasión por aquellos criminales.

Prefería no pensarlo. Esas imágenes donde solo podía ver a Angélique asesinada por sus captores, le impedían concentrarse bien; comprender lo que ocurría y reflexionar sobre las pistas que tenía. No podía permitirse dejarse llevar por las emociones. En ese momento, no.

Respiró fuerte y sacudió aquellos negros pensamientos de su cabeza. Ellos de momento llevaban la ventaja, eso lo sabía. Le vigilaban, era previsible; pero la partida aún no había terminado.

CAPÍTULO 10



8 DÍAS

A primera hora de la mañana, Armand le sorprendió con una llamada a su móvil. El marchante no venía solo. Una acompañante había vuelto con él desde Bélgica. Alguien que les podía informar sobre el enigmático cuadro falso. Armand se lo empezó a explicar, con su flemático tono de voz.

—Amigo mío, todo va según lo dispuesto. Solo ha habido un ligero cambio, algo que no altera en nada nuestra investigación —le aseguró, antes de explicarle lo sucedido con más precisión— Ante mi sorpresa, la señora Anne-Marie Vandervelde ha decidido venir a París conmigo. Desea conocerte y entrevistarse contigo. Es una dama encantadora, Nikos, y tiene la información que necesitamos —Armand hablaba por su móvil sin dejar de vigilar a la anciana, que preguntaba a una dependienta de una de las tiendas del aeropuerto, por un perfume allí expuesto—. La señora Vanderverde sabe todo lo que precisamos sobre el cuadro, y cuándo lo pintó su marido; y sobre todo, dónde. Pero no me ha querido contar nada hasta verse contigo en París. Esa es la condición que nos ha puesto, amigo mío.

—¿Estás aquí, ahora? —preguntó Nikos, sorprendido.

—Así es. Y además te debo indicar el lugar donde nuestra insistente informadora desea que se celebre el encuentro. —Armand se calló un instante y miró de nuevo a la tienda. La anciana estaba esperando a que le envolviesen un frasquito con forma de corazón de algún caro perfume francés.

—Sí, dime, Armand. ¿Dónde nos vemos?

—En el viejo café La Rotonde. Allí ha decidido que nos encontremos.

—¿En La Rotonde? ¿En Montparnasse?

—El mismo. Allí esta tarde, sobre las seis — puntualizó el marchante.

La anciana salía ya de la tienda cuando Armand la vio acercarse y sonrió.

—Está bien. Allí estaré.

—Dele recuerdos a ese desconsolado joven —mencionó Anne-Marie, sonriendo complacida con su bolsita de regalo y su aspecto dulce y amable.

Armand había cortado la comunicación y sonrió a su vez a la mujer, dándose cuenta de la perspicacia de la dama, que resultaba mucho más lista de lo que su aspecto podía sugerir.

»Vamos, apuesto caballero. ¿Me lleva a mi hotel? —volvió a decir la anciana y se agarró a su brazo sin alterar su expresión dulce.

Nikos pensaba en lo que le había dicho Armand. Por la tarde podría hablar con la esposa del falsificador y conocer por fin los datos que necesitaba sobre el cuadro; saber dónde había visto la estatua del Minotauro, por qué había podido o querido pintarla en la copia de aquella obra de Waterhouse, y también en manos de quién estaba. Saber quiénes habían sido los propietarios de la figura de oro y del enorme rubí en forma de corazón, era del todo vital para poder tener una pista de los que lo tenían ahora.

En la calle había vuelto a ver el vehículo de color negro con las ventanillas tintadas. Sabía muy bien que los turcos le seguían sin descanso y una idea empezó a formarse en su cabeza. No se podía quitar de la mente aquel sueño de Angélique dentro del agua, ahogada y pasto de los peces. Tenía un mal presagio, no había podido aún cerciorarse de que seguía viva, y la foto que le habían dejado en la casa de su padre había aumentado aún más su preocupación. Los turcos podían ser una baza alternativa, su plan B, por si todo salía mal. Su investigación junto con Armand estaba en curso, pero no podía asegurar que sirviese para salvar a su novia. Los turcos tenían recursos y podían ayudarlo, si ellos creían que se ayudaban a sí mismos.

Con aquellos pensamientos se acercó al coche de cristales oscuros. El automóvil encendió los faros y despertó su motor.

—¡Espere! —gritó Nikos, ya muy cerca de ellos. Agitó la mano y siguió andando en su dirección.

El motor siguió ronroneando como un gato a punto de escapar. Nikos se acercó hasta que casi pudo tocar la puerta del conductor. La ventanilla se abrió y el rostro serio de un tipo moreno y con barba, le observó inquisitivo.

—Debo hablar con su jefe. Quiero proponer un trato, algo que nos beneficia a ambos —explicó el investigador; y el tipo le miró unos segundos y asintió sin decir nada. Luego subió de nuevo la ventanilla y arrancó el vehículo, incorporándose al tráfico de la calle hasta que se perdió de vista.

Nikos le vio marcharse y deseó que su propuesta fuese aceptada. Si aquello le salía bien, podía tener un seguro para salvar a Angélique a pesar de todo.

Armand ya esperaba junto a la alegre Anne-Marie, los dos sentados en uno

de los apartados de La Rotonde. La mujer se mostraba encantada de estar allí. El restaurante cafetería se encontraba bastante animado. Era ahora un lugar típico parisino muy concurrido, visitado por algunos famosos y por incontables turistas. En su época, cuando la señora Vandervelde lo frecuentaba junto a su marido, la cafetería no era una atracción turística. Era un lugar donde recalaban los famosos, pintores y escritores. Venían a sus mesas y buscaban el ambiente bohemio de esa zona de la ciudad.

Armand observaba en silencio y consultaba su lujoso reloj. Nikos se retrasaba un poco, eso le molestaba.

La decoración del local mantenía ese gusto por el *Art déco* tradicional. Sillones de estilo ferroviario, con un cómodo acolchado de terciopelo rojo. Las mesas impecablemente dispuestas de blanco, y decoración agradable y limpia. Todo muy apretado, con regusto de rojos, de cuadros bellos en las paredes y lámparas de luz cálida, que brillaba en los dorados de las barandillas y en el mostrador. Así lo admiraba Armand, pensando en los pequeños placeres de la vida.

Anne-Marie ya disfrutaba del suyo. Daba sorbitos largos a una copa de *armagnac*. Sonreía al marchante y se movía en el cómodo sillón como si fuese una perdiz atrapada en una jaula.

—Una copita al día favorece la digestión —afirmaba, volviendo a pedir otra al camarero.

Armand la observaba y se maravillaba de que aquella mujer de edad avanzada no notase ni el más mínimo efecto, con el alcohol que estaba ingiriendo desde hacía un cuarto de hora.

»Nuestro desolado enamorado parece que se retrasa. Bueno..., así mejor. Podemos disfrutar de este maravilloso ambiente. Hacía tanto tiempo que no venía... —parecía hablar para sí misma, y perderse en sus recuerdos de joven.

—No creo que se demore más —respondió Armand, visiblemente molesto.

Al poco tiempo, la figura de Nikos apareció entre las mesas y se acercó hasta ellos. Armand se levantó para presentar a la señora Vandervelde y después los dos ocuparon sus sitios alrededor de la mesa.

—Espero no haber tardado demasiado. Vengo de ver a mi padre. Lo lamento —fue la disculpa que casi susurró el investigador.

—¡Ah, sí! Ya me ha contado su amigo Armand el asalto que sufrió su padre, y en plena calle a la luz del día. Nadie estamos ya a salvo de esos salvajes. No señor —comentaba la mujer con un tono amable en su conversación.

Nikos la observó mientras apuraba su cuarta copita de *armagnac* y miró al marchante un poco intrigado.

—A la señora Vanderverlde...

—Mejor, señora Bury. Me siento triste con mi apellido de casada — interrumpió.

—A la señora Bury, le gusta disfrutar de los placeres de La Rotonde, no debes preocuparte —sonrió un poco burlón, al notar el gesto desconcertado en el investigador.

—No sea maleducado, joven. Soy una anciana, pero no soy tonta —le recriminó Anne-Marie, dándose cuenta de la ironía.

Nikos sonrió, y se mostró impaciente.

—Me gustaría saber algunos datos sobre el cuadro, señora Bury. Si no tiene inconveniente.

—Lo supongo. Pero se debe encontrar muy triste, querido joven. Se le nota en los ojos. En su cara. Es normal. Así me sentí yo cuando perdí a Nat. Como muerta, sin vida por dentro. Él era mi vida, el aire que respiraba; y se marchó de pronto, sin decir nada. Me quedé sola, con mi amor, y una honda pena en mi corazón. ¿Se siente así, joven? —espetó Anne-Marie.

—Pues..., sí, claro. Todo ha sido terrible —afirmó el investigador, mirando de forma interrogante al marchante— Todo muy duro. Ya le habrá explicado Armand lo sucedido.

—Sí, fue muy amable al contarme su caso. Qué pena más honda. Y su joven novia, su prometida... ¿Era su prometida? ¿Se casarán aquí en París? París es un sitio maravilloso para casarse. Nosotros nos casamos aquí — siguió hablando y Armand puso su mano con afecto encima de la de ella.

—Anne-Marie... —susurró el marchante.

La mujer le miró y se dio cuenta de que comprendía sus recuerdos y eso le gustó.

—Pero no puede ser, no puede ser. Deberíamos comer algo antes de entrar en el tema. Un asunto tan sórdido —siguió conversando. Se sentía feliz allí y no deseaba que se acabase. Siempre estaba sola, y aquella ocasión había sido un regalo maravilloso para compartir un viaje y una vuelta a sus recuerdos con aquellos dos jóvenes tan amables.

»Dicen que aquí bebió Hemingway ¿Pero dónde no bebía ese borracho? —sentenció la mujer, dando un sorbito corto de su copa—. Es un menú precioso, ¿verdad? No sé qué me pediré. Pero mirad vosotros también, amigos míos. Mirad, mirad... —les indicó más animada, quizá por los vapores del

alcohol o por la alegría que sentía al volver a aquel lugar.

—En fin, elegiremos algo, señor Thalassi —aconsejó Armand—. Nuestra amiga no parece muy dispuesta a contarnos nada hasta después de comer alguna de estas delicias.

Nikos arrugó el ceño, y observó otra vez a la mujer. Estaba encantada, repasando con sus gafas colocadas en el extremo de la nariz, la bonita carta del restaurante.

»Si aquí ha celebrado Hollande su triunfo, será por algo —suspiró Armand, y esperó a que la señora Bury terminase de elegir.

—No sé qué elegir..., todo parece delicioso. ¿Qué me dice, señor Nikos? ¿Unos caracoles de la Borgoña?, ¿una sopa de cebolla calentita?, ¿unas ostras de Quiberón? No..., mejor unas ciruelas pasas al *armagnac*. Algo solo para picar —terminó sonriente y un poco achispada.

Al final se decidieron por un breve entrante de *mâgret du canard*. La pechuga de pato era algo delicioso que la señora Bury también deseaba volver a probar.

La comida no duró mucho. Algunos platos más acompañaron a los primeros y un poco de dulce para terminar.

»Recuerdo muy bien nuestra estancia en esa maravillosa ciudad —comenzó a contar Anne-Marie de pronto, sin mediar ningún preámbulo—. Los olores, el calor, la luz de Estambul, son difíciles de olvidar; pero sobre todo su bullicio. Es una ciudad llena de gente. De personas de todas partes, árabes y europeos, griegos y asiáticos. Recuerdo que estuvimos allí sobre mil novecientos setenta y luego volvimos unos años después, en el setenta y nueve. Así fue. Nat se movía mucho en esa época, siempre por trabajo. Tenía muchos encargos. Muchos de todos sitios, y de clientes muy importantes. Yo quería mucho a ese hombre —volvió a suspirar.

»Estambul es una ciudad que se debe conocer despacio. No solo su zoco, como hace todo el mundo. Qué tontería. Tiene más cosas que Santa Sofía, o esa mole del palacio Topkapi. Es necesario perderse por los barrios altos, por la zona menos transitada por los turistas, para entender cómo late toda ella.

»Nat y yo estuvimos allí en los setenta. Ya lo dije, creo... Un cliente muy poderoso le invitó. Bueno, algo más que una invitación. Fue una imposición. No podíamos en esa época negarnos. No crean que podíamos. No era así. Mi Nat era un artista, pero no tenía mucha cabeza para los negocios. Ganábamos mucho dinero y lo gastábamos con igual alegría. Vivíamos deprisa, con riesgo. A veces acosados por la policía, o por esos malditos buscadores de noticias.

Los de la policía nos seguían la pista, pero a mi Nat le daba igual. Y ese ofrecimiento llegó justo a tiempo. Mi marido me dijo: “¿Por qué no, Annet?”, así me llamaba. “Vámonos a Turquía, quizá allí nos dejen respirar un poco”, eso dijo. Así era él —sonrió de nuevo y pidió un poco de agua, con el rostro enrojecido y los ojos húmedos.

—Lo entiendo. Si desea parar un poco... —ofreció Armand.

—No, no es necesario —agradeció, y retomó su narración, que la volvía a llevar a las lejanas tierras turcas en una época ya pasada.

»Los radicales ocupaban las calles a principios de los setenta, todavía lo recuerdo. Se empezaba a respirar un mal ambiente, mucha tensión, mucha crispación entre todo el pueblo. Quizá llegamos en mal momento. Nos decían que se estaba gestando algo muy malo. Que el país estallaría, pero nosotros no vivimos nada de eso. Solo cierto malestar, y el inicio de algunos grupos de extremistas que intentaban hacerse oír cada vez más.

—¿Y el cuadro lo pintó su marido por encargo del gobierno turco, o fue alguien privado, un coleccionista?

—Ya veo. No se impacienta. Todo llegará —respondió la señora Bury, sonriendo al investigador.

»Las calles de Estambul se conmocionaban con la situación política. Pero a nosotros nos daba igual. Vivíamos a cien por hora, sin pensar en el mañana. Nat y yo llegamos a la ciudad para realizar varios trabajos para un rico potentado. Para una familia poderosa de la ciudad. Creo que se llamaba, Şahin. Sí, así era. Mi marido pintó varios cuadros hermosos. Al principio solo fue uno, una tabla pequeña de estilo flamenco renacentista, algo para probar, según nos pareció. Luego llovieron los encargos. Tantos, que nos quedamos allí casi tres meses. Una época mágica sin problemas, con dinero para gastar y muchas ganas de vivir y de amarnos —seguía divagando la mujer.

—¿La familia Şahin? —puntualizó Armand.

—Sí, así se llamaba esa familia poderosa, con influencias y muchas obras de arte.

—¿En el Topkapi? —interrumpió Nikos.

—¿Cómo en el Topkapi? —dijo Anne-Marie, sin entenderle.

—¿Su marido pintó el cuadro de la Dama del Minotauro en el palacio Topkapi? —aclaró Nikos, intentando saber dónde vieron el ídolo de oro.

—No, en ese palacio recargado no. Lo pintó..., mi memoria a veces no es la que era. —Se quedó en silencio con los ojos cerrados, como si buscara en lo más profundo de su mente—. Sí..., lo pintó en un almacén propiedad de

esa familia. Allí fue. Pero no en ese primer viaje. En ese lugar había muchas obras de arte. Traficaban con ellas. Los Şahin se dedicaban a ese negocio. Nosotros también —añadió riendo con picardía—. También guardaban obras de otras personas. Almacenaban antigüedades y obras de arte para sacarlas del país, a los lugares que sus propietarios eligiesen. Todos ricos y poderosos, pero asustados por las revueltas y el clima de golpe de estado. Allí vio el ídolo mi marido la segunda vez que fuimos. Un ídolo precioso, con aquel enorme rubí, que le dejó admirado. Y mi Nat era así. Lo vio y lo pintó en el cuadro. Solo fue un capricho, y al señor Şahin le encantó.

—Lo pintó en Estambul en el setenta y nueve, y para la familia Şahin. ¡Es un comienzo! —palmeó en la mesa Nikos, asustando un poco a la mujer.

—Bueno..., sí, así fue, joven —repuso un poco molesta por la interrupción.

La velada de la tarde terminó, escuchando cómo el relato de la señora Bury se dilataba demasiado, hasta exasperar a Nikos y dar mucho en qué pensar al marchante. Anne-Marie les contó muchas cosas más. Incluso recordó aquellos últimos días, cuando se fraguaba el golpe de estado. Muchos datos que anotó, de forma muy cuidadosa, Nikos en su libreta.

Dejaron a Anne-Marie en su hotel. Ya daba muestras de cansancio. Habían sido muchas las emociones y el viaje, y también el abuso del *armagnac*. Ahora se habían quedado solos, ambos hombres, y Nikos deseaba comentar algo a su compañero de investigación.

—Fue un momento muy confuso el que se vivió en esa fecha de los setenta en Turquía. Quizá debiéramos seguir la pista de la familia Şahin..., sobre el terreno —pensó en voz alta, el sabueso.

—¿Ir a Estambul?

—Sería lo mejor. Yo podría ir a esa ciudad y buscar a esta familia, después... —continuó Nikos, pensando ahora en los agentes turcos que le seguían siempre y en la oferta de hablar con su jefe. Podía ser una baza mejor de lo que pensaba, si iba a Estambul a investigar y seguir aquellas nuevas pistas.

—Podemos ir los dos a Estambul —añadió Armand.

Nikos le escuchó y sonrió al ver cómo hablaba en plural.

—¿Podemos? —repitió el sabueso.

—¡Por supuesto! Decidido, señor Thalassi. Si vas solo a esa ciudad, Estambul te comerá, te digerirá y luego te expulsará —argumentó, riendo por aquel símil que acababa de imaginar.

Nikos le miró un tanto suspicaz y pensativo. El marchante continuó hablando:

»Yo tengo más contactos que tú en esa ciudad, te lo aseguré. Conmigo podrás seguir mejor tus averiguaciones. Los dos juntos seremos un buen equipo. Me doy cuenta de que funcionamos bien..., ¿quién sabe? —se calló y no dijo más.

—Iremos los dos. No podemos esperar. Los días pasan, y Angélique sigue en poder de esos locos —se quejó el investigador.

—La rescataremos. Te lo aseguro.

Escuchó esas palabras y sintió que le reconfortaban un poco. Agradecía ese empeño que parecía demostrar Armand, aunque no se fiase de él todavía. Pero tenía muchas más opciones junto a él, y su ayuda le era necesaria por el momento.

La señora Bury sería devuelta a su vida tranquila a la orilla del mar, y ellos viajarían a Estambul para descubrir dónde había estado el ídolo de oro. Quizá esa familia era la actual responsable de su robo, incluso podían tenerlo en su poder.

Nikos esperaba su entrevista con el jefe de los agentes turcos en París; pero ya no sería posible, por lo menos en suelo francés.

«Tendrá que ser en Turquía» —pensó y subió al deportivo de Armand, para ir a visitar a su padre antes de partir para la frontera con Asia.



CAPÍTULO II

7 DIAS

Nikos observaba ensimismado por la ventana del avión. Sobrevolaban el Mediterráneo en un día soleado. Se podía ver el mar de un color turquesa, surcado por diminutos puntos, que representaban enormes cargueros de transporte. Meditaba sobre todo lo que había ocurrido. Las palabras de la viuda belga le indicaban que se encontraba muy cerca de la verdad. Pero aún así, notaba que algo no encajaba bien en todo aquello.

Armand consultaba en su portátil algunos datos sobre la investigación.

—Es interesante tener en cuenta los hechos que Anne-Marie nos dijo sobre la época en que ella y su marido estuvieron en Turquía —señaló, haciendo que Nikos le prestara atención—. En los años setenta, una crisis interna muy grave azotaba a todo el país. Es algo que no te sonará distante, Nikos, seguro que no. Lo estamos sufriendo ahora en toda Europa. El fanatismo religioso y la radicalización de la derecha y la izquierda empezaban a convulsionar la sociedad turca, hasta llevarlos a un clima de revuelta social. Aunque nuestra amiga quitara importancia a todo aquello, ella seguro que no sufrió o no prestó atención a lo que se gestaba a su alrededor. Las cifras son escalofriantes: más de cuatro mil muertos fueron el resultado de esa convulsión social en los últimos años de esa década. Es decir, poco más que lo que nos empieza a pasar ahora. El país se estaba tambaleando, su economía se iba a pique y la gente se empobrecía. Como conclusión, eso daba pie a que los aprovechados de toda índole saliesen a flote. Y cuando digo aprovechados, no solo me refiero a líderes políticos extremistas o a separatistas, fanáticos y demás. Me refiero también a poderosos delincuentes, y traficantes de todo tipo de cosas; entre ellas lo que a nosotros nos atañe: los traficantes de obras de arte y antigüedades. En esos días convulsos, según parece, la familia Şahin encontró un espacio apropiado para hacer de las suyas. Ya lo venían haciendo durante generaciones, pero en aquel clima de desconfianza, de malestar general, encontraron un hueco para que nadie les molestara y para sobornar a todo el que se les ponía a tiro. Por eso nuestro gran falsificador belga fue reclutado. Una producción de copias de autores famosos era una gran fuente de ingresos para ellos, y el país les daba facilidad para no ser vigilados o controlados.

Nikos le escuchaba con atención, entendiendo lo que el marchante le explicaba.

—La calidad de las obras que produjo Vandervelde es notable —apuntó el investigador—. Son difíciles de detectar, y es más que probable que muchas de ellas estén colgadas en los museos más importantes. La próxima vez que vayas al Louvre y veas una obra de algún pintor contemporáneo o quizá más antiguo; uno de esos impresionistas que tanto te gustan, párate a pensar sobre lo que estás viendo —bromeó el sabueso, ante la mirada preocupada de Armand—. Según Anne-Marie, su marido era un auténtico genio. Podría haber sido un gran pintor, pero quizá la vida le empujó por ese camino. Suele ser lo normal. El dinero fácil, sentirse por encima del bien y del mal... —meditaba en alto Nikos.

—Así suele ser. Cuando el dinero entra muy fácil y te das cuenta de que te resulta sencillo engañar a todos y que tus cuadros se venden bien en el acto, te dices siempre: el último, este será el último, pero no puedes parar. Y cuando te das cuenta, tienes a la mitad de toda la policía de Europa detrás y acabas entre rejas, pensando en que debiste haber parado a tiempo —sonreía el marchante.

—¿Armand, sabes lo que más me asombra de este falsificador? Su capacidad de prever el trabajo del experto, del analista o del perito de arte. Sabía muy bien cómo revisarían sus obras. Lo había previsto. El análisis de los trazos del artista. Por ejemplo, si el pintor pintaba los árboles o la vegetación usando un pincel de marta fino con solo pinceladas tenues, él lo hacía así; o si usaba una espátula para extender el óleo en gruesos manchones que reflejaran las nubes, él lo imitaba todo a la perfección con un detalle que rayaba la manía, la obsesión por lo más mínimo. La doctora Lefurgey me lo comentó, y se mostró muy asombrada, y casi admirada por ese nivel de perfección —describió Nikos, haciendo que el marchante se fijara en el nombre de la profesora, para sus propósitos futuros.

—Según parece, los Vandervelde estuvieron en Estambul en mil novecientos setenta y nueve. Eso ya lo he contrastado con otras fuentes fiables —continuó explicando Armand—. Estuvieron allí hasta justo antes del golpe de estado. Nathan pintó el cuadro de la Dama del Minotauro en la primavera de ese año. Hay que tener en cuenta que se encontraban en plena revolución. No podemos imaginar el momento. El general Evren, jefe del Estado Mayor del Ejército turco, lanzó un mensaje, un contundente aviso sobre la situación del país en diciembre de ese año. Nathan Vandervelde había pintado el cuadro sobre el mes de mayo, y la pareja seguía en el país bajo la protección o quizá como huéspedes forzosos de la familia Şahin.

»Meses después, en mayo del año siguiente, el general aumentó aún más su presión sobre el gobierno, y la sociedad turca explotó en revueltas callejeras. Me imagino a los Vandervelde en medio de todo aquel caos. Hasta que pasado el verano, en septiembre se produjo el alzamiento militar, y todas las libertades del país se colapsaron. Cuando digo todas es todas. Se prohibió todo: partidos, sindicatos, periódicos... Se impuso la ley marcial y nadie pudo entrar o salir del país. Allí metidos en ese hervidero de detenciones y de denuncias, se encontraba la pareja belga. Los Şahin tenían contactos en los más altos círculos, y debieron darles cierta protección. No querrían malograr su gallina de los huevos de oro. Según se menciona, hubo más de quince mil detenciones, mezcladas con desapariciones y asesinatos. Te puedes imaginar que dos extranjeros sospechosos serían muy vulnerables en esos días en Estambul.

Nikos le miró, sabía lo que quería decir. La familia Şahin había perdurado en todo tipo de conflictos desde hacía mucho tiempo y aquella vez también lo hizo.

Armand prosiguió explicando.

»Los Vandervelde estuvieron retenidos por ellos, metidos en una burbuja que los aisló del exterior y a la vez les protegió. Sus obras falsas, y el resto de objetos que guardaron en sus almacenes debieron seguir en Turquía, hasta que la situación mejoró. Era casi imposible sacar nada del país, y menos, objetos tan valiosos; y los Şahin no se habrían arriesgado a hacerlo en aquellos momentos. El ídolo del Minotauro debió permanecer bajo su custodia durante todas las revueltas y el golpe de estado, y lo más probable es que permanecería en Turquía, en su poder, un tiempo después. Además, Anne-Marie también había señalado algo muy desconcertante. Ella afirmaba, aunque esto no se podía confirmar y podía ser producto de lo que les contaron o de un rumor que escucharon, que la estatua de oro, lo que los Şahin denominaban “Qalb Al-Nabi”, el Corazón del Profeta, pertenecía a un alto funcionario de Arabia Saudí. Un delegado en la embajada en Estambul. Según ella, la estatua y otros objetos de ese tipo estaban allí de forma ilegal, vendidos o regalados por alguien del gobierno turco a ese importante personaje, y preparados y a punto para salir del país.

—Nathan era un soñador, un artista que amaba el arte —interrumpió Nikos, recordando las palabras de Anne-Marie—. Se quedó prendado de la figura de oro, de aquella estatua que portaba el enorme rubí en forma de corazón. Y no por su valor, sino por su belleza y por su antigüedad. No pudo

remediarlo, tuvo que incluirlo en una de sus obras, representarlo con su pintura para que no se olvidara. Es posible que Nathan temiera que aquella obra fuese destruida. La estatua fundida y el rubí desprendido del pecho del dios minoico. ¿Tú crees que fue así? —dejó la pregunta en el aire, observando al marchante.

—Es posible. He conocido a muchos falsificadores. No todos tan singulares como este, pero todos ellos eran pintores de vocación. Sentían ese afán artístico en sus venas, eso te lo aseguro. Yo sí me creo que Vandervelde vio el ídolo y lo pintó con la única intención de representarlo. Por gusto estético y cierta reverencia por una antigüedad que él admiraba. No me extrañaría —contestó Armand.

—Es posible, sí... ¿Y sabes lo que creo también? Que el ídolo ha estado en Turquía todos estos años hasta que ha sido robado de Topkapi. Nunca salió del país.

Armand le escuchó y asintió con la cabeza. La figura del dios Minos estuvo siempre en Estambul. Allí escondida, a salvo de miradas o de la codicia ajena. Oculta en lo más recóndito del palacio de los sultanes otomanos, hasta que alguien la descubrió y pretendió apoderarse de ella.

»¿Y quién deseaba tenerla ahora? —fue la pregunta que Nikos dejó escapar de su mente.

Armand se frotó la cara y cerró el portátil.

—No creo que se pueda decir “quién”. Se trata de más de un cazador —sugirió el marchante.

—¿Más de uno?

—Pienso en los separatistas turcos. En los que desearían el ídolo como un símbolo para ellos. Y cuando pienso así, llego a los kurdos, a los pueblos de las montañas.

Nikos se acordó en el acto de las preguntas que los agentes otomanos le hicieron en París. Aquellas localidades sobre las que le interrogaron eran enclaves kurdos en las montañas. Él lo había comprobado. Y ahora Armand lo volvía a mencionar.

—Sí, los separatistas kurdos —mencionó el sabueso.

—Sin dejar de lado a nuestro lobo. No te olvides de él, Nikos. Este traficante de arte griego que desea la estatua para sus fines privados. Actividades relacionadas con extraños cultos sangrientos, que se pierden entre la bruma de la antigua Creta. Yo creo que tenemos a dos cazadores, pero a una presa muy escurridiza —añadió Armand.

—¿Quién buscó al holandés? ¿Al mercenario contratado para robarla? ¿Alguno de los dos? —preguntó Nikos.

—¿Quién contrata a un ladrón? Pues un hombre que desea el objeto que se quiere poseer. ¿Los kurdos? ¿El lobo? No lo sé..., pero lo que sí sé, es que el holandés o sus cómplices no han respetado el trato, o no te estarían usando a ti para recuperar el ídolo —aseguró, haciendo que el investigador se mostrase también de acuerdo con aquellas deducciones.

El avión se acercaba cada vez más al cuerno de oro en la costa turca. El viaje había sido agradable y había servido para reafirmar la confianza entre los dos hombres. Nikos seguía reservándose sus tratos con los agentes del servicio secreto turco, y mantenía cierta desconfianza sobre el marchante. Algo había en él que le desconcertaba, pero aún así se sentía más cercano a ese hombre, y estaba seguro de que le ayudaría.

El avión empezaba a sobrevolar las inmediaciones de Yeşilköy, en la parte europea de Estambul. Pronto llegarían al aeropuerto internacional Atatürk.

—En breve, muchas de nuestras dudas se aclararán —murmuró Armand, abrochándose el cinturón.

—El plazo se acaba... Angélique... —repuso Nikos, y el avión tomó contacto con la pista, dando pequeños saltos y rodando con suavidad.

El interior del aeropuerto internacional parecía un gran hormiguero, donde se mezclaban razas y culturas. Los dos viajeros salieron del túnel de desembarque hasta el primer vestíbulo y fueron detenidos por dos agentes de aduanas. Uno de ellos habló en un precario francés, pero lo suficiente para que le entendieran con claridad. Armand debía acompañarlos por algún problema con su equipaje, que no parecían poder explicar. Nikos se quedó solo en medio del barullo, viendo cómo su compañero era llevado por los agentes hasta unas dependencias al fondo del vestíbulo. Todo le pareció confuso y extraño. Muy raro. Nada había en el equipaje de ninguno de los dos que mereciese la atención del servicio de aduanas turco, de eso estaba seguro. Aquello podía ser un malentendido, o a lo mejor, una estratagema con algún propósito que no comprendía. Los agentes de aduanas solían abordar a algunos pasajeros señalados, sobre todo, los que introducían mercancías prohibidas en el país. Esto obedecía a alguna información anterior y siempre por algún seguimiento que se mantenía con la mercancía en cuestión. Podía ser un equívoco, dos ciudadanos franceses volando juntos a Turquía no era raro. El turismo es muy intenso en Estambul, y los viajes de negocios también son muy habituales.

Nikos esperaba cerca de allí. No podía hacer otra cosa por el momento.

Un tipo de rostro serio y traje gris oscuro, se acercó a él, y le interpeló en perfecto francés.

—Por favor, señor Thalassi, no se alarme. Pertenezco a la seguridad del Estado —aseguró, enseñando una rara credencial que Nikos no pudo ver bien—. Nuestro jefe quiere verle.

—¿Tengo que ir con usted? —preguntó Nikos, comenzándose a alarmar por todo lo que estaba sucediendo.

—No, está aquí en el aeropuerto. Solo será unos minutos. Su amigo está con el servicio de aduanas, retenido. No estará mucho, solo lo necesario para que hablemos con usted —le comunicó, decidido a que se cumpliera su exigencia.

—Está bien —asintió el investigador y acompañó al agente hasta una zona reservada.

En la habitación solo había una mesa con un pequeño flexo de metal. Dos sillas de madera y un espejo. Nikos entró por indicación del agente y luego este cerró la puerta. Estaba retenido allí sin saber muy bien a qué atenerse.

Buğra le miró a través del espejo, desde la sala contigua.

—¿Este es el francés? —preguntó.

—Sí. Es Nikolaos Thalassi. Investigador independiente de arte y antigüedades —repitió el agente los datos que su jefe ya sabía.

Buğra le observó unos minutos en silencio. El francés parecía tranquilo. Eso le llamaba la atención. Otro hombre en su lugar hubiera estado nervioso, moviéndose por la habitación o sentado sin parar en la silla. El francés se había sentado y miraba su móvil como si estuviese esperando sin prisa en cualquier cafetería de París. Buğra se frotó la barbilla y se quedó perplejo.

Nikos miró de reojo el espejo.

«No vas a tener la satisfacción de verme inquieto» —se dijo para sí mismo, y disimuló lo mejor que pudo, mirando su móvil. Era seguro que en ese instante estaba siendo espiado por sus captores. Estarían evaluando al hombre que tenían retenido antes de interrogarle. Eso era lo normal. Pero Nikos era un sabueso ya experimentado y sabía muy bien cómo mostrarse paciente antes de ver qué iba a ocurrir.

—Está bien, señor francés, veremos qué tiene que proponernos —murmuró Buğra y se dirigió a la puerta de la habitación.

Nikos escuchó la cerradura a su espalda, y el leve chirrido de la bisagra. Unos pasos le indicaron que ya no estaba solo en aquel lugar. Pero no levantó

la vista del móvil.

»Bienvenido a Turquía, señor Thalassi —escuchó, y se dio la vuelta para observar al tipo que le hablaba. Se puso en pie y correspondió a la mano que le tendía el agente, o quizá el jefe que le habían mencionado.

»Nos está dando mucho que hacer, señor Thalassi. Muchos quebraderos de cabeza, tanto a mí como a mis hombres —empezó a decir, indicando con la mano para que se sentase al otro lado de la mesa. El turco se sentó enfrente de él y le miró fijamente.

Nikos le observó a su vez sin demostrar temor. Era un hombre de mediana edad, con el aspecto de un funcionario: bigote y pelo blanco, traje impecable, con chaleco y camisa blanca. Un funcionario de alto nivel, de eso no tenía duda.

»Usted nos ofreció un trato. Creo que lo recuerda, pero luego salió con rapidez de París junto a su amigo, sin dejarnos contestarle. Así que ahora que está en nuestro país, nos vemos en la obligación de ser buenos anfitriones y escuchar lo que desea proponernos.

—Es verdad... —secundó Nikos, pensando muy bien lo que iba a decir—. No le quiero aburrir con detalles que usted ya conoce. Soy consciente de ello y no le voy a hacer perder el tiempo. Sé que estoy en su país, que soy un extranjero aquí y no tengo ninguna pretensión de crear ningún problema o cualquier otro tipo de acto criminal o en contra de la ley. Solo deseo una cosa... —Nikos se calló un momento y le miró con seriedad—. Solo quiero rescatar a mi prometida, Angélique Novikova. Nada más. Lo demás, cualquier tema de tráfico ilegal, de crimen organizado, incluso la posesión de esa maldita estatua de oro y del rubí, me dan igual. Eso no es asunto mío. Solo la mujer es mi asunto —explicaba con claridad, sin dejar de mirar al jefe de los agentes turcos.

—Eso está muy bien, señor Thalassi. No tengo ninguna duda de sus intenciones. Ni en París ni aquí. No somos incivilizados, aunque estemos en la frontera entre Europa y Asia. Pero no siempre nuestros deseos se pueden llevar a cabo sin que otras personas sufran por nuestros actos. No siempre se puede, señor Thalassi. Y todo tiene su precio —respondió Buğra.

—Yo les entregaré el ídolo en cuanto lo tenga. Esa es mi promesa. Déjenos seguir adelante. Nosotros conseguiremos la estatua del Minotauro para ustedes, si ustedes encuentran y liberan a Angélique. Sé que pueden hacerlo... Ese es mi trato —dijo con vehemencia y se reclinó sobre el respaldo de la silla.

—Es un trato justo. La mujer por el Corazón de Minos. No le había juzgado mal, señor Thalassi. Nunca me equivoco al evaluar a las personas, se lo aseguro.

Buğra se quedó callado un instante y se levantó de la silla sin decir nada. Nikos le miró desconcertado. Le sonrió casi al lado de la puerta y la entreabrió.

»Ya puede salir, su amigo estará con usted en un instante.

Nikos se levantó sin entender lo que pasaba. Buğra le volvió a sonreír de forma taimada.

»Tenemos un trato, señor Thalassi. Consiga el ídolo. Sin engañarnos. La mujer estará de nuevo con usted y pondrán volver a París juntos —aseguró, con un gesto más serio. Un agente esperaba en el exterior de la habitación. Buğra le miró y este asintió con la cabeza. El agente le acompañó de nuevo al lugar donde le habían encontrado y se fue sin añadir nada más.

—Todos los testigos deben ser eliminados en cuanto tengamos el Corazón del Profeta —ordenó sin concesiones la voz a través del móvil.

—¿El francés y la chica también?

—Todos sin excepción —repitió Kadir de forma imperativa. Buğra no podía hacer otra cosa. Miró hacia el sabueso, y pensó en la futilidad de la vida, y en lo fácil que resultaba perderla.

Nikos pensaba en el trato. Un plan B, un seguro. Una alternativa por si todo salía mal. Era peligroso jugar así con los turcos, lo sabía, pero no podía hacer otra cosa. ¿Debía contárselo a Armand? Dudaba en su interior.

«Aún no» —decidió, justo cuando el marchante ya se acercaba con el rostro disgustado.

—Estúpidos funcionarios. Todo ha sido un error, una negligencia sin sentido. Me habían confundido con otro tipo, con un contrabandista holandés. ¿Tú crees que yo puedo pasar por un maleante holandés? —dijo sin esperar respuesta, estirándose la camisa y sujetando su americana bajo el brazo— Vámonos de aquí, estoy ya más que harto de este lugar —se quejó.

Nikos se quedó pensativo. Armand parecía molesto, pero era raro que no hubiese desconfiado de todo aquello. No daba muestras de darse cuenta de nada. Eso era lo raro en un tipo tan sagaz y listo como él.

«Así que los turcos querían hablar contigo. Interesante» —pensó Armand en ese instante, sonriendo a Nikos de forma amistosa al salir del aeropuerto junto a él. Nada volvieron a decir sobre el tema, ni siquiera en el interior del taxi.

La bella ciudad de Estambul se mostraba en todo su esplendor. Recorrieron los diecinueve kilómetros que les separaban de la gran metrópoli y pronto se encontraron dentro de una de las urbes más populosas de ese extremo de Asia.

Estambul les saludaba con su mundo de colores, de olores y de miles de sonidos, voces e incontables monumentos antiguos. Una media hora tardaron en llegar a la ciudad. Armand le había indicado al taxista el destino: Tarlabasi. El conductor se había sorprendido al escuchar ese lugar en la boca de dos elegantes extranjeros. No era lo habitual y menos en turistas con ese aspecto.

«Gente de dinero —pensó cuando se subieron al coche—. Gente que irá al barrio rico, o algún hotel de lujo». —Esperó para escuchar ese destino, pero no fue así.

—Tarlabasi —le dijeron. Y nada más. Y comiéndose su curiosidad, pensó en que los turistas estaban locos, que él nunca hubiera ido a ese sitio teniendo dinero. Pero el que mandaba era el cliente y hacia allí dirigió su vehículo.

—Nos veremos con un buen amigo. Alguien de entera confianza —añadió Armand, hablando en voz baja.

—¿Un compatriota? —preguntó Nikos.

—No exactamente. Se llama Grigore, y es medio francés y medio rumano —explicó el marchante.

Él pensó en qué quería decir Armand con eso. Aquel hombre le seguía sorprendiendo, siempre con sus misteriosos contactos en cualquier sitio a donde iban.

—Veremos a tu amigo —repuso Nikos, contemplando cómo la bella ciudad iba cambiando y las hermosas mezquitas y los restaurantes de lujo se iban quedando atrás, para transformarse de forma paulatina en otra parte de la ciudad, más ajada y vieja.

El taxi seguía avanzando entre el abigarrado tráfico de Estambul. Los atascos impedían un trayecto fluido, pero el conductor tenía mucha habilidad y parecía conocer los recorridos justos para salir de aquel caos constante.

El barrio comenzaba a enseñar sus entresijos. Otro tipo de habitantes lo poblaban: turcos pobres, emigrantes y gentes de un nivel modesto, que se agolpaban por todos lados. Nikos se preguntaba a dónde le estaba llevando su acompañante. ¿Por qué el contacto de Armand les esperaba allí, en esa zona apartada y poco habitual para los turistas, o para los viajeros recién llegados?

El taxista detuvo el vehículo, y chapurreó en francés:

—Esta es la dirección —afirmó y discutió unos segundos el pago del

trayecto con el marchante.

Un viejo edificio de viviendas, de paredes desconchadas y ventanas de madera, parecía ser el destino de su breve periplo por la ciudad. Armand le indicó que le siguiese y entró en un lúgubre portal, atravesando la penumbra, para subir a uno de los pisos superiores.

—Grigore vive aquí. No porque no pueda permitirse otro sitio. Le gusta estar aquí, en este barrio... Pero ahora le conocerás —añadió, golpeando una puerta del rellano del primer piso.

La puerta se abrió y un tipo pelirrojo y mal afeitado les invitó a entrar. Armand pasó el primero y le saludó muy formal, como solía hacer con todo el mundo. Su contacto, en cambio, le dio un fuerte abrazo, que hizo sonreír resignado al marchante.

»El amigo que te comenté, Grigore Cloutier —repuso Armand, desembarazándose del abrazo.

El fornido amigo de Armand, le apretó la mano con fuerza. Era un hombre muy enérgico, con aspecto de militar. Quizá un excombatiente de la guerra de los Balcanes, que había aprovechado su doble nacionalidad para buscarse una vida mejor en Francia. Ahora estaba allí, en Estambul, pero Nikos no sabía bien el porqué, aunque se lo podía imaginar siendo amigo del misterioso marchante.

—Los turcos están muy revueltos. Corren muchos rumores por todos lados. Hay un tomate muy gordo liado, te lo aseguro —empezó a explicar, dirigiéndose al marchante—. Según me he informado; un tipo malo, un asqueroso traficante, está en el meollo del asunto. Es un turco muy conocido de toda la vida. Siempre trapicheando, siempre sobornando y negociando con todo tipo de cosas. Muchas antigüedades. Las mueve bien en la ciudad y fuera también. Con facilidad para sacarlas del país. Pero ahora los del MIT están en pie de guerra. No te puedes mover sin que te encuentres a uno por todos lados. Aquí en Tarlabasi entran menos, ya sabes. Pero se están poniendo muy pesados —continuó explicando.

—¿Ese tipo es el contacto?, ¿el que debemos conocer? —preguntó Armand.

—Sí, ese es. Se llama Tolga, Tolga Şahin. Un clan muy peligroso y respetado.

—¿Tolga Şahin? —interrumpió Nikos, recordando las palabras de la viuda del falsificador.

—El mismo, compañero. El más mezquino y peligroso de los cerdos que

se arrastran por la basura de los bajos fondos turcos. Ese es —bromeó un poco, mirando de reojo a Armand

—Nos han hablado de él, Grigore. Es una coincidencia un tanto embarazosa —explicó el marchante—. Pero ya te contaré.

—Va a ser muy arriesgado meternos en ese avispero. Si es la misma familia Şahin, nos vamos a lanzar a ciegas —dijo Nikos.

—Pero es necesario, señor Thalassi. No podemos dar ningún paso hacia atrás ahora. Improvisaremos, mi buen amigo. Un francés siempre sabe improvisar —dijo con ironía, y Grigore les observó a los dos sin saber muy bien de qué estaban hablando.

—Sea como tú dices. La verdad es que no tenemos muchas más opciones. Trataremos con ese tipo sí o sí.

—Yo puedo acompañaros. Es peligroso, pero es un hombre de negocios. No hará nada hasta saber si puede sacar algún beneficio. Por lo menos tratará con vosotros. Eso me han asegurado. Es difícil acercarse a él, así de buenas, y os he conseguido una entrevista en uno de sus almacenes. Eso es lo máximo que he podido hacer; y tirando de todos mis hilos sin despertar mucha curiosidad en otros sitios. No quiero que esos del MIT vengan también de invitados a los postres —le dijo a Armand.

—Esperemos que el servicio de inteligencia turco no sea tan eficiente. Aunque todo puede ocurrir. Estaremos preparados, amigos míos —aseguró, quitándose la corbata y doblándola con cuidado para guardarla en el bolsillo de la americana que llevaba bajo el brazo—. El calor en esta ciudad es infernal, ya lo había olvidado —se quejó, secándose el sudor de la frente con su pañuelo.

—Ahora deberíamos movernos. Os he buscado un sitio aquí, en el barrio. Algo limpio, discreto. No harán preguntas —les apremió el exmilitar.

—Perfecto entonces. Debemos prepararnos un poco para nuestra interesante charla con el rey de la basura —dijo con cierto sarcasmo Armand.

Los tres salieron del viejo edificio y cruzaron la calle, andando al lado de Grigore.

—Un sitio muy pintoresco —murmuró Nikos, observando todo a su alrededor. Siempre estaba interesado por saber en dónde estaba y lo que podía esperar de cualquier situación.

—Así es. Un barrio que no ha cambiado demasiado con el tiempo. Pero nuestro amigo te lo podrá explicar mejor que yo —añadió el marchante.

—Cuando vine por primera vez a Estambul, fue aquí donde me quedé. Este

fue el primer sitio donde viví. Muchos años. Momentos complicados para mí, y el barrio me acogió como a uno más. Os aseguro que ahora debe ser el sitio con más kurdos del mundo. Son gentes venidas del campo, de las aldeas pobres a buscarse la vida a la ciudad. Aquí los alquileres son muy bajos, y eso ayuda bastante a que se establezcan. Antes, cuando yo llegué, todos eran armenios y griegos. Tarlabasi era de ellos, y en mucha medida sigue siéndolo. Mi casero es un armenio de toda la vida —explicaba Grigore, mientras les conducía a través de las callejuelas llenas de gente.

»Si os fijáis bien, esto es como un pueblo. Me encanta ese olor a leña cuando empieza a refrescar en Estambul. Aquí las chimeneas y las estufas tiran de la leña, y ya está. Esto no es el centro rico —aseguraba.

Los tres se perdían por los estrechos pasadizos. Algunos niños jugaban alborotando entre los viandantes. Nikos lo observaba todo. La ropa estaba tendida a cada lado de la calle, como si fuesen blancos toldos que impedían atravesar la luz del sol.

Grigore les indicó que cambiaran de acera. En una de las ventanas golpeaban con fuerza una gran alfombra, sacudiendo el polvo sobre todos los transeúntes despistados que pasaban por debajo.

»El barrio es así —sonrió, saludando a una señora sentada en su portal—. ¿¡Cómo va!? —preguntó en perfecto turco a un tipo mal encarado que estaba al lado de la mujer, apoyado en el dintel de la puerta. Debajo de un ojo tenía una lágrima tatuada. El tipo le saludó, mirando con curiosidad a los dos visitantes.

»Eso significa que ha matado a alguien al que no deseaba hacer daño —les contó Grigore, explicando el tatuaje.

Los tres siguieron avanzando hasta llegar a uno de los portales de la calle, donde se detuvo el exmilitar. Se podía leer en el suelo pintado con tiza, frente a la puerta: “Te lo ruego, ¿te casarás conmigo?”. Y un poco más abajo la palabra: “Sí”. Nikos se quedó leyéndolo por curiosidad, con su precario conocimiento del turco.

—¡Señores, señores! —gritó un niño andrajoso a su lado.

—¿Y el colegio? —le riñó Grigore.

—Ya soy mayor y soy un buen *eskici*, no necesito ir al colegio —contestó el niño con gesto enfadado.

Nikos no entendió lo que decían.

—Dice que es un traperero, un chatarrero profesional —se rio Grigore, y le dio unas monedas al niño. Luego le acarició la cabeza y entraron en el portal de su alojamiento.

»Os espero en una hora —les indicó, antes de dejarlos en su destartalada habitación.

El sabueso deseaba encontrarse con el famoso Şahin, ese descendiente del clan que estaba relacionado con la antigua posesión del ídolo del Minotauro. Meditaba en todo lo que había visto, y en que sería complicado moverse por aquella compleja ciudad. Si se quedaba solo, u ocurría algo, le sería difícil escapar de aquella gente. No estaba en su ambiente y se daba cuenta, y eso le hacía ser mucho más precavido.

Al cabo de una hora, salieron a la calle. Armand se había cambiado por un atuendo menos llamativo, dentro de lo que el elegante marchante consideraba sencillo. Seguía vistiendo de blanco, con un suéter fino de marca y unas deportivas de Nike. Nikos pensó al verle que destacaría como una virgen casadera, entre toda aquella mugre y pobreza. Pero el marchante era así, y no pensaba cambiar sus hábitos aunque se estuviese cocinando en una olla de caníbales. Nikos le observó y agitó la cabeza resignado. Grigore les esperaba en la esquina y se podía ver también un vehículo aparcado una calle más abajo.

»Ya es la hora, compañeros. No debemos llegar tarde —advirtió.

Un viejo Jeep, que había tenido mejores épocas, era el transporte que les iba a llevar hasta el traficante. Cruzaron la calle y entonces una motocicleta se les echó encima. Todo ocurrió muy deprisa. El piloto iba oculto por un casco oscuro; solo eso, pues vestía con una camiseta vulgar y unos pantalones vaqueros raídos. Sacó una pistola de su cintura y sin detener la moto, empezó a dispararles.

Los estampidos del arma retumbaron en aquellas callejuelas estrechas. Todos los transeúntes se echaron a correr. Algunos se tiraron al suelo entre las cajas, o detrás de los coches. El ruido del arma era ensordecedor. El tirador no era muy experimentado, si no habría acertado a los tres hombres de pleno; pero el movimiento de la moto y la precipitación con la que afrontó el atentado, le impidieron dar en el blanco. Tan solo Nikos había sido alcanzado en un brazo, derribándolo contra el suelo.

Armand disparaba a su vez. Había sacado una pistola y contestaba al fuego del sicario, cuando este se alejaba a toda velocidad calle abajo.

—Maldita sea. Se ha escapado —murmuró sin dejar de apuntar.

—¡Rápido!, debemos movernos ya de aquí. La policía no tardará en llegar. ¡Vamos al coche! —exclamó Grigore, ayudando a Nikos para que se subiese al Jeep que permanecía sobre la acera.

Armand guardó la pistola, y también subió al vehículo. Su compañero arrancó, saltando por encima de unas cajas y empujando una bicicleta apoyada en un bidón. El todoterreno lo desplazó todo con violencia y salió disparado por la calle, apartando todo a su paso.

Grigore entrecerró los ojos y aceleró. Debían salir de allí en el acto. Aquel lugar era una ratonera y era muy fácil bloquear todos sus accesos. Un grupo de tres extranjeros tiroteados a la luz del día era sencillo de encontrar, eso lo sabía muy bien.

Nikos sangraba por la herida. Armand le había aplicado un torniquete con su cinturón y permanecía en silencio, mirando a todos lados por las ventanillas. Su aspecto era muy distinto al del hombre tranquilo y flemático. Había depositado su pistola sobre el asiento y apretaba los dientes como un león a punto de lanzarse sobre su presa.

—¿A dónde vamos? —preguntó el sabueso, sintiendo el dolor de la herida.

—Un doctor. La bala te ha atravesado el brazo, pero no te ha roto el hueso. Ha salido limpia. Es poca cosa, pero necesitas un médico. Uno que no haga preguntas —repuso Grigore sin dejar de conducir a toda velocidad por el laberinto de Tarlabasi, para salir del barrio hacia una zona distinta de la ciudad.

—Hay que aplazar el tema —murmuró Armand, acercándose a la oreja de su amigo—. El sabueso no puede ir así.

—Ya lo he pensando, y cambiar de alojamiento. El que os busqué está comprometido. No sirve —también sugirió—. Tengo otro sitio. Menos apartado, pero puede valer. Un hotel de turistas, con mucho barullo. Para unos días estará bien —siguió explicando, entre el ruido ensordecedor del motor y los volantazos que daba para esquivar el tráfico abarrotado de la ciudad.

Nikos los escuchaba, entendiendo parte de la conversación, debido al ruido del coche y al dolor que sentía en el brazo.

—Vamos a un médico, amigo. No ha sido nada —le dijo Armand, sonriendo con aspecto más tranquilo. Se había guardado la pistola de nuevo y volvía a ser el tipo sereno de siempre.

Nikos se fijó en el arma cuando la guardó y se preguntó cómo era posible que aquel misterioso marchante hubiese pasado una pistola por las mismas narices de la policía y de los agentes de aduanas. Seguía siendo un misterio para él y un motivo para pensar en lo que no encajaba en su persona.

Armand se dio cuenta, y explicó con cierta ironía:

»Un belga debe ir siempre protegido, sobre todo cuando va con dos medio

franceses: un medio griego y un medio rumano —dijo aquello y rio, sin conseguir que Nikos cambiara su gesto suspicaz.

El motorista llegó a un almacén abandonado. El entorno de aquel sitio daba muestras de no usarse desde hacía muchos años. El sicario redujo la velocidad y entró en la nave, que mantenía su portón abierto. Un guardia armado salió a su encuentro, escondido en la penumbra. De su hombro colgaba un fusil Kalashnikov. El motorista levantó la visera de su casco y el guardia movió la cabeza al reconocerlo.

—Tolga te está esperando —afirmó, dejándole pasar.

Las cosas no habían salido como su jefe había ordenado. Eso no era bueno. El sicario lo sabía. A Tolga no le gustaba que se incumplieran sus órdenes. Su encargo había sido muy preciso: Los tres tipos debían ser expulsados de Estambul. No debía matar a nadie. Solo herirlos, y dejarlos tocados para que se largasen. Un aviso serio. Así se lo había dicho. Pero solo uno de ellos había sido alcanzado. No se esperaba que el otro, el más elegante, respondiese con un arma. Eso no se lo habían avisado y menos que fuese un tirador tan bueno. Por poco le había acertado. La motocicleta soportó varios impactos en su parte trasera y el depósito estaba agujereado. Había llegado allí de milagro. Tres turistas asustados eran una cosa, pero un tipo armado, un mercenario o alguien del estilo, era otra. Eso pensaba, pero no iba a quejarse ante su jefe. Pondría otra disculpa para no hacerle enfurecer.

Tolga ya le esperaba. Y sabía muy bien lo que había ocurrido. Nada de lo que pasaba en su mundo se le escapaba.

«Un sicario es prescindible y más cuando ya no resulta útil» —pensaba; meditando en dónde se desprendería del cadáver esta vez.



CAPÍTULO 12

6 DÍAS

En lo más apartado de los arrabales de la ciudad, se encontraba la consulta del médico que conocía Grigore. El sitio era infame, un edificio en ruinas habitado por gente desahuciada y trabajadores sin visado que se alojaban allí de forma ilegal. Armand había descendido del Jeep, ayudando a Nikos a andar. El dolor en el brazo era bastante intenso y el investigador aguantaba sin decir nada, con náuseas en el estómago y un mareo creciente.

—Aquí es, compañeros. Aguanta un poco más sabueso, que en nada te repararán el chasis y quedarás listo para otra —decía el exmilitar, apartando con rudeza a un tipo que estaba borracho en la escalera.

—Amigo, dame algo... —balbuceó el borracho, y Grigore le empujó sin contemplaciones. El exmilitar iba ahora armado. El extremo de una cartuchera de piel marrón asomaba bajo su camiseta.

—Vamos, es más arriba. Es de fiar. No son las urgencias del Amerikan Hastanesi, pero sabe lo que hace y es discreto. No nos hará preguntas —aseguró, llegando a la entreplanta, y empujando una puerta acristalada para entrar en una sucia consulta.

—¿Este es el herido? —preguntó un tipo con una bata manchada de sangre seca y fuerte olor a alcohol.

Grigore asintió con la cabeza, y ayudó a Armand a entrar con Nikos, que parecía desmayarse en sus brazos.

—Es el doctor Sevda —le indicó a Armand.

—Ozan Sevda, a su servicio —musitó el médico, exhalando un aliento que habría hecho estallar una manzana de casas con solo acercar una cerilla—. Mi pulso aún es firme —dijo serio, al ver el gesto escéptico del marchante.

—Le han atravesado el brazo con una bala. El proyectil no está dentro —informó el exmilitar.

—Eso es bueno. Quedará como nuevo —sonrió, enguantándose las manos y calentando en un recipiente de chapa oxidada, algunos utensilios que pensaba usar en la intervención. De un gran frasco de cristal vertió una generosa cantidad de alcohol en el recipiente y luego lo prendió. Una llama azulada y tenue esterilizó los instrumentos quirúrgicos.

»Vamos ahora —anunció el doctor, y Grigore sujetó a Nikos, que se desmayó—. Es mejor así. Esto nos evitará anestesiarlo —rio el médico por la

ocurrencia, y el fuerte olor a alcohol rancio que despedía, hizo que Armand arrugara la nariz.

Con mucho cuidado, y más pericia de la que se esperaba de un sanitario en aquel estado, el doctor Sevda limpió la herida y procedió a coser los tejidos. Fue muy rápido y hábil. Impecable en su trabajo, lo que demostraba que en otros tiempos había sido algo más que un médico borracho, malviviendo en un suburbio de la ciudad. Quizá una mala praxis o una racha cruel de la vida, le habían empujado a esa situación miserable. Armand lo miraba y pensaba en aquello.

—No siempre estuve aquí, caballeros. Esto es algo momentáneo —murmuró el doctor, y se separó del paciente para ir a un armario destartado donde guardaba algunos fármacos—. Hay que ponerle antibióticos.

Armand sujetaba la bolsa del suero, que contenía un analgésico muy fuerte. El médico se acercó y antes de volver a la mesa, sacó una botella de un cajón de chapa. La destapó con ansia y bebió un trago muy largo de aquel brandi barato. Luego la volvió a tapar y la guardó.

Armand miró a Grigore y este se encogió de hombros.

—El doctor Sevda fue un eminente cirujano vascular —le aclaró.

—Eminente —repitió burlón el médico al escucharle. Después extrajo de un frasco, una dosis de antibiótico y lo inyectó en la vía que estaba insertada en el brazo del investigador.

»Esto evitará la infección. Un pelotazo de antibióticos impedirá que tenga fiebre y se le infecte la herida..., aunque meta el brazo en un cubo de mierda —espetó en francés.

Grigore se adelantó al marchante. Le tocó en el hombro y le susurró al oído:

—Todo pagado. A cuenta de favores.

—Debemos salir de aquí. Llevar al señor Thalassi a un sitio más limpio —respondió, fastidiado por aquel ambiente de mugre y suciedad.

—Ya pueden moverle. Ahora se despertará —añadió el médico, acercando a la nariz del investigador un frasquito que le hizo abrir los ojos de inmediato.

—Todo bien, señor Thalassi. No hay ningún problema —le tranquilizó Armand.

Nikos no tardó en estar más despierto. Lo necesario para salir de allí y llegar a la habitación del hotel que les había buscado el exmilitar. Estuvo una hora más en aquella consulta miserable. Ya no tenía insertada la vía y se encontraba mejor. Grigore les llevó hasta un almacén cercano. Un viejo turco,

que arrastraba una pierna, escupió en el suelo, y le dio una llave. El tipo miró a los dos extranjeros con el único ojo que tenía y volvió a escupir en el suelo. Grigore abrió el portón y entraron en el oscuro local.

—Aquí tengo un coche. Nunca se sabe cuándo hará falta, compañeros —murmuró el exmilitar, quitando la vieja lona que cubría un enorme bulto en el centro de la estancia.

Cuando Armand se acostumbró a la escasa luz, pudo ver lo que había allí dentro. El espacio olía a grasa y a taller mecánico. Varias mesas de herramientas, latas de aceite y líquidos de motor, se repartían al lado de las paredes. Una reluciente motocicleta de potente cilindrada también estaba allí aparcada. Armand la miró con interés.

—¿Es tuya? —preguntó al exmilitar.

—Un préstamo. La guardo yo. Su dueño no sabía tratarla bien y me la ha dejado en depósito —sonrió, con un gesto lleno de ironía—. Este pequeñajo va muy bien. Os servirá y no os dejará tirados si hay que apretar el acelerador —aseguró, descubriendo el vehículo que guardaba bajo la lona.

Un Opel Astra era el automóvil que allí estaba. Armand abrió la puerta del conductor y miró el limpio y confortable interior.

—Me vale —respondió y se montó al volante, dejando que Grigore ayudara a Nikos a subirse. El investigador estaba mucho más activo y el cóctel de fármacos que le habían suministrado hacía su efecto.

—Ya me encuentro mejor. No debemos perder más tiempo. Vamos al tema —añadió Nikos, mirando serio al marchante.

—Nos vemos —dijo Grigore, despidiéndose de ellos por el momento.

—Vamos al hotel. Ponte el cinturón, señor Thalassi —bromeó y aceleró el coche, que abandonó el almacén con ganas de salir a la luz y correr por las calles de Estambul.

Grigore se quedó sujetando el portón. El viejo tuerto escupió en el suelo y el exmilitar le puso un billete en la mano, sin dejar de mirar cómo el Opel arrancaba sin problemas.

Armand conocía bastante bien el recorrido que debía seguir para llegar a su hotel. Lo había memorizado, y ahora conducía con habilidad y con un evidente exceso de velocidad que incomodaba a Nikos.

—Debemos llegar enteros, Armand —le increpó, agarrándose a la manija de la puerta para tomar otra de las curvas en la que derrapaba el vehículo.

—Nos siguen desde hace un rato —afirmó el marchante—. Un turismo azul. Es el Audi que está detrás del coche blanco —le explicó, moviendo la

cabeza hacia el espejo retrovisor.

Nikos se giró para observarlo mejor, y pudo cerciorarse de aquello. Un Audi oscuro y de cristales tintados, les venía pisando los talones.

«¿Serán del MIT?, o quizá los que me dispararon» —pensaba, mientras Armand aceleraba y daba muestras de su habilidad para conducir entre aquel tráfico bullicioso de la ciudad.

—¡Agárrate amigo mío! ¡Nos los vamos a quitar de encima! —exclamó, y apretó el acelerador del Astra. El coche rugió furioso y el motor lo empujó con fuerza, adelantando a todos los que estaban a su lado. El Audi tampoco se dejó distanciar mucho. El potente vehículo aguantó la aceleración y se pegó a ellos como si una fuerza magnética le arrastrara.

Los dos coches volaban por la avenida. Se escurrían entre el tráfico, casi rozando a los otros vehículos. Armand apretó los dientes y aceleró aún más. No se lo quitaba de encima y decidió llamar a su colega rumano.

»¡Grigore, nos pisan los talones! ¡Necesitamos ayuda! —expresó de forma imperativa por el móvil. El exmilitar debió entender en el acto aquella petición, porque el marchante lo explicó rápidamente, y añadió por dónde estaban circulando a toda velocidad. Luego colgó, sin dejar de sujetar el volante con ambas manos, para no chocarse en aquella alocada carrera.

»¡Nos metemos ahora! —gritó Armand, y dio un fuerte volantazo a la izquierda, que hizo levantarse al Opel y ponerse en dos ruedas durante unos segundos. Nikos se sujetó lo mejor que pudo y el marchante enfiló por una estrecha callejuela, que desembocaba en una zona peatonal. La travesía era recorrida por una larga escalera de granito, y descendía hacia una calle más baja.

—¡Estás loco! —gritó el investigador, al ver cómo su compañero saltaba la acera y se lanzaba escalera abajo, haciendo que el Opel revotara de forma incontrolada mientras descendía.

El Audi frenó un instante; pero decidió seguirlos, y también bajó por la escalera con el mismo traqueteo, cruzando la escarpada travesía peatonal.

Algunos viandantes se apartaron al ver a los dos vehículos bajar saltando por los peldaños de piedra. El Astra perdió su parachoques y el capó se abrió como si fuera la boca anhelante de un reptil monstruoso. Armand sujetaba con fuerza el volante y Nikos miraba atrás, para ver cómo el Audi resultaba tan magullado o más que su coche.

La persecución les metió a los dos, raudos como centellas, por una de las calles de aquel laberinto. Armand aceleró otra vez y pasó a más de cien por

hora, rozando los coches que estaban allí aparcados. El Audi salió de la escalera y giró derrapando, para lanzarse en su persecución. El conductor miró a través de sus gafas oscuras y sonrió:

«Ya eres mío» —pensó el agente turco y pisó a fondo el acelerador. Su coche era más potente y él lo sabía. El motor del Audi se comería a aquel Astra destartado en unos segundos.

Aceleró..., y de pronto, un camioncito de Coca-Cola salió de la nada. Apareció como si un hada hubiese materializado en medio del cruce, a aquel renqueante transporte de bebidas. Allí se plantó y se desplazó lo justo para dejar su remolque frente al morro furioso del Audi, que ya iba en pos de los miles de litros que transportaba.

El vehículo impactó con fuerza contra el camión. Un choque duro, que hizo que sus ocupantes se lanzasen contra el parabrisas delantero, sujetos solo por sus cinturones. El airbag del automóvil reventó en el último segundo y evitó que se partieran el cráneo contra el cristal.

El choque retumbó en todo el barrio. Un impacto brutal. Decenas de botes de Coca-Cola saltaron por los aires, como si fuese la explosión de un pozo de petróleo. El líquido negro llovía por toda la manzana, regando las calles con su dulce sabor. El conductor ya había abandonado, corriendo, el camioncito. Lo que debía hacer ya se había hecho y allí ahora estaba de más.

Nikos vio al camión cruzar y escuchó el ruido del golpe. Armand sonrió y aceleró.

—Ya no nos seguirán —susurró y miró de reojo al asombrado sabueso.

Nikos notó un ligero pinchazo en la herida vendada, pero solo era una molestia. Sentía su mente despejada y con ánimos para seguir en la partida.

Más atrás, Grigore apagaba un cigarrillo contra el suelo, apoyado en un portal; un poco apartado del cruce del accidente. Lo observó todo desde allí y comprobó que el Audi había sido detenido. Luego se dio la vuelta y se perdió por una de las calles laterales.

No tuvieron más problemas para llegar a su nuevo alojamiento. Un hotelito económico para turistas era su destino esta vez. Los dos hombres aparcaron cerca y entraron con precaución en el establecimiento. Era muy probable que les siguiesen aún, aunque ya no habían percibido nada sospechoso desde el accidente.

El vestíbulo del hotel era espacioso y agradable. No se esperaban encontrar un sitio tan limpio y acogedor después de los lugares que el exmilitar les había ido mostrando.

—Esto es otra cosa —suspiró Armand, al sentirse allí más aliviado y con la perspectiva de poder asearse para eliminar el pegajoso calor de Estambul.

Un joven que no pasaría de los quince años se acercó a ellos. Vestía como un mendigo de la calle, con la cara sucia y un aspecto desaliñado. El encargado de la recepción lo vio en el acto y le gritó algo en turco desde el mostrador. El chico no pareció prestarle atención y siguió con paso decidido hasta los dos extranjeros.

—¿Señor Nikolaos Thalassi? —preguntó el joven en francés.

Los dos se dieron la vuelta y le miraron con curiosidad. El chico no esperó la respuesta. Sabía muy bien quiénes eran.

»¡Cariño, ven pronto o estos hombres me mataran! ¡Me hacen daño y no podré aguantar más! ¡Sálvame, por favor! ¡Sálvame! —interpretó delante de sus asombrados rostros. Incluso cambiando la voz para darle un tono más femenino. Luego estiró un brazo y le entregó al investigador una foto. Nikos la cogió y el chico salió corriendo de allí antes de que pudieran hacer nada.

La fotografía mostraba a su querida Angélique. La mujer parecía muy magullada. Su cara reflejaba el sufrimiento y sujetaba de forma forzada una cartulina con su mano vendada.

“6 días”, tenía escrito. Nada más.

Nikos le mostró la foto a Armand, sin poder decir ninguna palabra.

—La vamos a rescatar. Te lo aseguro —murmuró el marchante, sin dejar de mirar el rostro triste de la joven.

Atardecía en las afueras de Estambul y el calor sofocante no remitía. Una ola tórrida de viento del desierto había llegado hasta la ciudad del Cuerno de Oro. Eran toneladas de polvo y un aire caliente que no permitían respirar. Armand y Nikos se dirigían a su cita con el contacto de Grigore. La dirección era muy fácil de seguir, aunque resultaba del todo inquietante. Perdido en los viejos muelles, en lo más recóndito del viejo astillero, se encontraba el agujero donde se escondía el traficante de antigüedades. Pensaban en las palabras de Grigore y en la certeza de que aquel Tolga Şahin pertenecía a la misma familia que había contratado y retenido al matrimonio belga en los años

setenta, para pintar el famoso cuadro del Minotauro.

Los Şahin seguían estando en primera fila, dominando el delito en la vieja ciudad del Bósforo. Pensaba en cómo abordar la situación y no descubrir sus verdaderas intenciones o ponerse en peligro sin necesidad.

—¿Cómo te encuentras, señor Thalassi? —preguntó Armand, mirando de reojo a su compañero.

—He estado mejor. Todavía puedo defenderme de un maldito criminal, si llega el caso —contestó de mal humor, notando dolor en su brazo herido.

Armand seguía conduciendo, internándose en la zona portuaria. El calor del atardecer había hecho que disminuyera mucho la actividad en aquel lugar. El Opel Astra circulaba despacio, sorteando contendedores y viejas maquinarias de los estibadores. Los almacenes se podían ver delante. La mayoría estaban cerrados desde hacía mucho tiempo, y se extendían a lo largo del muelle.

—Prepárate, creo que es ese edificio del extremo del espigón —anunció el marchante.

Nikos se estiró, y respiró con fuerza.

«Lo que tenga que ser, será» —se dijo, y pensó en su padre. El viejo era de acero puro. “Está cada vez mejor”, le habían dicho. Ya respiraba y se movía en un estado consciente. Había preguntado por él, y se había vuelto a sumir en un sueño profundo.

«Dicen que soy un Dimitrakis, y tengo sangre de los antiguos minoicos. Un puñado de criminales turcos no me va a dejar fuera de combate. El viejo se reiría de mí» —pensaba.

—Aquí es. Vamos al lío, señor Thalassi. Ya no hay vuelta atrás —dijo Armand y se dirigió a la entrada del almacén sin volverse.

La puerta estaba cerrada. Un guarda armado les abrió y les permitió pasar.

—*Dosdoğru* — indicó.

—Todo recto —tradujo Armand al oído de Nikos.

Nadie les detuvo desde ese momento. Un auténtico ejército de operarios se afanaba en el amplio espacio de aquel almacén. Colocaban o desplazaban cajas enormes y fardos envueltos con las formas más extravagantes. Según avanzaban hasta la zona donde debía estar esperándoles el traficante, pudieron observar muchos indicios de lo que allí estaba ocurriendo. Nikos vio la cabeza de un emperador romano fundida en bronce antiguo, con ese color verdoso característico y un aspecto que recordaba.

—Augusto, estoy seguro —susurró al oído de Armand, indicándolo con un

leve codazo. El marchante miró de soslayo y pudo ver la cabeza de la estatua, asintiendo de forma disimulada.

En aquel corto paseo hasta llegar a las oficinas del almacén, pudieron observar y descubrir muchas más piezas de arte. Algunas asombrosas, como el perfil envuelto en tela de una enorme estatua ecuestre, o varias piezas de dioses alados persas o asirios; y una estela preciosa en antigua madera policromada; cuyo origen estaba, sin duda alguna, en la lejana India.

Nikos y Armand siguieron al guarda, hasta la zona prefijada. Allí esperaba un tipo muy nervioso. Un hombre de poca estatura, más ancho que alto, que sudaba de forma copiosa y se limpiaba el agua que empapaba todo su ser con un gran pañuelo de muselina blanco. Ese hombre debía ser Tolga, era lo previsible, ya que no dejaba de ordenar y de organizar todo aquel hormiguero de arte copiado o robado.

—¡Por fin están aquí los franceses! *Şerefsizler!* (¡Bastardos!) —exclamó —. *Ne yapıyorsunuz lan?* (¿Qué demonios estás haciendo?) —interpeló a uno de sus hombres, que había dejado caer al suelo una caja de madera. La tapa se había soltado y un montón de paja del embalaje y varios cuadros asomaban ahora en su interior.

El investigador vio los marcos de aquellas pinturas. Preciosos dorados de estilo francés. Los había reconocido, y estaba seguro de que serían algunas obras famosas, quizá auténticas o también falsas. La curiosidad del sabueso se había despertado dentro de él, pero Armand le propinó un ligero empujón que le devolvió a la realidad. Tolga les preguntaba:

—¿Los caballeros franceses que me indicó el amigo Grigore? Según veo han tenido algún pequeño problema de salud —mencionó con un detestable francés que sonaba entrecortado en su boca—. Estambul puede ser muy poco acogedor con los extranjeros, sobre todo cuando no se fía de ellos —dijo riendo en voz alta. Sus hombres también lo hicieron. Nadie se atrevía a estar en silencio cuando Tolga decidía que una cosa era divertida o merecía una estruendosa carcajada.

»¡Ya! ¡Venga! —exclamó, y los tipos armados que les rodeaban se alejaron un poco, quedándose solo el fornido guardia que les había acompañado desde la puerta—. ¿Si son tan amables de darle sus armas? Es solo una mera precaución de cortesía —exigió.

Armand sacó su pistola y se la entregó al guardia, y Nikos movió la cabeza en señal de que no iba armado.

Tolga les observó un instante y se dio la vuelta en dirección a su oficina.

Una habitación acristalada era su pequeño despacho en aquel almacén. En el interior zumbaba un viejo ventilador que removía el aire caliente, sin conseguir refrescar nada el ambiente. Encima de la vieja mesa de madera había una jarra con un líquido amarillento, donde flotaban varios trozos de limón y de hielo. Tolga chasqueó los dedos y el tipo fornido sirvió tres vasos de aquella limonada.

El marchante la probó con desconfianza, esperando el sabor desagradable del limón, pero no fue así. El dulzor era excesivo, tan dulce que llegaba a molestar, y a pesar de estar fría, no resultaba agradable ni quitaba la sed. Tolga se bebió dos vasos y se limpió el abundante sudor que le caía por toda la cara.

—*Çok sıcak* (Muy caliente)—se quejó—. Las preguntas en este país son peligrosas, señores marchantes de arte, sobre todo si se refieren a cuestiones delicadas. No deberíamos tener que hablar de cosas del pasado. Eso es un tema muerto. *Zaman kaybı* (Una pérdida de tiempo) —empezó a decir el traficante.

—El motivo de haber venido a Turquía, es que estamos buscando el lugar donde estuvo custodiado un pequeño ídolo de oro en los años setenta —explicaba Armand—. Se trata de una figura de oro macizo con forma de Minotauro y con la peculiaridad de que en su pecho llevaba encastrado un rubí espectacular, en forma de corazón. Se denominaba en aquella época la estatua de Minos o el ídolo del Corazón del Profeta. Con alguno de estos nombres u otros similares, debió ser conocido. Esa es nuestra investigación y lo que nos ha traído a su país, señor Şahin —terminó de explicarse.

Armand siempre daba muestras de su talante distinguido y de su forma de dominar cualquier situación.

«Ya veo, señor agente» —pensó Tolga.

»Los Şahin siempre hemos sido grandes coleccionistas y vendedores de arte en este extremo del mundo. Muy conocidos, señores buscadores de arte perdido... Han venido al sitio adecuado. *Tolga Şahin senin erkeğin!* (¡Tolga Şahin es su hombre!) —chilló el traficante.

Nikos escuchaba y meditaba sobre el peligroso derrotero que iba tomando la conversación. El tipo sabía algo de ellos, lo podía oler en el aire. Su instinto no fallaba, pero Armand parecía muy confiado. Si Tolga pensaba hacerles daño, estaban en su poder.

—Pagaríamos por la información, claro está. No somos pobres turistas sin recursos, señor Şahin. Venimos avalados por algunas influyentes firmas

francesas, y por un importante museo que no puedo mencionar. El ídolo es una pieza que completaría su colección y sería muy bien recompensado por su información —mintió el marchante.

Tolga sabía muy bien quién era Armand. No era el marchante que representaba ser, de eso estaba seguro. Había intentado deshacerse de aquellos dos molestos tipos, pero seguían vivos y ahora estaban allí frente a él, dentro de sus dominios.

«El destino es bueno con Tolga y me recompensa —se decía a sí mismo— Me encargaré de ellos». —No pensaba dejarlos salir vivos de allí. Pero antes deseaba saber algunas cosas más. ¿Y por qué no? Divertirse un poco con aquellos engreídos extranjeros, que venían a su casa con prepotencia y haciendo gala de su dinero y de sus finos modales occidentales. Él no necesitaba esos modales, tenía todo el dinero que quería, y era poderoso; y ellos estaban en su tierra.

»Por supuesto que recuerdo algo de ese ídolo famoso. Ahora me doy cuenta. Pero fue hace mucho tiempo, aunque en mi familia siempre hemos sido metódicos y lo hemos anotado todo —sonrió, dirigiéndose a un grueso libro de entradas de almacén que tenía sobre una estantería—. Pero el precio... Debemos discutir el precio de todo esto, claro. No podemos seguir así sin hablar del precio. No me gustaría ofender a dos profesionales como ustedes, acostumbrados a grandes negocios de arte. *Zengin adam her zaman haklıdır* (El rico siempre tiene razón) —añadió con sorna, mirándoles como una serpiente.

—El precio no será un problema. Pero necesitamos la información. Saber de dónde salió el ídolo. Dónde estuvo almacenado y a dónde fue. Eso necesitamos, sin rodeos, amigo —interrumpió Nikos, con la voz más seria y dando un paso en dirección al traficante. Aquello hizo que el guardia se pusiese en tensión. Tolga miró al investigador. Aquel hombre no hablaba mucho, y se sintió intrigado por él. Parecía valiente, con arrojo. Un tipo más duro de lo que había pensado. El otro, el agente, era más previsible. Pero el tipo que tenía delante, con un brazo vendado, le llamó más la atención.

—*Bu insanlar taş kalpli domuzlar* (Estos son como cerdos con el corazón de piedra) —pronunció Tolga, mirando a su guardaespaldas.

Armand lo entendió, pero no dijo nada. Miró a Nikos y le indicó con el gesto que retrocediese un poco. No quería que el traficante se enfadase. Por lo menos, no antes de que soltase la información.

»Bien, bien... El ídolo estuvo en posesión de mi familia, eso es cierto.

Pero me temo que pronto fue entregado a su propietario: Un importante jeque árabe de la época. Eso es lo que tengo registrado, señores marchantes. Y no puedo informarles de nada más —aseguró, cerrando el libro de golpe y volviendo a beber otro vaso de limonada.

Pensaba en Kadir, en el siniestro jefe de los terroristas, y en su encargo para robar el Corazón de Minos en el palacio Topkapi. Sabía muy bien que con un tipo así no se debía jugar. Era mejor eliminar ahora a los dos entrometidos, y no complicar más el asunto. Kadir requería el ídolo, estaba furioso y el mercenario holandés no quería soltarlo por aquella cantidad de dinero.

Al principio había estado de acuerdo con él. Habían pensado hacer un mejor negocio, presionando al terrorista o amenazándole con que tenían otros compradores; pero ahora el holandés retenía el ídolo y no quería cederlo. Se había vuelto codicioso y le había puesto a él en una situación muy delicada. Debía recuperar la estatua y entregársela a Kadir. Tolga sabía muy bien cuándo debía obedecer, y esa era una de aquellas circunstancias.

—¿Un jeque árabe en los años setenta? ¿Justo antes del golpe de estado, aquí en Estambul? —dudó Nikos en voz alta.

Su móvil vibró. Había silenciado el tono de llamada. Se apartó un poco, por detrás de Armand y lo sacó de su bolsillo para comprobar quién era. Un mensaje había entrado.

El aviso le dejó estupefacto: “Vamos a entrar. No haga nada. Sabemos dónde está su mujer. MIT”. Solo eso ponía, y un solo segundo le bastó para comprender lo que iba a suceder.

Tolga había sacado un revólver del cajón de su mesa y sonreía ahora en silencio, mostrando un gesto malicioso como el de un cerdo malvado. El guardia forzado les encañonó con su Kalashnikov, esperando las órdenes de su jefe. Armand evaluó la situación. Estaba entrenado para aquello, pero debía obrar rápido o los dos serían sendos cadáveres en un instante.

Varias detonaciones se escucharon fuera del despacho. Un griterío de voces y más disparos se alternaban con ráfagas potentes de fusiles de asalto y de ametralladoras. Armand derribó al forzado con un golpe seco y certero debajo de la nariz. Nikos esquivó el disparo del revólver de Tolga, que chilló con instinto asesino:

—*Kahretsin domuzlar!* (¡Malditos cerdos!).

Después el investigador se volvió y le descargó un directo en el hígado y con su izquierda le acertó en el mentón, que lo derribó contra la cristalera. El

criminal atravesó el ventanal entre los fragmentos de cristales rotos

El tiroteo en el exterior se había recrudecido, como si un asalto militar estuviese siendo perpetrado en el almacén. Armand gritó a Nikos algo que este no pudo escuchar. Recogió el revólver del suelo y salió del despacho con rapidez.

Una ráfaga de balas de fusil impactó cerca del sabueso. El investigador volcó la mesa y se escudó tras ella. En pocos minutos el sonido de las armas se silenció. Solo algunos gritos en turco seguían retumbando en el almacén. Unos pasos le indicaron que alguien había entrado en el despacho.

—*Polis! İmdat!* (¡Policía! ¡Ayuda!) —gritó Nikos, recordando su pobre turco y viendo a través de la ventana rota a la policía asegurando el almacén, y deteniendo a varios de los secuaces de Tolga.

Un gendarme turco con chaleco antibalas se había acercado y le ofrecía su mano. Nikos se levantó al instante. El almacén estaba ahora bajo la custodia de la gendarmería. Muchos agentes armados y de uniforme lo controlaban todo.

Ya retiraban los cuerpos sin vida de varios de los hombres de Tolga. El gendarme le indicó con el dedo un lugar donde esperaban algunos tipos trajeados. Buğra estaba entre ellos y le hizo una señal con la mano para que se acercase.

—Señor francés, siempre le encuentro en situaciones delicadas o peligrosas. Se diría que tiene una especial atracción por los delincuentes y el crimen —le saludó con sarcasmo el jefe de los agentes turcos.

—En este almacén hay muchas cosas “interesantes”, que deberían revisar, ordenar, y devolver a sus legítimos dueños..., o quizá destruir —contestó, un poco molesto por la actitud prepotente de Buğra.

—Es posible..., sí. Es lamentable que ocurra todo esto en el suelo de nuestra patria. ¿Pero quién está libre de los delincuentes de poca monta? No son nada, señor francés. Le aseguro que todo está bajo control, y que la Seguridad del Estado de nuestro país no permite que se desarrollen, y en cuanto los detecta, pasan directos a la justicia y a cumplir una condena apropiada en nuestras cárceles. No somos débiles ni permitimos que se nos robe sin salir impunes.

—Este almacén está lleno de obras de arte. Y me temo, que muchas de ellas serán falsas, o copias. Algunas ya embaladas para salir al extranjero. No soy yo ni mis amigos el problema —volvió a repetir Nikos, mirando a todas partes sin poder encontrar a Armand.

Buğra no contestó. Reclamó la presencia de uno de sus hombres y este se acercó con una tableta en la mano. El jefe del servicio secreto se la mostró a Nikos.

—Aquí está la mujer —dijo sin explicar nada más. El cambio de tema desconcertó al investigador. En la pantalla se podía ver una sucesión de imágenes, fotos aéreas de una finca. Se apreciaba una gran mansión rodeada de jardines y de otros edificios menores, en una extensión considerable de terreno. Desde aquella altura no se distinguían los detalles del conjunto. Daba la impresión de imágenes sacadas del Google Maps, o similar.

Nikos levantó la vista de la pequeña pantalla y miró a Buğra de forma interrogante.

»Aquí está su novia retenida. Esta es la fortaleza de sus captores. Es una zona inaccesible y remota de la isla de Creta. Como ve, hacemos nuestros deberes y tenemos localizada a su prometida. El Servicio de Inteligencia turco no es negligente y sabe muy bien lo que hace, señor francés —siguió explicando, señalando la imagen con el dedo

—Deben liberarla ya. Es necesario. Su vida peligra cada segundo y no ayuda en nada que ella muera o que se la torture. Es una insensatez pensar que yo encontraré mejor o peor ese maldito ídolo de oro si ella está secuestrada, o se la tortura ante mis ojos —expresó con vehemencia el investigador.

—Creo que no comprende la importancia del asunto en el que se ve envuelto, señor francés. Esta vez le supera —se limitó a decir, con un tono didáctico más propio de un profesor que de un policía—. El Corazón de Minos, esa pequeña figura portadora del Rubí de Sangre, es mucho más que una antigüedad o que una joya de incalculable valor. Es un símbolo y a la vez un recuerdo de lucha, de rebeldía, de muerte y crueldad. Es para unos el Corazón del Profeta, y para otros la representación de su dios, concentrado en ese rubí. Eso es lo que es. Y usted se ha visto metido de lleno en ese fuego que le está quemando. Unas llamas que lo devoran todo y que destruyen a todo el que se entromete. ¿Es usted un entrometido, señor francés? ¿Uno de esos tipos extranjeros que viene a nuestro país y piensan en redimirnos o en traernos sus enseñanzas y su cultura? Nosotros somos un pueblo antiguo y orgulloso. Fuimos dos veces un imperio, una gran potencia bizantina y un gran imperio otomano. Y no necesitamos ayuda para poner orden y paz en nuestra tierra —alzó la voz Buğra, haciendo que todos sus hombres se callasen al escuchar sus palabras.

—Tenemos un trato— murmuró Nikos, sin desear que la situación se

degradara, ni perder la ventaja de su plan B. Su corazón podía desbocarse a veces, pero su mente le reconducía al plano lógico, donde lo que primaba era la resolución de las situaciones delicadas de una forma inteligente.

—Sí, así es. La joven rusa está localizada. Solo debo mover este dedo y un grupo de asalto demolerá esa fortaleza y la sacará de allí —aseguró Buğra mirándole con expresión taimada—. Pero no tengo el ídolo...

Nikos volvió a mirar la pantalla de la tableta y pensó en Angélique. Estaba atrapada allí. Ella sola. Sufriendo las vejaciones de aquellos tipos malnacidos. Debía ser cauto con los turcos, y con aquel hombre. Si no aflojaba algo o le daba alguna concesión, era muy probable que no le ayudaran a rescatarla.

—El trato sigue en pie. La figura de Minos está casi en mis manos. Pero es necesario que Angélique sea rescatada con vida y eso exige que su liberación sea ya efectiva.

—Los extranjeros siempre con prisas, con demasiadas prisas... —murmuró el jefe de los agentes—. Todo a su tiempo, señor francés. Su chica será rescatada. —Y pensó en la dificultad de lo que estaba asegurando. Moverse en Creta con un grupo de asalto era una acción complicada. El gobierno griego no lo vería con buenos ojos, y además, no se podía saber en qué lugar de la fortaleza estaba la mujer, ni tener la certeza de que seguía con vida o que no se ponía en peligro si sus hombres entraban por la fuerza.

—Necesito volver a mi hotel. Mis amigos me estarán esperando —dijo Nikos, ya cansado de aquel juego.

—Sus amigos... Una interesante cuestión —contestó Buğra, sonriendo perspicaz—. El señor Armand Dupuy es una persona que ha despertado la curiosidad de nuestro servicio de información. Mucha curiosidad, señor francés.

—No veo el porqué. Es solo un compatriota que se dedica al negocio del arte y que me ayuda en este asunto —respondió el investigador, dándose cuenta de que había algo más detrás de las palabras del funcionario.

—Armand Dupuy... ¿De qué le conoce? —preguntó de pronto.

Nikos intentaba entender a qué obedecía aquel súbito interés. Las actividades misteriosas de su amigo siempre le hacían sentir desconfianza y ahora aquella inusitada atención del servicio secreto turco por él, le volvía a llevar a esos pensamientos.

—Tan solo de una relación profesional. Mis investigaciones sobre arte y antigüedades me hacen relacionarme con marchantes y otras personas

dedicadas a este negocio. Armand es una de ellas y su ayuda y sus contactos internacionales, me son necesarios en este momento para descubrir el paradero del ídolo de oro; pero sobre todo, para acercarme a la liberación de Angélique —respondió, intentando ser lo más convincente posible.

—No sé... Yo solo veo tráfico ilegal de cuadros, robos de obras que pertenecen al Estado turco. Crimen, extorsión y extranjeros en mi país, intentando corromper lo que nosotros cuidamos y protegemos. ¿Usted ve eso también, señor francés; o solo ve a un marchante inocente?

Aquella extraña pregunta, donde se mezclaban las cosas de una forma intencionada, activó la alarma en su cabeza. No iba a caer en ninguna trampa tan burda. No pisaba un terreno firme cuando se trataba de Armand y sus verdaderas actividades, y no podía jugar al ratón y al gato con aquel tipo.

—Solo conozco lo que le he contado. No tengo otra intención. Estoy seguro de que ya lo sabe —contestó sin inmutarse, ni dar muestras de nerviosismo.

—Me gusta usted, señor francés. Atrae el peligro como un pararrayos en una tormenta, pero aún así me gusta. Unos gendarmes le llevaran a su hotel. De momento no le necesitamos más..., solo de momento —puntualizó Buğra, haciendo una señal a dos de los gendarmes que estaban a su lado para que escoltaran al investigador.

Nikos asintió con la cabeza y se separó del grupo de agentes. Estaba preocupado por el paradero de Armand. ¿Qué habría sido de él después del tiroteo? Tolga también había escapado, su cuerpo no se encontraba allí al lado de los cadáveres de sus hombres, que los gendarmes iban metiendo ahora en bolsas de plástico. Tenía que volver a contactar con Armand.

»Y por favor, no intente otra vez escapar. Eso no será posible de nuevo —se despidió Buğra, sonriendo con un gesto prepotente.

Nikos siguió a los gendarmes y se subió a un coche de policía. Un vehículo de tráfico le llevó hasta su hotel. Allí no estaba Armand. El encargado de la recepción no sabía nada, ni nadie había reclamado la llave de su habitación.

«¿Dónde estás, amigo?» —se dijo a sí mismo, y se dio cuenta de que sentía cierta camaradería que ya rozaba la amistad con aquel engreído y flemático marchante.

Los gendarmes esperaban junto a él. Le dijeron que debían llevarle a otro sitio y que no podía demorarse mucho allí. Nikos no entendió aquello. Había creído que le acompañarían hasta el hotel y luego le dejarían. Un servicio de escolta nada más.

—¿A dónde se refiere? —interpeló el investigador, con desconfianza.

—Debemos llevarlo a otro sitio más protegido. Esta habitación ya no es segura —repuso uno de los gendarmes—. Por favor, no tema nada. Es por su seguridad. Debe acompañarnos.

Nikos asintió, no podía hacer otra cosa. Se limpió la herida y cambió la venda de su brazo, luego volvió a salir con su escolta. No podía evitar aquella forzada invitación, pero estaba dispuesto a escaparse en cuanto sintiera el más mínimo peligro. No sabía si aquellos tipos pretendían atentar contra él. Ya lo habían intentado varias veces, y esta podía ser una nueva ocasión para deshacerse de él en algún apartado callejón.



CAPÍTULO 13

5 DÍAS

El Renault blanco, con las usuales franjas rojas y azules de la patrulla de tráfico, circulaba por la amplia avenida. Nikos esperaba una oportunidad para escaparse. Cada vez se sentía más en peligro en compañía de aquellos gendarmes que le escoltaban hasta un lugar desconocido. Sabía que muchos de los que le perseguían, incluido los agentes del MIT, podían haber decidido eliminarle para quitarse de en medio a un extranjero molesto.

El gendarme sentado a su lado miraba por la ventanilla, mientras su compañero conducía, respetando el límite de velocidad y con las luces del techo destellando. La sirena permanecía en silencio, pero la señal luminosa del vehículo les facilitaba la circulación, apartando al resto de los coches que se encontraban a su paso. El gendarme que conducía miró por el espejo retrovisor para observar a su pasajero y sonrió de forma amistosa.

—Estamos en Beşiktaş. Al fondo puede ver la torre Sapphire. Muy alta. Más que las de París —dijo con orgullo, como si se tratase de un guía turístico y él fuese un visitante entusiasmado por las bellezas de la ciudad.

Nikos recordó el nombre de aquel lugar. Estaban entrando en el barrio financiero. Una zona céntrica y elegante, salpicada de rascacielos y zonas residenciales caras. Eso no le cuadraba con su idea de que le llevaban para ejecutarle en algún lugar abandonado.

El coche patrulla entró por una calle más estrecha, y atravesó una zona arbolada. Un tranquilo lugar residencial muy lujoso para vivir. Nikos recordó Tarlabasi y se dio cuenta de aquel contraste tan grande.

«En todas las ciudades es lo mismo» —se dijo para sí.

El vehículo apagó la señal luminosa y siguió circulando más despacio, hasta que llegó a las estribaciones de un centro comercial.

Nikos se puso tenso.

«Aquí va a ser. En el aparcamiento me van a dar pasaporte» —pensó, tensando los músculos y preparado para actuar. No iba a dejarse degollar como un pavo en Navidad, indefenso, metido en aquel coche.

«Asesinado en un coche francés —pensó—. Qué maldita ironía»

Algunos hoteles y lujosas torres de oficinas rodeaban el recinto ajardinado del centro comercial Özdilek. Se encontraban en el barrio de Levent, y el coche del control de tráfico entró en el aparcamiento del centro. Nikos apretó

los puños y se dio cuenta de que se estaban deteniendo. Era muy posible que hubiesen elegido ese lugar para acabar con él. Era un buen sitio. A aquella hora no había mucho trasiego de coches, y si se colocaban en un lugar apartado, podían ejecutar su plan y matarlo allí mismo, metiéndolo en el maletero del coche patrulla o incluso en el de otro de los vehículos allí estacionados.

«Un sitio perfecto» —Y no lo pensó más.

El gendarme que tenía a su lado sintió cómo el francés se movía. Se giró un segundo, lo justo para que Nikos le golpeará con el codo en la cara. El impacto le pilló por sorpresa y no pudo reaccionar. El gendarme echó la cabeza para atrás, por la contundencia del castigo, y casi rompió el cristal de su ventanilla.

Nikos fue muy rápido, endiabladamente rápido, más de lo que el conductor esperaba. Ahora lo amenazaba con la pistola del gendarme inconsciente. Apretó el frío cañón contra su nuca.

»Separa las manos del volante. Con cuidado. Si te veo hacer algo raro, estampo tus sesos en el parabrisas. ¿Lo has entendido bien? —le susurró con voz clara y firme.

El gendarme sintió la presión del arma en su cabeza y un temblor recorrió su espalda. El francés le estaba apuntando y no deseaba dejarse matar allí. Aquello no merecía la pena.

—Sí, lo he entendido —contestó asustado.

—Saca tu pistola con dos dedos y estira la mano para que yo la vea —le ordenó.

El agente obedeció sin decir nada y extrajo despacio su arma. Nikos se la quitó de las manos y la guardó,

»Ahora me voy a bajar. Despacio. Tú te quedarás quieto sin hacer nada —le explicó.

Pensaba descender del coche de tráfico. Quitarle las llaves al gendarme y quizá golpearle en la cabeza para dejarle inconsciente también. Aunque esa parte del plan le disgustaba. No era amigo de tanta violencia. Pero la idea de verse metido en una bolsa de plástico, dentro de alguno de aquellos maleteros, le hacía vencer sus escrúpulos y actuar en consecuencia.

—Señor, espere un instante, por favor —consiguió balbucear el gendarme, antes de que Nikos descendiese del coche—. Se equivoca..., por favor. Le espera su amigo, el señor Armand —fue lo que consiguió decir el asustado policía.

Nikos le escuchó incrédulo, pero se esperó, sin dejar de apuntarle con la pistola.

—¿Cómo que me espera Armand?

—Eso es. El señor Armand, su amigo. Esto es un encargo suyo, señor. No debe desconfiar. Le hemos traído aquí por indicaciones tuyas —siguió diciendo el gendarme.

Nikos seguía dudando. Todo podía ser una estratagema, una última trampa para engañarle y volverle a atrapar.

»Sí, nos dijo... “Un libro de Victor Hugo puede ser un arma, pero es mejor una pistola”. Eso nos repitió varias veces, para que se lo dijésemos como prueba de que le traíamos de su parte. —Aquella frase solo la podía saber Armand, nadie más que él; y los estúpidos gendarmes la habían olvidado o bien pensaron que era una tontería, y no sería necesario repetírsela al indefenso francés. Eso lo cambiaba todo. Si aquellos dos tipos pertenecían al estrecho círculo de contactos de Armand, todo era diferente. El marchante seguía vivo y se había preocupado de sacarle de las garras de los agentes turcos.

«Qué tipo más misterioso y extraordinario» —pensó, y bajó despacio la pistola—. Está bien. Si me estás engañando te mato —le amenazó, con ese tono de valentón que había oído tantas veces en los barrios pobres de Marsella. Pensó en lo fácil que era intimidar a alguien con un arma. Eso no le gustaba, detestaba las armas, pero a veces había que salvar el pellejo y todo valía para no dejar los huesos en un oscuro callejón, o en un elegante aparcamiento de un centro comercial.

»Vamos, te sigo. Llévame a donde está Armand.

El gendarme bajó del vehículo y se quedó mirando a su pobre compañero, que seguía inconsciente en la parte trasera del coche patrulla.

»Se despertará en un cuarto de hora, y le dolerá la cabeza. Lucirá un chichón toda la semana —aseguró el investigador, ante la mirada preocupada del gendarme—. Ahora llévame a ver al marchante —volvió a ordenar sin más dilación.

El policía guio a Nikos por el interior del aparcamiento hasta llegar a un ascensor. Era una puerta de acero sin nada especial, solo un botón con ranura para permitir una llave. El gendarme sacó un llavero y separó una de color latonado. La giró en la pequeña cerradura y la puerta del ascensor se abrió. Los dos entraron en él y Nikos siguió sujetando la pistola, sin bajar un instante la guardia. No se iba a fiar hasta no ver al marchante.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Habían descendido dos plantas a un sótano privado. Una amplia sala iluminada con una fuerte luz blanquecina era el lugar a donde le había conducido el gendarme. Allí se podía ver a varias personas concentradas en algunas pantallas de ordenador. Parecía un centro de mando, un sitio desde el que controlar o vigilar todo el centro comercial o quizá algún otro lugar. El gendarme le invitó a pasar y se quedó detrás de él. Nikos guardó la pistola y entró asombrado. Escuchaba hablar en francés y parecía estar rodeado de compatriotas. Todos ellos se afanaban de aquí para allá, observando monitores; sentados ante consolas con paneles luminosos y teclados.

Una bella mujer madura se acercó a él. Vestía con aspecto varonil, unos pantalones militares negros y un jersey oscuro. En su cintura portaba una funda con un revólver del calibre 38. La mujer le sonrió de forma amable y le besó dos veces en las mejillas. Nikos recordó el perfume y ese halo sensual que arrastraba siempre Louise De Bériot.

—¿Me recuerdas, verdad, Nikos? Espero no haber desaparecido tan deprisa de tu mente. —El investigador no supo qué contestar. Estaba confundido y desconcertado en aquel sitio con aspecto del control de misiones de la NASA. Se encontraba rodeado de compatriotas y ante la bella dama de la mansión de los efebos ligeros de ropa. La señora De Bériot iba ahora vestida como un mercenario y preparada para asaltar una embajada. Su cerebro intentaba procesar todo aquello, pero era incapaz.

Louise saludó al gendarme con la cabeza y le devolvió las pistolas que Nikos aún guardaba. Sonrió al investigador al quitárselas de sus manos inertes, y el gendarme salió de aquella sala, después de saludar al estilo militar, tocándose la cabeza con la punta de los dedos.

Louise llevó del brazo al investigador hasta el interior del complejo.

»Si no respiras, querido, pronto te pondrás rojo y luego te desmayarás —dijo bromeando, ante los ojos desorbitados del sabueso.

—¿Pero todo esto? ¿Y Armand? —fue lo único que consiguió pronunciar.

—Mi buen amigo, el señor Thalassi, de una pieza —escuchó la voz del marchante, que ahora estaba allí a su lado. Se encontraba vestido igual que la señora De Bériot, con un uniforme negro de intervención de la policía—. ¿Qué voy a hacer contigo? Casi te cargas a los dos gendarmes. Pero mira que eres bruto, señor Thalassi. Son dos agentes encubiertos nuestros. Debes tener en cuenta que necesitamos gente en todos lados, nunca se sabe cuándo vamos a tener que usar la ayuda de un patrullero de tráfico —aseguró, guiñando un ojo

a Louise—. Ya veo que te ha recibido nuestra amiga. Querida, puedes ya dejarme con el señor Thalassi. Ya sé que le encuentras encantador, pero ahora debemos explicar a este confundido sabueso dónde está y quién paga la enorme factura de luz de este centro de control —repuso Armand.

Louise se alejó de ellos para seguir con otras ocupaciones en aquel lugar.

—¿Esto qué es Armand? —preguntó Nikos; esta vez con aspecto abatido, como el de alguien al que la situación le superaba a pesar de su fortaleza interior.

—No pasa nada, amigo mío. Aquí estamos seguros. Esto es Francia, compañero. Es territorio de la República. Digamos que una avanzada en tierra de Asia — empezó a explicar con su tono excesivamente elegante.

Armand le dejó respirar unos minutos y luego siguió hablando:

—Eres un invitado de la DGSE —pronunció, viendo cómo el investigador mostraba su sorpresa—. Así es. Estás en un centro de control de la ciudad de Estambul, propiedad de la Agencia de Inteligencia Exterior de la República Francesa. Esta es la verdad, amigo Thalassi.

—¿Agentes secretos? ¿Sois gente de la CAT? —preguntó Nikos.

—Así es. El Centre Administratif des Tourelles es nuestra sede principal. En el bulevar Mortier, en el XX^a *arrondissement* de París. No tiene perdida —contestó, bromeando ante el gesto de asombro del investigador.

—Agentes de la Dirección General de Seguridad Exterior en un centro comercial de Estambul... —añadió Nikos, todavía incrédulo.

—Preferimos solo agentes de la DGSE, es menos pomposo y más corto —sonrió divertido—. Claro está, que aquí estamos de forma encubierta y no oficial, aunque nuestros homólogos del MIT lo saben, y no han puesto hasta el momento ningún impedimento —terminó de explicar con más seriedad—. Un servidor tiene el honor de estar al frente de este equipo.

—¿Y Louise? —preguntó aún confundido.

—La señora De Bériot también pertenece a mi equipo. Es una magnífica agente de campo con mucho talento, como ya habrás podido constatar —aseguró irónico.

Nikos asintió con la cabeza sin decir nada. Sus ojos se perdían de un lado para el otro, mirándolo todo e intentando asimilar lo que ocurría. Ahora entendía muchas cosas. El misterio que rodeaba a su amigo el marchante se aclaraba, y todo lo sucedido hasta el momento encajaba como las piezas de un rompecabezas.

—¡Un marchante! Pensé que eras un ladrón, un traficante de arte robado y

amigo de falsificadores — afirmó Nikos, ante el gesto risueño del agente de la DGSE.

—Lo era. Es una buena tapadera, ¿verdad? Me deja moverme con libertad por las cloacas del arte y no despierto sospechas. Me codeo con la peor escoria de ese mundillo y me introduzco en sus madrigueras, para sacar de ellas a los bastardos que se quieren quedar con lo que no es suyo; sobre todo con las obras de arte que son del Estado, y de todos nosotros.

—Es una buena tapadera. A mí me coló —afirmó el sabueso más tranquilo, sintiendo cómo todo podía enderezarse con aquel cambio de situación en cuanto al rescate de su novia, la pobre Angélique.

—Ahora nuestro objetivo es el criminal griego. Ese tipo tiene su guarida en Creta. El satélite le está vigilando ya desde hace tiempo. No hay forma de acceder a él por el momento. Ya le veníamos investigado, pero cuando tú y tu novia entrásteis en el juego, todo cambió. Vimos una oportunidad, y tuvimos que aprovecharla. Que la raptasen fue una sorpresa, algo que no habíamos previsto.

Es un tipo peligroso, y más listo de lo que parece. Y cuenta con bastantes medios. No se le debe infravalorar. Los turcos lo han hecho y él los ha dejado contra las cuerdas. Nuestra ventaja es que quiere el ídolo y te quiere a ti, amigo Thalassi. Quiere hacerte sufrir y conseguir el Corazón de Minos. Eso ya lo sabemos, y por eso atentó contra tu padre. Esa es nuestra ventaja. Tú eres nuestra baza principal, amigo mío —dijo con la voz neutra, observando el efecto de sus palabras en el rostro del sabueso.

Él era el eje central de todo aquello. Siempre lo había sido desde el primer día. Pero no iba a ser un peón que se pudiese sacrificar en aquella complicada partida de ajedrez. El tiempo se acababa, y ahora contaba con la DGSE a su lado; y quizá con un trato todavía en vigor con el servicio secreto turco, y su jefe con aspecto de funcionario anodino. Debía ser cauteloso en todo. Observar y no adelantarse para actuar.

—Así que trabajáis normalmente en “la piscina” —dijo Nikos, rompiendo aquel silencio, y cambiando el tono de la conversación. Si iba a integrarse en aquel grupo, debía dar a entender que se podía confiar en él. Y esa era por el momento la mejor estrategia.

Armand escuchó aquella palabra y sonrió. Recordaba el ocurrente nombre que se le daba al edificio del CAT, por estar cerca de las piscinas de Tourelles, en París.

—Así es. Aunque las misiones en el extranjero nos hacen permanecer

bastante tiempo fuera. Demasiado, amigo mío —suspiró el agente, palmeándole la espalda al ver cómo el sabueso se relajaba por fin—. Pero ven conmigo, la señora De Bériot te acabará de explicar nuestros planes, y la estrategia que hemos diseñado para capturar al traficante, a nuestro “lobo”. ¿Lo recuerdas, verdad? Y salvar de sus garras a la joven Angélique.



CAPÍTULO 14

4 DÍAS

El silencio parecía ahogar el ambiente, como si fuese una colada de hierro fundido que lo quemase todo a su paso. Los agentes del MIT esperaban sin decir nada, colocados en fila, como los condenados ante un pelotón de ejecución.

—¿Y eso es todo? —susurró el jefe de los agentes turcos, sin levantar la vista del informe—. Se ha escapado golpeando a dos gendarmes. Ya está. ¿Solo eso, y ya está? —volvió a murmurar.

Los agentes no respiraban ni se movían. Esperaban resignados y temerosos la sentencia final sobre su ineptitud.

»Si estuviéramos en épocas más antiguas, donde la justicia era más clara y directa..., más eficaz —se lamentaba Buğra, mirando a sus hombres desde la mesa de su despacho—. Hoy vuestras cabezas inútiles, con esos gestos estúpidos de vuestros rostros, se calentarían al sol en la muralla, y las gaviotas disfrutarían picoteando vuestros ojos y devorándoos los sesos —siguió hablando despacio, con un tono sordo de voz que hizo que todos ellos sintieran una sensación fría recorriendo sus cuerpos.

—¡Largaos de aquí, malditos inútiles! Si vuelvo a ver vuestras caras otra vez, os mandaré a las montañas para que os corten el cuello los terroristas. ¡Largo! —exclamó Buğra lleno de ira.

Los cuatro agentes del MIT, responsables de la custodia del francés, salían asustados de la oficina de su jefe. Ninguno de ellos había podido explicar cómo el coche patrulla de tráfico se les había escapado de su vigilancia, y menos cómo se había escapado el escurridizo francés, en sus narices.

»Es muy triste nuestra situación, amigo mío, muy triste. Nuestro país pierde el coraje; ese orgullo que debe poseer, cuando tenemos estos ineptos que no saben ni acatar una mísera orden ni llevarla a cabo con prontitud y eficacia —se quejó Buğra.

El humo de los cigarrillos llenaba de niebla la oficina.

—Es muy lamentable, sí —contestó el profesor, su asesor personal—. Pero no es solo culpa de la ineficacia de tus hombres, Buğra. Hay algo más en todo esto. El sabueso se ha escapado, pero no está solo. Lo que tú ves como un fallo puede ser una bendición para nosotros. Nunca hay que oponerse a un enemigo formidable. Ante un viento fuerte, el fino junco se doblega y la rama

rígida se parte —explicaba el profesor.

—Es posible, pero ahora debemos volver a empezar otra vez —susurró Buğra, pensando en Kadir, y en cómo afectaría este revés a su relación con él.

No deseaba compartir estos pensamientos con su asesor. Nadie debía saber su relación con el cabecilla de los separatistas.

—La huida del francés nos puede servir para encontrar el ídolo, y descubrir a los demonios extranjeros que viven escondidos en nuestro país, ocultos a nuestros ojos —siguió explicando el profesor.

—Es cierto. Eso sería una gran ventaja. Descubrir a los que le ayudan y acercarnos al ídolo, o a ese maldito Tolga... —mencionó el jefe de los agentes, dejando que su pensamiento aflorara.

—Pues debes prestar atención a mi plan. El francés puede caer otra vez en nuestras manos. Eso no es difícil, pero su captura esta vez debe ser usada de forma más..., práctica —sonrió el asesor.

—Entiendo —respondió Buğra; y el profesor le explicó su idea, que resultó de su agrado. Era un plan muy sutil...

Armand era consciente de la situación de Nikos en el país. Se había convertido en un fugitivo buscado por la policía, por la gendarmería y por el MIT. Demasiado conocido en los bajos fondos de Estambul, y marcado como objetivo del grupo de Tolga, y quizá de otros criminales que aún no conocían. Ahora estaba en peligro, y lo mejor para él era salir de allí y volver a París. Allí podrían darle la protección necesaria para mantenerlo con vida. Era mucho más fácil. En Estambul eso no era posible. ¿Pero cómo hacérselo entender a aquel testarudo sabueso? Ese era el pensamiento que ocupaba la cabeza de Armand, al escuchar las palabras de Louise dirigidas a su invitado.

—Debes ser más razonable, querido. Es por tu bien. De nada sirve que te peguen aquí un tiro. Eso no va a ayudarte a que encuentres o rescates a Angélique. Y eso mismo es lo que pasará en cuanto pongas un pie en la calle, créeme. Esta bella ciudad puede ser muy peligrosa para un extranjero con una diana clavada en el pecho. Y ese es tu caso —explicaba con su amable voz la señora De Bériot.

—No me voy a marchar de Estambul ahora. No me importa si es la policía la que me busca o la mafia rusa. Ya me he visto en situaciones de ese tipo y no voy a escapar como un perro asustado a esconderme en un agujero en París. Te

lo agradezco, Louise. De verdad que sí, pero no puedo. No podría estar allí sabiendo que Angélique está siendo maltratada, que puede que no le quede mucho tiempo de vida..., si está viva aún —dijo, sintiendo cómo su corazón le dolía en el pecho.

—Está viva, querido. Pero tú no podrás hacer nada si te matan aquí —respondió Louise, resignada a que el sabueso no comprendiese la situación.

La mujer miró a su jefe y encogió los hombros. Lo había intentado, pero Nikos era muy obstinado, y no había podido convencerle.

Armand los escuchaba. Era imperativo realizar una extracción rápida del investigador y depositarlo en algún piso protegido de la capital francesa. Eso ahora era una prioridad. Resultaba un obstáculo para ellos. Era vulnerable y en su interior notaba cierta amistad entre ambos y no deseaba verlo degollado en algún callejón de Estambul.

«No será así» —se dijo, y sonrió a Nikos, acercándose a los dos.

»En fin, señor Thalassi. Nunca sé qué hacer contigo. Pero debes comprender que algo debemos hacer para solucionar tu delicada situación.

Nikos le miró sin comprender bien sus palabras. El gesto pícaro de Armand le desconcertó. Solo pudo sentir un leve pinchazo en el cuello. Louise retiraba ya una fina aguja hipodérmica, después de inocularle una mínima dosis de un fuerte sedante. Un anestésico que le acababa de inducir a un estado de sueño consciente, en una fase entre estar dormido y despierto. El investigador se dejó llevar de la mano por la mujer. La voz de ella, dulce como el sonido del agua, le arrastraba a un espacio tranquilo, sin miedos ni ansiedades. Solo deseaba dejarse llevar por ella.

—Ya está. Ahora permanecerá inconsciente durante más de dos horas —aseguró la señora De Bériot.

—Eso será suficiente. Cuando nuestro buen sabueso despierte podrá disfrutar de la brisa del mar; y en unos días escuchar el ruido de los Campos Elíseos y tomar un rico *café crème* —añadió Armand.

—No le va a gustar nada. Me temo que se enfadará bastante. Y es posible que perdamos parte de su confianza —mencionaba la dama, viendo cómo algunos agentes recogían el cuerpo inerte de Nikos y lo llevaban a la furgoneta, que estaba ya en el exterior del centro de control de operaciones.

Debían ser rápidos y discretos. Todo había sido ya estipulado y nada debía fallar. El investigador estaría protegido en París. Una extracción fácil, rápida y limpia. Así se lo había explicado Armand al resto de su equipo. Grigore esperaba en la calle. Mantenía su potente motocicleta con el motor

funcionando. Sería la escolta del vehículo hasta su llegada al puerto. Allí esperaba una embarcación, pero no por mucho tiempo.

—Adelante. Vamos a hacer bien nuestro trabajo —arengó Armand a sus hombres y todo el equipo salió del aparcamiento, en dirección al Bósforo.

El grupo de vehículos recorría la calle, saliendo a la avenida más transitada. La motocicleta del agente rumano-francés se mantenía por detrás, sin acercarse mucho a los dos vehículos. Una furgoneta de reparto llevaba a Nikos y a la señora De Bériot, junto con otro agente; seguidos por el coche de Armand que escoltaba al transporte.

El grupo prosiguió su viaje sin detectar nada anormal. No parecía que les siguiesen, y tan solo en algunos minutos más llegarían al puerto. Un yate de recreo cruzaría el estrecho para dirigirse al mar de Mármara, en dirección a la península de Galípoli. Una vez que la embarcación atravesara el estrecho de los Dardanelos, recorrería la costa hasta la isla de Quios. Un sitio más discreto, territorio griego; y donde un *jet* privado ya esperaba, repostado y a punto para despegar desde el aeropuerto Omiros, con destino a París. Si todo salía según estaba previsto, evitarían los controles del servicio secreto turco y de la gendarmería, que estarían esperando en todos los aeropuertos e incluso en las autopistas y carreteras principales. Lo más seguro era salir por mar. Armand ya lo había calculado. El sabueso pronto estaría a salvo en París.

—El avión está preparado. Todo perfecto, sin problemas. Despegará en cuanto llegue nuestro hombre —escuchó el agente de la DGSE por su móvil, al pedir confirmación a su contacto en el aeródromo de Omiros, en la isla de Quios.

Todo estaba previsto, el avión sobrevolaría el Mediterráneo y entraría en espacio francés..., y la operación saldría perfecta y sin riesgos.

El yate esperaba. Una bella y potente embarcación confundida entre todas aquellas de parecidas características. Grigore se había adelantado con la motocicleta, acelerando entre el tráfico denso, hasta llegar a la zona de amarre. Nadie sospechoso les esperaba allí. Se detuvo y bajó de la moto para subir al barco.

—Todo seguro. El patrón y la tripulación están dispuestos —fue lo que le aseguró a Armand.

La furgoneta y el automóvil entraron en la zona y pararon cerca del yate. La operación fue rápida. Habían embarcado al investigador y zarpado antes de que nadie se hubiese dado cuenta.

Armand observaba junto a Grigore cómo salía el yate del puerto. La

velocidad del pequeño buque se hacía palpable al levantarse por encima del agua, debido al empuje de sus potentes motores.

»¿Cuánto tardará en llegar? —preguntó Grigore, sin dejar de observar su partida.

—Algo más de un día. Pero es más seguro. Nadie sospechará de este yate de recreo, navegando entre tantos otros por esta zona tan transitada. Los turcos no lo harán —contestó, aunque no se sentía tan seguro como pretendía demostrar. Nunca se sabía, cuando no se jugaba en casa.

La embarcación aceleró, y se encaró a las olas. Saltaba por encima de ellas con suavidad, ganando distancia al estrecho. Muchas otras lanchas y navíos se cruzaban en su camino. El tráfico marítimo era muy abundante y el yate atravesaba la estela de los grandes mercantes. Louise De Bériot acompañaba al investigador. Este dormía aún en uno de los camarotes. Pronto se despertaría en pleno mar de Mármara, y tendría que explicarle todo aquello. Sonreía al pensarlo.

El barco seguía avanzando, y la travesía por aquella parte del Bósforo no presentó ninguna dificultad hasta ese momento.

Una lancha rápida parecía acercarse desde la costa europea. Esa zona turca que ya se junta con tierras griegas. Louise estaba en la cubierta mirando con sus prismáticos todas las embarcaciones que se encontraban cerca. La lancha era rápida, muy manejable, y se acercaba con velocidad. Parecía tener la intención de llegar a su lado. La señora De Bériot entró en la pequeña cabina donde el patrón manejaba el timón. También se había percatado de la maniobra de la ligera embarcación. La mujer le indicó que acelerara, para intentar alejarse. Lo más probable era que se tratase de algún ocioso con ganas de emociones, disfrutando de la velocidad de su rápida nave. Pero nunca se podía asegurar. Louise comprobó que el investigador seguía en su camarote dormido y volvió a salir al exterior.

—Se nos echa encima. Nos van a abordar —informó el patrón. La mujer se dio cuenta. No podrían escapar de aquella rápida embarcación. Eran más veloces que ellos. Solo restaba ver qué pasaba, e intentar escapar o defenderse si era necesario.

Una ráfaga de disparos recorrió el casco del yate por toda la banda de estribor. Desde la lancha, varios tipos armados con fusiles de asalto apuntaban a su embarcación. Louise y dos de los tripulantes respondieron al fuego, parapetados en la cubierta. El yate seguía navegando a plena potencia. Saltaba entre las olas, haciendo que sus pasajeros se sujetasen apenas para no caer al

suelo. La lancha les seguía con facilidad.

Por la proa, un poco más alejado, se percibía la silueta de un navío de tamaño medio. Una patrullera de guardacostas les cerraba el paso a la salida del estrecho, ya en su desembocadura a las aguas abiertas de Mármara.

»No vamos a poder pasar —indicó el patrón, apuntando con el dedo al buque que les detenía en su loca persecución.

La lancha seguía disparando. Louise apuntaba con cuidado su fusil de precisión. El movimiento del barco le impedía realizar disparos certeros, aún así, era una gran tiradora y había acertado a uno de los motores de la ligera embarcación, haciendo que esta girara sobre sí misma durante un instante. Después compensaron la dirección y siguieron con los otros tres motores que les restaban.

Sabía que no iban a escapar. La patrullera turca les cerraba el paso. Estaban atrapados, y no podrían salir a las aguas libres. Nikos no debía caer en sus manos, esa era su prioridad.

—Aguantad lo que podáis —había ordenado a los dos tripulantes, que aún contestaban con sus disparos al fuego que provenía de la lancha. El buque guardacostas estaba cada vez más cercano. Una sirena lejana se escuchaba desde su borda. Entre la bruma se podía ver a un buen número de tripulantes corriendo por su cubierta. Pronto harían un disparo de aviso con su pieza de proa, en cuanto el yate se acercase más. Un impacto sobre la superficie del agua sería suficiente para que su embarcación detuviese la marcha. Louise debía despertar a Nikos, y apresurarse para escapar de allí.

El investigador parecía reanimado. El ruido de los disparos le había sacado del profundo sopor en que estaba.

—¿Qué ocurre? —balbuceó lleno de confusión.

—Nos están disparando. Debes reanimarte. ¡Rápido!, hay que salir de aquí ahora —intentaba sacarlo del camarote. Nikos se levantó con dificultad, entre el vaivén del yate y los apremios de la mujer. No sabía dónde estaba. Su mente intentaba escapar de aquella bruma. Su equilibrio era inestable y se golpeaba contra las estanterías y los mamparos de la cabina superior. La señora De Bériot le sujetaba como podía. El cuerpo del investigador pesaba demasiado para ella y era consciente de que no podría ponerse a salvo junto con él. Aquello fue una revelación que tuvo que asumir, al ver cómo la lancha abordaba su yate, y varios mercenarios pertrechados con equipo de asalto, subían a bordo para hacerse con el control de la situación. Las voces de los asaltantes retumbaban en el exterior. La tripulación y el patrón habían sido

detenidos y desarmados y pronto les atraparían a ellos. Tuvo que decidir. No quería hacerlo, pero no podía esperar más. Si se quedaba con el investigador les capturarían a los dos.

»Lo siento querido, pero debo marcharme. Te salvaremos —le dijo y le besó en la mejilla.

Nikos la miró, todavía mareado e intentando volver en sí. Louise salió por la trampilla de popa, con el neopreno ya puesto. Recogió el equipo ligero de buceo y saltó al agua de Bósforo. Todo fue muy rápido. Voces y disparos acompañaron a aquella huida. Los asaltantes no habían podido impedirlo, y ahora regaban la superficie de las olas con ráfagas de sus fusiles, en espera de poder alcanzar a la audaz agente francesa. Louise era una gran buceadora, había formado parte de las fuerzas especiales francesas, antes de ser reclutada por Armand. Los proyectiles rozaron su cuerpo que se deslizaba con rapidez bajo el agua.

El investigador salió tropezando por la portilla de su camarote y fue apresado sin ningún miramiento. El sol implacable le hizo cerrar los ojos. Le quemaba al igual que le abrumaba aún el efecto del sedante en su cuerpo. Escuchaba voces que no comprendía. Órdenes y amenazas, empujones y algunos golpes. Todo parecía estar ocurriendo en otro lugar, en otro plano de la realidad.

Después de unos minutos, notó un pinchazo en el brazo y las tinieblas de las que pretendía escapar volvieron a recluir su mente en un espacio oscuro e inabarcable.

El agua cubría solo sus tobillos. Intentaba saber dónde estaba, pero no era capaz de distinguir nada. Sufría un sol cegador y percibía un olor a mar muy intenso. La voz profunda y ronca de alguien, se extendía por todos lados, como el golpeteo incesante de un mazo sobre el parche de un tambor. Golpeaba una y otra vez, retumbando y demoliendo su razón. Nikos se tapaba los oídos, pero no podía escapar de aquel sonido. Hasta que de pronto, todo se quedó en silencio y la luz se apagó.

Se levantó y miró a su alrededor. No había nada, oscuridad completa. Solo podía escuchar el rítmico palpitar de su sangre, que parecía un fluido de mercurio ocupando sus venas. Un destello acerado rasgó la oscuridad de aquella noche profunda. Pasó cerca de él, silbando como una cobra al rasgar

el aire. Una, dos, tres veces cortó la noche con fuerza, cada vez más cerca; y la enorme hoja de una espada amenazó su cabeza, llenándole de terror. Quería gritar, pero no podía. Solo esperar que aquella arma le partiese en dos. Lo esperaba, cerrando los ojos.

—¡Nikolaos Dimitrakis! ¡Perro del dios Minos! ¡No podrás escapar ahora de tu destino! —gritó la voz, rugiendo como si proviniese de la boca de oro de un dios.

Nikos abrió los ojos y una gran estatua dorada con un enorme corazón rojo en su pecho, se agitaba para arrancar sus piernas metálicas del pedestal. Lo intentaba, hasta que su fuerza le hizo liberarse y dar grandes zancadas en su dirección. Las moles de sus pies de oro hicieron temblar el suelo. La estatua le miró, y era el rostro malvado de un hombre tocado con un turbante.

—Soy el jeque, el dueño del Minotauro; y tú, perro sarnoso, me has insultado, a mí y a los míos, y por eso sufrirás mi cólera..., y todos los tuyos morirán —escupía por su boca, a la vez que agitaba el gran alfanje en el aire.

Nikos intentaba escapar, pero no podía; y en el último momento, cuando ya se veía partido en dos por aquella hoja gigantesca, un hombre se interpuso entre él y la espada.

—No tengas miedo. Ahora, no, Nikolaos. Yo te salvaré —susurró muy cerca de su cara. Nikos notó el olor de la colonia de su padre y supo que era él. Había venido a ayudarlo, a salvarlo del monstruo como hacía siempre. Como le salvaba de niño de aquellos monstruos terribles que poblaban su imaginación infantil. En sus oídos sonaba el eco de su voz, los recuerdos de su pasado:

»No tengas miedo, Nikolaos. Todo esto no existe, solo está en tu imaginación, hijo. Ahora debes dormir. No tengas miedo, yo estaré siempre a tu lado —decía la voz segura y fuerte de su padre, y él se sintió feliz otra vez y a salvo entre sus fuertes brazos.

La tarde ya cubría con un cielo rojo la capital otomana. El bullicio de la gran urbe parecía muy lejano en aquella zona rural, donde la mansión solariega era ahora vigilada por varios de los agentes franceses. Armand Dupuy consultaba su reloj y fruncía el ceño. Tolga no estaba allí. Eso alteraba un poco sus planes, pero la intervención no se iba a suspender. Aunque el traficante no estuviese en su mansión, el grupo de agentes entraría en ella y se

haría con todo el material de interés que guardara el criminal. Todo había sido planificado con precisión militar. El asalto era inminente y los hombres de la DGSE se preparaban para actuar.

—Yo también quiero ir —susurró una mujer al lado de Armand.

El jefe de los agentes la miró y no contestó nada. Entendía muy bien el estado de ánimo de Louise, pero no podía dejarla entrar allí, y menos con aquel sentimiento de culpa que sentía por haber tenido que abandonar al sabueso en el barco.

—Esta vez no, señora De Bériot. Todo a su tiempo. No fue tu culpa. Nada pudiste hacer para salvar a nuestro investigador. Si te hubieses quedado, habrías sido capturada con él y de nada nos serviría ahora. Esta será una intervención rápida. Entrar, anular a los guardias, registrar los documentos y ordenadores de Tolga, y salir. Algo muy expeditivo. Luego limpiarlo todo y desaparecer como la niebla de la noche.

—Pero debí sacarlo conmigo, querido Armand. ¿Le matarán? —preguntó Louise anhelante, sintiendo una culpa que no podía mitigar.

—No creo. Aunque no se puede afirmar con certeza. Lo probable es que el MIT le mantenga con vida. Encerrado en alguno de sus calabozos más secretos. En una de sus instalaciones de alta seguridad. Difícil de saber dónde, y de liberarlo. ¿Muerto? No..., no lo creo. Aunque..., quién sabe, ¿verdad? —terminó, sin despejar la duda que corroía el corazón de la agente.

Louise asintió con la cabeza, en silencio y enfundó su revólver. No iba a entrar esa vez. Solo sería una mera espectadora del asalto a la finca del traficante.

Armand hizo la señal convenida y su equipo se desplegó por el bosquecillo que rodeaba la mansión. Sus hombres la flanquearon por varios sitios, después de anular los sistemas de alarma. Los guardias fueron neutralizados en un instante. Todo eficaz, rápido y sin hacer ruido. El jefe del grupo entró después, por la puerta principal seguido del resto del equipo y de la señora De Bériot. Todo había salido a la perfección. Ahora debían buscar al sabueso, e intentar liberarlo.

La mente de Nikos se aclaraba de forma progresiva. El rostro serio de un tipo con bigote le observaba a su lado. Se encontraba en una camilla. No podía moverse, maniatado con sendos correajes en los brazos metálicos

laterales.

—*O zaten uyanık* (Ya está despierto) —afirmaba el tipo de la bata blanca, hablando en turco sin que Nikos fuese capaz de entenderle. A su lado estaba otro hombre, de aspecto sereno, con los modales de un funcionario y una autoridad que dominaba a todos los demás. El jefe de los agentes turcos sonreía, observando la recuperación del investigador.

—Señor francés, me alegro de que ya esté entre nosotros. Otra vez vuelve a ser como una escurridiza anguila. Se nos escapa entre los dedos —dijo, riéndose en silencio. Luego miró al médico seriamente y movió la cabeza. El doctor se acercó al sabueso y le inyectó otro fármaco en el brazo. Algo que le hizo despertarse del todo.

La claridad se abría camino en su confusa mente. La luz blanquecina del techo de aquel dispensario le molestaba. Las voces de sus captores se magnificaban, como si hablasen a través de trompetas estridentes. Durante algunos segundos siguió así, hasta que la realidad dominó su razón y pudo sentirse mejor.

—Usted otra vez —murmuró Nikos, sintiendo un dolor persistente en su cabeza.

—Nos volvemos a ver una y otra vez, señor francés —dijo Buğra y ordenó al médico que le soltara las muñecas de la camilla. Aquello le facilitó incorporarse un poco, y se frotó la nuca, apaciguando el fuerte dolor.

—¿Estoy detenido? —musitó Nikos.

—Siempre tan directo y falto de toda imaginación —interrumpió Buğra—. Usted merece estar detenido. Sus actividades en mi país así nos lo aconsejan. Espero que comparta esta opinión; la misma que aplicarían las autoridades francesas si se diera el caso contrario —razonó de forma pausada el jefe de los agentes.

Nikos intentó ponerse en pie, pero aún sentía cierto vértigo, así que se mantuvo sentado en la camilla, mostrando la mayor entereza posible.

»Ahora es nuestro invitado. Debemos retenerlo, señor francés, para que no nos cause más molestias. No podemos estar todo el día persiguiéndolo como perros detrás de una liebre. Usted debe comprender que no vamos a perder el tiempo así. Además, pronto se reunirá con su novia. Eso es posible que se produzca en breve. Así que le aconsejo que se mantenga tranquilo y en calma, por su bien y el de su prometida.

—No entiendo de qué sirve que yo esté encarcelado. Eso no nos ayuda..., para conseguir el ídolo —intentó jugar su única baza.

—El ídolo... Bonito intento, señor francés. Ya no es necesario. Esta vez seremos nosotros los que nos hagamos con el control de todo este desafortunado asunto. Nada va a trascender ya fuera de nuestras fronteras y todo aquel que ha intentado apropiarse de lo que no le pertenece, será castigado. Aunque... —se calló un instante, sonriendo y mirando al doctor, como si este supiera lo que iba a decir—. Es posible que a usted le liberemos. Todo dependerá de su ayuda, de lo que nos cuente y de lo sincero que sea con nosotros, señor francés. Si lo es, saldrá vivo de aquí, junto con su prometida. Si no lo es... Bueno..., ya no estará en mi mano poder ayudarle —terminó, dejando un halo de fatalidad y de fría violencia rozando la cara del investigador.

Nikos comprendió aquella amenaza y supo que debía escaparse lo antes posible. Debía actuar y ser rápido.

«Piensa Nikos, piensa» —se decía a sí mismo. Y de pronto cerró los ojos y se desplomó sobre el suelo de la consulta, como si hubiese sido fulminado por la ira del dios Minos.

El médico se aproximó con rapidez, pero no pudo cogerlo y evitar que cayera al suelo. El cuerpo se golpeó contra las frías baldosas, pero no con la contundencia que debía haber sido. Nikos sabía hacerse el muerto. No se iba a lesionar con aquella representación.

Buğra se acercó también al investigador. Dos enfermeros le subían a la camilla y le volvían a acomodar allí.

—Se ha desmayado de nuevo. Es posible que debido a las penurias y a todas las emociones que ha sufrido. Está muy débil aún. Si no le dejamos descansar, puede que lo perdamos —aseguró el médico ante los ojos disgustados del jefe de los agentes turcos.

—Debe despertarle otra vez —se quejó Buğra.

—Eso es muy desaconsejable; con el debido respeto, señor. Morirá si seguimos inyectándole el fármaco. Hay que dejarle descansar.

Buğra lo observó con detenimiento y asintió, molesto por aquel contratiempo. Luego se alejó del investigador y llamó a uno de sus ayudantes de mayor confianza, hablando en francés:

—Tolga no tiene la estatua. Tenemos un informe sobre su actual paradero —dijo el ayudante.

—Te escucho —susurró Buğra, sin moverse de allí, y también en perfecto francés.

—El mercenario holandés está en posesión del ídolo. Quiere negociar su

venta otra vez. Pide más dinero y ha traicionado a la familia Şahin. Esto está confirmado —le explicaba el agente a su jefe.

Buğra se quedó pensativo y volvió la cabeza para observar por última vez el cuerpo inerte del investigador. Pronunció algunas palabras en turco, hablando hacia donde estaba el doctor y salió de la habitación, junto con sus hombres.

El médico se quedó allí solo, vigilando al francés desmayado en la camilla. Colocaba los fármacos en una vitrina y preparaba alguna nueva medicación, concentrándose en su trabajo. Nikos movió los dedos sin hacer ruido y se incorporó muy despacio. Había fingido su desvanecimiento a la perfección y escuchado todo lo que habían hablado. Si podía neutralizar al médico y escabullirse de allí, todavía tendría tiempo para contactar con el equipo de Armand. Sabía que solo tendría una oportunidad, y la pensaba aprovechar.

Con precaución, descendió de la camilla. No deseaba hacer ruido ni desplazarla, o que las ruedas metálicas chirriasen y el médico se volviese en el último momento. Se bajó muy lentamente y deslizó sus pies por el suelo. Su mente estaba bien despierta y funcionaba con agilidad. Vio un pequeño microscopio a su lado y lo cogió sin hacer ruido. El médico seguía concentrado en sus cosas, de espaldas al investigador. Con mucho cuidado, envolvió el aparato en una toalla y se acercó deslizando los pies. Se quedó un instante detrás de él y apretó los dientes, tensando los músculos. Al moverse, escuchó un clic que provenía del mecanismo del microscopio. Sonó muy bajo, pero quizá fue audible para el doctor.

El médico lo escuchó y sintió la respiración apagada del francés detrás de él, pero no hizo nada. Cerró los ojos y se aprestó a resistir aquello. Su familia estaba en manos de aquel tipo detestable, del jefe de los agentes secretos. Debía obedecer todo lo que le había indicado antes de entrar en la habitación. Esperaba que fuera rápido y que no fuese fatal. Lo esperaba asustado...

El golpe fue seco, pero controlado. Nikos descargó el aparato envuelto en la toalla contra la nuca del médico. No deseaba matarlo, solo dejarlo inconsciente.

«Sigue vivo» —pensó al comprobar el pulso del hombre, y respiró aliviado. Ahora debía salir de allí, pero no sabía si alguien vigilaba la puerta.

La abrió lentamente y se asomó con cuidado. El pasillo parecía vacío. En sus dos extremos más alejados si se veían las siluetas de los guardias. Con casi toda seguridad debían custodiar aquel tramo de la instalación. Cerca no

había nadie más. Debía improvisar.

Se limpió con un poco de agua la cara y le quitó la bata al doctor y las gafas que tenía en el bolsillo de la misma. Se enfundó la prenda y con las gafas puestas, salió decidido al pasillo, llevando en sus manos un gran matraz lleno de un líquido ambarino. Pensó en una muestra de orina y sonrió. La puerta de los aseos estaba a su altura en medio del corredor. Era la única salida. Debía intentar escapar por allí.

Era muy posible que existiese una trampilla o una ventana, y debía comprobarlo. Además, era la única puerta accesible; los dos extremos del pasillo seguían bloqueados por los guardias. No tenía otra opción.

Los servicios estaban vacíos. Entró despacio, agachándose para mirar por debajo de cada puerta. Debía comprobar que no había nadie allí. Estaba solo y eso le hizo respirar más tranquilo. Una pequeña ventana iluminaba todo el espacio. Dejó el matraz, echando una última mirada a su contenido con cierta repugnancia y se acercó al cristal. La hoja se movió con facilidad. Por fuera, solo unos barrotes impedían que saliese por allí, pero no parecían muy sólidos. El edificio era muy viejo, tanto que todo estaba defectuoso y en muy mal estado de conservación. Solo tuvo que hacer fuerza para que la estructura de hierro se aflojase de la pared. Un último esfuerzo y al final cedió.

Soltó los barrotes y los dejó con cuidado dentro del aseo. Ya tenía vía libre para escapar. La fachada no daba al exterior; formaba parte de un pequeño patio interior, un respiradero para evacuar el aire de los pisos inferiores y dejar que la luz del sol atravesase los muros de aquellas lóbregas habitaciones.

Un viejo canalón pasaba cerca de la ventana y no le sería difícil agarrarse a él para descender hasta el fondo del patio.

«Todo ha sido muy fácil, tremendamente fácil» —meditaba, y eso de pronto le encendió una chispa diminuta en su cerebro de sabueso. Pero no lo pensó más. Se agarró al tubo de chapa y empezó a descender, intentando aferrarse a la pared con la punta de sus pies. Solo eran dos pisos, pero las fuerzas del investigador estaban muy mermadas. Tuvo que sujetarse en un par de ocasiones para no precipitarse al vacío y estamparse contra el cemento del patio. Al final, logró llegar abajo, y respiró aliviado. Aquello le había fatigado mucho y consumido el poco vigor que aún le quedaba.

«Venga Nikos, venga. Tienes que seguir» —intentó reponerse, respirando con avidez.

Una escalera parecía descender hacia un sótano. No había otra salida. La

luz del sol se perdía mucho más arriba. Miró por última vez hacia las nubes y se internó por el túnel, dejando que su vista se adaptase a la tenue luz de las lámparas de emergencia, que indicaban el camino en aquellas profundidades.

Al final de la escalera no había nadie. Todo estaba en silencio, como si aquella parte del viejo edificio estuviese abandonada. Se veía una habitación lateral con la puerta entreabierta. La empujó y las bisagras rechinaron un poco. Era un almacén donde se guardaban objetos de mantenimiento, y herramientas. Sin duda, un espacio solo frecuentado por el personal de servicio o los técnicos que se dedicaban a reparar la fontanería o la electricidad de aquel vetusto complejo.

Había una linterna en medio de todo aquel variopinto barullo de artilugios. Pulsó el botón, pero el artefacto no funcionó. La sacudió varias veces, y un brillante foco iluminó la pared del fondo del almacén. Ya tenía luz. Eso había sido una suerte. Ahora podría seguir por aquel sótano y buscar una salida a la calle.

El pasadizo era largo y estrecho. Continuaba muchos metros, internándose en aquel húmedo mundo subterráneo. Nikos iba tanteando el suelo con cuidado. El agua encharcaba todo, aumentando de nivel de forma gradual. Pronto le cubriría los tobillos y aquel túnel se convertiría en un arroyo de agua salada.

El investigador progresaba con dificultad, enfocando con su linterna las paredes de ladrillo, que estaban allí desde época romana. No sabía a dónde le conduciría el túnel. Percibía una corriente de aire fría que le indicaba la dirección a seguir. Al fondo podía ver un resplandor, una tenue luz que iba en aumento. Su mente repasaba una y otra vez todo lo sucedido. Era seguro, ya no tenía duda de que los turcos le habían dejado escapar. Aquella estratagema era demasiado evidente para él, pero no podía hacer nada al respecto. Intentaría despistarlos y perderse entre el tumulto de turistas, y luego buscar a sus amigos franceses de la DGSE.

Al final del pasadizo se podía ver una entrada de luz desde una abertura en la pared, por encima de su cabeza. Debía intentar llegar allí y salir por esa oscuridad. Podía no existir otro acceso al exterior o perderse en aquel laberinto de aguas subterráneas.

Saltó varias veces, pero no conseguía llegar hasta el borde de la pequeña repisa. Todos sus esfuerzos eran vanos, rozándose las manos con aquella piedra áspera que se deshacía entre sus dedos. Solo necesitaba un apoyo, un punto donde alzarse para alcanzar la cornisa. Miró a todos lados, pero no vio

nada que pudiese utilizar. El estrecho túnel estaba anegado de agua, y no llevaba nada encima para utilizarlo como peldaño o palanca. Un palo, un trozo de hierro, cualquier cosa le habría servido, pero no tenía nada allí.

«Piensa Nikos, piensa» —se decía.

Y entonces se dio cuenta de la linterna. Era un cilindro de metal bastante resistente. Quizá fuese un buen punto de apoyo para poner el pie y llegar al borde de la abertura. Debía encajarla en alguna grieta, y así lo hizo. Empotró la linterna en una pequeña cavidad a la altura de su cintura y la golpeó un poco con uno de los cantos rodados desprendidos de la pared.

»Me he quedado sin luz. Ahora o nunca —murmuró, y se subió sobre la linterna, que se dobló un poco aguantando su peso. Estiró un brazo y se agarró a la cornisa, haciendo fuerza para llegar arriba. Fue todo muy justo y la linterna se partió en el último segundo, cayendo al agua. Un instante más y no lo habría conseguido.

La abertura era una reducida oquedad que daba a una ventana enrejada. Eso le pareció al sabueso con un primer vistazo. Al acercarse y ver ya el exterior, resultó que no era así. Se trataba de una pequeña puerta que había sido bloqueada mediante una pesada reja de hierro. La cerradura estaba oxidada por la humedad y el paso de los años. No aguantó mucho las patadas del investigador. Dos fueron suficientes para reventar el cerrojo y permitirle salir por fin al exterior.

La calle estaba en un ligero desnivel. Había salido por una puerta a más de dos metros de altura, practicada sobre un muro que rodeaba toda la antigua construcción romana. Nikos descendió con cuidado por la pared, escalando con dificultad por los desechos ladrillos. Cuando llegó a la acera se dio cuenta de que se encontraba en una zona ajardinada, con vehículos aparcados y dos autocares de turistas vacíos, esperando allí para recoger a sus ocupantes. No sabía muy bien dónde se encontraba. Necesitaba pensar rápido y ubicarse. Era seguro que los agentes turcos le estuviesen observando en ese mismo instante, como si fuese un conejillo de indias en un laboratorio, y esa sensación no le gustaba. Se apartó de la pared y miró hacia arriba: Un edificio de color rosa se erigía sobre aquella enorme mole de ladrillo. ¿Dónde estaba?, se preguntaba, y uno de los viandantes que paró, le aclaró aquella pregunta en el acto.

—*Sphendone. You're in the hippodrome. Are you lost? Is something the matter?* (Sphendone. Está en el hipódromo. ¿Está perdido? ¿Sucedo algo?) — preguntó a su vez, muy amable, el rubicundo turista inglés que acompañaba a

su pequeño grupo de compatriotas.

Nikos negó con la cabeza. Debía tener un aspecto terrible, lleno de polvo y de mugre, después de haberse arrastrado por aquellos húmedos túneles. Era normal que aquel turista se diese cuenta y se preguntase si aquel tipo había sido robado o necesitaba su ayuda. Pero Nikos le tranquilizó y le dio las gracias. Ahora recordaba aquel lugar. Estaba cerca del puerto y del puente que cruzaba hasta la zona asiática de Estambul. Debía acceder a un lugar más abarrotado de turistas, donde el tumulto le facilitara perder a sus vigilantes guardianes. Sabía que desde el hipódromo romano le sería fácil llegar al centro de aquella zona de Sultanahmet. Allí se perdería entre los tenderetes y el tremendo barullo de turistas.

Miró la vieja pared de ladrillo que construyeron aquellos antiguos bizantinos, y se dirigió a la Mezquita Azul. El lugar estaría atestado de turistas.

Intentaba decidir rápido. Podía perder a los agentes turcos en el Gran Bazar. Aquel mercado colorido y laberíntico sería una buena opción. Entrar en alguno de los establecimientos y despistarlos por alguna salida lateral. Pero era arriesgado, el sitio se podía transformar en una ratonera por sí solo. O dirigirse al muelle, a la zona de los transbordadores, para aprovechar el tumulto del embarque y despistarlos así. Dudaba, mientras se mezclaba entre toda aquella gente ansiosa por ver las maravillas de la bella mezquita otomana.

An aerial, black and white photograph of a tropical resort. In the upper right, a large, multi-story building with a tiled roof is visible. Below it is a swimming pool. To the left, a small airplane is parked on a tarmac. The resort is surrounded by dense tropical vegetation and a rocky coastline. The text 'CAPÍTULO 15' is overlaid in the center of the image.

CAPÍTULO 15

3 DÍAS

Ya expiraba el plazo que el traficante griego le había impuesto para conseguir el Corazón de Minos. Nikos pensaba en el poco tiempo que le quedaba. Solo tres días, y su prometida sería un cadáver, un cuerpo sin nombre arrojado a alguna fosa, o al mar; para comida de los peces del Bósforo. Eso le hizo sentir angustia y una opresión que no lograba contener. No conseguía distinguir a sus perseguidores, pero estaba seguro de que entre aquel tumulto de turistas, estaban disimulados los agentes turcos. No se sentía seguro allí, y al final había decidido llegar a la zona de los ferris, y quizá pasar a la parte asiática, para despistarlos del todo. El siguiente paso sería encontrar a Armand o conseguir salir del país. Eso parecía ahora complicado para él.

El caos de Estambul le iba a facilitar todo lo que planeaba. Sonreía resignado, al darse cuenta de que la ciudad al final venía en su ayuda. No era tan difícil perderse, y miraba hacia todos lados de forma discreta, para intentar descubrir a los agentes del MIT. La ingente mezcla de todo tipo de visitantes se amontonaba por todas partes. No existía orden en aquella marea humana. Las calles se fundían con todos ellos, sin aceras, o zonas de tránsito definidas. Sin pasos de peatones, donde todo el mundo atravesaba sin respetar nada. Los coches no frenaban entre la gente que los rebasaba a su lado. Motocicletas de reparto por las aceras, en un caos total de peatones y vehículos.

Nikos se fijó en cómo un mendigo empujaba un carrito frente al tranvía. El indignado conductor no cesaba de hacer sonar su bocina, una y otra vez. El pobre diablo no se inmutó, y despacio, atravesó por delante del tranvía, sin que tampoco este frenara del todo, hasta que lo rozó sin ningún cuidado. Aquello era Estambul en estado puro, la ciudad caótica y llena de vida que Nikos deseaba encontrar ahora.

El investigador casi había llegado a la zona de los muelles. Una horda de vendedores salía a su paso; un enjambre que no cesaba de atosigarle, con la exquisita educación propia de los turcos. Gente amable, que siempre se dirigía a él con respeto, pero en un número cada vez más creciente. Nikos apretó el paso y ya descubrió por delante la zona de transbordadores, donde el muelle se abría sobre el estrecho del Bósforo. Ahora debía pensar en cómo esquivar

a los supuestos perseguidores que no veía, y que no sabía con certeza dónde estaban.

Un grupo de pescadores lanzaban sus cañas, entretenidos con su actividad matinal. El investigador se aproximó hacia allí, viendo los ferris cercanos. Se había agenciado una gorra y parado en un puestecillo de comida. Devoraba con apetito un bocadillo de caballa, sentado en un banco en aquel muelle de Eminönü. Se levantó y se apoyó en la barandilla, dando fingidas muestras de despreocupación. Estaba al lado de los pescadores, observando cómo los barcos pasaban navegando, atravesando despacio el Cuerno de Oro. El puente de Gálata se distinguía muy bien y era una imagen muy bella con aquellas luces del atardecer. Ese era un buen momento para intentar perderse entre los ferris.

Nikos se desperezó un poco y respiró profundamente.

«Ahora es mi oportunidad» —pensó y se acercó a la zona de embarque.

Los buques estaban embarcando a su pasaje. Un tumulto de colas, de turistas ansiosos y de agobios, se mezclaba con la actividad normal del muelle en aquellas horas de la tarde. Nikos intentaba meterse dentro de aquel torrente de visitantes que deseaban cruzar el estrecho. Un mendigo le abordó con cierto desparpajo. Un tipo más bajo que él, que arrastraba las piernas y se apoyaba en una muleta de forma lastimosa. Hablaba en un francés rasgado por su acento turco y por las palabras que alternaba en su idioma. El investigador le reconoció, era el hombre que había cruzado frente al tranvía hacía un rato. Apenas le entendió. Aquel tipo inoportuno había llegado en el peor de los momentos. Su fijación con él parecía enfermiza, anormal, habiendo a su alrededor decenas de orondos turistas con sus camisas floreadas y sus caras risueñas. Él era la persona menos atractiva, por su aspecto con el ceño fruncido y su expresión de pocos amigos, que habría echado para atrás a los más animosos de los pedigüños del puerto. Pero en este caso no era así. El pobre tullido le agarraba por el brazo, tirando de su manga, susurrando palabras y haciendo extrañas muecas en su cara surcada de cicatrices.

Nikos percibió algo distinto, algo que recordaba de forma vaga. Un olor familiar. Una fragancia que no esperaba encontrar al aproximarse a aquel mugriento ser. Incluso había fruncido la nariz esperando el habitual tufo de alcohol y suciedad, pero no fue así. Un sutil perfume de rosas le inundó y se apartó un segundo, para mirar al mendigo con más atención. El viejo le guiñó un ojo y sonrió, mostrando unos dientes blancos como perlas del golfo pérsico.

—¿Qué pasa aquí? —protestó el sabueso, contrariado y sin saber qué pensar.

—No me deje sin cenar. Americanos generosos. Yo quiero América. Coca-cola. Estatua de la Libertad —balbuceaba el mendigo, tirando de su manga.

Nikos se soltó, molesto, mirando a su vez para todos lados. ¿Qué era aquello? ¿Tenía que ver con los turcos? Dudaba, sin entenderlo.

»Sígueme querido —susurró el viejo, acercándose un instante a su cara.

Nikos se dio cuenta, bajo aquellas ropas y esa cojera lastimosa, se encontraba alguien que conocía. La dama de la mansión belga, aquella atrevida agente de la DGSE, estaba allí a su lado y ni el mismísimo rey Minos habría podido reconocerla.

»Sígueme, te están vigilando. Haz que me das una limosna y luego sígueme la corriente —añadió.

Nikos la miró unos segundos más y luego asintió de forma imperceptible.

El mendigo estiró la mano, suplicante, y el investigador depositó en ella varias monedas. El pobre hombre las miró con detenimiento; y se las acercó más a la cara, hasta que sus débiles ojos fueran capaces de saber el valor de las mismas. Luego se quedó muy sorprendido y empezó a proferir improperios en turco y en inglés, como si el demonio se hubiese colado en su escuálido cuerpo. Aquel escándalo fue en aumento, empujando dentro del mismo a Nikos.

El mendigo gritaba enfadado debido al insulto, a la miserable dádiva que aquel engreído y prepotente turista le había dado. Aquello era una humillación, un agravio contra él y contra todo su pueblo. Así lo exclamaba, levantando su muleta y recordando sus campañas en el ejército, su valor y sus heridas por las que ahora se veía arrastrado a aquella miserable vida. Pero eso no había disminuido su orgullo, y ahora ese extranjero lo había mancillado, insultándole a él y a todo lo que representaba.

El tumulto se había convertido en una auténtica algarada callejera. Los empujones se sucedían, involucrando a otros turistas y viandantes que ocupaban el espacio de la zona de embarque. Algunos se habían enzarzado en una pelea, y los golpes y puñetazos habían seguido a los insultos y las quejas. Hasta los encargados de la admisión de pasajeros se habían visto afectados y nadie era capaz de distinguir nada en aquel sitio, entre gritos y empujones.

Una mano fuerte tiró del sabueso. El mendigo se disolvió dentro del tumulto, evaporado como si fuese un fantasma del puerto, que después de cumplir su cometido hubiese vuelto al mundo de los muertos. La mano había

sacado a Nikos del tumulto, llevándolo a través de él a una zona cercana al exterior del edificio de embarque. Un sitio apartado y ciego fuera de cualquier mirada indiscreta. Grigore estaba allí.

—Rápido compañero. Ponte mi chaqueta, las gafas y esta carpeta —le apremió, intercambiando su ropa con la de Nikos—. Sigue a la chica de azul —concluyó y después se separó de él, disfrazado con su ropa, como si fuese el propio Nikos Thalassi.

Grigore salió de aquel barullo que ya remitía, para seguir con su paseo por la zona portuaria.

Nikos miró por encima de las cabezas y vio a una mujer con una blusa blanca y una falda azul que parecía de la compañía de ferris. Le indicaba con la mano para que se acercase. El investigador salió de allí, vestido como uno de tantos dentro del personal del puerto. Llevaba una carpeta con la que se cubría un poco la cara. Además, las gafas disimulaban muy bien su aspecto, siendo imposible de reconocer para nadie.

Siguió a la mujer hasta una zona más alejada, y la señora De Bériot le saludó de nuevo, vestida de aquella forma más atractiva.

—Espero, mi querido amigo, que la blusa y esta falda me favorezcan más que ese infame atuendo de mendigo —dijo sonriente y un poco coqueta. Nikos asintió, y se dejó besar en la mejilla—. Ahora nos vamos de aquí. Armand ya nos espera —repuso, llevándole hasta un vehículo que permanecía esperando en una zona apartada.

El coche arrancó y el rostro serio del jefe de los agentes franceses, su amigo el supuesto marchante, se giró para observarle.

—Señor Thalassi, una vez más te sacamos de un apuro —sonrió.

—Me drogaste —le interrumpió.

—Bueno..., eso es cierto. No lo niego. Pero fue necesario. Nunca habrías querido salir de Turquía. No tuvimos más remedio. Debes perdonarme —se disculpó, sin dejar de mirar a la carretera—. Ahora volveremos al centro de control. Creo que tenemos algo que te puede interesar, te lo aseguro.

—Espero que sí —contestó todavía molesto—. Gracias por sacarme del atolladero —añadió, mirando los ojos de Armand que se reflejaban en el espejo retrovisor—. Pero si me vuelves a drogar, te dispararé en la cabeza con el 38 de Louise —aseguró muy serio, con un tono de voz que no admitía ninguna broma.

La señora De Bériot sonrió al escucharlo. Sentía afecto por aquel tipo tan soso, pero firme y duro como el pedernal. Armand sonrió, y movió los

hombros para admitir su culpa.

—Todo por la República, amigo mío —bromeó y el vehículo aceleró, recordándole a Nikos por qué destestaba acompañar a su amigo dentro de su coche deportivo.

Ya de noche llegaron al aparcamiento del centro de control encubierto de la DGSE. Los tres ocupantes descendieron las dos plantas hasta entrar en las instalaciones secretas. El personal estaba muy activo en aquel momento. Todos los monitores mostraban imágenes y listados de datos que aparecían de forma constante.

»El ídolo nunca salió de Turquía. Siempre ha estado aquí, delante de nuestras narices. El holandés no pudo sacarlo del país, y ni el propio Tolga fue capaz de encontrarlo. Todos lo querían: el traficante lo quería, incluso creemos que otros grupos estaban detrás de él, pero ninguno pudo encontrar al escurridizo mercenario. Hasta que al final, la gente del MIT, con Buğra Alkan en cabeza..., creo que has tenido el placer de conocerlo en varias ocasiones —apuntó, mirando de forma suspicaz al investigador—. Le cercaron de tal forma, que estuvieron a punto de atraparlo y el tipo se asustó..., y consiguió escapar a Rodas. Allí está ahora. Mira, acércate conmigo —le indicó.

En una gran pantalla se podía ver una toma aérea. Una imagen de visión nocturna proveniente de algún aparato que estuviese sobrevolando la zona. La nitidez era muy buena y se distinguía una casa de campo, una finca en un pueblo o a las afueras de este. Se apreciaban también muchas personas armadas, que la imagen decodificaba como manchas más luminosas. Las siluetas de los fusiles se veían con claridad. El juego de sombras y luces, y los brillos de la iluminación que parecía proteger el perímetro de aquella finca, daban la certeza de que se trataba de un lugar aislado y dotado de una defensa armada poco usual.

Nikos miró a su amigo sin entender qué estaba pasando.

»Es Rodas. El satélite está enviando la imagen y el sistema de interpretación computerizado nos está consiguiendo una resolución suficiente para dirigir el asalto.

—¿El asalto? —preguntó Nikos, acercándose más a la pantalla, con curiosidad.

—Pronto el ídolo será nuestro —añadió Louise, que estaba también a su lado.

Un grupo de sombras se acercaba deprisa hasta la zona iluminada de la casa. Se vieron los destellos y fogonazos de las armas de fuego, y cómo las

figuras de los defensores iban cayendo por los disparos de los atacantes.

—Nuestro equipo ya está dentro —murmuró Armand.

—¿De quién es la casa? —preguntó el sabueso.

—No estamos seguros. Es probable que de algún potentado de la zona. No es seguro. Se trata de una finca agrícola, perdida en lo más recóndito de la isla. Lo que sí sabemos es que el holandés está ahí..., y el ídolo también —afirmó, dejando a Nikos con la boca abierta, mientras seguía viendo el ataque del grupo de soldados de élite, contra aquella granja en las apartadas tierras de Rodas.

El comunicador que Armand llevaba en la oreja le indicó el resultado del asalto. Asintió con la cabeza y respondió a lo que le estaban diciendo. Luego se volvió hacia ellos dos.

»Todo ha terminado. Ha sido más fácil de lo esperado. El holandés ha sido abatido y la casa asegurada.

—¿Y el Corazón del Minotauro? —preguntó ansioso el investigador.

Armand sonrió, alargando aquel momento.

—Está en nuestro poder.

—¡Sí! —exclamó Nikos, dejándose llevar unos segundos—. Entonces Angélique será liberada —afirmó sonriente.

—Lo llevaremos a Francia —le interrumpió Armand, dejando a Nikos sin respiración.

—Pero no podemos hacer eso. Lo necesito para rescatar a Angélique. Debes comprenderlo..., me lo prometiste —protestó, sorprendido por la respuesta del que consideraba su amigo.

—Son órdenes, señor Thalassi. No está en mi mano. El ídolo y el rubí deben ir a Francia. No hay discusión —repitió, dejando a Nikos desolado, y visiblemente decepcionado por la actitud de aquel hombre al que había empezado a apreciar.

El ídolo del rey Minos había sido encontrado y la noticia no se podía mantener en secreto. Volaba con la brisa del mar, rozando las islas del Egeo y deslizándose entre los montes y valles.

En Creta, un hombre poderoso se deleitaba concentrado en sus estudios antiguos. Susurraba algunas palabras incomprensibles en un idioma olvidado, hermético y sagrado. En sus manos sujetaba una tablilla de arcilla, llena de

extraños grabados con formas de caras y animales, de símbolos retorcidos y letras raras.

Idamante Papadopoulos recitaba en alto una invocación religiosa. Levantaba la tablilla y leía el texto jeroglífico, interpretando los símbolos según las enseñanzas de sus antecesores. Era un creyente, un devoto seguidor de la Diosa Madre y del Minotauro. Dedicaba su vida a servir los preceptos del Labrys, el hacha sagrada que representaba la dualidad, el antes y el después, la muerte y el renacer. El misterio que intentaba desentrañar dentro de lo más profundo del laberinto.

Aquella tablilla había sido encontrada en el sur de su isla. Los Guardianes del Labrys conocían muy bien las cuevas sagradas y los antiguos santuarios, donde los primeros minoicos habían realizado sacrificios humanos en honor de su diosa. La Madre Tierra, la Madre Viento y Sol, el amanecer y la noche, ella era la eternidad y el futuro de los hombres.

Recitaba la tablilla escrita en un antiguo lenguaje al que los arqueólogos habían llamado: “Lineal A”. Según las investigaciones más modernas, aún no tenía traducción. ¿Pero, qué sabían ellos? ¿Eran acaso los descendientes de los antiguos hombres? ¿Eran ellos los guardianes de su sabiduría? No lo eran. Solo los Guardianes del Labrys eran los poseedores del saber sagrado, y los únicos capaces de descifrar las palabras mágicas del pasado escritas en las tablillas de barro, o en los desaparecidos papiros.

Idamante se acercó a la mesa que ocupaba la parte central de aquel lujoso salón. El viento atravesaba el largo balcón de piedra de su palacio. El interior del edificio parecía extraído del pasado, arrancado de la tierra, como si una fuerza divina lo hubiese traído desde los orígenes de aquel imperio minoico hasta la actualidad. El magnate había recreado en aquel enorme edificio todo el esplendor del arte perdido. El salón estaba enteramente decorado con pinturas al fresco. Se veían bellas imágenes con formas estilizadas de bailarinas saltando sobre toros, delfines azules que surgían del agua al igual que las olas rizadas, o la representación de una procesión de jóvenes adorando a la divinidad. Las suaves cortinas de lino se agitaban con el viento, descubriendo las columnas de piedra de la terraza. Los colores eran chillones, casi estridentes. Azules intensos en las paredes, delimitadas por líneas y espirales, y signos en forma de tridentes y de hachas dobles. Las columnas parecían bocanadas de fuego, pintadas de rojo fuerte.

Idamante dejó la tablilla sobre el escritorio y rozó con los dedos la cabeza de una bella figura de marfil. Un ágil acróbata decoraba el centro de la mesa.

El líder de los Guardianes sonrió al pensar en la misma figura que permanecía expuesta en el museo de Heraklion, a pocos kilómetros de allí. Su artista había sido muy preciso, y ningún turista estúpido, ni siquiera los conservadores del museo serían capaces de distinguir la copia del original. Con ese pensamiento taimado recogió un papiro de la mesa y salió a la terraza. El sol era agradable y caldeaba el ambiente. Desenrolló el viejo documento y sujetó el nódulo de arcilla que colgaba del mismo. Había sido descubierto hacía pocos días en una de las recientes excavaciones. Él lo tenía ahora en su poder. No debía caer en otras manos que no fueran las de los devotos servidores de su dios.

Su asistente personal salió también a la terraza. Idamante levantó la vista del rollo y le miró con aspecto distraído.

—Una llamada importante —comunicó el secretario, y se retiró agachando la cabeza con total sumisión.

—El ídolo ha sido encontrado. El holandés lo tenía oculto en Rodas —afirmaba la voz a través del teléfono.

—¿Quién lo tiene ahora? —preguntó Idamante, sin permitir más explicaciones.

—Está en manos de los franceses. Es del todo probable que ya esté viajando a Francia.

—Debemos recuperarlo ahora. Es nuestra prioridad, no creo que deba recordarlo —añadió el caudillo de la secta, con un tono que no admitía ninguna réplica.

—Lo entiendo, señor. Y con su permiso, me atrevo a señalar que no será posible hasta que la estatua llegue a territorio francés. En este momento las medidas de seguridad son extraordinarias y la figura es escoltada y está muy protegida. Imposible de asaltar el envío y obtenerla durante el transporte. Un avión militar francés la está llevando hasta Europa —intentó justificar con cierto temor, su interlocutor.

—En Francia... —murmuró su jefe, sorprendiendo al secuaz que le escuchaba. Esperaba una explosión de ira. Idamante no era un hombre al que se pudiese contradecir con facilidad, pero en ese momento parecía sumido en sus pensamientos, como si su mente se escapara de allí meditando sus planes futuros—. Debemos conseguirlo en Francia. Así es..., espera mis órdenes —concluyó.

Realmente no era un contratiempo. Todo lo había previsto y por ello seguía manteniendo su estrategia original. Sabía que la figura aparecería antes o después, y que la codicia de los hombres la harían saltar de unas manos a

otras. Aquella pequeña representación de su dios, con su enorme rubí de sangre, sería codiciada. Por ella matarían todos, pero al final; solo él, el valedor del propio Minos, sería su depositario. Solo él era digno para guardarla, y el Corazón de Minos le daría la fuerza suficiente para que el dormido imperio minoico volviese a ser fuerte y recuperara aquellas tierras conquistadas por los griegos.

«En Francia, pues. Allí será mía» —decidió y siguió leyendo las antiguas palabras que mostraba el papiro.

Nikos había vuelto a su hotel. Se encontraba sorprendido porque nadie desease ya atraparlo, o por lo menos, eso era lo que le había asegurado Armand. En breve saldrían del país, para volver a Francia. Su misión allí había concluido y tan solo el pensamiento de Angélique en manos de sus captores, le remordía por dentro. El ídolo ya volaba hacia Europa, eso era inalterable. Su joven prometida seguía atrapada en algún lugar de Creta, donde sus captores estaban escondidos y muy protegidos. Y solo la entrega de aquella maldita estatua podía liberarla.

—No tenemos ya tiempo, Armand. Es necesario que actuemos o no podremos rescatar con vida a Angélique —dijo con seriedad, ante la mirada complaciente del jefe de los agentes franceses.

Tanto él como la señora De Bériot, se encontraban a su lado, mientras el investigador recogía sus pertenencias para acompañarlos. Las palabras de Nikos no le sorprendieron.

—Lo comprendo, mi buen amigo; pero no estaba en mi mano disponer de la reliquia para hacer un trato con ese traficante griego. Aunque todo se puede arreglar en París, te lo aseguro. Debes confiar en nosotros, señor Thalassi, no vamos a fallarte —aseguró Armand, intentando calmar al investigador.

—Se acaba el día y solo nos quedan dos para que se cumpla el plazo. ¿Cómo lo vamos a lograr? Angélique sigue en Creta y nosotros volvemos a Francia. Tan lejos de ella y de su liberación. Y no tengo nada para canjear su vida ¡Nada, Armand! Solo estas manos vacías —exclamaba, mostrando las palmas con evidente ansiedad y preocupación.

La señora De Bériot le miraba compasiva, entendía lo que sentía aquel hombre. Esperaba que Armand supiese bien lo que hacía. Era muy peligroso jugar con aquel traficante. Estaba loco, era un delincuente muy sanguinario y

no tenía ningún escrúpulo. El hecho de matar o torturar a una mujer más no suponía nada para él.

—En París negociaremos con Papadopoulos —advirtió Louise, sin mucha convicción.

—¿Con qué lo haremos? Si es que Angélique sigue viva para ese momento —respondió Nikos sin bajar el tono de su voz.

—Tranquilízate, señor Thalassi. El griego desea la estatua y no hará daño a la joven Angélique, hasta que no la tenga en sus manos. Todo está previsto, pero no puedo contarte nada. Aún no —fue implacable Armand, sin demostrar ninguna emoción en su mirada.

Nikos le observó, callándose de golpe.

—Espero que tengas razón... —susurró, y se dio la vuelta para cerrar la maleta y recoger algunos objetos de la cama— ¿Cómo saldremos? —preguntó, algo desconcertado también por el extraño cambio en la actitud del servicio secreto turco.

—Todo está solucionado. Un avión militar nos recogerá en el aeropuerto.

El investigador levantó la cabeza y su gesto demostró el desconcierto que experimentaba por aquellas palabras.

»Un enorme A400M Atlas viene desde la base americana de Incirlik. Los turcos se han mostrado muy amables, la verdad; y han permitido que uno de nuestros trasportes repostara en la base y nos recogiera en el aeropuerto de Estambul. Luego directos a la base aérea de Orléans-Bricy, y enseguida a París —explicó Armand, con evidente satisfacción.

—Pero... ¿ya está? ¿Nos dejan salir sin tener el ídolo, sin capturarme a mí? —volvió a preguntar con desconfianza.

Buğra Alkan esperaba en su despacho. Fumaba tranquilo sus largos cigarrillos, aspirando el humo y dejando que sus ojos siguiesen las volutas grises, mientras ascendían hasta el techo. Se escuchaban pasos apresurados en el pasillo y eso le hizo sonreír resignado.

La puerta se abrió de golpe y el rostro serio y formal de su asesor, el profesor de la universidad, le miró sin decir nada. Un grupo de agentes vestidos con el impecable traje oscuro del servicio secreto turco, entró detrás de él. El profesor se acercó a su mesa y Buğra apagó el cigarrillo en el cenicero de agua.

—Es el momento —dijo el asesor, indicando con la cabeza a sus hombres para que lo apresaran.

—Ha tardado mucho, profesor. Esperaba antes su visita. No hay nada como saber labrarse una carrera y poder escalar puestos sin que nadie sea un obstáculo —ironizó Buğra, cuando los agentes ya le esposaban las manos a la espalda.

—Has sido un traidor a tu país. Has traicionado todo lo que representamos y nos has puesto en una situación delicada con nuestros aliados extranjeros. Todo ha acabado ya, Buğra. Tu departamento ha sido depurado —repuso el profesor.

—Es todo tan relativo, mi buen profesor... Quién sabe qué es traición y qué no lo es.

—Tú eres un traidor y serás juzgado por ello —interrumpió el profesor.

—Y condenado ya de antemano, ¿verdad?

—Se hará justicia, Buğra —añadió con actitud de desprecio.

—¡Justicia! —repuso Buğra, pronunciando aquella palabra como si la escupiese en el suelo.

El profesor movió la cabeza y el grupo de agentes sacó al detenido del lujoso despacho. Ahora debía solucionar todo lo que había complicado aquel demente y criminal. Ya había aclarado las cosas con sus homólogos franceses, y en las altas esferas del MIT parecían satisfechos. Solo faltaba Tolga, ese fleco por cortar.

El profesor se sentó en el cómodo sillón y acercó uno de los cigarrillos de Buğra. Lo encendió y notó el sabor cálido del tabaco. Era agradable estar allí y sentir que había vuelto otra vez la ley y el orden al departamento de antigüedades... Y también percibir la caricia del poder que conllevaba aquel puesto.

Todo aquello pasaba en la gran metrópoli turca, un hervidero humano, tradicional y moderno, ajeno a los mezquinos deseos de los hombres.

Tolga cenaba tranquilo, acompañado por algunos de sus más leales ayudantes. Siempre elegía el mismo lugar. Si estaba en Estambul nunca dejaba de visitar el barrio de Beyoglu.

La medianoche caía y el traficante degustaba un buen número de ricos platos tradicionales, siendo generosa la mesa con licores y vinos. Afuera, la

calle peatonal de Istiklal estaba abarrotada de gente. Los vecinos y turistas se mezclaban en un río colorido de culturas. La música de los clubes nocturnos retumbaba en la calle, entre los comercios que aún seguían abiertos y los puestos callejeros de comida.

Un grupo de hombres se abría paso entre la multitud. Bajaban desde la plaza de Taksim, en la parte más alta del barrio. Allí se produjeron las pacíficas protestas ciudadanas del 2013, pero aquellos hombres no querían protestar esa noche. Se fundían entre la multitud; su mirada era torva y decidida, y seguían avanzando sin que nadie les detuviese.

El pequeño restaurante donde Tolga cenaba estaba muy animado. El gusto del local se decoraba con manteles blancos como la nieve y sencillas sillas de madera. Una enorme puerta acristalada se abría hacia la calle, permitiendo que el exterior se juntase con la sala del comedor. Tolga reía y bebía, sin darse cuenta de nada. Sus hombres se habían relajado. Al fin y al cabo, ¿quién se atrevería a hacerles daño a ellos, que eran los amos de todo el barrio?

El grupo llegó cerca de la entrada del bar. Tolga los vio entrar y se preguntó durante un segundo, quién podía querer cenar allí a esas horas en las que ya no cabía ni una aguja en el local. Pero no pudo deducir nada más. Los hombres que formaban aquel grupo de extraños sacaron sus armas, que ocultaban dentro de sus holgadas vestimentas. Ropas deportivas muy adecuadas para que los subfusiles cortos se disimularan con facilidad.

Tolga lo vio e intentó gritar. Sus hombres giraron en las sillas, derribando las botellas y tirando las cosas por el suelo. Pero ya fue muy tarde. Las armas de aquellos desconocidos empezaron a repartir fuego y destrucción. Ráfagas de proyectiles barrieron todo y a todos dentro del comedor. Los camareros y algunos de los clientes fueron alcanzados, y los hombres de Tolga intentaron responder con disparos de sus pistolas. Nada de aquello fue eficaz. La potencia de fuego de los extraños era muy superior y en algunos minutos no dejaron a nadie del grupo de Tolga con vida.

Cuando todo terminó y el sonido retumbante de las ametralladoras y el humo de los cañones se apagó; uno de ellos, el más joven y de aspecto ingenuo, se acercó al cuerpo de Tolga, que aún respiraba en su última agonía. Le miró un momento y sacó una pistola. Luego apuntó a la cabeza del traficante y disparó dos veces. Tolga murió allí como un perro, regando con su sangre los blancos manteles del restaurante.

Los sicarios huyeron con rapidez, y el tumulto y la alarma estallaron en toda la calle, y en los alrededores.

Kadir cortó la comunicación de su móvil. El asunto había sido liquidado a la perfección. No le gustaban los testigos. Solo quedaba Buğra. Eso le hacía sentirse aún vulnerable. Su topo infiltrado en el MIT había sido descubierto, y los esfuerzos que había realizado para conseguir el Corazón del Profeta seguían siendo infructuosos. Sabía que el ídolo estaba en Francia, custodiado por aquellos entrometidos de la DGSE. Ahora tendría que ser él mismo el que actuara. Si debía hacerlo en territorio francés, o en su capital, París, lo haría. El ídolo sería suyo. Ya no podía echarse atrás o dudar y sentir miedo. Su pueblo confiaba en él. Su gente le pedía ese sacrificio y estaría dispuesto a hacerlo. El Corazón del Profeta debía ser suyo.



CAPÍTULO 16

2 DÍAS

Los ojos de su padre estaban aún cerrados. La enfermera le había contado que se había despertado, y que preguntaba por él. Nikos se sentía aliviado y feliz. Esperaba al lado del viejo y le acariciaba la mano.

—Nikolaos, ¿eres tú, hijo? —murmuró Tassos, abriendo los ojos con esfuerzo y todavía fatigado para respirar bien.

—Sí, papa —susurró Nikos y le besó en la frente. La cara de su padre ardía. Tenía fiebre, pero estaba despierto y eso era una buena señal. El médico le había dicho que saldría de esta. El viejo era un cretense muy duro. Un reseo tronco de vid de aquellas tierras quemadas por el sol. No se había rendido y ahora estaba ya mejor. Saldría de aquella, como había salido de muchas otras en su azarosa vida.

Nikos adoraba a su padre, aunque no sabía cómo manifestarlo. No era muy bueno mostrando sus sentimientos o sus emociones, y su padre tampoco. Quizá esa era una seña de identidad de los Thalassi, se decía a sí mismo.

Tassos ya se incorporaba un poco y le miraba con una mezcla de alegría y de enfado.

—¿Dónde has estado, tarugo? No me digas que volviste a Bélgica. Esos belgas te han sorbido el seso. —Empezaba a ser otra vez el de siempre. El viejo cascarrabias que adoraba.

—No recuerdo ya cuándo fue la última vez que fui a Bélgica. Ya me habría gustado, papá, haber disfrutado de una Duvel, tranquilo en alguna plaza de Bruselas. Pero no ha sido así. He estado por esa isla del demonio donde dicen que un dios con cabeza de toro estuvo fastidiando mucho a toda la gente —bromeó sin apartar la mano de su padre.

—Creta... —suspiró el viejo, recordando el olor de los olivos y de las vides, y la brisa del mar Egeo al atardecer.

—Así es, y luego en Turquía, a la cual no volveré en una temporada..., por el momento —añadió, sin que su padre entendiese bien aquel comentario.

—No te preocupes por mí. Debes terminar lo que empezaste, Nikolaos. No permitas que ellos se salgan con la suya. Esta vez no —dijo Tassos, en un conato de lucidez.

El investigador le miró con la sonrisa llena de afecto y luego se dio la vuelta para contestar al teléfono, que vibraba en su bolsillo

—¡Duchamp! ¡Qué grata sorpresa! —exclamó, al reconocer la voz del viejo policía al otro lado del móvil.

—El mismo, amigo sabueso. Ya veo que su aventura por tierras de Oriente no le ha impedido volver a nuestro país. Me imagino que habrán sido azarosas, si no, no sería usted mismo —afirmó el policía, con su tono cordial e irónico habitual—. Ya se lo decía yo a Coloq, ¿Verdad Coloq? El señor Thalassi estará disfrutando de la hospitalidad turca, en el más amplio sentido de la palabra. Y ahora veo que ha vuelto a París, con algunas cosas pendientes aún por terminar. —Aquella alusión velada a la situación en la que se encontraba, le hizo pensar en lo bien informado que siempre estaba el viejo comisario. Duchamp nunca pasaba nada por alto y era muy difícil engañarle o mantenerlo al margen de cualquier asunto.

—Es cierto, comisario. Todo ha sido muy complicado; pero no ha salido tan mal como podía haber ocurrido. Aún así, no ha terminado, me temo... Debo concluir el asunto, y de forma satisfactoria. Y será aquí, en París. Eso ya es ineludible.

Duchamp le escuchaba y asentía al otro lado del teléfono.

—Por cierto, le debo transmitir los saludos de un conocido suyo. Alguien allegado a su familia, del que no creo que quiera volver a oír hablar —continuó contando el policía.

—No me imagino quién puede ser —respondió Nikos, paciente con los rodeos del comisario.

—Así es, amigo Thalassi. Tenemos en nuestras instalaciones a un conocido suyo. Un tipo un tanto siniestro..., que responde por Mihalis, si mi memoria no falla. Mala pieza. Poco aconsejable para encontrarlo en algún callejón de París por la noche. Le echamos el guante cuando pretendía hacer una visita de cortesía a su padre. Le cogimos con las manos en la masa, si me permite la expresión, ¿verdad?

»Coloq me hizo esa broma. Este Coloq no tiene remedio.

» El tal Mihalis es un bicho de cuidado, mal bicho me refiero. Le pillamos con muy malas intenciones en la habitación de su padre. Se nos coló vestido de médico. El agente de la puerta fue herido. Este tipo le dejó sin sentido. Pero no contaba con el viejo Duchamp. Eso no lo tuvo en cuenta esta sabandija. Un segundo agente, vestido de enfermero, estaba cerca y camuflado. Y le cazó al vuelo, como se caza a una cucaracha. Ahora está en el calabozo y come a la salud de los ciudadanos franceses —terminó de explicar.

—¡Mihalis! ¿Ha capturado a Mihalis? —solo supo repetir Nikos, al darse

cuenta del peligro que había corrido su padre. Ese asesino había intentado terminar lo que había empezado. Acabar con la vida del viejo por orden de su amo, el jefe de los Guardianes del Labrys. Por suerte lo habían detenido y no había podido hacerlo

«Maldito criminal —pensó el investigador—. Han estado muy cerca»

—Me alegro mucho de que su padre siga bien, amigo mío. Dele un abrazo de mi parte...

—Desde luego, comisario. Estoy en deuda con usted y ya sabe que siempre cumplo con lo que debo —aseguró Nikos.

—No lo dudo... No obstante, espero que tengamos una charla agradable. Nada de cosas de trabajo: un café, o viendo el fútbol con unas cervezas frías. Y luego, cuando usted vea que le apetece, pues me cuenta esas cosas de Turquía que debe contarme —le dijo, terminando la conversación y demostrando una vez más la inteligencia del viejo zorro.

—Así será, comisario. Así será —aseguró Nikos y cortó la llamada para volver al lado de su padre, que se mostraba cada vez más inquieto por estar en la cama.

Un mensaje había entrado en su móvil mientras hablaba. Un comunicado corto y amenazador: “Llama a este número. Angélique”.

Miró de nuevo la frase y se preguntó si no sería una broma, un equívoco. Pero no podía ser así, y marcó los números para saber de qué se trataba.

La voz modulada y fría de alguien se escuchó por el altavoz.

—Espero que tu viaje haya sido agradable. Ahora te encuentras ya en tu ciudad. Eso siempre es reconfortante, Nikolaos. —Su nombre de pila en la voz de aquel tipo le molestaba. Solo su padre lo hacía, pero no iba a interrumpir aquella llamada—. Seguro que no te extraña esta comunicación. No pensarías que nuestro asunto se quedaría sin resolver. ¡Dos días!, Dimitrakis ¡Solo dos días tienes para que nos devuelvas lo que es nuestro! ¡Nuestro!, Dimitrakis. El ídolo que ahora tienes en tu poder —gritó con visible irritación en su voz. Fue un chillido que se le incrustó en el oído—. Si no nos devuelves el ídolo, mataremos a tu novia. Esa es una promesa que te hice, Dimitrakis; y es lo que pienso hacer. O quizá la corte en trozos y te los envíe poco a poco, como si fueran recuerdos míos.

Nikos escuchaba a aquel tipo malvado. Ardía por dentro, pero debía calmarse y no dejarse llevar por las emociones. Aún no podía ejercer ninguna presión. Tenían en su poder a Angélique y eso era lo único importante.

»Venga, Dimitrakis. No es nada personal. ¿Qué es esa pequeña figura para

ti? ¿Ni siquiera te sirve de nada? ¿Es dinero lo que buscas? Yo te daré más de lo que puedas gastar en toda tu vida. Te devolveré a tu novia viva y sana. Y todo quedará saldado entre nosotros. Somos caballeros, hombres de honor, Dimitrakis, y debemos hacer esto como hombres de honor.

Aquellas palabras en boca del criminal le hicieron sentir náuseas en el estómago. Hablaba de honor, aquel ser repugnante y corrupto. Un asesino sin escrúpulos que había matado a tantas mujeres. Pero no debía llevarle la contraria. Solo podía seguirle el juego y negociar.

—Está bien. Lo entiendo. ¿Cuál es su trato? Yo tengo la figura. ¿Cómo desea que hagamos el cambio? —expetó Nikos, dejando sin habla al criminal.

Idamante escuchó aquellas palabras y la saliva se espesó en su boca. Por fin tendría a su dios, el Corazón de Minos en sus manos. Creta sería de ellos. Su mundo renacería y su poder antiguo volvería a brillar con fuerza en aquellas costas aisladas del Mediterráneo.

—Mi trato es el mismo, Dimitrakis. Una vida por una vida. La vida de Minos, su corazón, por la vida de tu novia. Eso es lo que vamos a hacer —le aseguró el traficante—. Todo se hará mañana. En el último día...

»Dimitrakis, te gusta apurar las cosas. —Se empezó a reír al darse cuenta—. Mañana haremos el cambio. Espero que tengas en tu poder la estatua. No me gusta que me engañen, Dimitrakis. No solo está en peligro la vida de tu novia, también la de tu padre y la tuya. No debes olvidar esto que te digo. Nunca dejo de cumplir mis promesas —le amenazó con su voz chillona—. Mañana haremos el intercambio en un lugar que yo te indicaré. Uno de mis hombres se pondrá en contacto contigo y te dará las instrucciones necesarias. Tú solo debes tener en tu poder la estatua del dios Minos. Solo eso. Y no decírselo a nadie más. Toda injerencia externa, tanto de la policía como de esos agentes entrometidos, hará que yo me sienta traicionado y tú no querrás que eso ocurra, te lo aseguro.

—Lo entiendo. Todo se hará según sus indicaciones —contestó el investigador, siguiendo el juego al cabecilla de los Guardianes.

—Te llamaremos —añadió y cortó la comunicación. Nikos se quedó sin aire. Mañana sería el día, y solo podía pensar en una cosa: No tenía en su poder el ídolo. Aquello había sido un farol. Tuvo que hacerlo; no podía poner en peligro la vida de Angélique. Si le hubiese explicado a aquel loco que no disponía de la estatua, el trato se habría zanjado y la vida de su novia ya no sería de ningún valor para el criminal. Lo había dicho, había mentado, y ahora debía solucionarlo.

La llamada del subalterno no se hizo esperar. Las instrucciones eran claras y concisas. Todo estaba muy bien especificado para el día siguiente. Debía acudir solo. El ídolo dentro de una bolsa negra de deporte. El intercambio de la mujer por la estatua sería en una de las cafeterías del centro comercial Grand Plaisir, en esa misma población, en Yvelines. Nikos debía llegar a la hora prefijada y sentarse en una de las mesas del local. Allí dejaría la bolsa bajo la silla y en ese momento aparecería la mujer. Si todo era correcto, y no les traicionaban, les dejarían salir de allí sin ningún riesgo para los dos. Si adivinaban algún truco, o veían a la policía, les matarían a todos.

Las condiciones de los Guardianes del Labrys eran terminantes y concretas, y no se podían negociar. Así se lo había comunicado el sicario al investigador. Cualquier alteración del plan, daría como conclusión la muerte de la mujer, y quizá la venganza en su padre o en su persona. Esa era la fría amenaza que acompañaba a los requerimientos de los secuestradores. Nikos lo entendió y aceptó en el acto. Angélique seguía en sus manos y hasta que no la viera a salvo, no intentaría ninguna jugada.

Armand, por su parte, se mostró más flexible en cuanto al uso del Corazón de Minos para intentar el rescate de la joven abogada. Nikos estaba sorprendido. Días atrás no se había mostrado nada receptivo a sus peticiones. El ídolo había sido llevado a Francia, y depositado bajo la custodia de los servicios de antigüedades de la República. Ahora Armand parecía más comprensivo, no era el frío agente sin sentimientos que le había decepcionado.

—Al final he podido convencer a mis superiores, amigo Thalassi. No creas que soy un tipo sin sentimientos, y que me da igual que hagan daño a una joven tan simpática como tu novia. No es el caso y debes comprenderlo, pero debía acatar las órdenes. Uno no puede hacer lo que quiere, aunque los sentimientos se crucen en nuestro camino —explicaba el jefe de los agentes al desesperado sabueso, que le escuchaba con atención—. Mis superiores han accedido a cedernos la estatua. Estará bajo la custodia de mi grupo..., pero hay una condición. Solo una y no es negociable.

—¡La aceptaré! —interrumpió Nikos, al comprender que podía disponer del ídolo para el intercambio.

—No te precipites, por favor. Escucha muy bien lo que te voy a proponer —siguió explicando—. Te dejaremos el ídolo del Minotauro. Lo llevarás en la

bolsa, como han pedido, hasta la cafetería. Y esperarás allí la llegada de tu novia. Todo como ellos han dicho, pero solo con un ligero cambio. Nosotros estaremos allí..., y atraparemos a todos los delincuentes, recuperando la escultura y poniéndoos a los dos a salvo. Ese es el plan y la condición.

Nikos le escuchó y sopesó aquella exigencia. Los raptos habían pedido de forma explícita que la policía no estuviera allí. Si aparecían o eran detectados, la vida de ambos correría peligro. Pero no obtendría la custodia de la estatua si no accedía a la petición de Armand. Estaba contra la espada y la pared, y no tenía otra opción. Debía aceptar y luego decidir sobre la marcha.

—Está bien. Así lo haremos —aceptó, haciendo sonreír de forma amable a Armand.

—Pues estamos en marcha, señor Thalassi, y mañana todo habrá acabado y tendrás a tu lado a la joven Angélique —le aseguró, lleno de optimismo y con la energía habitual con la que siempre acometía todos los asuntos delicados.

La gente de Kadir había seguido a Nikos desde su llegada a París. El terrorista tenía una última oportunidad para recuperar el “Corazón del Profeta”. Era la única ocasión de conseguirlo para su pueblo y solo necesitaba convencer al sabueso de que colaborara con ellos. Sus hombres se harían pasar por agentes del MIT, en misión encubierta en territorio francés. A Nikos no le extrañaría, eso pensaba. Al fin y al cabo, tratar con unos turcos elegantemente vestidos de traje, con aspecto de agentes secretos, no suponía una novedad para el investigador. Si Kadir sabía llevar bien el asunto, el sabueso se tragaría el cebo y ya solo tendría que tirar del sedal y capturar al pez, cuando tuviese el ídolo en su poder.

Los secuaces de Kadir abordaron a Nikos cuando el investigador se encontraba solo. Fueron muy discretos y se apartaron de miradas y oídos demasiado curiosos, para poder proponerle su engaño.

—Buğra Alkan nos envía. El trato que manteníamos en Estambul sigue en pie, y deseamos ayudarle para salir beneficiados mutuamente —le empezó a explicar un falso agente del MIT.

Nikos le observó, desconfiado. Un niño pasó pedaleando muy cerca de ellos por el sendero del parque donde se encontraban. La madre le seguía, corriendo y gritando su nombre. El falso agente se calló un instante, hasta que

pasaron y siguió explicando sus intenciones.

»Estoy capacitado para ofrecerle nuestra ayuda, a cambio de la suya, claro. Un compromiso mutuo que sigue los términos de nuestro trato anterior —explicaba el turco con un buen francés—. Sabemos que mañana se va a realizar el intercambio del ídolo por la mujer. Estamos al tanto de todo ello. No pensaría que el MIT... —recalcó esta última palabra para dar más veracidad a su tapadera—. Sería negligente o incapaz de actuar llegado el momento. El ídolo es nuestro y debe volver a nuestras manos. Es decir, a nuestro país —corrigió el falso agente.

Nikos asintió con la cabeza y miró a su alrededor. Seguían solos en aquella zona sombreada del parque. A lo lejos se oían los gritos alegres de los niños, que jugaban en la zona de columpios. Un ciego avanzaba despacio por el sendero, tanteando con su bastón. Le conducía un muchacho que servía de lazarillo y que parecía afectuoso con él.

«Será su padre o su abuelo» —pensó Nikos, por deformación profesional. Algo raro notó, pero no le dio mayor importancia.

El falso agente levantó la mirada y cambió su gesto por uno de fastidio. El tiempo se le acababa y debía terminar de contar al sabueso todo lo que le habían ordenado.

El muchacho se detuvo cerca de un banco y ayudó al ciego a sentarse. Estaban lejos para que pudieran oír lo que ellos hablaban y el falso agente decidió seguir con su propuesta, ya que no parecía haber ninguna intrusión o peligro.

—Seguimos con el trato que teníamos. ¿En eso estamos de acuerdo? —volvió a repetir el subalterno de Kadir.

—Seguimos igual, sí —contestó Nikos.

—Debe entender, que según nuestro informante no van usted ni su mujer a salir vivos del intercambio. En ningún momento han pretendido dejarles escapar con vida. Los Guardianes del Labrys desean su muerte. En cuanto tengan lo que desean, los eliminarán. Y es muy probable que a su padre también. Eso es del todo seguro —sentenció sin dudar.

El ciego disfrutaba del sol que se filtraba entre los árboles. No se movía del banco, en espera de que el muchacho volviese. Nada parecía raro a simple vista y los dos hombres siguieron hablando.

El falso agente seguía explicando el plan que proponía al sabueso. Una alternativa para salir indemnes y obtener el ídolo. Algo que Nikos valoraba ya. Presentía que tenía razón. Aquella secta fanática intentaría matarles. Antes

lo habían hecho, incluso su padre había estado en peligro en el hospital. ¿Por qué iban a dejarlos con vida ahora? No tenía sentido. La propuesta de aquel agente del MIT, así lo creía el investigador, era muy atractiva y su plan atrevido, pero podía salir bien. Solo sentía remordimientos por Armand. Sabía que iba a traicionar su confianza, romper el vínculo que se había forjado durante aquellos días y eso no le gustaba.

El ciego se rascó la oreja, o eso pareció desde la distancia. En su oído se encontraba oculto un pequeño dispositivo, que le permitía recibir la conversación que los dos hombres estaban teniendo. Un aparato amplificador de sonidos se encontraba dentro de su abrigo y asomaba oculto entre su gruesa bufanda. El ciego lo movía de forma discreta, apuntando hacia donde los dos hombres estaban, y así consiguió que el sonido de sus voces llegara a su auricular con total claridad. Nikos y el falso agente seguían hablando, y toda aquella conversación era escuchada por el ciego y grabada por el equipo de Armand, desde su vehículo camuflado.

El falso agente terminó de exponer su plan y permaneció en silencio, esperando la reacción del investigador. Nikos había comprendido muy bien lo que debía hacer. No tenía más opción que engañar a sus amigos, los agentes franceses, y esquivar su vigilancia en el centro comercial. Los planes del falso agente habían previsto todo aquello..., pero no eran ahora tan secretos.

El ciego se había levantado del banco por sí solo y había salido de allí empuñando su bastón, con cierta soltura.

—Recibido, señora De Bériot —susurró la voz de Armand por el auricular del invidente. —La mujer disfrazada sonrió y se enfundó aún más en su bufanda. Habían escuchado y grabado toda la conversación. Ahora estaban en París. Aquella era su ciudad y no consentirían que nadie se escapase a su vigilancia.

Nikos vio cómo el turco desaparecía de su vista entre las sombras de los árboles. Miró a su alrededor y se dirigió a la salida del parque. Una joven venía corriendo, con aspecto de hacer un poco de deporte por los senderos del jardín. Pasó muy cerca de él, casi lo rozó. Nikos se disculpó, aunque había sido la mujer la que se había topado. En el bolsillo de su abrigo notó un objeto. Introdujo su mano y sintió el tacto y el contorno de un pequeño teléfono que no era el suyo.

—El pez ha picado. La pesca sigue como estaba prevista —dijo el falso agente por su móvil. Kadir lo escuchó y cortó la comunicación.



CAPÍTULO 17

1 DÍA

Plaisir es una pequeña población en el departamento de Yvelines, a solo veinte minutos del centro de París. Un lugar tranquilo, residencial, que amaneció aquel día con algunas personas distintas a sus vecinos habituales.

Una furgoneta negra permanecía aparcada en una calle lateral y apartada de la localidad. Había llegado muy pronto por la mañana, acompañada por otros dos vehículos con cristales oscuros. En el interior de la furgoneta se preparaba Nikos junto con Armand y Louise. La hora del intercambio ya estaba muy cercana y debían repasar el plan que iban a seguir.

Nikos meditaba en silencio. En su mente se repetían las palabras del agente turco, el falso agente del MIT que se había entrevistado con el investigador. Su trato aseguraba la vida de Angélique y la de su padre. No le gustaba engañar a Armand, no era su estilo, pero no tenía más remedio. Si las afirmaciones del agente turco eran ciertas, y no tenía ninguna razón para dudar de ellas, los secuaces de la secta cretense acabarían con sus vidas, una vez tuvieran el ídolo en su poder. Eso era lógico y cuando lo razonaba le parecía lo más probable. Aquel loco de los Guardianes del Labrys no se iba a detener ahora. De eso estaba seguro, y no habría podido convencer a Armand de todo aquello. El trato con los falsos agentes del MIT era su última salida. Debía hacerlo, a pesar de no poder mirar a Armand de frente, comido por los remordimientos.

—Todo saldrá bien, querido. No te dejaremos solo —le decía la señora De Bériot. La agente de la DGSE se preparaba para la intervención. Su cometido sería el de tirador de precisión. Louise se apostaría en un lugar estratégico dentro del centro comercial y cubriría a Nikos y a su novia desde la distancia. Era una gran tiradora y no fallaba nunca cuando su blanco aparecía en su mira telescópica.

—Lo sé, Louise. Gracias —susurró Nikos, sin mirar a Armand.

El jefe de los agentes franceses le observaba de reojo. Ya no había más que decir o señalar. Habían repasado todo varias veces y solo esperaban para trasladarse al centro comercial, que estaba a las afueras del pueblo. El tiempo corría despacio y Armand pensaba en todo aquello. Notaba distante al sabueso. Preocupado. No solía ser un tipo sensible o al que le afectara correr un peligro, pero en aquella ocasión parecía distinto, y eso no era normal.

Quizá fuese debido al rescate inminente de su novia..., o por el acuerdo con los turcos que había escuchado en el parque. Un peso así sería difícil de sobrellevar.

—Bien, nosotros te seguiremos sin que nos veas. En cuanto te muevas por el vestíbulo, nuestro equipo te seguirá hasta la cafetería elegida. Allí estarás cubierto. No hagas ninguna tontería, señor Thalassi. Sigue el plan de forma literal, y no improvises nada. En cuanto tú y Angélique estéis a salvo, intervendremos y neutralizaremos a los secuestradores o a cualquier delincuente del grupo que esté en los alrededores. Todo el centro será controlado. Todos los accesos. Nadie podrá entrar o salir sin que nosotros lo sepamos —terminó de explicar Armand.

Nikos le escuchó en silencio y asintió con la cabeza. Luego miró su reloj.

—¡Es la hora!

En ese instante se abrió la puerta de la furgoneta. Una cara seria y conocida les saludó en voz baja. La bella profesora de la Sorbona se había subido al vehículo, portando una bolsa negra de deporte. Nikos se quedó confundido y miró a Armand sin entender lo que pasaba.

—La doctora Lefurgey nos está ayudando. Ella trae el ídolo —se adelantó a explicar.

La profesora de la Sorbona sonrió a todos y mostró la bolsa. Con mucho cuidado abrió su cremallera y extrajo de su interior una caja preciosa de madera de palosanto. Aquel viejo cofre contenía lo que todos habían codiciado desde hacía tanto tiempo. La doctora se lo mostró a Nikos y luego abrió la caja, soltando el pestillo dorado.

—Aquí os presento el Corazón de Minos. El Corazón del Minotauro, el que los creyentes del islam llamaron *Qalb Al-Nabi*, el Corazón del Profeta —anunció, abriendo por completo la tapa y apartando la tela de terciopelo negra que cubría al ídolo. Un brillo deslumbrante iluminó sus rostros. Una bella figura de oro estaba ante sus ojos. Nikos la observó con detenimiento. Se trataba de una pequeña estatua de no más de cincuenta centímetros. En su pecho portaba encastrado un impresionante rubí rojo como la sangre, con la forma de un corazón. Había sido facetado con la habilidad que solo los grandes maestros pueden demostrar. Estaba incluido en su pecho y parecía palpitar ante las personas que ahora lo admiraban. La cabeza de la estatua era también de oro y representaba la de un toro. Aquel era el dios de los antiguos cretenses. El ser por el que se había asesinado. El dios que había acogido bajo su manto a toda una civilización. Ahora seguía mostrando toda su fuerza y

seguía arrebatando a los hombres como cuando fue fundido y creado. Nikos lo observó y rozó con sus dedos la fría superficie metálica.

—Tráelo otra vez intacto. Vale el rescate de un rey —susurró Armand.

—Solo necesito que valga la vida de una mujer —repuso, sin dejar de sentir el influjo de aquel metal dorado.

Ivette Lefurgey lo volvió a tapar con la tela y cerró la caja. El tiempo corría y ya casi era la hora de la entrega. No podían demorarse. Miró a Nikos y le entregó la bolsa negra.

—Mucha suerte —murmuró, y le besó en la mejilla. Luego salió de la furgoneta sin añadir nada más.

—¿También es agente? —preguntó el investigador, pensando que nadie era lo que parecía.

—No, solo es una colaboradora. Tú me diste la idea. ¿Recuerdas que me hablaste de ella? Es una mujer muy valiente y una profesora eminente. Y quién sabe..., el futuro es incierto... —aseguró Armand.

Después miró su reloj y movió la cabeza:

»Es la hora.

Nikos descendió de la furgoneta. Tenía un coche aparcado y preparado para él. No podía llevar a ningún acompañante. Arrancó el vehículo y atravesó despacio el pueblo, para luego salir a la autovía y dirigirse al lugar del intercambio.

El aparcamiento estaba poco ocupado. Debía llegar hasta el vestíbulo del centro comercial. Aparcó el coche y bajo de él. No parecía haber nadie en toda la explanada. La bolsa de deporte pesaba poco, pero su mano se aferraba a las asas como si su contenido hubiese sido una bomba nuclear a punto de estallar. Cruzó el área exterior del aparcamiento y entró en el edificio.

»Nos movemos —indicó Armand al resto de su grupo. Los tres vehículos salieron del pueblo y se separaron para acceder a la zona de Grand Plaisir por diferentes puntos de entrada.

Nikos ya se encontraba en el centro del vestíbulo. Algunas personas se cruzaban con él, y el sabueso los seguía con la vista, esperando en cualquier momento la presencia de su doble. Aquello no lo sabía Armand y no habría podido sospecharlo. Esperaba también la llamada del secuestrador. Pero los minutos se sucedían y nada parecía ocurrir.

De pronto, el móvil vibró dentro de su mano. Sintió un estremecimiento en los dedos, que tenía ya agarrotados por la tensión y apretó el botón para contestar.

—Tengo el ídolo —fue lo único que dijo.

—Excelente... excelente, mi querido Nikolaos Dimitrakis —chilló la voz del fanático cabecilla de los Guardianes del Labrys. Su tono y el sarcasmo de sus palabras eran inconfundibles—. Siempre apurando hasta el último minuto. Hoy es el último día, y por fin tiene en su poder lo que necesito. No debería haberse demorado tanto. No se debe jugar con el destino —hablaba despacio, sin mostrar ninguna prisa o nerviosismo—. Yo tengo lo que tú deseas, Dimitrakis. Está cerca de mí. Ya casi me he acostumbrado a tenerla..., en mi colección —empezó a reír—. Será una lástima dejarla marchar. —Su risa estridente parecía el rebuzno de un asno, y Nikos sintió cada vez más repulsión por aquel hombre infame.

—¿Dónde debo ir ahora? —interrumpió el investigador, molesto por aquella conversación.

El criminal le indicó la cafetería elegida y le volvió a amenazar, para evitar que no siguiese sus indicaciones al pie de la letra. El sabueso lo escuchó y contestó de forma afirmativa. Ahora debía terminar todo aquello de una vez.

El equipo de Armand vigilaba al investigador. Le veían en el centro del vestíbulo. Sus hombres se habían repartido por todo el perímetro y controlaban cualquier movimiento extraño. Nikos hablaba por teléfono y parecía recibir las últimas indicaciones. Luego cortó y se guardó el móvil de nuevo, y comenzó a andar por uno de los pasillos del centro comercial.

—¡Atentos! El sabueso se mueve —fue la orden que impartió por el intercomunicador.

Nikos empezó a caminar despacio y dejó atrás algunas tiendas laterales. Atravesó un pequeño pasadizo que comunicaba varios pasillos y se detuvo en un rincón, fuera de la vista de cualquier observador. Allí se cruzó con otro hombre que iba vestido como él. Un tipo con la misma complexión y forma de andar. Un doble idéntico, que llevaba, al igual que él, una bolsa negra de deporte. Su doble salió en dirección contraria hacia otro pasillo y Nikos esperó unos segundos hasta que todo el equipo de Armand siguió a su otro yo. Después salió de allí por otro acceso y se dirigió a la cafetería donde debía realizarse el intercambio.

Los agentes de la DGSE habían sido engañados. Ahora seguían al doble de Nikos hacia otra de las cafeterías del centro comercial. Esa era la treta que el hombre de Kadir le había explicado aquella mañana delante de las narices de los agentes franceses. Kadir había sido muy cauteloso, y había previsto que la

conversación sería escuchada. Todo lo hablado en el parque tuvo la única función de despistar a los agentes franceses. El auténtico plan, en el que intervenía un doble de Nikos, fue transmitido al investigador de una manera más sutil. Un mensaje cifrado le indicaba el verdadero plan, en el pequeño teléfono móvil que la corredora del parque le había introducido en su bolsillo.

La cafetería elegida por los secuestradores estaba vacía. Nikos entró con precaución; y al verlo, el camarero de la barra se limpió las manos y salió, desapareciendo de su vista. Nadie más había allí. Eligió una mesa y esperó sentado, siguiendo las instrucciones. Había depositado la bolsa debajo de la silla. Sus músculos estaban en tensión, y sus sentidos intentaban descubrir cualquier ruido, cualquier detalle que le indicase algo.

Una persona encapuchada se acercó a la puerta de la cafetería y entró. Era de mediana estatura y no se le veía la cara oculta por la ropa. Cuando llegó a su lado se detuvo y Nikos se puso en pie, alarmado y con los puños apretados.

«¿Es una trampa?» —se preguntó.

—Soy yo, Nikos. Soy Angélique —escuchó una dulce voz que ya conocía, y una bella mujer dejó caer su capucha para descubrir su rostro. Los ojos de su novia le miraban con tristeza. No parecía haber sufrido penalidades. Recordaba el aspecto que había presentado en las fotos, pero ahora que estaba frente a él no mostraba ninguna de aquellas magulladuras o golpes. Pero eso no le importó. Ya estaban juntos y pronto estarían a salvo. Ahora nada le afectaba, solo ella; y no consentiría que nadie le hiciese daño de nuevo.

Nikos la miró con amor y sonrió, luego indicó con su gesto debajo de la silla y ella le comprendió.

»Ahora debemos salir despacio y no mirar atrás. Eso me han ordenado —murmuró Angélique, tocando con su mano vendada el brazo del investigador. Nikos se dio cuenta y asintió.

La cafetería seguía desierta. Esperaba la intervención de los falsos agentes del MIT, pero no llegaba nadie. Estaban solos y Angélique tiraba de su manga, impaciente y con el gesto ansioso por escapar de allí.

El camarero había vuelto, acompañado de otros dos tipos. Sus ojos denotaban una terrible resolución. Nikos se dio cuenta en esos últimos segundos. No iban a poder salir vivos de allí, todo había sido una trampa. Algo no funcionaba bien. No podía permitir que les matasen. Debía pensar rápido y buscar una solución.

Angélique tiró de su manga otra vez, apremiándole..., pero su instinto de sabueso le hizo tener una última revelación:

«¡El ídolo! ¡Eso es!» —Y sacó la bolsa que estaba debajo de la silla. El camarero y sus acompañantes se detuvieron en el acto. Le observaban llenos de sorpresa. Aquello no estaba previsto. No habían pensado que el francés reaccionara de aquella forma, en los últimos segundos. Angélique lo miró sorprendida, también; y Nikos salió de la cafetería con la bolsa en una mano y sujetando a su novia con la otra.

»¡Ahora o nunca! —gritó, y se echó a correr junto con Angélique, bajo los primeros disparos provenientes del interior del establecimiento.

Varias detonaciones se sucedieron, seguidas de los gritos del camarero y de sus secuaces, que habían salido detrás de la pareja. Desde el otro lado del pasillo, algunos de los hombres de Kadir respondieron al fuego, disparando a los sicarios del local. Las balas rozaron al investigador y a la joven abogada, cuando corrían desesperados a través del vestíbulo del centro comercial. Todo el lugar se transformó en un caos, un griterío de visitantes, de disparos y voces apresuradas de los criminales.

Angélique le detuvo un instante, justo al llegar a una zona alejada fuera del edificio.

—¡Estás loco! —exclamó y le besó en los labios, apasionada. Nikos la abrazó sin soltar la bolsa y luego siguieron corriendo hasta el vehículo.

La pareja salió del aparcamiento como un misil en busca de su libertad.

Dentro del centro comercial, los disparos habían transformado el interior del complejo en una auténtica zona de guerra. Los secuestradores intentaban abrirse paso hacia la salida, pero los hombres de Kadir se habían parapetado muy bien cerca del vestíbulo y les mantenían a raya. Su intención era dar tiempo a sus hombres para capturar al maldito sabueso y recuperar el ídolo. Unos y otros se atacaban, y algunos de aquellos sicarios yacían por el suelo, abatidos bajo el fuego de sus enemigos o de sus propios amigos.

Los agentes franceses se dieron cuenta al escuchar las primeras detonaciones. Algo había salido mal.

El falso Nikos estaba sentado en la cafetería. El local tenía algunos clientes y no parecía que su actividad fuera anormal o que se percibiese nada extraño.

Los disparos alertaron a los hombres de Armand y el doble del sabueso fue descubierto y detenido. Ahora solo podían acudir al lugar donde la refriega se intensificaba. Habían sido engañados. Armand estaba enfadado, molesto e incluso airado porque el investigador no hubiese confiado en él. Pero ya no importaba, su experiencia no le había engañado. Siempre era así.

Cuando un hombre se ve acorralado, no existen los amigos ni la fidelidad. Un hombre desesperado toma medidas desesperadas, y él bien lo sabía. Por eso no se mostraba sorprendido. Quizá herido en su amor propio, por aquella falta de confianza, pero ya lo había previsto.

Su equipo intervino en el tiroteo y en pocos minutos consiguió detener a los terroristas y secuestradores que aún seguían vivos.

Armand se había reunido con Louise. La señorita Lefurgey también estaba con ellos en el vestíbulo del centro comercial. Miembros de la gendarmería francesa habían llegado al edificio y toda la zona estaba siendo acordonada y desalojada. El jefe de los agentes franceses se mostraba serio y pensativo.

—Al final tenías razón —expresó la doctora.

Louise sonrió complaciente, sabía que su jefe se sentía defraudado.

—Querido, debes comprenderle. No tuvo más remedio. Pero en el último momento actuó con instinto y audacia. Ninguno de estos miserables se imaginaron que se escaparía con la chica y el ídolo. Eso fue muy valiente —comentó la señora De Bériot.

—Fue muy temerario..., pero nuestro sabueso es así —musitó Armand.

—Ya lo sabíamos, ¿verdad? —añadió la doctora Lefurgey.

Nikos conducía rápido. No miraba nada más que a la carretera. Estaba llegando a París, y por el espejo retrovisor no se apreciaba que nadie les siguiese. En el asiento trasero estaba la bolsa negra con el ídolo en su interior. Angélique permanecía a su lado y le observaba de reojo. Aquel hombre la había salvado, exponiéndose a ser herido o muerto. La amaba y eso lo notaba. Pero no se sentía triste. Nada podía cambiarse cuando las cosas te empujaban en la vida. Ahora escapaba junto a él, y sabía que el destino les llevaría por un camino que ya estaba marcado.

—Pronto llegaremos a un lugar seguro. Tengo un piso... —aseguró el investigador.

—Nos encontrarán en cualquier sitio, amor mío. No podemos escapar de todos ellos, y menos de ese hombre tan poderoso. Hay que devolverle el ídolo. Eso es lo que debemos hacer y nos dejará en paz y se olvidará de nosotros —aseguraba la abogada, con un gesto de ansiedad creciente.

Nikos la escuchaba mientras apretaba el acelerador. Sabía muy bien lo que debía hacer. No podía devolver la figura de oro. Eso era ahora su seguro de

vida. La escondería y la mantendría guardada sin que nadie pudiese poner sus manos en ella. Si cualquiera de ellos les hiciese algo o les amenazase, el ídolo sería destruido. Con aquella pobre esperanza esperaba poder mantener con vida a su novia. Ella era su punto débil, su parte más vulnerable. Pero no había vuelta atrás, ya lo había decidido.

—Nos esconderemos unos días. Luego contactaré con la policía. Duchamp nos ayudará —dijo, pensando en el comisario. Era la persona adecuada para sacarle de aquel atolladero; un tipo inteligente, y se fiaba de él, o por lo menos era el único en quien podía confiar.

—No podremos escapar. Con el ídolo en nuestro poder, no —seguía gimiendo Angélique, sin que Nikos la prestase atención.

El vehículo derrapó al llegar a las primeras calles de París. El tráfico era más denso, pero Nikos se internó por las callejuelas de uno de los arrabales más apartados. Allí tenía un piso, un lugar donde ocultarse unos días. Su amigo no volvería. Era un viejo conocido que le había dejado el apartamento para que se lo cuidase en su ausencia.

—Aquí estaremos bien —añadió el sabueso al bajar del coche junto a Angélique, y subir por la escalera hasta la vivienda.

En una de las calles transversales aparcaba también, sin despertar ninguna sospecha, un vehículo de color oscuro. En su interior, dos hombres esperaban y hablaban por su comunicador.

—El sabueso se ha detenido. Está en un apartamento junto con la chica... Sí, lleva la bolsa —contestó el conductor a las preguntas que le hacían a través de su auricular.

—Nikos está ya en París —anunció Armand a su equipo—. Todo controlado.

La señora De Bériot comprendió el mensaje y aceleró su motocicleta. Llegaría en pocos segundos al lugar donde se ocultaban el investigador y su novia.

En el interior del piso, la joven abogada se mostraba seria y distante. Nikos apenas se había dado cuenta y recorría el apartamento para ver dónde podía ocultar el ídolo. Pensaba en los pasos que debía seguir a continuación...

—Aquí estaremos bien. Es una zona muy apartada y nadie nos ha seguido. O eso al menos me ha parecido. Debemos creerlo así. En último caso, tenemos el ídolo para negociar —seguía comentando el investigador, mientras abría los cajones y revisaba el interior de uno de los armarios del dormitorio.

Angélique le observaba. Su expresión era fría como el hielo. Sus bellos

ojos brillaban y el tono de su piel palidecía ante lo que debía hacer en ese momento.

—Cariño, date la vuelta —dijo la mujer.

Aquellas palabras hicieron que Nikos mirase de soslayo, mientras seguía buscando un buen lugar para esconder la estatua. Angélique estaba frente a él en la puerta de la habitación. Se había quitado la venda de su mano y ahora empuñaba una pequeña pistola, apuntándole.

Nikos se quedó petrificado, como si un viento del norte le hubiese congelado y ni una sola gota de sangre circulase por su cuerpo. Los ojos de la mujer demostraban su firme resolución. Angélique le apuntaba con una pistola y su gesto denotaba la intención de apretar el gatillo.

»Ahora me acercarás despacio la bolsa. Empújala por la cama hasta aquí —ordenó la abogada, sin dejar de encañonar al investigador.

—¿Qué es esto? —acertó a balbucear el sabueso.

—Así son las cosas, cariño. Esta vez tú pierdes y yo gano. No me tengas rencor —sonrió Angélique, apretando levemente el dedo en el gatillo de su arma—. Acércalo o dispararé —le apremió.

Nikos empujó la bolsa por encima de la cama y la mujer la agarró.

El investigador estaba confundido, no podía creer lo que estaba viendo. No podía ser verdad, pero sus ojos no mentían. Su amor le apuntaba con un arma y retrocedía poco a poco, sin dejar de sonreír dulcemente.

»Nunca debes confiar en nadie y menos en una mujer bella, cariño. No me odies por esto. No debíamos haber llegado a este punto. Debiste dejar la bolsa debajo de la silla, pero no es tu estilo, ¿verdad? Siempre complicándolo todo, siempre haciendo las cosas difíciles y a tu modo —decía la mujer, acercándose a la puerta de la calle—. Me habría gustado conocerte en otras circunstancias, pero no ha sido posible. No creo que nos veamos más..., me han ordenado disparar, ¿sabes? —admitió, dudando y deteniéndose en el umbral de la entrada.

Nikos la observó, tenso. Esperaba que el arma detonase y una bala terminase con él. Su mente seguía confundida. No entendía nada. Solo veía a su novia delante de él, a la mujer secuestrada, y ahora le amenazaba a punto de asesinarle.

Angélique le miró y forzó una sonrisa de despedida.

»Adiós, cariño. —Y un disparo estalló en el ambiente, haciendo que el investigador cayese al suelo.

El cristal de la ventana reventó en mil fragmentos y la bella abogada soltó

la bolsa de deporte, emitiendo un gemido apagado. Tiró la pistola al sentir un dolor agudo. Después se repuso y volvió a coger la bolsa. Tenía una herida en un hombro. Miró al sabueso, que ya se había escondido tras el sillón y salió del apartamento con la bolsa en la mano.

En la azotea del edificio de enfrente, la señora De Bériot recargaba su fusil de precisión. Solo había podido hacer un disparo, y había fallado por unos centímetros. El blanco era muy difícil, la ventana estaba sucia y un piso más abajo. El ángulo de tiro era muy malo y no se veía bien a la chica ni a Nikos. Tenía miedo de alcanzar al investigador o no acertar a la mujer. Solo tuvo una oportunidad, la abogada iba a disparar.

—La mujer se escapa —alertó por su comunicador—. Está herida en un brazo, pero escapa con la estatua —aseguró.

Armand no dijo nada. Pensó en lo que anunciaba Louise, y movió la cabeza. El sabueso estaba vivo. El ídolo y el traficante podían esperar, ya tendría su oportunidad. Siempre era así.

—Está bien, señora De Bériot; el equipo ya entra en el edificio —comunicó Armand a la tiradora.

Nikos se levantó del suelo. Algunos agentes del grupo de Armand entraban en la habitación. Todo el edificio estaba siendo asegurado.

Angélique conducía con rapidez. El ídolo estaba en su poder, pero Nikos seguía vivo; eso no le gustaría a su jefe. No había podido evitar que aquellos entrometidos del servicio secreto le impidiesen acabar con su misión. Aún así, la figura del dios Minos era suya y pronto estaría en Creta, y recibiría su recompensa. Sonreía al pensarlo. Todo había salido como Idamante le había asegurado. Ella dudaba, pero el traficante era muy inteligente y nada escapaba a su mente calculadora. Al final el sabueso, su amado novio metomentodo, había hecho lo que su jefe tenía previsto.

Armand estaba junto con el resto de sus agentes. Nikos se mostraba abatido. No había podido descubrir el engaño de Angélique, embrujado por su belleza y por el amor que sentía. Louise estaba junto a él, y le animaba con su forma plácida de ser. El jefe de los agentes franceses se acercó y le sonrió. No le gustaba la falta de confianza que había demostrado el investigador, pero no era un hombre que se moviese por el rencor. Todos somos humanos, decía siempre. Comprendía muy bien las debilidades de las personas, y lo que

muchas veces hacían en contra de su voluntad.

—No debes sentirte triste, señor Thalassi. Tu padre está mejor y ha sido dado de alta —le comunicó Armand, que acababa de saber también aquella noticia.

—Sé lo que piensas. He sido un ingenuo. Un pobre estúpido engañado por esos criminales. No vi lo que pasaba, cegado...

—Es lo que tiene un bello rostro y unos ojos embriagadores. Y sí, has sido un estúpido, no te lo voy a negar. Un tonto integral. Pero todos lo somos alguna vez. Es el espíritu humano, mi buen amigo. Es la vida. Y no debemos mirar al pasado. Ahora solo debemos centrarnos en el futuro y lo que vamos a hacer en consecuencia —decía Armand, con optimismo.

—Pero te traicioné, os traicioné a todos... ¿Y para qué? Para nada. Debí morir aquí, y ya está. Eso es lo que debió suceder —repitió Nikos, totalmente destrozado por dentro.

—No se te ocurra, querido. Por esa mujer, no. No te merecía. Eres como un niño grande. Un niño al que le han engañado..., y quitado un juguete —interrumpió Louise.

—Un juguete muy caro —bromeó Armand, ante la expresión abatida del investigador.

—Perdimos el ídolo. Ahora lo tiene ese demonio de Creta. Al final nada de esto ha servido para nada. Todo ha sido en vano —se quejó Nikos.

—Bueno..., yo no diría tanto —sonrió Armand, y Nikos levantó la vista, mirándolo desconcertado—. Yo no aseguraría eso con tanta ligereza.

—Pero el ídolo lo tienen ellos, ahora.

—Sí, eso es cierto, tienen el ídolo. Mejor dicho, tienen un ídolo, sería más preciso señalar. —Nikos se quedó perplejo al escuchar eso.

»El auténtico está en poder de nuestra competente doctora. Una bella y perfecta copia viaja en estos momentos en el asiento delantero de nuestra conocida abogada —explicó Armand.

Louise asintió con la cabeza y le miró con expresión divertida.

—¿Cómo que una copia? —preguntó el investigador.

—Así es. ¿No pensarías que el Estado dejaría en tus manos esa estatua tan valiosa? Mi buen amigo, qué ingenuo eres. Nunca ha estado en peligro. Es solo una copia. Y nuestra abogada escapará de Francia sin que nadie se lo impida, aunque sabemos muy bien dónde está y por dónde huirá. Todo está siendo ahora tutelado por mi equipo. Pero ella debe escapar de nuestro país con la figura. Así es como está previsto —aseguró, guiñando un ojo de forma

astuta.

Nikos le miró y luego a Louise. No entendía nada. Pero se sentía aliviado por no haber perdido la escultura original. Esa precaución de Armand le maravillaba y le hacía sentirse mejor.

»Novias hay muchas, señor Thalassi. No te será difícil encontrar a otra pobre incauta de tus devaneos. Siendo como eres, de naturaleza sincera y con ese aspecto desvalido y necesitado de cariño, estoy del todo seguro de que encontrarás a otra mujer que atienda tus anhelos —dijo el jefe del equipo y sonrió a Louise—. ¿Verdad, querida?

—Es que se le ve tan vulnerable y triste... —añadió la señora De Bériot, acariciando la mejilla del investigador.

—¿Qué haremos contigo? —bromeó Armand y le palmeó en el hombro. Luego se dio la vuelta y se dirigió al resto de su grupo, que ya se mezclaba con algunos de los policías que acababan de llegar.



EPILOGO



En Turquía, un oficial esperaba impaciente en la pista de aterrizaje. El pequeño aeródromo militar estaba ocupado por las fuerzas armadas turcas y por numerosos miembros de la gendarmería. Desde primeras horas de la mañana, varios vehículos blindados se habían apostado de forma estratégica en los accesos a la pista y todo el tráfico aéreo en la zona había sido restringido, desviando los vuelos comerciales que atravesaban por aquel lugar.

El oficial consultaba su reloj y se movía de un lado a otro, observado por algunos de sus subordinados.

—El avión ha contactado con la torre. Estará sobre la zona en pocos minutos —anunció el sargento, acercándose a su superior.

Un silbido creciente se escuchaba en el cielo. Un avión privado, sin distintivos aparentes, embocaba la pista de aterrizaje, realizando las maniobras de acercamiento habituales. El oficial levantó la vista y lo observó preocupado. Aquella era una responsabilidad importante. El riesgo de fuga o de asalto a su fuerza militar, era grande. Debían ser rápidos con el traslado. Deseaba acabar y quitárselo de encima lo antes posible.

El avión dio dos vueltas, verificando que el aeródromo estuviese controlado y que nada fuera irregular. Después, se dispuso a aterrizar.

En su interior, un hombre esperaba en silencio. Sus manos estaban esposadas a su cuerpo mediante un cinturón especial y sus pies habían sido sujetos al asiento por varios pernos de titanio, y un sistema de anclaje que habría resistido la explosión de una granada. El prisionero no podía escapar y sus escoltas no le quitaban los ojos de encima ni un solo segundo.

El avión descendió despacio y aterrizó con suavidad, quedándose parado en medio de la pequeña pista. Todo había sucedido con celeridad. El vehículo blindado ya se desplazaba sobre el asfalto en dirección a la aeronave. La puerta de pasajeros se había abierto y una escalerilla con ruedas estaba situada contra el fuselaje, para permitir descender a los ocupantes del transporte. Solo descendieron tres personas. Una de ellas esposada y encadenada dentro de un auténtico blindaje, que consistía en una armadura ligera de Kevlar, totalmente resistente al impacto de proyectiles de calibre medio. El rehén iba escoltado por dos militares franceses. Dos miembros de los cuerpos especiales, pertrechados para repeler cualquier ataque.

El oficial turco también se había acercado al avión con su vehículo. Esperaba a aquel hombre. Lo conocía solo por fotos, pero su reputación le precedía en todo el país. Los militares franceses se detuvieron frente al oficial y los gendarmes. Tan solo un saludo formal al estilo militar y un intercambio de papeles, fueron suficientes para que el prisionero fuese entregado a sus nuevos escoltas. Los soldados de las fuerzas especiales ya habían cumplido su cometido. El recluso había sido transferido y ahora debían volver a casa.

—Bienvenido otra vez a Turquía, Kadir Çelik —expresó el oficial, mirando al prisionero a los ojos. El cabecilla de los separatistas kurdos le escuchó y no cambió su expresión, distante y neutra.

»¡Adelante, debemos llevar a nuestro invitado a su nuevo hogar! — exclamó el oficial al resto de su grupo. El prisionero entró en el blindado y salió de la pista, escoltado por un auténtico desfile de vehículos militares.

Armand se había levantado y brindaba con su copa de Burdeos, intentando que el resto de sus compañeros le escuchasen.

—Señoras y señores, tengo que anunciarles algo importante. Algo que nos atañe a todos y que será un cambio en nuestras vidas. Seguro que algunos de ustedes ya lo saben. Bueno..., es difícil mantener un secreto dentro del servicio secreto —dijo bromeando y riendo, con los ojos un poco achispados por el alcohol—. Pero en fin, debemos hacer los honores y dar una correcta y formal inauguración a esta nueva división de la DGSE. Ahora formamos un nuevo equipo que luchará contra el crimen en el mundo de las antigüedades y del arte. Vamos a poner en jaque a los traficantes, a los falsificadores y a los que se enriquecen, asesinan o extorsionan, engañando o robando nuestro patrimonio. Desde hoy, señoras y señores, tengo el honor de informarles de que ya forman parte de la nueva división contra el crimen denominada: “Arte Criminal” —anunció en voz alta, en el reservado del restaurante.

Todos los que le acompañaban alrededor de la mesa empezaron a aplaudir y a vitorear aquella presentación, y brindaron cruzando sus copas.

Armand esperó unos instantes de pie y algunos de los allí sentados empezaron a golpear con las cucharillas y tenedores. El jefe del equipo sonreía y movía la mano para pedir un poco más de silencio.

»Vale, vale..., está bien —repuso sonriendo—. No soy muy dado a dar discursos. No me gusta... —empezó a decir y varios de sus ayudantes silbaron

o carraspearon de forma irónica—. No soy amigo de charlas ni de aburrir, pero en esta ocasión, sí quiero presentar a algunos de los miembros que van a colaborar en la nueva división.

»Aquí a mi lado, y muchos ya la conoceréis, tengo a la doctora Ivette Lefurgey. A partir de hoy será nuestra asesora científica. La persona que nos aclarará las dudas sobre cualquier aspecto histórico, o técnico. Un activo muy importante para nuestro nuevo equipo —aseguró y se dirigió aplaudiendo a la joven profesora, que se levantó con timidez para corresponder con su bella sonrisa ante los halagos de sus nuevos compañeros.

»A nuestra compañera, mi querida señora De Bériot, ya todos la conocemos. Será desde hoy mi mano derecha, la supervisora del equipo y aquella persona a la que debéis dar la lata con todas vuestras cosas, y sobre todo con las protestas y solicitudes, sin que yo las tenga que sufrir —añadió, haciendo que todos los comensales que rodeaban la larga mesa, rieran con la ocurrencia.

Louise escuchó aquellas palabras y sonrió con dulzura. Luego se levantó y se acercó a su jefe. Le miró fijamente unos segundos y le besó en los labios. El resto del equipo empezó a silbar y a reírse, haciendo que Armand mirase al techo con aspecto resignado. Louise sonreía a todos después de su travesura.

»Yo también te quiero, amiga mía —aseguró Armand, mirando a Louise.

»Y por último, y todos sabéis a quién me voy a referir; quiero presentaros a un nuevo colaborador. A una persona del todo singular y genuina. Uno de esos tipos, que cuando lo miras por primera vez, no le prestas mucha atención. No parece destacar por nada, con su aspecto de buena persona, amable y despistado. Pero no os fieis, compañeros, no, no... —susurró, como si estuviese contando un secreto—. Dentro de su cabeza existe una maquinaria de precisión que funciona mejor que un reloj suizo. Y me refiero, a nuestro sabueso. A mi amigo, el señor Nikos Thalassi —anunció, haciendo que todos los demás aplaudiesen de nuevo, y mirasen al investigador para que se levantara y dijese algo.

El sabueso movía la cabeza abrumado, sin moverse del sitio. No deseaba añadir nada, y si hubiese podido se habría evaporado en el aire. No le gustaban aquellas reuniones y mucho menos tener que hablar en público. Al final, empujado por todos, se levantó de su asiento para murmurar un par de palabras.

—Muchas gracias —dijo y enseguida se sentó de nuevo. Todos rieron y aplaudieron aquella parca expresión de gratitud; y Armand levantó su copa,

mirándole en señal de amistad.

La reunión siguió hasta medianoche, en que ya parte de los agentes se fue retirando. El jefe del grupo se había levantado de su mesa y acercado a la barra del bar. A su lado se encontraba Nikos. El investigador parecía pensativo y miraba su largo vaso de cerveza. Una de muchas que había ingerido esa velada.

»Te agradezco tus palabras, amigo. Sé que lo compliqué todo. No fue mi intención, pero esa maldita mujer...

—Ya —repuso Armand, que notaba cómo las palabras se atrancaban en su lengua, cada vez más espesa por el alcohol que había ingerido.

—Al final las cosas se han solucionado muy mal. No sé qué pensarán los turcos. La gente del MIT estará furiosa, o por lo menos no creo que se haya conformado. No han salido muy bien parados, en mi opinión —se quejaba el investigador, bebiendo poco a poco de su vaso.

—Señor Thalassi, hombre de poca fe —respondió el jefe del equipo—. Nunca debes subestimarnos. Esto te enseñará en el futuro que no estás dentro de un grupo normal. No, señor. ¿Somos policías de barrio acaso? ¿Recién salidos de la academia? ¡Por favor, Nikos! —exclamó Armand, haciendo que el sabueso se diese la vuelta y lo mirase al escuchar por primera vez su nombre en boca de su amigo.

»Somos la élite de la Justicia, creada para combatir el mal. No vamos a dejar cabos sueltos, amigo mío. Eso no lo dudes —siguió hablando de forma deslavazada y en exceso locuaz, y algo achispado—. Ahora nuestros colegas del MIT estarán ya bien contentos, en este mismo momento. Si no me equivoco —dijo aquello mirando su reloj—. Tu antigua novia y su malévolo jefe serán ya historia pasada. Algo que ya no deberá preocuparte nunca más. Nuestros amigos turcos se encargarán de su realojamiento —bromeó de forma abierta y le dio una afectuosa palmada al investigador en la espalda.

Nikos le escuchó sin comprenderle del todo y apuró su vaso de cerveza.

»Ya te lo contaré mejor otro día. Ahora me temo que no tengo la cabeza para estas cosas. Vamos a la mesa, nuestros amigos ya se retiran y tenemos que despedirnos —le indicó, y los dos se levantaron de la barra para ir hasta el comedor.

En su palacio de la isla de Creta, Idamante sujetaba el ídolo de oro entre

sus manos. Lo miraba codicioso, con una perversa expresión cargada de odio y de venganza. En su alma no existía la piedad. Ahora todos pagarían por su traición. Pronto eliminaría a sus enemigos y su poder en la isla sería mayor, hasta llegar a dominar aquella tierra de sus antepasados. Observaba la estatua de oro y tocaba con sus dedos el rubí con forma de corazón. No sospechaba que la pieza era falsa. Su factura era perfecta, incluso el rubí había sido sintetizado en el laboratorio para imitar de forma exacta a la piedra original. El traficante creía poseer el auténtico Corazón del Minotauro, y se mostraba exultante de orgullo y comido por su vanidad.

Por una de las puertas del gran salón de los delfines, entraba su joven ayudante.

—¡Adelante Angélique! Disfruta ahora que puedes de la visión de nuestro dios —exhortó el líder de los Guardianes, con la voz chillona.

La mujer saludó con la cabeza y miró la estatua del hombre toro.

—Ya no hace falta que me llames por ese nombre tan molesto —susurró, con el gesto contrariado.

—Es verdad. Ahora volverás a ser Dasha Kozlova. La abogada ha muerto —rió a carcajadas, emitiendo un estrambótico sonido por su nariz.

Los dos observaban la figura, embelesados por el poder que imaginaban emanando del ídolo antiguo.

En ese mismo momento, sobrevolando el cielo nocturno de la isla, se encontraba un dron de pequeñas dimensiones. Había despegado desde una fragata francesa próxima a la costa cretense. El aparato era indetectable por los radares y volaba a una cota muy baja, casi tocando las cimas de los montes y describiendo en su trayectoria los estrechos cañones de la sierra. Su objetivo estaba cerca y enviaba una señal clara al puesto de control, dentro del buque galo.

Desde la costa turca ya habían partido dos modernos helicópteros de ataque y transporte de tropas. Atravesaban el mar en dirección a Creta. En su interior, lo mejor de las fuerzas especiales turcas esperaba para entrar en acción.

El dron francés seguía volando sin detenerse ni realizar ninguna maniobra que no estuviese programada en su memoria. El palacio del traficante estaba muy cerca, ya se podían apreciar las luces del edificio dentro del horizonte del aparato. El sistema electrónico detectó la señal que provenía de la mansión del criminal. La estatua contenía un sofisticado mecanismo, compuesto de una baliza de posición y un pequeño depósito con un sistema aerosol.

La baliza enviaba su señal.

Idamante sujetaba en alto el ídolo de oro. Seguía admirando la fuerza de aquella figura; y de pronto escuchó un siseo, un silbido, como si un pequeño escape de gas proviniese de la base de la escultura.

El traficante la giró, buscando el origen de aquel sonido y la mujer se acercó también, al ver cómo su jefe manipulaba de forma extraña la estatua. Un chorro intenso de gas salió del cuerpo dorado. Una nube densa que pronto los cubrió a ambos, extendiéndose por toda la habitación y afectando incluso a sus guardaespaldas, que se encontraban apostados en las puertas.

Desde la fragata francesa recibían la señal que les enviaba el dron.

—El mecanismo ha sido activado. Ahora el dron señalará el punto y triangulará la posición del palacio, para enviarnos los datos junto con las coordenadas exactas. Luego dejará caer sobre el exterior de la mansión su paquete —el oficial de comunicaciones del buque se lo explicaba a su capitán.

Los cuerpos inertes y dormidos de Idamante y su ayudante yacían en el suelo al lado de la figura de oro. El falso ídolo del Minotauro se deshacía, después de haber exhalado su gas narcótico. Ya había cumplido su misión y ahora se destruía mediante un ácido corrosivo, para dejar solo una pequeña mancha dorada sobre la alfombra y un corazón de cristal que había perdido su color. Ningún otro rastro de su presencia quedaría allí.

Los helicópteros de combate turcos ya entraban en el espacio cretense. Habían penetrado en la isla sin ser detectados. Sería una misión rápida. Una extracción perfecta. Los franceses les habían comunicado el punto exacto y neutralizado casi toda la defensa de la mansión. Solo había algunos secuaces en el interior, pero no sería nada para las fuerzas especiales.

El dron ya estaba sobre el tejado del palacio y activó la propulsión de un pequeño misil teledirigido, que partió de su vientre como si fuese un parto cibernético. El misil despegó y como una centella, se dirigió al jardín de la finca. No llegó a impactar sobre el suelo. A unos cincuenta metros de altura explotó en el aire sin hacer apenas ruido, y una miríada de pequeñas bolas fosforescentes se desperdigaron por el cielo como si fuera una nube de confeti. Miles de esferas llovieron sobre el lugar, transformándose en pequeñas volutas de un gas incoloro e inodoro. Solo fueron necesarios algunos minutos y todo aquel que estaba en el jardín o en el exterior de la casa, en un perímetro de cien metros, yacía inconsciente sobre la hierba. Habían sido neutralizados con un potente gas anestésico experimental, que las fuerzas francesas querían probar. Y aquella ocasión era la más indicada para hacerlo.

Los helicópteros turcos ya llegaban. Pronto sus invitados estarían en su poder, y el traficante y algunos de sus seguidores abandonarían el suelo de Creta, para acompañarlos al alojamiento que tenían reservado para ellos en Estambul.

Durante aquella semana, todo parecía haber vuelto a la normalidad dentro de las oficinas de asuntos exteriores de ambos países. El profesor que ahora dirigía el departamento del malogrado Buğra, escuchaba por el teléfono las explicaciones y comentarios del caballero francés. Sus palabras habían sido muy amables y consideradas, y todo resentimiento y malestar debía ser disipado, en virtud de las órdenes que ambos tenían. También por su deseo personal de zanjar de forma conveniente el asunto.

Armand hablaba de forma cordial con su homólogo, y le preguntaba si todo había sido solucionado al gusto de su gobierno. El profesor le confirmaba que sí, y a su vez le invitaba a su ciudad. Estambul se merecía una visita más tranquila, le aseguraba.

—Será recibido de forma muy cordial, se lo aseguro. Sabemos ser muy amables con los extranjeros. Siempre hemos sido puente de culturas y un nexo entre dos mundos —decía el profesor.

—Se lo agradezco. Lo tendré en cuenta. Nunca puedo asegurar cuándo volveré a un sitio. Ya sabe cómo es este trabajo. ¿Quién puede prometer nada? —contestó Armand de forma cordial.

Al terminar la conversación y colgar el teléfono, el profesor se acercó a la ventana abierta. El rigor del calor era intenso y deseaba sentir la brisa y los aromas de su hermosa ciudad. Pensaba en lo pequeño que era ya el mundo. Tanta tecnología, tantos sistemas electrónicos y automáticos; y al final todo se debía resolver entre caballeros, como antes, confiando en la palabra dada.

Observaba el exterior y admiraba su capital. Estambul se mostraba radiante bajo el sol de aquel nuevo día. Miraba tranquilo sin pensar en nada, solo se dejaba llevar, mientras escuchaba la llamada a la oración desde el alminar de la mezquita nueva de Emiönü.

FIN